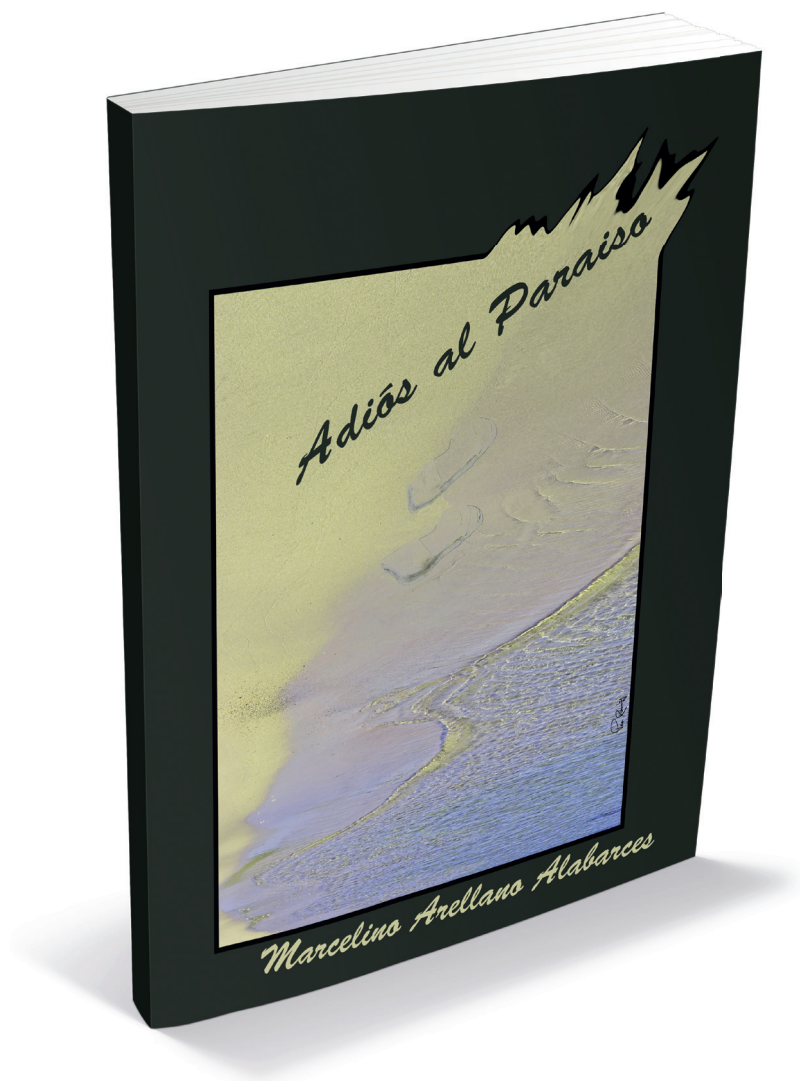


Marcelino Arellano Alabarces

ADIÓS AL PARAISO



GRANADA CLUB SELECCIÓN

1ª Edición: año 2019

Copyright: Marcelino Arellano Alabarces

Copyright de esta edición: Editorial Granada Club Selección

I.S.B.N.: 978-84-17712-46-4

Depósito legal: GR 1062-2019

Diseño portada: Pep Ramis

Edita: Editorial Granada Club Selección

Empresa Distribuidora: Editorial Granada Club Selección

Avda. de Andalucía 16.

18611 MOLVÍZAR (Granada)

Teléfono Redacción: 958 62 64 73

E-mail: editorial@granadacosta.net



Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa y por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante cualquier alquiler o préstamos públicos.



Entrega de las llaves de Granada

POR LOS CAMINOS DE LA VIDA (Tomo VI)

I parte

Aquel día del 2 de enero de 1492, amaneció sobre la Alhambra despejado. La noche había sido especialmente clara por lo que, al amanecer, el agua estaba cristalizada sobre los arbustos. El frío era intensísimo y pocas gentes se decidían a salir de sus casas. Un silencio acentuado se extendía por toda la vieja ciudad del Albaicín. En el recinto de la Alhambra nadie había podido, esa noche del día 1 de enero, conciliar el sueño y, por los pasillos, solamente se oía el llanto desgarrado de la mayoría de sus habitantes. Sabían que, al día siguiente, su amado sultán debería entregar las simbólicas llaves de Granada a los Reyes Católicos, para después abandonar el paraíso en la tierra, camino del exilio a la Alpujarra. Boabdil sabía que ya nunca más volvería a aquel recinto amurallado, que sus antepasados habían ido construyendo con amor hasta convertirlo en uno de los palacios más bellos de todo el islam. No superado nunca jamás por ninguna otra edificación allende el Mediterráneo. Boabdil había pasado toda la noche rezando con los ojos inundados de lágrimas, solamente de cuando en cuando se oía la voz de su madre, llamándole cobarde. Ante aquellas acusaciones, Boabdil se encogía más en sí mismo, pareciendo más bajo de lo que realmente era. ¡Pobre Boabdil!, nadie sabría jamás que todo lo hacía para salvar a su pueblo del hambre y la presión ejercida desde el exterior por los Reyes Católicos. La única persona que permanecía a su lado era su bella esposa Morayma, que le decía palabras de

consuelo, en aquella espera aciaga hasta el día siguiente en que tendrían lugar las capitulaciones.

-No debes sufrir, esposo mío, Alá, el todo poderoso, así lo ha querido. Hacéis lo mejor para vuestro pueblo, aunque muchos no lo podrán comprender. Debéis ser fuerte, que vuestros hijos no os vean llorar.

Boabdil permanecía en silencio, mientras el rosario giraba en su mano y unas lágrimas corrían por sus mejillas. El tiempo corría muy aprisa. Ya se percibía como poco a poco se iba imponiendo la claridad del día e iba iluminando los largos pasillos desiertos de la Alhambra. Todo estaba en silencio. El general Said permaneció toda la noche al lado del monarca, que pronto dejaría de serlo, pero no por ello dejaría nunca de ser su amigo. Estaría con él, hasta que este, acompañado de su familia y las personas que quisieran seguirlo, partiera al exilio. Después él marcharía hacia la alquería de al-Itrabí, donde ya estaban su esposa Sara Marian y sus dos hijas.

-Said -llamó el monarca-, qué triste día, nunca debería haber nacido para que mis ojos no hubieran podido ver este día. Dentro de poco tiempo tendré que recibir a los reyes cristianos y hacerles entrega de este mi reino. Mal haya el día en que nací.

-Pensad, mi rey, que todo lo que sucede es por designio de Alá.

-Todos me llamarán cobarde -como lo hace mi madre-, sin pensar por un momento que yo me sacrifico para que mi pueblo no sufra más. ¿Cómo me tratará la historia, Said?

-La historia será generosa con vuestra majestad. Porque entenderán que lo que hoy ha de pasar es por el amor a vuestro pueblo y por la conservación de este recinto.

-¿Crees tú, Said, que los reyes cristianos respetarán la ciudadela?

-Pienso que sí. La reina Isabel es muy sensible y respetará los edificios y jardines.

-Alá te oiga, empecemos a prepararnos para el momento más doloroso de mi vida. ¿Han sido trasladados los restos de mis antepasados?

-Sí, majestad, ya están enterrados en Mondujar. Vuestra esposa y los príncipes ya han salido de Granada. Los acompañan súbditos leales y todo el servicio que ha querido marchar con vuestra esposa. Estarán esperando en un punto del camino, en una loma desde dónde divisarán Granada por última vez.

-¿Tú que harás, Said?

-Os acompañaré hasta el desvío del camino de Pádul, allí nos despediremos y tomaré el camino que conduce hasta la costa, antes de llegar a ella,

me desviaré a la derecha y cogeré el camino que me llevará hasta al-Itrabí. Camino que vuestra majestad ya conoce, donde me esperan mi esposa e hijas.

-¿Volveremos a vernos de nuevo, tú, que has sido mi amigo y hermano?

-Por supuesto que sí, mi señor. Siempre que pueda iré a visitaros.

-¿Qué deberé hacer ahora que tú no estarás a mi lado para aconsejarme?

-Vuestra majestad no se queda solo. Os acompañan fieles servidores y algunas de las más poderosas familias de Granada. Además, quién sabe si en el futuro Alá, el todopoderoso, lo quiere y volvéis de nuevo a Granada.

-Tú, mi fiel amigo y consejero, sabes que eso será ya imposible, lo que los reyes cristianos arrebatan nunca suelen devolverlo y, en esta ocasión, menos. Ya que, para ellos, significa el triunfo, ante los reinos cristianos, de haber expulsado de la península el último reducto en poder de los andalusíes.

-Mi señor, debéis prepararos para la ceremonia, debéis ir vestido con vuestra ropa más lujosa y deberéis en todo momento estar altivo, que los reyes Isabel y Fernando no vean en vuestra majestad tristeza, sino orgullo de rey. Una vez que entreguéis la llave de Granada al rey Fernando y pronunciadas las palabras de rigor abandonaréis Granada.

-Estarás a mi lado en ese momento?

-Por supuesto, mi señor. Estaré allí, espero que mi cara no delate el odio que siento por esos reyes. Pues nunca sabrán apreciar lo que les entregamos ni valorarán lo que obtienen.

El día 2 de enero de 1492, sobre las doce, los Reyes Católicos, montados en briosos corceles bellamente enjaezados y habiendo partido del campamento ubicado en lo que hoy es la ciudad de Santa Fe, llegaron a la Alhambra, seguidos de todos sus capitanes, gentilhombres y una buena parte del clero, y no podía faltar su confesor particular. Allí montado sobre su caballo negro se encontraba Boabdil. Tras este, su fiel amigo y consejero, el general Said. Una vez los Reyes Católicos frente a Boabdil, este inclinó la cabeza y entregó la llave de Granada al rey Fernando, que, a su vez, entregó a su esposa, la reina de Castilla.

-Tomad, señora -le dijo su esposo Fernando-, la llave de Granada, vuestro sueño de tener a toda la península bajo vuestro mando ha sido realizado.

-Gracias, Fernando, hoy es un día grande para la cristiandad. Entremos dentro de la ciudadela, quiero comprobar que es verdad cuanto me han contado de sus maravillas.

-Esperad, Isabel, a que se haya marchado Boabdil.

Boabdil hizo girar su caballo y tomó el camino hacia la ciudad camino del exilio. Said se puso a su lado y, alargando su mano, cogió la de su amigo y rey para darle ánimo. Salieron de Granada por la puerta del humilladero, sin volver la vista atrás, hasta llegar al lugar que hoy se conoce como el Suspiro del Moro, allí lo esperaban su esposa Morayma, sus dos hijos, su madre Aixa Fátima y todos los que quisieron acompañarlo al exilio. Aún había sol suficiente, por lo que Boabdil, desde aquel montículo, se volvió para contemplar por última vez las doradas murallas de su querida Alhambra, de sus ojos empezaron a brotar las lágrimas sin poder contenerse. Su madre con voz rechinante le espetó: “Llora como una mujer lo que nos ha sabido defender como un hombre”. Boabdil nada dijo, puso su caballo en marcha, en busca de su destino.

Boabdil siguió con la cabeza cabizbaja camino de un destino imprevisible y desconocido para él. Iba pensando en su pasado, que conocía, pero ignoraba totalmente su futuro. No sabía realmente adónde iba. Todos los que decidieron acompañarlos en su peregrinar incierto. Unos 1120 súbditos, iban en silencio. A su paso por las poblaciones, sus habitantes cerraban las puertas para no ver pasar a su sultán humillado. Algunos niños sí acompañaban durante un tiempo la procesión de fantasmas denigrados y en silencio, viéndolos perderse por el camino. La tarde iba cambiando de pronto y, aunque el día había amanecido espléndido, durante su trascurso había ido cambiando y grandes nublados negros subían del valle de Lecrín. A no tardar mucho empezaría a llover, Boabdil y sus gentes se encontraban sin saber dónde pasarían la noche camino de la baja Alpujarra. Los Reyes Católicos habían cedido a Boabdil, para él y sus descendientes, un feudo que se componía de las tahas de Berga, Dalias, Bolody y Andarax, próximo a Almería, Marchena, Jubiles, Láchar y Ugijar, en la actual provincia de Granada, además de otras dependencias y lugares. Allí Boabdil y Morayma vivieron felices entre 1492 y 1503, entre otros motivos porque los Reyes Católicos les devolvieron a sus dos hijos. Morayma estuvo sin sus dos hijos 9 años, ya que los Reyes Católicos los tuvieron retenidos para evitar que su padre, Boabdil, se levantara contra ellos. Pero sigamos el relato...

-Majestad -le habló un capitán de su guardia-, debemos aligerar la marcha y llegar cuanto antes a la alquería de Lanjarón, donde pasaremos la noche, a no tardar mucho arreciará la lluvia y son muchos los niños y personas mayores que nos acompañan.

-Sí, capitán, da la orden de acelerar la marcha y adelántate tú hacia Lanjarón y pide refugio para nuestras gentes.

Boabdil no dejaba de llorar, no por él, sino por sus gentes, más le habría valido marchar solo al exilio y que todas las personas que lo acompañaban se hubieran quedado en su amada Granada, a la que ya nunca más vería. La lluvia crecía y en el camino se empezaban a formar pequeños riachuelos de agua perdiéndose entre el terreno abrupto. Desde la alta sierra, totalmente nevada, descendía una ligera brisa helada que hacía temblar el cuerpo.

El capitán llegó a Lanjarón una hora antes de lo que lo hicieran el monarca y sus gentes. Todo estaba en silencio. Las gotas de lluvia arreciaban y por las pocas calles de la alquería no se veía a ninguna persona. Lo único que tenía vida eran los chorros de humo que salían de las chimeneas. El frío era intenso y en ese momento el capitán pensó en los niños y ancianos de la caravana. Echó un vistazo a las casas del pueblo y se dirigió a la que vio con más prestancia, pegó fuertemente en la puerta y, al poco, un hombre de aspecto noble le franqueó la entrada:

-¿Qué deseáis?

-Soy capitán de las tropas de nuestro señor el sultán. Vamos camino de la Alpujarra y solicito nos den cobijo para pasar la noche y comida para los niños.

-Somos pobres y poco podemos ofrecer, pero lo poco que tenemos se lo ofreceremos a nuestro sultán. Alá lo proteja. En cuanto a pasar la noche, deberán arréglaselas en los establos, pajares y cobertizos, nuestro sultán y su familia podrá pasar en mi humilde casa la noche. Hablaré con algunos vecinos para que den cobijo a los niños y personas mayores, es todo cuanto podemos hacer.

-Es suficiente. Que Alá, el todopoderoso, se lo premie.

Boabdil y los suyos llegaron a Lanjarón mojados hasta los huesos. El capitán salió a su encuentro diciéndole:

-Mi señor, he podido conseguir alojamiento para nuestras gentes y un poco de comida para los niños y las personas mayores, vuestra majestad podrá pasar la noche en casa de uno de los más pudientes de la alquería.

-Cualquier cosa será suficiente. Nada nos deben, menos ahora, que ya solamente soy un desdichado, sin reino y sin vasallos. Dales algunas monedas si es que tenemos algunas. ¿Qué será de mi gente? ¿Por qué Alá no me ha mandado la muerte para que yo no pudiera ver tanta desdicha?

Boabdil llegó a las puertas de Lanjarón, allí lo esperaban algunas personas principales de la alquería, la noticia había corrido por ella y fueron muchos -a pesar de la lluvia y el frío- los que quisieron recibir lo mejor posible al que todavía era y reconocían como su sultán. Cuando llegó ante ellos, se les quedó mirando y al poco estos se inclinaron ante él en señal de respeto. Bajó del caballo y se dirigió al que parecía mayor:

-¿Cómo te llamas, buen hombre?

-Soy, Mohammed, alcaide de esta alquería. En nombre de sus habitantes, damos a vuestra majestad la bienvenida y les ofrecemos nuestras viviendas a vuestra majestad y a quienes le acompañan.

-Gracias, Mohammed, Alá os lo pague. Pasaremos la noche aquí y mañana temprano partiremos para nuestro destino. No queremos daros ningún problema.

-Ningún problema puede darnos nuestro Sultán. Aunque vais camino del exilio, allá por donde pase vuestra majestad, seréis bien recibido, como quien sois; por otro lado, esto está muy lejos de Granada y ningún cristiano podrá verlo. Y, aunque verdad es que siempre habrá traidores que podrán renegar de vuestra majestad y de nuestra fe, podréis llegar sin ningún problema hasta vuestro destino.

Los seguidores del monarca expulsado de Granada fueron aposentándose en los sitios indicados. La noche había caído sobre la alquería y la lluvia había arreciado. El frío era intensísimo y las chimeneas de todas las casas de Lanjarón permanecían encendidas. Nadie dormía, salvo los niños, vencidos por el cansancio del viaje obligado.

Ayudaron al monarca cambiarse de ropa; se la proporcionó Mohammed, ya que la suya, tanto la que llevaba puesta como la poca que portaba, estaba mojada. Después se acercó a la gran chimenea y extendió las manos para calentarlas. El capitán seguía a su lado y le preguntó:

-Capitán, ¿están todas mis gentes a cubierto?

-Sí, mi señor, todos están bajo techo. Las gentes de esta alquería han respondido con generosidad y devoción hacia vuestra majestad.

-Qué gran pueblo es al-Andaluz para tan mal monarca.

-Vos, capitán, ¿tenéis ya dónde pasar la noche?

-Sí, mi señor. La pasaré aquí con vuestra alteza.

La noche había caído sobre la alquería de Lanjarón, no había pasado una hora desde la llegada de los desterrados cuando una gran tormenta se cernió sobre la pequeña alquería. Los truenos se hacían sentir como rugidos desesperados por los barrancos que descendían desde las altas montañas y los relámpagos, de cuando en cuando, iluminaban como antorchas encendidas la oscuridad de la noche. Todo era lúgubre. Dentro de las casas, todos hablaban a media voz, como con miedo. Los niños y los ancianos fueron los primeros en cenar, las madres los acostaron en jergones llenos de pajas, en cada jergón dormían tres y cuatro niños. Mientras, sus ropas se iban secando junto al fuego, al tiempo que eran vigiladas para evitar que una ráfaga de viento a través de la chimenea pudiera prenderse fuego. Muchas de las personas tuvieron que refugiarse en establos y los menos afortunados bajos los porches, pero al menos estaban a cubierto del agua, quizás los que mejor durmieron esa noche fueron los que lo hicieron en los pajares, al menos no pasaron frío al cubrir sus cuerpos con la paja. Aunque esa noche aciaga nadie durmió salvo los niños.

La esposa de Mohammed sirvió la cena a Boabdil, su familia y algunos de sus más allegados. En total 20 personas. La cena fue frugal, ya que la tristeza les embargaba a todos. Fue Mohammed quien se dirigió a Boabdil diciéndole:

-Majestad, es necesario que comáis. Mañana os espera un largo trayecto, si queréis llegar a vuestro destino, de nada vale no cenar, si no lo hacéis por voz, hacedlo por vuestra familia y por quienes os acompañan, pues todos ellos dependen de vuestra majestad, ya que, por ahora solamente Alá, el todo poderoso, sabe lo que ha de suceder.

-Tenéis razón, Mohammed. Que coman mi familia y los que aquí están, yo no tengo por ahora ganas.

Morayma permanecía junto al fuego, en silencio con sus dos hijos, un gran sufrimiento sentía al ver a su amado esposo abatido y triste,

pero qué decirle para animarlo. Lo mejor era dejarlo con su dolor y no animarlo con palabras inconexas y falsas. Ella nada podía hacer, sino acompañarlo en su desgracia y amarlo más todavía.

-Esposo mío, debéis comer algo, apenas habéis comido nada en todo el día. Ahora no podéis caer enfermo. Vuestro pueblo os necesita.

-¿Mi pueblo?, ¿qué pueblo, Morayma? Ya no tengo pueblo, ni reino, ni huestes para defenderme, solamente soy un paria.

-No digáis eso, esposo mío. En las tierras que te han dejado tener los cristianos, podréis restaurar de nuevo el sultanato y establecer en él vuestro reino, muchos son los pueblos, alquerías y cortijadas que hay en esas tierras, con la ayuda de todos podréis levantarlo de nuevo y, si es preciso, podréis pedir ayuda al rey merení de Marruecos.

-Las tierras que me han concedido los cristianos son poco productivas, son solamente desierto, ramblas en donde únicamente crecen las adelfas y el esparto en sus montes, apenas si hay agua para dar de beber a los animales, y solamente la parte más cercana a Sierra Nevada es tierra más productiva, ya que dispone de agua, pero las tierras de la baja Alpujarra son muy pobres.

-Tengamos fe en Alá, esposo mío. Quizás muchos de los nuestros se vengán con nosotros una vez que llegemos al sitio donde hemos de vivir.

-No lo creo. Nadie quiere unirse al que ha sido derrotado. Yo lo he sido y sin guerrear, que es la mayor vergüenza para un gobernante. Encontraremos un lugar donde vivir y en el que los que nos han seguido puedan criar a sus hijos en libertad, aunque pobres. No sé qué será de nosotros, por lo tanto, nos encaminaremos hacia la alquería de Ugíjar, me han dicho que en aquella zona sus tierras son productivas y hay agua en abundancia para los cultivos. Buscaremos una casa en donde vivir, aunque en nada se parecerá a mi Alhambra. Si al menos tuviera a mi lado a mi amigo Said, para aconsejarme, ya que de nadie me puedo ya fiar. Pero Said también me ha dejado.

-Eso no es verdad, esposo mío. Said ha ido a reunirse con su esposa e hijos. Siempre será tu más fiel súbdito y el más sincero amigo. Bastará que cuando lo necesites lo llames y él vendrá a tu lado.

-Trataré de dormir un poco, mañana nos espera una larga caminata. Nunca había estado en el lugar adonde vamos, no sé dónde está ni qué es lo que encontraré al llegar allí. ¿Alá, el misericordioso, me ha abandonado!

Triste iba el caballero. Doblemente triste. Sabía que nunca jamás volvería a su Granada. Que todo se había perdido. Ya no volvería a su casa, donde tantas horas de amor había pasado con su esposa Sara Marian. Nunca más podría caminar por los largos pasillos de la Alhambra y sentir la magia de sus aposentos y los suspiros que a veces le parecía oír de los fantasmas que vivían por los rincones ocultos del palacio rojo. Ya no podría divisar los primeros rayos de sol iluminando las murallas de la ciudad mágica de su niñez, cuando, en compañía de su señor y amigo, jugaban al escondite por los corredores y salas ocultas del palacio. Triste iba Said. Solamente acompañado de sus pensamientos. Una gran tristeza se reflejaba en su cara al recordar a su sultán expulsado de Granada y pensar que, aunque quiso y lo intentó, nada pudo hacer para que tal desgracia no sucediera. La lluvia había arreciado, el paisaje era triste, su corazón lloraba en silencio, más que por él, por su amigo Muhammad: ¿qué sería de él sin sus consejos?, ¿en dónde se apoyaría y confiaría a partir del momento en que con el corazón roto se dijeron adiós?

Said llevaba consigo su caballo, al que nunca había abandonado, y una mula con sus pertenencias personales y diversos documentos que había podido coger de su despacho. Quizás su destino era más seguro -iba pensando- que el de su amigo y sultán. Sobre sus hombros llevaba una especie de abrigo de piel de cabra, que lo preservaba de la lluvia, pero el frío reinante era demasiado, tanto que le llegaba hasta los huesos. Atrás había dejado la población de Padul, bajo la lluvia y la neblina que producía el humo que salía de todas las casas, y, aunque su primera intención era seguir hasta la costa y, antes de llegar a esta, desviarse hacia la derecha, cambió de idea en ese momento y decidió dejar dicho camino y tomar el que conducía hasta Lentejé y desde allí llegar hasta al-Itrabí. Quizás el camino fuese más difícil, pero sin duda alguna acortaría trayecto. Todo sería bueno si ello le permitía llegar más pronto hasta donde estaba su esposa. La echaba tanto de menos. Una vez dejado el camino que conducía hasta Salobreña, se adentró en una inmensa llanura. No dejaba de llover y pronto se haría de noche. Necesitaba encontrar una posada donde pasar la noche, esta no era adecuada para proseguir caminando, podía ser asaltado por alguna banda de salteadores. Era imprescindible encontrar alguna posada o algún cortijo habitado donde le permitieran pernoctar.

Llevaría una legua andada cuando divisó a lo lejos una casa de la que salía por la chimenea humo, lo que demostraba que en ella había gentes. Dejó el camino y se introdujo por una vereda hasta ella. No era muy grande, pero se le veía fuerte, aunque la cal ya hacía tiempo que la había abandonado. No debería tener remilgo y, bajando de su caballo, se dirigió a la puerta, dio varios

golpes en ella y un momento más tarde esta se abrió. Said vio a un hombre de bastante edad, era alto y una barba canosa llegaba hasta casi tocar su pecho. Los rasgos de su cara eran nobles, se dirigió a Said:

-¿Qué deseáis, caballero? Ni el día ni la hora son adecuados para viajar.

-Alá, el misericordioso, os proteja, mi nombre es Said, y voy camino de la alquería de al-Itrabí. Le pido me deje pasar la noche en su casa, le pagaré por ello. Lo que sea justo.

-Podéis pasar, Said, y acercaros al fuego para secar vuestra ropa, mientras tanto yo llevaré los animales hasta el establo, que está tras la casa, allí se hallarán protegidos y les echaré de comer.

Said se sentó junto al fuego en una banqueta de madera. Echó una mirada alrededor y comprobó que todo era muy humilde. En un extremo de la sala, junto a la pared, había una cantarera, en la cual se hallaban dos grandes cántaros de barro. Una mesa vieja y cuatro taburetes de madera era todo el mobiliario de la sala. Sobre la pared del fondo había una cama muy rústica: cuatro palos y estos cruzados de cuerdas en donde descansaba un jergón y poco más. Al poco llegó el hombre portando varios troncos de leña.

-Hay que hacer que el fuego permanezca encendido toda la noche, pronto dejará de llover y empezará a nevar. Perdonad, caballero, no os he dicho mi nombre ni quién soy. Mi nombre es Saúl. Esta casa y las tierras que la rodean son de mi propiedad, pues así las heredé de mi padre, Alá lo tenga en el paraíso. Habéis tenido suerte, yo vivo en Padul, pero, debido a como se iba poniendo el día, he venido para encerrar las ovejas y cabras que tengo pastando solas en mi finca y recogerlas en el corral. Junto al corral tengo un cobertizo bien preparado para meter mi burro y un pajar con paja y cebada en abundancia. Soy viudo, mi mujer hace ya cinco años que se fue de mi lado, Alá la tenga en el paraíso. Voy a preparar algo de comer, poco es lo que tengo, pero lo poco que hay lo compartiré con vuestra señoría.

-Gracias, Saúl, lo poco que sea será suficiente pues nada soy y nada tengo.

-Su aspecto, por el contrario, me dice que vuestra merced es un distinguido caballero. ¿Venís de Granada?

-Sí, de allí vengo.

-¿A dónde me ha dicho que iba?

-A al-Itrabí. Allí me espera mi esposa y mis dos hijas, que están en casa de mis suegros.

-Bendecido sois, pues tenéis quien os espera. Yo no tengo a nadie. Como os he dicho, mi esposa murió y, de tres hijos que tuve, dos murieron luchando junto a Muley Hacen y el otro vive en una ciudad cerca de Valencia y ya hace varios años que no lo veo. Alá lo proteja y venga pronto a verme. Aunque ahora la situación es más difícil.

-La verdad que sí, tengo muchas ganas de ver a mi esposa. Mañana podré abrazarlas contra mi pecho.

-Pongámonos a comer y después os prepararé un saco lleno de paja y os daré una manta y podréis descansar cerca del fuego.

-Gracias, Saúl, por todo, sois un hombre generoso y hospitalario, que Alá os lo premie.

-Nada me debéis, es de buen creyente ayudar al necesitado. Mientras cenamos cuéntame qué ha sucedido en Granada, pues aquí solamente llega lo que cuentan los pasajeros que pasan, y no siempre cuentan la verdad, tal como ha sucedido.

Said fue narrando lo acontecido por la mañana en Granada, así como lo iba contando el semblante de Saúl se iba entristeciendo y movía la cabeza de un lado a otro, lleno de sorpresa.

-Me lo habéis contado como si lo hubieseis vivido.

-Así es, Saúl, yo estaba presente cuando nuestro amado sultán entregó las llaves de Granada a los Reyes Católicos.

-¿No seréis vos el poderoso general Said?

-Sí, Saúl, yo soy y, como veréis, nada tengo de poderoso. En este momento soy solamente un pobre paria, que ha pedido ayuda a vuestra merced.

-¿Qué será de nuestras gentes, general?

-No lo sé, aunque me lo imagino. Ya nada será como antes.

-¿Creéis, general, que los cristianos respetarán nuestras haciendas?

-Según lo escrito y pactado en las capitulaciones, este territorio, todas las tierras del valle de Lecrín, las Alpujarras y Almería, quedará en poder de nuestro sultán por lo que, por ahora, todo seguirá igual, al menos en apariencia.

La noche avanzaba mientras se oía la lluvia chocar sobre las tejas del techo de la casa. La chimenea seguía encendida, aunque ya solamente había rescoldos, que previamente habían tapado con ceniza para que guardara el calor y evitar que una ráfaga de viento entrara por la chimenea y pudiera prender fuego. Said apenas durmió, tenía tantas cosas en que pensar. Quería saber qué pasaría de ahora en adelante, pero le era imposible prever qué sería

de su amigo, el sultán expulsado de Granada. Así pasó toda la noche, apenas si dormiría una hora. Con la primera claridad del día, se asomó por la ventana de la casa y vio todo el campo circundante a la casa nevado y como finos copos de nieve no dejaban de caer. Salió fuera y fue a ver a su caballo, que a cubierto estaba en buenas condiciones, echó paja en el pesebre para el caballo y el mulo y corriendo volvió a entrar de nuevo en la casa, pues el frío era muy intenso. Al llegar, se encontró a Saúl echando leña en la chimenea.

-Buenos días, Saúl.

-Igualmente para vos, general. La verdad es que hace un día de perros. Creo que hasta media mañana no podréis ponerlos en marcha. El camino, sobre todo en la parte baja hasta llegar a Lentejé, debe estar intransitable. Lo mejor ahora es desayunar y estar junto al fuego.

-Gracias, Saúl, Alá te bendiga.

-Para mí es un placer poder ayudarlos. Pues cualquier persona sabe que vos, general, habéis sabido administrar justicia con sabiduría y bondad.

-¿De qué vale todo eso ahora?

-Las personas mueren. Sus hechos quedarán en la memoria de todos para siempre.

-Posiblemente sea así.

El desayuno consistió en un tazón de leche de oveja y migas de pan. Después tomaron un trozo de queso de cabra. En el campo seguía cayendo la nieve. La chimenea desprendía un agradable calor y, de cuando en cuando, estallaban chispas que al llegar al suelo se apagaban. Los dos hombres estaban en silencio. Saúl miraba a Said, mientras pensaba para sí cuán poderoso general de las tropas del sultán hace unos días y ahora se encontraba, por obra del destino, junto a él, en un sitio no deseado, pero significativo y demostrativo de que el poder es efímero y que este, por grande que sea, se puede perder en una fracción de tiempo. En ese momento, Said se consideraba el más desvalido de todos los mortales.

-No debéis estar triste, general, pues, aunque esta situación pudiese parecer triste, afortunado habéis sido en encontrar dónde pasar la noche, pues lejos queda en donde os hubieran podido dar cobijo.

-De nada me quejo, buen hombre, pues si aquí estoy, ha sido por la voluntad de Alá, al que le doy las gracias.

-El tiempo -como le dije- va cambiando y podréis proseguir vuestro viaje. En la alquería de Lentejé podréis pasar la noche y después proseguir vuestro viaje hasta donde os espera vuestra familia.

-Sí, voy a preparar mi caballo.

-Yo os ayudaré.

Al salir de la casa, la nieve lo había cubierto todo y como un manto blanco se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

-La nieve está blanda. Esto hará que no haya impedimento para la marcha de las bestias.

Una vez que el caballo estaba preparado y el mulo cargado, se dirigió hacia el camino, Saúl lo acompañó hasta llegar a este.

-Saúl, quiero daros las gracias por vuestra hospitalidad, que nunca olvidaré, y espero que nos volvamos a ver en una ocasión más propicia.

-Nada me debéis, pues para mí ha sido un gran orgullo daros posada en mi humilde cortijo.

-Tomad, Saúl, quiero regalaros este medallón, como agradecimiento por vuestra bondad.

Saúl cogió el medallón y comprobó que la esfinge que había grabada en él correspondía al sultán.

Said subió a su caballo y emprendió el viaje hasta al-Itrabí, donde lo esperaba su esposa y sus dos hijas. Llevaría andados unos pasos cuando Said se volvió y moviendo la mano saludó a Saúl.

Qué silencio, pensó Said, mientras proseguía su marcha por entre aquellas tierras. De cuando en cuando rompía el silencio el graznido de un ave camino de su refugio en algún agujero del tronco de un olivo. Sus graznidos alteraban el silencio secular de aquel momento. De pronto, un zorro de color gris cruzó el camino delante del caballo de Said, este relinchó y a punto estuvo de tirar a Said al suelo. Azuzó al caballo y se arregló la ropa, el frío era muy intenso, motivado por el aire que de pronto se había desatado. Said miró para el cielo, comprobando que a lo sumo quedaría hora y media de día, debía arribar a Lentejé antes de que la noche llegara, de lo contrario podría pasarlo mal, ya que no había visto dónde poder pasar la noche a cubierto, salvo una choza de carbonero hacía ya más de media hora. Había que seguir. De pronto, al llegar a un montículo, divisó un gran valle surcado por un río que llegaba hasta el mar, el terreno era muy quebrado y de una belleza espectacular. Tiró de las riendas de su caballo y se quedó contemplando el paisaje blanco y su corazón se llenó de gozo al descubrir sobre una ladera la alquería de Lentejé. Arreó su caballo y, por un camino llano, aunque sorteando a veces pequeños precipicios, se encaminó hacia su destino. Media hora más tarde, hizo su entrada en la alquería de Lentejé. Sus casas estaban diseminadas entre grandes

peñascos y abundante arbolado. El núcleo más importante de casas se encontraba alrededor de la pequeña mezquita.

-Señor, ¿buscáis a alguien? -preguntó un anciano.

-Alá sea contigo, anciano. Busco dónde pasar la noche. Voy hacia la alquería de al-Itrabí y ya está la noche en cima.

-Tres casas más arriba hay una fonda donde le dejarán pasar la noche y también darán cobijo a las bestias.

-Muchas gracias. Alá le conceda larga vida.

Said siguió hacia la tercera casa que le indicó el anciano. Esta se encontraba cerrada, dio varios golpes en la puerta y al momento se asomó un hombre de larga barba blanca y más delgado que un junco, aunque su rostro reflejaba bondad.

-¿Deseáis algo, caballero?

-Un anciano me ha indicado esta casa. Pido me permitáis pasar la noche aquí y poder comer algo, igualmente para mi caballo y el mulo.

-Muy mala tarde para ir de viaje. ¿A dónde os dirigís?

-Voy camino de al-Itabí.

-Pasad, pasaréis la noche aquí y mi mujer os preparará la cena. Yo me encargaré de llevar las bestias a la cuadra y les pondré paja y cebada en el pesebre. Entrad, caballero. Iré a avisar a mi mujer.

Said entró en la casa. La entrada era una sala de grandes proporciones, al final de esta había una enorme chimenea. Junto a ella, una mujer mayor, dos niños y un par de hombres de unos cuarenta años.

-La paz sea con vosotros -saludó Said.

-Que ella os acompañe -comentó uno de los dos hombres-. Venís y acercaos al fuego, venís mojado y hace mucho frío.

-La verdad es que sí. Desde que he partido de un cortijo cercano a Padul, no ha dejado de llover y nevar. Mis ropas están húmedas y heladas.

Uno de los niños le acercó una silla de enea y Said se sentó junto a la chimenea, alargó sus manos para calentarlas. Los dos niños lo miraban con mucho interés, al igual que la mujer y los dos hombres, pero nada decían. Querían ser respetuosos y dejar que fuese el recién llegado quien abriera el diálogo. En eso regresó el hombre de dejar las dos bestias en la cuadra. Cerró la puerta y se dirigió hacia donde estaban las demás personas comentando:

-Habéis llegado, caballero, justo antes de empezar a nevar con fuerza. Hace ya muchos años -y ya tengo muchos- que no nevaba así.

Mientras mi esposa y una de mis hijas preparan la comida nosotros tostaremos castañas.

-Muy bien, abuelo -dijo uno de los niños.

-Amín -mandó el anciano a uno de los niños-, ve a la alacena y trae en este cesto un buen puchado de castañas, están en el saco que hay junto a la tinaja del aceite.

Amín salió a por lo mandado por su abuelo, mientras, este extendió un poco las brazas de los leños y puso una trébede. Amín llegó con el cesto de castañas, que colocó sobre un taburete de madera de castaño. Los dos hombres, con sendas navajas en las manos, empezaron a dar un corte en cada una de ellas, que iban echando en un lebrillo de barro. El anciano cogió varios puñados y los echó sobre una sartén cuyo bajo estaba lleno de agujeros, la puso sobre las trébedes y empezó a moverlas, al poco tiempo un olor agradable se iba extendiendo sobre la gran sala.

Una media hora más tarde, el dueño de la posada le comunicó a Said que la cena estaba preparada. Las dos mujeres acercaron una mesa de madera cerca del fuego y la más joven extendió un mantel blanco sobre ella y puso ocho platos de barro muy bien decorados con motivos florales. Unos minutos más tarde colocaron una gran olla, esta también de barro, diciendo la mayor:

-Pongámonos todos a comer, las sopas están calientes y con el frío que hace nos sentarán bien. Usted, caballero, póngase en la cabecera de la mesa, sois nuestro invitado.

-Gracias, señora. Se lo agradezco. Un plato de sopas me vendrá bien para calentar el estómago.

En la calle, frágiles copos blancos de nieve iban alfombrando las piedras. No se oía ningún ruido. Todo era silencio y hasta los animales nocturnos esa noche quedarían en sus refugios sin atreverse a salir. Alguna vez se oía a lo lejos el rebuznar de algún burro alertando a su dueño de que era hora de la cena.

-Mi nombre es Mustafá -dijo el anciano dirigiéndose a Said-. Estos son mis hijos Tira, mi yerno Hakim, mi esposa, mi hija y mis dos nietos. ¿Cómo es vuestro nombre, caballero?

-Mi nombre es Said, vengo de Granada y, como ya le he dicho, voy camino de la alquería de al-Itrabí, en donde me esperan mi esposa y mis dos hijas en casa de los padres de mi esposa.

-¿Venís de Granada?

-Sí.

-Entonces sabréis de primera mano las noticias que han llegado hasta aquí, de que nuestro amado sultán, Alá lo proteja, va a entregar Granada a los cristianos. Como esto está tan lejano de Granada y es un sitio tan escondido, las noticias llegan muy de tarde en tarde y no siempre las cuentan correctamente.

-La noticia es cierta, ayer por la mañana nuestro amado soberano, Alá le proteja, se vio obligado a entregar Granada a los Reyes Católicos.

-¿Vos habéis presenciado esa ignominia?

-Sí, yo estaba junto a nuestro sultán. Dios me debería haber dejado ciego para no presenciar ese momento.

-Su nombre me es familiar, ¿no seréis por ventura el afamado general Said?

-Yo soy. Pero como veis, ahora solamente un peregrino que pide cobijo en esta posada para pasar la noche.

-Cuéntenos, general -dijo Hakim-, ¿qué es lo que va a pasar con nuestras gentes y, si los cristianos nos echan de nuestras alquerías, a dónde vamos a ir?

-Dejad a nuestro invitado que coma, las sopas se van a enfriar-comentó la mujer mayor-. Después de la cena y junto al fuego nos contará lo que está sucediendo.

Todos callaron y siguieron cenando. Tras el plato de sopas, las dos mujeres sirvieron gallina de corral con diferentes verduras y, al terminar la comida, sirvieron nueces, pasas de uva y almendras.

La nevada seguía con más intensidad, la nieve tenía ya un espesor de varios centímetros de altura. Mustafá abrió la parte superior de la puerta y movió varias veces la cabeza al ver el paisaje y cómo estaba el cielo. Cerró esta y pasó una barra de hierro para que quedase bien cerrada y se dirigió hacia su asiento en la chimenea, comentando:

-No creo que deje de nevar en toda la noche. Esperemos que mañana no haya escarcha que impida a nuestro invitado proseguir su camino hacia al-Itrabí.

-Estas nevadas pocas veces caen por esta latitud -comentó Hakim-. Lo más probable es que no cuaje y mañana salga el sol.

Said les contó todo lo que había sucedido en Granada y la marcha de Boabdil hacia la Alpujarra, y los advirtió a todos de que estuviesen preparados por lo que pudiese pasar, pues eso solamente lo sabía Alá.

-General, vos habéis dicho que, en las capitulaciones, se señala que los Reyes Católicos respetarán nuestras haciendas y que podremos seguir practicando nuestra fe.

-Así es, pero los Monarcas Cristianos ni saben ni ven todo lo que pueda pasar y juzgarán solamente lo que les digan sus consejeros y generales, y cualquier abuso por parte de los cristianos será silenciado. Todos nosotros deberemos estar alerta y saber defendernos de las posibles tropelías que esas gentes cometan, que no serán pocas.

-¿A quién deberemos dirigirnos a partir de ahora, general?

-Ustedes, para cualquier información, deberán dirigirse a al alfoz de Almuñécar, el alcaide podrá informarle. Como les he contado, todo este territorio queda bajo la autoridad de nuestro sultán.

-Gracias, general, por vuestra información. Hora es ya de descansar, venid, os conduciré a uno de los aposentos de la posada que tenemos.

-Gracias, Mustafá. lo que sea estará bien. La paz sea contigo.

Sobre las siete de la mañana dejó de nevar y el cielo se fue vistiendo de un azul radiante, todavía se podían divisar algunas estrellas en el cielo, pero pronto saldría el sol y en unas horas la nieve caída durante la noche se iría derritiendo.

Said se levantó temprano y aun así ya se oía a las dos mujeres de la casa trajinar en la cocina preparando el desayuno. Said salió fuera de la casa, y se dirigió a ver cómo se encontraban su caballo y el mulo. Ambos estaban bien y en el pesebre no faltaba ni la paja ni la cebada. Volvió a la casa. La mesa ya estaba preparada para el desayuno y en la chimenea el fuego caldeaba la sala.

-Buenos días, general, dentro de un poco nos servirán el desayuno.

-Muchas gracias y, al terminar, reanudaré mi camino. Mientras tanto, prepararé a mi caballo y al mulo.

-No, general, de ello se cuidará mi hijo. Y os ayudará a cargar el mulo con todo lo que traía. Acerquémonos al fuego hasta que esté preparado el desayuno.

Veinte minutos más tarde se sirvió el desayuno, que consistía en un tazón de leche de cabra, también sobre la mesa había queso de cabra, miel y pan blanco, que algunos de los comensales tostaban en una parrilla sobre la lumbre. También había en la mesa granadas, membrillos y otras frutas de otoño-invierno. El desayuno transcurrió en silencio; una vez que hubo finalizado Said, se puso en pie diciendo:

-Mustafá, quiero daros las gracias a vos y a vuestra familia por vuestra hospitalidad, decidme cuánto os debo pagar.

-Nada nos debéis, somos nosotros quienes os agradeceremos vuestra información, pues nada sabíamos de lo que realmente estaba pasando y vos nos habéis sacado de dudas. Que Mahoma, el mensajero de Dios, os acompañe hasta vuestro destino.

Said sacó una bolsa del interior de su capa, la abrió y dio varias monedas a los dos niños, que cogieron tras mirar a su abuelo, llenos de júbilo. Cuando Said salió a la puerta de la casa allí estaba ya su cabalgadura y el mulo cargado con sus cosas. Montó sobre su caballo y siguió el camino que Mustafá le había indicado. Lentejé empezaba a despertar, dos niños jugaban delante de la mezquita a tirarse bolas de nieve. El día sería bueno, el cielo estaba totalmente despejado y el sol daba de lleno en la nieve. Said se tapó casi toda la cara, solamente quedaban al descubierto los ojos, ya que una suave brisa helada hacía daño en la cara. Dio con los tacones de sus botas sobre los ijares de su caballo para que acelerara el paso, el mulo iba amarrado al caballo. Tenía gran ansiedad de poder abrazar a su esposa y a sus dos hijas.

Por un camino tortuoso que bajaba y subía entre grandes piedras -sostenidas casi milagrosamente-, iba Said, hasta su nariz llegaba el tenue olor del romero, amortiguado por la nieve que había caído la noche anterior. El sol iluminaba el camino resultando agradable. Solamente le hacían recordar la época en la que estaba algunas fuertes ráfagas de viento que, de tanto en tanto, se producían. Ya había dejado atrás Lentejé, y al mirar hacia abajo divisó la alquería de Otívar, colgada en una empinada ladera que terminaba en un profundo río. Ya empezaba a oírse el campanileo de algunos rebaños de cabras que pastaban entre los olivos y almendros. Said se iba aproximando hacia un terreno más suave, entre grandes bosques de pinos añosos, fue descendiendo hasta llegar a una zona llana en la que se cultivaban frutales. El terreno estaba muy bien labrado, en forma de bancales que descendían hacia abajo; múltiples acequias iban de un lado para otro, aunque Said le extrañó que todas aquellas tierras se pudieran regar con el escaso caudal de agua que llevaba el barranco. Sus ojos visualizaron un grupo de unas tres o cuatro casas agrupadas sobre una plazoleta junto al barranco. Se trataba

de una pequeña alquería o cortijada, al cruzar el riachuelo se dio de frente con un muchacho subido sobre un burro. Said se dirigió a él:

-Buenos días, muchacho, ¿cómo se llama este sitio?

-Budíjar, señor.

-¿Puedes decirme si falta mucho para llegar a la alquería de al-Itrabí y si voy por buen camino?

-En media hora estará usted allí y, en cuanto al camino, es cuesta arriba hasta lo alto de aquella loma y después hasta llegar a la alquería es todo cuesta abajo.

-¿Hay algún sitio aquí donde descansar?

-No. Aquí viven muy pocas personas y, ahora, todas las casas están cerradas y sus gentes están trabajando en el campo.

-Gracias, muchacho, ¿tú a dónde vas?

-Yo voy allí en frente, mis padres están recogiendo aceitunas hoy que hace muy buen día.

-Bien, ¿te importa que te acompañe hasta allí?

-No, señor, podemos ir juntos.

El muchacho arreó el burro y se puso en marcha junto a Said, durante unos minutos viajaron en silencio, fue el muchacho quien rompió el silencio:

-Usted no es de por aquí, sino, sabría el camino.

-Así es, no soy de esta tierra, voy a al-Itrabí, allí me están esperando mi esposa y mis dos hijas.

-A veces voy con mi padre hasta al-Itrabí, allí vive un tío mío, otras veces, me quedo unos días allí y puedo hacer amigos, aquí donde vivo no hay jóvenes de mi edad, solamente somos diez personas en total.

-¿Debe ser aburrida la vida aquí?

-Muy aburrida, solamente hay trabajo y, en invierno, cuando hace buen día voy a cazar con mis perros al monte.

Diez minutos más tarde el muchacho se dirigió nuevamente a Said:

-Yo voy por esta vereda, usted siga por el camino hasta lo alto de la loma, desde allí, divisará al-Itrabí. Alá le acompañe señor.

-Gracias, muchacho. Él vaya contigo y que la cosecha de aceitunas sea generosa.

Said no dejaba de mirar para todas partes, el terreno era muy quebrado, con grandes pendientes que terminaban en profundos barracos. Toda la

tierra estaba muy bien labrada, los olivos y bancales poblados de naranjos dominaban el paisaje. En un momento dado paró su caballo para mirar a su izquierda y contemplar una gran cascada de agua que saltaba al vacío desde una gran altura, era una cascada que el paso de los siglos y el agua había ido socavando, habiéndose producido una gran cueva. Tras unos minutos contemplándola, arreó su caballo, cruzaron un barranco y empezaron a subir hacia la loma desde lo alto de ella divisaría por fin la alquería de al-Itrabí.

El camino seguía en zigzag, entre olivos, almendros e higueras. Algunos pájaros cantaban alegrándole la marcha, aunque lo que más veía eran unos pájaros negros que cruzaban el camino. Algunas personas en distintos campos recogían las aceitunas, algunas de las cuales estaban incrustadas en la tierra debido al gua caída. Todo el fruto era bueno y necesario para tener aceite durante todo el año. Por fin llegó a lo alto de la loma, de modo que, al ir acercándose, el camino se iba volviendo llano. Casi al final del tramo llano divisó por fin la alquería de al-Itrabí. Su corazón comenzó a palparle en el pecho de alegría. Pronto podría abrazar a su esposa y a sus hijas. Durante unos minutos estuvo contemplando con admiración lo que sus ojos veían.

Aunque ya conocía la zona donde estaba la alquería, nunca había tenido la oportunidad de poder contemplarla desde aquella altura. Desde donde se encontraba podía divisar todo el valle y la vista se perdía hasta el mar, no muy lejos. Le pareció fascinante todo lo que avistaba. Desde allí podía contemplar las sierras y los más altos montes, tanto a su izquierda como a su espalda, y la lejana Sierra Nevada, con su blancura y, sobre esta, rodeándola como un anillo, nubes blancas. A lo lejos por el fondo del valle, divisaba el mar, que al darle los rayos del sol relucía. De las casas de la pequeña alquería de al-Itrabí salían chorros de humo que se perdían hacia la altura dibujando filigranas. Desde la altura en donde se encontraba pudo divisar que todo estaba sembrado de altas moreras, higueras y algunas manchas de olivos. El agua se hacía sentir al deslizarse por las “sangraderas”. Después de un tiempo de permanecer extasiado contemplando el paisaje, arreó a su caballo y, por un camino estrecho y en zigzag, fue descendiendo hacia la alquería. Su corazón ansiaba encontrarse con su esposa y sus dos hijas, que nada sabían de su llegada y para las que, por lo tanto, sería una agradable sorpresa. Unos quince minutos más tarde, dio vista a la primera casa de al-Itrabí, que se encontraba un poco separada del núcleo principal de la población, estaba cerrada. Un poco más adelante se encontró con un joven, que, al verlo, se dirigió a él:

-¿Sois vos, mi señor, el general Said?

-Yo soy.

-Voy a avisar a mi señora, Sara Marian, de vuestra llegada.

-¿Cómo te llamas?

-Ibrahím.

El muchacho salió corriendo hasta llegar a la casa de los padres de Sara Marian, entró en esta como un ciclón.

-¿Qué te pasa, Ibrahím, que vienes corriendo? -le preguntó Sara, que fue la primera persona que encontró en la casa.

-Mi señora, vuestro esposo viene hacia aquí. No tardará en llegar.

-¿Dices la verdad?

-Sí, mi señora, he estado hablando con él.

-Madre, hijas mías, venid, vuestro padre está al llegar, salgamos a su encuentro. Madre, ¿estoy bien?

-Sí, hija mía. Estás muy guapa, como siempre.

Sara cogió a sus dos hijas de la mano y a paso ligero tomó por la calle por donde llegaría su esposo. No había andado cien metros cuando sintió los pasos de las dos bestias y enseguida divisó a su esposo a lomo de su brioso caballo. Alto y hermoso como el primer día en que lo vio en su casa junto a Boabdil. Said paró su caballo, saltó de este y cogió entre sus brazos a su esposa Sara Marian, que lloraba de alegría, sus dos hijas miraban la escena sin decir nada.

-Gracias a Alá, el misericordioso, que ha permitido que ya estés a mi lado, en estas circunstancias. Vamos a casa.

Said dio las riendas de su caballo a Ibrahím y cogió a sus dos hijas en brazos, mientras caminaban hacia la casa.

Una vez que Boabdil volvió la espalda camino del exilio y no habiendo aún andado su caballo unos pasos, Isabel la Católica ya no podía esperar, pues su impaciencia era prioritaria en ese momento, entrar en la Alhambra y poder contemplar por sus propios ojos todas las maravillas que allí había, según había escuchado mil veces narrar.

-Entremos, Fernando. Estoy impaciente por descubrir todas las maravillas que me han contado de este nuevo reino nuestro.

-En verdad, es vuestro, Isabel. Ya podéis estar contenta. Por fin habéis logrado lo que tanto habéis deseado: tener a toda la península bajo vuestro poder.

-En nuestro poder, esposo mío. Hoy es un día grande, no solamente para nos, sino para toda la cristiandad. Se darán misas todos los días en acción de gracia y mandaremos construir una basílica para conmemorar esta efeméride y se llamará de Nuestra Señora de la Alhambra. Bajemos de los caballos, quiero conocer todo esto a pie.

Isabel y Fernando bajaron de sus respectivos caballos y el uno junto al otro, seguido de todo su séquito, empezaron a caminar entre jardines exuberantes, llenos de frondosos árboles, flores y pequeñas acequias que iban de un lado para otro en repeticiones geométricas, perdiéndose por intrincados bosquecillos y volviendo a aparecer de pronto. Isabel lo miraba todo con sombro y regocijo, al pensar que todas aquellas maravillas ahora pertenecían a su reino. Todo lo que veía le producía una gran admiración. A ella, criada en la seca Castilla, poder ver correr el agua por tantas acequias y el perfume de la hierba fresca, de alguna manera, la aturdía. Su deseo antes de entrar en los palacios fue conocer todos los jardines y sentir el agua caer en las múltiples albercas que existían, llenas de peces de diversos colores. Fernando la seguía detrás, no quería distraerla, debía dejar que fuese admirando tanta belleza que emborrachaba los sentidos, los grandes árboles y los cuidados jardines, nunca vistos por ella en ningún rincón de toda la península.

-Tenemos mucho por ver, Fernando, entremos en el palacio donde habitaba Boabdil, quiero saber si es verdad todo lo que nos han contado.

-Está bien, Isabel, con nosotros viene un antiguo sirviente de estos palacios y edificios, él nos los irá enseñando.

Un capitán de Fernando hizo llamar al antiguo sirviente del recinto de la Alhambra y Fernando le preguntó:

-¿Cómo te llamas?

-Jalib, mi señor.

-¿Conoces bien el recinto de la ciudadela?

-Sí, alteza, pues aquí he pasado toda mi vida.

-Muy bien, llévanos hasta la sala del trono y, mientras tanto, ve explicándonos todo lo que vayamos viendo.

-Muy bien, altezas, os enseñaré todas las maravillas que existen y verán cosas vuestras majestades que no creerán.

Isabel se sorprendía y quedaba maravillada de todo lo que sus ojos iban contemplando, arropado por las explicaciones que iba dándole Jalib. Nunca sus ojos habían podido contemplar tantas maravillas. Primero dieron un paseo por los jardines hasta llegar al interior de edificio de la Alhambra. Isabel comentaba con su esposo las maravillas y lujos que iban descubriendo; cuando llegaron al patio de los leones, allí se detuvieron unos minutos, alabando la famosa fuente de los leones y las filigranas de las esculturales columnas y los artesonados de los techos. Así fueron viendo las distintas salas del palacio yendo de sorpresa en sorpresa, hasta que llegaron a la suntuosa sala de embajadores, donde todo era como un hechizo, por su suntuosidad, mobiliario impresionante y grandes cortinajes, cuyo tejido pocas veces había visto la reina. Esta se acercó a una de las ventanas y quedó impresionada al divisar el Albaicín y Granada, en ese momento llamó a su esposo:

-Mira, Fernando, ¿no es maravilloso? Esta frondosidad y vergel no es comparable a ninguna otra de nuestro reino.

-Tiene razón, Isabel, verdaderamente todo lo que hemos visto hasta este momento no tiene paragón con nada. Verdaderamente, esto es el paraíso.

-No digas herejías, Fernando, esto es, en verdad, muy bello, pero nunca jamás tendrá semejanza con el paraíso de nuestro Señor.

-Como queráis, mi señora.

-Fernando, estableceremos nuestro trono aquí, en esta sala, que ha sido el trono de Boabdil, y desde aquí resolveremos los asuntos de nuestros reinos.

-Está bien, mi señora.

-Mandaremos construir una catedral para dar gracias a Dios.

Isabel se sentó en el trono de Boabdil, mientras Fernando permanecía a su lado, y toda su corte de pie frente a ellos. Jalib se había retirado a un lugar casi oculto, sabía que su sitio estaba en el último lugar de todas las personas que habían acompañado a los reyes cristianos hasta la Alhambra.

Isabel permanecía en silencio, miraba desconcertada para todos lados, aún no asimilaba que ella era ahora la dueña de aquel recinto por el que tanto había esperado y luchado. Desde ese momento podía considerarse una de las reinas más grandes y poderosa de Europa. Pero todo no era fácil, en Castilla existían muchos nobles que estaban descontentos. Debería ser sagaz y usar la mano izquierda, para poder dirigir con certeza e inteligencia sus reinos. Ese

día no quiso recorrer ninguna estancia del recinto palaciego. Solamente indicó a su confesor privado que levantara un altar, donde poder rezar, para dar las gracias a Dios por ese día tan glorioso. Isabel pidió a una de las damas que le pusieran un manto sobre sus hombros; el día iba cambiando, el brillante sol de por la mañana se iba convirtiendo en negros nubarrones que, sobre la Alhambra, amenazaban descargar abundante lluvia. El frío característico de Granada se hacía notar. Ya habría tiempo de recorrer el resto de la Alhambra y los jardines del Albaicín, en donde se encontraba la residencia de verano de los reyes nazaríes.

-Mi señora- le dijo su confesor particular-, ya puede vuestra alteza pasar a vuestro dormitorio, allí he montado un pequeño altar donde vuestra majestad podrá rezar y dar gracias al altísimo por este día.

-Gracias, fray Juan, pasad conmigo. Oremos, junto a mi esposo, a nuestro señor Jesucristo. Por cierto, fray Juan, encargaos de comunicar a maese Cristóbal Colón, creo que así se llama, que dentro de tres días será recibido por nos, y que nos explique eso de atravesar el mar tenebroso para descubrir no sé qué.

-Así lo haré, mi señora.

-Ahora recemos y demos gracias a Dios.

Los reyes, acompañados del confesor de la reina, se introdujeron en la habitación que, provisionalmente, habían habilitado como dormitorio. Era una sala cuadrada, que tenía dos grandes ventanales de cristales gruesos y de vistosos colores y que daba vista a la Sierra Nevada, que, en ese día, estaba llena de nieve hasta muy cerca de Granada. La reina se maravilló de lo que veía y llamó a su esposo:

-Ven, Fernando, contempla ese paisaje de la ciudad, que parece que está encantada. Verdaderamente, lo que describieron las bellezas de Granada se quedaron cortos en su exposición.

-Así es, Isabel. Pero ahora nos queda mucho por hacer por este reino y sus gentes.

-Todos serán nuestros hijos y como a tales los tendremos. Pienso, Fernando, mi amado esposo, que debemos pensar en ir preparando la conquista del norte de África y atraerlos a nuestra fe.

Fernando miró a su esposa, con una cierta sorpresa, por sus palabras de conquistar el norte de África. ¿Es que no iba a terminar nunca? Pero, al mismo tiempo, la contempló orgulloso. Sabía que Isabel, cuando se le metía algo en la cabeza, no había nadie que la hiciera desistir de ello. Acababa de tener al reino nazarí en sus manos y ya estaba pensando en una nueva aven-

tura de cristianizar todo el norte de África; si difícil había sido el tomar Granada, dentro de la península y con tanto dinero como había costado, hasta el extremo de estar exhaustas las arcas de la corona, cómo podía pensar en una guerra de consecuencias imprevisibles y gastosas cruzando el Mediterráneo y atacando a unos reinos, como el merení, que estaban acostumbrados a la guerra y con ejércitos muy bien preparados y sanguinarios. Económicamente eso era inviable, aun imponiendo nuevos impuestos, cosa que los nobles no aceptarían. Porque él estaba convencido de que los tesoros que pudiese haber en Granada los habrían hecho desaparecer antes de que ellos llegasen. Pero, en esta ocasión, haría desistir a su esposa de que tal aventura era una utopía, por ahora, quizás más adelante...

-Isabel, debéis retener vuestra imaginación. Acabáis de tomar Granada y ya estáis pensando en una nueva aventura.

-Es verdad, Fernando, esposo mío. Pero nuestra obligación como Reyes Católicos es llevar la fe de Cristo por todo el mundo.

-Vuestro deseo es encomiable, pero imposible; los reinos y naciones que profesan el islam, el budismo y otras religiones son muy poderosos. Quitaos esa idea de la cabeza, mi señora, y centrémonos en lo que actualmente tenemos.

-Está bien, Fernando, dejemos eso por ahora y vayamos a rezar y dar las gracias a nuestro señor Jesucristo y su Santísima Madre la Virgen María. Fray Juan nos está esperando.

Ambos esposos se hincaron de rodillas delante del pequeño altar que había preparado fray Juan. En la cara de Isabel I de Castilla y León se notaba el fervor con que rezaba. Fernando la miraba de reojo, pidiéndole a Dios, nuestro Señor, que la reina cumpliera ya su promesa y que, una vez tomada Granada, se lavara y así terminar con su promesa de no cambiarse de saya hasta tener Granada en su poder. Pues por mucho incienso que echaba fray Juan en sus rezos, no podía amortiguar el olor que desprendía la reina. Tendría que recordarle su promesa con delicadeza.

-Mi señora, Granada y su ciudadela son famosas por sus baños. Según me han contado, existen en la Alhambra baños llenos de delicados mármol y fuentes por cuyos caños sale agua fría y caliente. Yo voy a darme un baño pues mi cuerpo no se ha lavado desde las últimas lluvias. Vos, mi señora, haced lo mismo, que, puesto que ya habéis cumplido con nuestro Señor Jesucristo, ahora podéis cumplir con vuestra promesa.

-Bien que acepto vuestra indirecta, Fernando, sé que mi cuerpo huele mal, pero antes que limpiar mi cuerpo, he querido limpiar mi alma. Llamaré a

mis damas e iremos a los baños. Esta noche te espero en mi habitación, esposo mío. Pues Dios no solamente quiere que convirtamos a su fe a los herejes, sino también que le demos hijos para luchar por su fe.

Fernando carraspeó un instante, pues en su ánimo no estaba complacer a la reina. Mientras ascendían hacia la Alhambra, había visto a una moza fuerte y de grata presencia y, sobre todo, de abundantes dones en su cuerpo, a la que sonrió al verla, y esta correspondió a su sonrisa, y tenía la intención de visitarla esa noche. Ya había dado orden a uno de sus capitanes de que averiguara el nombre de la muchacha y fuese esta compensada con algunas monedas para así allanarle el camino.

-Mi señora, nada me alegraría más que complaceros esta noche, pero ello va a ser imposible. Tengo un gran cansancio y muchas cosas por hacer. Pensad que acabamos de llegar y prácticamente nada sabemos de este reino.

-Fernando, mi amado rey, nada hay más importante a los ojos de Dios que el cumplir con vuestra obligación de esposo y ampliar nuestros descendientes. Debemos tener muchos hijos, pues, desgraciadamente, muchos infantes mueren al poco de nacer y nuestra sucesión debe estar garantizada, y eso es teniendo muchos hijos.

-Isabel, por una noche que esperemos, no va a pasar nada ni se va a disgustar Dios, ya tenemos descendientes. Dejémoslo para mañana o, mejor aún, para dentro de unos días, en que estemos más descansados.

-Te espero esta noche en mi aposento, esposo mío. No me hagas esperar mucho.

A Fernando no le gustaron nada las palabras autoritarias de su esposa, no le quedaría más remedio que complacerla esa noche, y dejar para mejor ocasión la visita a la moza granadina.

Isabel dio la orden de que prepararan lo necesario para darse un baño, pues necesario era cambiarse de saya, ya que mucho habían sido los días que por promesa no se había cambiado de muda. Media hora más tarde todo estaba preparado para que pudiera la reina limpiar su cuerpo y quitarse los malos olores. Acompañaron a la reina hacia la sala de los baños de la Alhambra, que hasta hacía apenas dos días habían usado los miembros de la familia real nazarí. Iba acompañada la reina de varias de sus damas de más confianza y varias matronas del servicio de la reina. Una vez en la sala de los baños, un recinto suntuoso lleno de columnas de mármol blanco y distintas zonas en donde había como pequeñas albercas con agua caliente y fría en las que poder relajarse, las damas de la reina empezaron a quitarle los vestidos y sayas hasta quedarse casi desnuda, ambas damas se miraban

entre sí ante los olores que salían de su cuerpo. La reina se tapó con una toalla alrededor de su cuerpo, pues no estaba bien que sus damas pudieran verla desnuda totalmente, había que guardar el recato. Una vez dentro del agua, se quitó la toalla, pero se quedó con una saya fina puesta, fue cuando las matronas se inclinaron y empezaron a restregar con un trapo impregnado de un fuerte perfume sobre el cuerpo de la reina, que esta rechazó con un ademán brusco.

-¡Por Dios! Que cosa tan fuerte, esas moras eran todas unas libidinosas, este perfume es obra del demonio. Lavadme con el jabón que he usado toda la vida.

-Perdonad, majestad -dijo una de sus damas-, pero no tenemos ahora jabón. Este es un perfume posiblemente traído de arabia.

-No me gusta, voy a oler como una concubina del harén de Boabdil.

-Este perfume inducirá a vuestro esposo a que esta noche os requiera.

-Ni, aun así. Dios, nuestro Señor, no dijo que las mujeres tenían que perfumarse para traer a los hombres, que robustos y sanos hijos han parido las mujeres castellanas siempre, sin tantos baños y limpieza, pues de tanto bañarse se puede perder el color de la piel y contraer una enfermedad.

Las matronas no hicieron caso -a indicación de una de las damas de la reina- siguieron frotándola. Unos minutos más tarde, la saya, que todavía cubría el cuerpo de la reina, estaba hecha girones. La reina se puso en pie y fue cubierta con la toalla y la ayudaron a salir de la bañera; una vez fuera, vieron que era más pequeña de estatura que lo que aparentaba vestida. Una gran mata de pelo rubio le llegaba hasta la cintura y, sin ser bella, sí era muy agraciada y mantenía en sazón toda su frescura de años anteriores.

Las damas la vistieron con delicadeza mientras la alababan:

-Majestad, estáis muy bella; sin duda alguna, el baño ha sentado muy bien a vuestra majestad. Vuestra cara resplandece y vuestra mirada es luminosa. ¿Quiere vuestra majestad que derrame sobre vuestro cuerpo unas gotas de este unguento?

-Por Dios, Isabel, ¿no os parece bien con el baño?

-Sí, majestad, como vuestra alteza desee.

-Soledad -dijo la reina dirigiéndose a su otra dama-, da la orden de que todas mis damas se bañen mañana, que, si vuestra reina ha hecho el sacrificio de bañarse, ellas no sean menos y a partir de ahora nos bañaremos más a menudo, por lo menos una vez cada quince días, que, si las moras se bañaban, según me han contado, cada día, nosotras para no ser como ellas,

lo haremos cada quince día. Pues vaya, que al bañarnos muy a menudo podamos contraer alguna enfermedad, no obstante, habré de consultar con mis médicos.

Los habitantes de Granada permanecían sumidos en el dolor, tristes y apenados por la marcha de su sultán y de todos los personajes mas importantes de su corte y, sobre todo, por no saber a ciencia cierta qué les iba a dispensar el destino una vez que los Reyes Católicos habían entrado en Granada y se habían establecido en la Alhambra. Nada bueno les deparaba el destino. Sabían que a no tardar mucho todo cambiaria para peor, hasta el momento, las soldadescas cristianas no habían maltratado ni avasallado a ningún habitante de la ciudad, pero eso no tardaría mucho en suceder, así lo pensaba el maestro coránico Hamed, dirigiéndose a los que formaban la reunión en secreto, en una casa cercana a la alcaicería.

-Una vez que nuestro sultán, Ala lo proteja, ya no está con nosotros, debemos de unirnos todos para luchar para no perder nuestros derechos. Ahora debemos considerarnos huérfanos y, aunque yo confío en lo que ha prometido nuestra nueva reina Isabel I de Castilla, sé que nos aguarda pasar muy malos momentos y penurias y debemos estar todos unidos. Formaremos una embajada que pida audiencia a la reina y nos exponga con claridad qué nos espera.

-Eso está muy bien, Hamed, pero yo no me fío de esos perros cristianos, una vez que han tomado la ciudad, no cumplirán nada de lo que prometieron.

-Tengamos fe -dijo Hamed-, yo confío en los reyes cristianos, en quienes no confío nada es en sus clérigos y obispos, ni en la soldadesca. Hasta ahora, salvo algún incidente aislado, la cosa no ha ido a mayores, pero todo puede suceder. Nuestras mujeres y haciendas no están a salvo del todo.

-¿Creéis, Hamed, que nos recibirán los reyes cristianos? Ahora deben estar muy ocupados profanando los aposentos de la Alhambra.

-No lo sé. Lo intentaremos y que Alá, el misericordioso, nos ayude.

¿Y quién de nosotros formará dicha embajada?

-No debe ser muy grande, a lo sumo tres personas.

Isabel y Fernando pasaron su primera noche en la Alhambra. Isabel, después de haber orado durante bastante tiempo, dándole gracias a Dios por tener bajo su autoridad a toda la península, se acostó en una cama a la que no estaba acostumbrada debido a las prisas en tomar posesión de dicho recinto, lo cual era prioritario para ella en esos momentos, ya que constituía la demostración de su éxito. Se trataba de un camastro improvisado, cuatro tablas sobre un armazón de madera y, sobre estas, un colchón de lana y, sobre este, varias mantas y colchas cubrían a la reina. La noche era especialmente helada y a través de la ventana que había a su izquierda podía ver cómo caían los copos de nieve. Todo estaba en silencio. Solamente de cuando en cuando se producía algún ruido extraño que venía de las profundidades de los sótanos y pasillos ocultos de la Alhambra. En su mayor parte, esos ruidos los producía el vuelo rasante de los murciélagos o, en el peor de los casos, de los fantasmas del castillo rojo embrujado.

Isabel tenía en sus manos un rosario y casi no pudo dormir en toda la noche. La pasó rezando y al mismo tiempo sentía una cierta angustia al pensar en el desgraciado de Boabdil, quizás era ese pensamiento el que le impedía conciliar el sueño. Pero esa era la historia, su historia, cimentada en la traición, los engaños y el asesinato. En ese momento se acordó de su hermano Alfonso, asesinado por sus enemigos, lo que allanó el camino para que ella fuese reina de Castilla y ahora de Granada. Así pasó la noche a duermevela, hasta que con las primeras luces del día empezaba a despertar Granada.

Ese día 3 de enero no fue un despertar alegre para los habitantes de la ciudad, quizás los únicos que estaban exultantes eran los reyes cristianos y todos sus seguidores. Los habitantes del Albaicín y demás barrios estaban sufriendo doblemente: sufrían por ellos porque no sabían aún que les iba a deparar el destino con los nuevos reyes, y por la pena de haber visto marcharse humillado a su querido sultán.

-Buenos días, Isabel, ¿habéis dormido bien?

-No, Fernando, toda la noche he estado en vela. El frío ha sido muy intenso y la cama que me han preparado no la tiene ni un mendigo. Mandaré que preparen hoy una cama en condiciones. Y tú, querido Fernando, ¿cómo habéis pasado la noche?

-Igual que tú, mi señora, la cama era igual, aunque debo reconocer que yo estoy acostumbrado. He dormido en sitios peores, sobre todo cuando estábamos de campaña.

-Parece, Fernando, que hoy va a lucir el sol.

-Al menos, el cielo está inmensamente azul.

-Acompañadme en el desayuno, Fernando, debemos hablar y empezar a resolver los asuntos de este, nuestro nuevo reino. Y recibir a los representantes de la ciudad. Pero antes de desayunar, debemos oír misa y dar gracias a Dios.

-De acuerdo, mi señora, así se hará. Pero mientras vos oís misa yo daré una vuelta y comprobaré que todo está bien. Me reuniré con vos, mi señora, en el desayuno.

Fernando siempre había sido un hombre muy fogoso, algo que sabía muy bien Isabel, pero a Fernando no le bastaba solamente Isabel, y que esta tuviese embarazos tras embarazos. La diferencia entre ambos era que Isabel se dejaba fecundar porque sabía que su deber era tener hijos, para afianzar la corona y ofrecerlos a Dios. El sexo a Isabel le importaba poco, al contrario que a Fernando, que tenía varias amantes e incluso había tenido hijos con ellas, cosa que nunca ignoró la reina Isabel. Se dice que Fernando comentaba con sus más allegados que nunca había visto desnuda a su esposa, cosa, por otro lado, nada raro, ya que en aquella época casi todos los matrimonios nunca se vieron desnudos, una vez en la cama y cuando así lo deseaba el marido copulaba sin una palabra de cariño, lo hacían mecánicamente porque había una obligación indiscutible, que era procrear, todo lo demás era pecado, y así les iba.

Fernando salió fuera de la habitación que había servido de dormitorio y se dirigió hacia donde estaba el cuerpo de guardia. Al verlo, uno de los soldados dio la voz de aviso, inmediatamente se formó la guardia y un capitán salió al encuentro del rey.

-Sin novedad en la guardia, majestad.

-Capitán, debéis estar alerta y que hagan guardia los soldados más experimentados, no debemos fiarnos de nadie y menos de los moros, pienso que habrá altercados cuando menos lo esperemos. Aunque haya salido el rey moro de Granada, aquí le deben quedar súbditos fieles. Proteged constantemente a la reina cuando salga a pasear.

-No pasad cuidado, señor, obraremos con la mayor precaución.

-Por cierto, capitán Gálvez, ayer cuando veníamos hacia aquí pude ver a una muchacha mora muy guapa asomada a una de las casas que hay antes de nuestra entrada en la Alhambra. Haced lo posible para averiguar quién es y cómo se llama.

-Así lo haré, mi señor.

-Hacedlo con la mayor discreción. ¿Comprendéis, capitán Gálvez?

-Por supuesto, mi señor.

El rey Fernando se dirigió hacia el interior de la Alhambra, la reina lo estaba esperando para desayunar.

-Fernando, esposo mío, el desayuno nos espera, que, aunque frugal, será suficiente. Yo ya he cumplido con mis deberes con Dios, a Él le he pedido por ti y por nuestro reino. Una de las obligaciones que adquirimos es tratar de cristianizar a nuestros nuevos súbditos de estas tierras.

-Isabel, esposa mía, te recuerdo que, en las capitulaciones con Boabdil, se decía que no se obligaría a nadie a aceptar nuestra fe y a disponer de su hacienda.

-No lo olvido, Fernando, así es, pero ello no quita que nuestros santos monjes les impartan clases de nuestra fe, para que paulatinamente vayan aceptando nuestra religión. Con un poco de trabajo, poco a poco lo conseguiremos. Todo sea por Jesús Nuestro Redentor.

Una vez terminado el desayuno, Fernando se dirigió hacia una de las salas junto a la recámara de la reina, sabía que en ese momento estaría allí sola Isabel Villarrubia, dama de segunda categoría de Isabel de Castilla, con la que había tenido algunos escarceos. Necesitaba desahogarse y con su esposa era por ahora imposible, ya que para ella no había nada más importante en ese momento que Granada.

La embajada estará formada por Rachid, Amín y yo.

-Pero será difícil que los nuevos reyes se avengan a recibir una embajada nuestra. Ellos ahora están rebosantes de orgullo y soberbia por la toma de Granada.

-Es verdad, Amín. No te falta razón, pero nuestro posible éxito está en que nosotros nos adelantemos a pedir y, sobre todo, averiguar las intenciones auténticas de los reyes, ya que así sabremos la verdad de lo que piensan hacer con los habitantes de Granada que hemos quedado aquí. Me han dicho que la reina Isabel es muy piadosa y generosa, pienso que su intención no es humillarnos ni violentarnos, me dan miedo algunos de sus clérigos y obispos, que son los que, a espaldas de Isabel y Fernando, pueden querer obligarnos a aceptar su religión, como tampoco me fio de la soldadesca, violenta y viciosa.

-¿Cómo vamos a llegar hasta ellos si no conocemos a nadie entre sus capitanes y ministros?

-Ya he pensado en ello. El dinero abre todas las puertas.

-Es verdad -dijo Ibrahím- y, aun así, ¿quién hará esa gestión?

-Tiempo al tiempo. Confíemos en Alá, tenemos a un tal Jalib, a quien conozco, pues su madre fue criada de la mía. Lo haremos llamar y, a través de él, sobornaremos a algún capitán o ministro de los reyes y con una fuerte suma de dinero nos concertará una cita con la reina Isabel.

-Creo no equivocarme, los reyes irán llamando a las autoridades de nuestra ciudad, así como a los clérigos más importantes de las mezquitas, para recabar información e informarles de lo que piensan hacer a partir de ahora.

-También yo lo creo -comentó Omar-, pero tú, Amed, eres uno de los hombres más importantes y representativos de Granada, quizás los nuevos reyes te llamen y ya no sería necesario tener que invertir dinero en buscar a nadie que facilite el vernos con los monarcas cristianos. Alá, el todopoderoso, los destruya por su sacrilegio.

-Cierto, Omar, quizás me llamen o no, aún quedan personajes muy importantes en Granada de los nuestros, pero también es cierto que no son de fiar, ya que ninguno de ellos, aun siendo ricos, nada han entregado de sus riquezas a nuestro desgraciado sultán, Alá lo proteja siempre.

-Rachid tiene razón.

-Así es. Muchos de los nuestros querrán estar a bien con los nuevos monarcas, por lo tanto, acatarán lo que estos manden. Tratando de sacar el mayor partido de la situación, sin pensar en los demás, en nuestras gentes, los más pobres y desvalidos. Por lo tanto, debemos coger a los reyes Isabel y Fernando en caliente, expresarles nuestro acatamiento y sacarles la promesa por escrito que se deberán respetar nuestros derechos. Amín, encárgate tú de avisar a Jalib de que se reúna con nosotros mañana, después de la tercera oración.

-Me cuidaré de ello, Amed. Mandaré a uno de mis criados para comunicárselo.

-Entonces, suspendamos esta reunión, saldremos de uno en uno por la puerta de atrás. La calle es poco transitada, no es bueno que nos vean a todos juntos. La paz del Profeta os acompañe.

-A ti también, Amed.

Jalib transitaba por la Alhambra con una cierta libertad, ya que siempre estaba dispuesto a realizar favores a la guardia de los reyes Isabel y Fernando. Su conocencia de todos los rincones del palacio le permitía

que muchas veces sus movimientos resultaran desapercibidos. Él, como nadie de los empleados de la ciudadela, conocía sus secretos y miles de leyendas que se habían ido tejiendo a través de los siglos. Leyendas de encantamientos y hechos maravillosos que se habían ido transmitiendo de generación en generación, aumentando cada narrador un poco de su cosecha e imaginación. Aunque la mayoría de esas leyendas terminaban siempre en tragedias. ¿Cuánto de verdad y cuánto de mentira yacía en aquellos relatos? Jalib tenía que facilitar el camino para que la embajada capitaneada por el anciano Amed pudiese ser recibida por los monarcas cristianos. En sus manos tenía una bolsa de monedas de oro suficiente para hacer desaparecer a cualquier persona de este mundo, si venía al caso. Iba caminando por los jardines cerca del cuerpo de guardia cuando fue llamado por el capitán:

-Jalib, quisiera que me hicieras un favor.

-Mandadme, capitán, estoy a vuestro servicio, pero antes me gustaría poder hablar contigo a solas.

-¿Para qué?

-Debo hablaros de algo de suma importancia y de provecho para vuestra merced.

-Está bien. Jalib, pero cuidado: un gesto extraño por tu parte y esta daga rasgará tu garganta.

-Descuidad, capitán, no estoy loco, yo sé quiénes son actualmente mis señores.

-¿Quiénes son?

-Los poderosos Reyes Católicos, Alá los proteja y les de larga vida.

-¿Querrás decir Dios?

-Dios o Alá, qué más da. Todos invocamos a Dios, lo de menos es que nombre usamos.

-Está bien, entremos en aquella sala, ahora no hay nadie.

Jalib se metió la mano en uno de los grandes bolsillos de su pantalón bombacho y sacó el saquito con las monedas.

-Capitán, en esta bolsa hay una gran cantidad de monedas de oro, me la ha dado el venerable Amed. Tuyen son si podéis conseguir que mi señor Amed y sus acompañantes puedan entrevistarse con sus majestades en audiencias. Aquí hay lo suficiente para que os podáis sentir rico. Hacedme ese favor y las monedas de oro serán vuestras.

-Está bien. Intentaré que mis reyes reciban a esa embajada. Nece-

sito algunas monedas para abrir algunas puertas. Dentro de unos días os contestaré.

-De acuerdo, capitán, tomad diez monedas, serán suficientes para que se abran esas puertas, el resto te las daré cuando mi señor Amed se entreviste con vuestros reyes.

-Si intentas engañarme, Jalib, tu cabeza rodará por los suelos.

-Nunca os engañaré, capitán. Solamente tengo una palabra.

-Que no deja de ser la palabra de un criado moro.

-También vuestra merced, es esclavo de vuestros reyes. Todos somos criados de aquellos señores a los que servimos, solamente se es libre o no según nos comportamos, pues hasta los poderosos reyes son esclavos de sus obligaciones y más de una cabeza coronada ha rodado por el suelo, por el descontento de sus súbditos, y en su lugar han puesto a otros monarcas. Como verá vuestra merced, todos, de una manera u otra, somos esclavos. Que la paz de Mahoma, el mensajero de Dios, quede con vuestra merced.

La noche había sido muy larga y angustiosa para Boabdil y sus gentes, durante toda la noche estuvo lloviendo sin parar, y por toda la población se oía el llanto de los niños y los lamentos de las personas mayores al verse en aquella situación. El viejo Rachid conversaba con varios hombres mientras acercaban las manos al fuego que había estado encendido toda la noche.

-Me pregunto, pero, sobre todo, le pregunto a Alá, por qué nos ha abandonado y nos vemos huyendo como proscritos hacia un destino desconocido e incierto, todo lo hemos perdido: casa, tierras, familia y honor. Después de 800 años, en que hemos embellecido Granada y todo al-Andaluz. nosotros, que hemos fomentado las ciencias, la física, la medicina, la astronomía. Nosotros, que hemos hecho traer el agua de sitios remotos con grandes obras de ingeniería para regar las huertas, que hemos apoyado la cultura y hemos sabido vivir con las tres culturas, cristiana, judía y árabe, sin problema alguno. Nosotros, que hemos hecho de toda Andalucía un vergel, nos vemos ahora vagando como mendigos hacia un exilio impuesto por unos reyes perversos y embusteros. ¡Alá, el todopoderoso, confunda!

-Decid verdad. Rachid. No temo por mí, yo ya soy un anciano y pronto, si es el deseo de Alá, estaré en el paraíso. Pero me pregunto qué será de los jóvenes y de los niños, que no saben qué es lo que pasa. Escuchad cómo lloran, ¿qué porvenir les espera sino es miseria y muerte?

-Tendremos que esforzarnos, Alí, para que no sufran mucho. Quiero creer que allí adonde vamos habrá tierras fértiles donde poder cultivar y casas donde poder vivir, al menos, dignamente. Lo que haya de ser, será.

-Me pregunto, Rachid, cuáles son los planes de nuestro soberano, qué es lo que piensa hacer cuando lleguemos a nuestro destino.

-Creo, Alí, que ni él lo sabe. ¿No has visto lo triste que ha estado todo el día?, apenas ha hablado ni le hemos visto comer nada. Su corazón debe sufrir mucho y pienso que, más que por él mismo, sufre por los suyos. Debe ser muy triste pasar en unos minutos de ser el sultán de Granada a ser un paria como todos nosotros. Solamente nos queda confiar en Alá, y pensar que recibiremos ayuda de nuestras gentes por esos pagos.

-Va a ser muy difícil, para nuestros niños y jóvenes, superar esta tragedia y, además, confiar en los Reyes Cristianos, si pasado un tiempo no nos hostigan para que dejemos nuevamente nuestros hogares y tierras.

-No pensemos en eso, Alí, ahora y tratemos de dormir un poco, nuestras ropas ya están secas, mañana nos espera un día muy duro, pidámosles a Alá que no llueva para que nuestra marcha sea más ágil y rápida. Agradecemos a estas buenas gentes de Lanjarón que nos hayan dado cobijo y comida. Pues lo poco que tienen no han dudado en compartirlo con nosotros, la generosidad y la caridad no han dejado de ser una norma en nuestras gentes. Que la paz del Profeta esté contigo, Alí. Buenas noches.

-Buenas noches, Rachid, igualmente te deseo. Dentro de unas horas amanecerá y es conveniente descansar un poco.

Serían las siete de la mañana cuando ya se podía divisar la claridad del día y como en la lejanía, allá por las tierras de Almería, empezaban los rayos del sol a abrirse camino a través de los pocos nublados que aún existían. Toda la noche había estado lloviendo sin parar, hasta que poco a poco los nublados se iban retirando y ya algunas chimeneas volvían a encenderse, el frío era intenso. Algunas mujeres del pueblo preparaban comida para dar a los viejos y niños. Aunque, en verdad, poco tenían para dar a tantas gentes.

Boabdil, que apenas había podido dormir, se encontraba sentado sobre la cama y, sobre su mano, el eterno rosario que hacía girar rápido, de sus ojos resbalaban lágrimas que corrían sobre su cara, sin hacer gesto alguno para

secársela. Sufrió por los suyos y por la desdicha de no poder ver ya jamás a su querida Granada. Fue su esposa Morayma quien se acercó a él diciéndole:

-Mi querido esposo, debéis bajar abajo, allí está parte de tu séquito, esperando a que estéis presente para comer un poco de lo que estas buenas gentes nos han preparado y a continuación emprender el camino hacia nuestro destino.

-Está bien, mi querida esposa. Bajaré, pero esperaré unos minutos, no quiero que me vean llorar. Baja tú. Yo bajaré en seguida, no quiero bajar como un sultán humillado, sino como un sultán que solamente va a pasar una temporada de descanso en una de sus posesiones.

-Me alegra oírte hablar así, mi señor.

Las generosas gentes de Lanjarón despidieron a Boabdil y a los que iban con él camino de Lújar de Andarax. Con lágrimas en los ojos, las mujeres lloraban desconsoladamente, mientras los niños miraban la escena sin poder valorar lo que aquello significaba. Los hombres con el semblante serio y sus ojos brillantes de rabia. Sabían que se terminaba una civilización que había durado ochocientos años, llenos de grandeza, que nunca más volvería a suceder. Nadie se metió en sus casas, quisieron acompañar con la vista a los humillados hombres y mujeres que iban con Boabdil, camino de ninguna parte. Allí esperaron todos a pesar del frío intenso de la mañana, hasta que la comitiva se perdió en un recodo del camino enfrente de Lanjarón camino de la población de Órgiva. El camino de tierra, debido a la lluvia caída la tarde y noche anterior, estaba embarrado, formándose grandes charcos y pequeños regueros de agua, que hacían difícil caminar cómodamente. Nadie hablaba. Los carros dejaban dibujado en la tierra profundos surcos. Pronto llegaron a un riachuelo que llevaba bastante agua y que era difícil de pasar. El primer componente de la marcha volvió su caballo en busca del capitán, máxima autoridad tras Boabdil.

-Capitán, tenemos que cruzar un riachuelo que, aunque no lleva mucha agua, sí es peligroso para los carros, ya que está muy pendiente, debe venir y verlo y decidir qué es lo que debemos hacer.

-Esta bien. Que se paren todos. Echaré un vistazo y decidiremos qué hacer.

El capitán llegó hasta la cabecera de la comitiva y, efectivamente, había mucha pendiente para arriesgarse a cruzar por él. Echó un vistazo y comprobó que no había otro lado por donde pasar sin correr riesgo. La única fórmula viable era volver para atrás y cruzar la rambla que había a una hora de camino más atrás, aunque ello retrasaría un tiempo el llegar a un lugar seguro donde descansar.

-Hay una solución viable, capitán.

-¿Cuál es?

-Como podrás ver, capitán, existen por aquí muchos árboles y piedras de buen tamaño, podríamos cortar algunos árboles y, con las piedras y el barro, construir una pared que puedan cruzar los carros sin ningún problema.

El capitán Gálvez se encontraba eufórico y, al mismo tiempo, preocupado, ya que, si, por un lado, la bolsa de monedas era apetitosa para poder realizar ciertos caprichos, por el otro, le inquietaba saber si podría realmente hacer que la embajada mora pudiera entrevistarse con los reyes Isabel y Fernando. Ya eran varias las solicitudes que habían llegado a la Alhambra, pidiendo ser recibidos por los reyes: médicos y hombres de ciencias, clérigos y algunas de las más importantes familias que aún quedaban en Granada. La mayoría de esas peticiones eran para rendir pleitesía a los nuevos amos de Granada, porque más valía estar a bien -aunque a disgusto- con los nuevos soberanos que no ser señalados como personas que estaban descontentos con el nuevo orden establecido.

El capitán Gálvez se reunió con uno de los ayudantes de la secretaría de los reyes, de nombre Simplicio, era este un tipo de pocos escrúpulos, que por unas monedas haría lo que le pidieran siempre que tal petición no fuese en contra de sus reyes, sobre todo, contra la reina Isabel, por la que sentía una gran devoción y antes se dejaría matar que hacer o decir algo que fuese en contra de ella. El capitán invitó al ayudante de secretaría a varios vasos de vino, en el cuerpo de guardia de la Alhambra.

-¿Qué queréis de mí, capitán?, porque esta invitación de vuestra merced no será por gusto, sino porque a cambio esperaréis de mí algún favor. ¿Estoy en lo cierto, capitán?

-Tenéis razón, necesito que me hagáis un favor. Por ello serás recompensado con unas cuantas monedas de oro, que os vendrán bien, porque, según sé, ya lleváis varios meses que no cobráis ningún salario.

-Así es, capitán, la hacienda de nuestros reyes está vacía, esperemos que la conquista de este reino llene sus arcas y podamos cobrar pronto nuestros emolumentos. Creo, capitán, que vos tampoco debéis ir muy sobrado de

dinero. ¿Pero qué es lo que debo yo hacer para recibir esas monedas que me ofrecéis, y cómo han llegado a vuestro poder?

-Vuestra merced es quien registra diariamente las peticiones que hacen los nobles y clérigos de la ciudad para que nuestros reyes les reciban en audiencia. ¿No es cierto?

-Así es, capitán.

-Todo lo que tenéis que hacer es meter en esa lista el nombre de un moro muy importante, que quiere ser recibido por nuestros monarcas, a cambio, recibirás cinco monedas de oro. Pero debes ponerlo de los primeros de la lista, alterar el orden debe ser para ti fácil. Como verás, todo es limpio y claro.

-¿Cuándo me haréis entrega de las monedas? ¿Habéis dicho, capitán que son de oro?

-Así es, Simplicio, de oro y del bueno. Con esas monedas podréis consideraros rico durante una temporada.

-¿Cuándo me las entregaréis?

-En el momento en que vos me digáis el día y la hora en que serán recibidos esos moros.

-Debéis darme el nombre de esas personas y cuál es la petición que quieren hacer a nuestros reyes. Debéis saber que solamente reciben a dos personas en cada audiencia.

-Aquí tenéis los nombres de esas dos personas, que son hombres de gran importancia en Granada, y la petición que quieren pedir a sus majestades.

-Mañana mismo os diré el día y la hora en que serán recibidos en audiencia.

-Espero que sea pronto, las monedas de oro están a buen recaudo. Si mañana me dais noticias satisfactorias, los dos sacaremos provecho de ello. Tomad el último vaso de vino y salid por la puerta que hay junto al centinela, no quiero que nos vean juntos demasiadas gentes.

¿Cómo haré para comunicaros el día y la hora de la audiencia?

-Yo me pondré en contacto contigo, por mi cargo, puedo ir por todo el palacio sin despertar sospecha alguna.

-Estaré esperando. Buenas tardes, capitán. Quedad con Dios.

-Él vaya contigo.

El secretario, Simplicio, era un hombre bajo y mas delgado que un alfiler, de trato áspero y persona de la que uno no debía fiarse mucho. Siendo

niño había sido adoptado por un matrimonio hacendado de una aldea cercana a Medina del Campo; cuando fue adoptado, Simplicio no pesaría más de veinte kilos y tenía 10 años, era un niño famélico y desnutrido, que había ido dando tumbo por mercados y ferias, malviviendo de lo que algunas mujeres caritativas le daban y de lo que él podía hurtar. El hambre y los golpes recibidos durante mucho tiempo habían hecho del muchacho casi una piltrafa humana. Casi siempre iba descalzo y sus ropas eran más bien jirones. Un día, se encontraba en la feria de una aldea cercana a Medina del Campo, esperando a ver si podía llenar la barriga y, a ser posible, robar alguna gallina de alguna matrona despistada y después comerla asada o cocida. Se hallaba sentado en el escalón de un porche, guareciéndose del sol inclemente que caía, cuando vio llegar a una pareja que le causó buena impresión; al estar a su altura, Simplicio se levantó y, dirigiéndose a la pareja, les dijo:

-Buenos días tengan vuestras mercedes, ¿podrían darme alguna moneda por caridad?, no tengo padres y estoy solo en la vida.

-¿Cómo te llamas, muchacho?

-Simplicio.

-¿No tienes apellidos?

-No, señora, solamente sé que me llamo Simplicio, nada más.

-¿Cuántos años tienes? -preguntó el hombre.

-No lo sé con certeza, creo que diez, aunque parezco más mayor.

El matrimonio estuvo hablando entre sí unos minutos y después se dirigieron al muchacho, diciéndole:

-¿Te gustaría vivir con nosotros? Dios no nos ha dado hijos y tú podrías llenar ese vacío. Con nosotros nada te ha de faltar y dejarás de vivir como un mendigo.

Simplicio estuvo pensando un rato antes de dar una contestación. El ofrecimiento que le hacía la pareja era una buena ocasión de tener unos padres y, sobre todo, comida y techo seguro, aunque, por otro lado, perdería la libertad de ir de un lado para otro. Los tiempos eran malos y más valía panza llena y refugio seguro que libertad engañosa.

-De acuerdo, si ustedes así lo desean, me iré con ustedes.

-Nuestro nombre es Damián y mi mujer, Petronila, tenemos el carro y el mulo en la posada, vámonos para allá y nos iremos, lo que teníamos que hacer aquí ya lo hemos hecho. Vamos, muchacho. En media hora estaremos en mi casa y podrás lavarte, que falta te hace, y vestir con ropas nuevas.

Así, el tal Simplicio dejó de ser un vagabundo muerto de hambre para

vivir cómodamente y querido por los que pasaron a ser sus padres, cosa de la que siempre había carecido.

El capitán miró al soldado y, dirigiéndose a él, le dijo:

-Puedes que tengas razón, disponemos de los materiales necesarios para hacer un muro que facilite el paso de los carros. Voy a ir a ver a nuestro sultán, tú prepara las hachas y palas necesarias para la obra y avisa a algunos de los maestros de obra para que dirijan el trabajo.

El capitán llegó hasta donde estaba Boabdil.

-¿Qué sucede, capitán? ¿Por qué se ha parado la marcha?

-Mi señor, perdonad, pero debemos cruzar un riachuelo con mucha pendiente, y debemos preparar el camino para que puedan pasar los carros.

-¿Se tardará mucho tiempo en realizar ese trabajo? Tengo ganas de llegar a Órgiva.

-Como mínimo, de tres a cuatro horas. Debemos cortar árboles para que contengan la tierra y las piedras, para que allanen el camino.

-Poned mano a la obra en seguida.

Algunos soldados, criados y albañiles cortaron árboles y, con ellos y grandes piedras clavadas en la tierra, rellenaron el hueco con matorrales y tierra. Una vez terminado, el capitán se dirigió nuevamente al monarca:

-Mi señor, hemos terminado de acondicionar el camino, creo que no habrá dificultad alguna al pasar por el riachuelo.

-¿Estás seguro, capitán?

-Eso me han dicho algunos de los albañiles que han hecho el trabajo.

-Está bien, que pase un primer carro, solamente con el carretero, para ver cómo resiste la obra.

-Está bien, mi señor, ahora doy la orden.

El primer carro pasó sin dificultad alguna, aunque la rueda derecha se hundió más de lo debido en el suelo.

-Que pongan piedras planas por donde se ha hundido la rueda para que esté más firme el suelo -dijo uno de los albañiles de más experiencia.

Poco a poco, fueron pasando los carros, la caballería y los demás animales de carga como burros y mulos. Boabdil se quedó esperando hasta que pasó el último carro por la improvisada construcción, no habrían andado cien metros cuando se escuchó un gran estruendo, se giraron y vieron que el muro de contención se había deslizado pendiente abajo arrastrando todo lo que encontraba a su paso por la crecida del agua del riachuelo. Nada dijeron, aunque todos estaban pálidos. Solamente musitó unas palabras dando las gracias a Alá el sultán Muhammad.

La triste y afligida comitiva siguió adelante por un camino en no muy malas condiciones, salvo las piedras sueltas, el barro y los grandes charcos que había a cada tres pasos producidas por los desniveles del camino. La mágica Sierra Nevada los vigilaba en su marcha. Hacia abajo se divisaba una orografía de montes superpuestos que se perdían hacia la lejanía. Todo era un silencio sepulcral, roto a veces por el llanto de los niños, que no entendían a dónde iban ni por qué. La lluvia había menguado bastante y solamente las gotas que caían de los árboles al pasar debajo de ellos, que eran como trozos de hielo, hacía a quien las recibía temblar su cuerpo de frío. Hacia la costa, grandes nubes bajas, que casi tocaban el suelo, hacían presagiar que pronto -quizás al término del día- dejaría de llover, en esa esperanza estaban todos los exilados que, errantes, seguían andando como fantasmas visibles y doloridos. Hasta ellos llegaba nítido el ruido que producían los ríos y barrancos henchidos que descendían desde las altas cumbres de la sierra mágica. Al pasar cerca de los huertos se veía como el agua de las acequias rebozaba y se perdía por entre las laderas sembradas de almendros e higueras. El camino, conforme iban llegando a Órgiva, se iba ensanchando, antes de llegar a esta población, a mano izquierda comenzaba un camino de herradura que llevaba a las alquerías y poblaciones de la alta Alpujarra.

La comitiva se paró cuando dieron vista a la población de Órgiva. Como había sucedido en Lanjarón, un capitán de la reducida guardia del sultán se adelantó para comunicar a las autoridades de la población la llegada del sultán, por lo que las gentes se pararon hasta que llegara el capitán. Este no se hizo esperar, ya que su caballo, en un galope decidido, llegó hasta estar presente delante del sultán:

-Majestad, la población de Órgiva con sus autoridades al frente está esperando la llegada de vuestra majestad, todo está ya preparado para acoger a todos los nuestros.

-Gracias, capitán. Que la acogida sea favorable y que la estancia sea más grata que en Lanjarón. Aunque debemos agradecer todo lo que han hecho por nosotros, pues más no tenían. Pongámonos en marcha, capitán, y no les hagamos esperar, pronto llegará la oscuridad de la noche, el arreglo del camino nos restó el poder llegar más pronto. En esta ocasión me pondré al frente de mis gentes, quiero que los habitantes de esta población puedan ver la tristeza y el dolor que me embarga. Ojalá Alá me hubiese enviado la muerte antes de ser visto por mi pueblo derrotado. Sí, capitán, la historia será despiadada conmigo. Mohamed Ben Abi al-Hasan 'Alí, el desdichado, el que entregó Granada como un cobarde.

-Mi señor, no debéis acongojaros, lo que ha sucedido lo ha dispuesto Alá, quizás era el momento de que acabara nuestra presencia en Granada. Ahora se nos presenta un nuevo ciclo que debemos afrontar y hacerle frente con coraje y dignidad, y que, con la ayuda de Alá, el todopoderoso, podamos construir una nueva Granada en las tierras que nos han sido dadas.

-Tú crees capitán. Yo no, pienso que, a no tardar mucho, seremos nuevamente expulsados de estas tierras. Los reyes cristianos no permitirán nuestra presencia en estas tierras que nos quedan, pues nunca estarán tranquilos. Pienso que lo más seguro es que me manden matar o, de una manera u otra, me hostiguen para que marche a África y así ellos puedan apoderarse del poco territorio que nos queda y obtener un triunfo definitivo a salvo de posibles traiciones.

La comitiva se puso en marcha, delante de la caravana iba Boabdil, erguido en su caballo negro. Sus ojos estaban hundidos y su mano derecha temblaba mientras hacía correr las cuentas del rosario. De cuando en cuando, su cuerpo se ponía a temblar y su frente ardía. La lluvia que le había acompañado casi desde que salieron de Granada y las penurias pasadas durante el trayecto recorrido habían hecho mella en su salud. Nunca había sido una persona demasiado fuerte y eso lo sabía muy bien su madre, Aixa Fátima. Boabdil iba al frente de sus gentes como una sombra fantasmagórica un brioso caballo negro tan cansado como él. Fue su madre quien primero reparó en que le pasaba algo, quizás el instinto de madre la advertía de que su amado hijo estaba enfermo.

-¿Qué te pasa, hijo mío? ¿Estás enfermo?

-Creo que sí. Todo el cuerpo me tiembla y, al mismo tiempo, me corren gotas de sudor por la espalda.

-Ya falta poco para llegar a Órgiva, allí te atenderá un médico. ¡Aguanta!

Aixa Fátima mandó a un mensajero que avisaran a algún médico para atender a su hijo, que apenas si podía mantenerse sobre el caballo. También avisó a Morayma, que iba dentro de uno de los carros. Pero advirtió a la persona mandada de que se lo dijera sin que produjese alarma, no era el momento adecuado de que los desterrados supiesen que su sultán estaba enfermo, sintiéndose todos ellos más abandonados.

Morayma llegó a la cabeza de la expedición y contempló cómo estaba su esposo. Lo vio muy enfermo. Alargó la mano y cogió la de Boabdil, aunque apenas llegaba a ella. Nada le dijo, solamente podía seguir a su lado hasta llegar a la población. Boabdil tenía la cabeza echada sobre el pecho, un soldado que iba al lado izquierdo de su caballo le sujetaba las riendas. Morayma iba dándole ánimo a su esposo, pero Boabdil se encontraba tan mal, por momentos, que era un milagro que no cayera del caballo. No habrían pasado unos minutos cuando llegaron al encuentro de la expedición un médico y una docena de hombres, que llevaban una “parihuela” para llevar en ella al monarca. Ayudaron a bajar del caballo al sultán y lo depositaron en la “camilla”, que llevaban cuatro hombres corriendo; a su lado, Morayma seguía cogiendo la mano de su esposo.

En la entrada de Órgiva, estaba prácticamente toda la población, esperando con las autoridades la llegada del que todavía era su sultán.

El alcaide se adelantó a la comitiva y dio la bienvenida al Boabdil, que apenas si podía articular palabra. Se dirigió al capitán y le dijo:

-Capitán, le llevaremos a mi casa, es la mejor de la población, ya están allí esperando varios físicos que atenderán a nuestro señor.

-Está bien, vayamos corriendo.

El capitán se dirigió adonde estaban las dos mujeres más importantes para Boabdil: su esposa Morayma y su madre Aixa Fátima. Esta iba refugiada dentro de uno de los carros, tapada hasta la cabeza, solamente llevaba descubiertos sus hermosos ojos, que, a pesar de la edad, no habían perdido su brillo y mirada penetrante que tanto cohibía a todas las personas a las que les dirigía la mirada.

-Mi señora, estaréis alojada en casa de una de las familias más importantes de esta localidad. A vuestra alteza podrá acompañarla algunas de vuestras damas y criadas.

-Capitán -dijo Aixa Fátima-, quiero estar con mi hijo, a su lado, cuidándole.

-Es mucho mejor que no, mi señora, nuestro amado sultán estará mejor solo al cuidado de los físicos. En cuanto mejore, yo se lo comunicaré a vuestra alteza.

Órgiva recibió la comitiva errante sin decir palabra, todos estaban tristes, las mujeres lloraban, porque aquella comitiva parecía un entierro de fantasmas, en sus ropas prevalecía el negro sobre cualquier otro color. Toda la caravana fue ubicada en las casas de la población, aunque muchas de ellas tuvieron que acoger a varias de las personas, ya que los llegados eran más que habitantes tenía Órgiva en 1492. Lo primero que hicieron fue atender a los niños, sobre todo a los más pequeños, que lloraban por el frío y el hambre.

Las mujeres de las casas de acogida lo primero que hicieron fue cambiar la ropa de los pequeños, ya que la mayoría de ellos llevaban la ropa mojada y, una vez hecha tal tarea, lo siguiente fue darles de comer, que consistió en unas sopas de verduras y pastas de almendras y miel. Boabdil, mientras tanto, fue atendido por los físicos, que, una vez que fue reconocido, movieron la cabeza preocupados por el monarca; uno de ellos, el de más edad, se dirigió al capitán:

-Capitán, no quiero ocultarle la gravedad de nuestro señor, pero también hay que tener esperanza en su recuperación. Nuestro señor es joven y, con cuidados y ciertos ungüentos y cataplasmas, podría recuperarse, aunque la fiebre que tiene es muy alta. Unas horas más en llegar y lo más seguro es que hubiese muerto. Ahora solamente nos queda pedir a Alá, el misericordioso, que lo proteja y esperar.

-¿Cuándo cree vuestra merced que estará bien para poder proseguir nuestro viaje hasta Andarax?

-Por lo menos en unos diez días no podrá levantarse de la cama. Con un descanso y nuestros cuidados, dentro de unos quince días podrá montar a caballo.

-¿Puedo avisar a mi señora Morayma de que venga a verlo?

-No, capitán, en unos días no debe ser visitado por nadie. Yo le informaré a vuestra merced y vos informaréis a la sultana. Las bendiciones de Alá estén con ella.

El río que pasa por debajo de Órgiva caminaba henchido de agua buscando el mar Mediterráneo, arrasando todo lo que encontraba a su paso, doblgando en su ida las adelfas y mimbres e incluso algunas paredes de piedra que servían para contener la tierra de los bancales construidos en las laderas, que servían para el cultivo de algunas legumbres y verduras, en los bordes de los bancales había árboles frutales y parras que colgaban hacia abajo y cuyas uvas maduraban sobre la yerba secas.

Said y Sara Mirian entraron en la casa, allí los estaba esperando el resto de la familia. Tras los saludos de rigor, ofrecieron a Said una bebida y un plato con pastelitos de almendras, miel y pestiños, típico de la zona de al-Itrabí. Sara no dejaba de limpiarse las lágrimas que rodaban por su bonita cara, mientras las niñas miraban a su padre sonriéndole, a la par que jugaban tocando los botones de su ropa.

-Said, ¿cómo has tardado tanto en llegar hasta mis brazos? Si tú sabías que ellos te estaban esperando.

-He venido lo más pronto posible, aunque he tenido un mal tiempo de compañía, que me ha hecho retrasar mi llegada. Pero aquí estoy, esposa mía.

-¿Por qué no has avisado de tu llegada?

-¿Con quién? Por donde he venido hasta aquí, es un terreno desconocido para mí.

-¡Te echaba tanto de menos, Said!

-También yo, esposa mía, te echaba mucho de menos y a mis hijas recordándote, se me hacía más llevadero el camino y más soportables las inclemencias del tiempo.

-Ya estás aquí, que es lo que importa.

-Así es, Sara.

-Madre, cuida de las niñas, y tú, mi querido esposo, vamos a los baños, creo que necesitas un buen baño y descansar, después, cenaremos.

-Como tú digas, Sara. La verdad es que estoy muy cansado.

En ese momento el padre de Sara se dirigió a Said-

-Said, te doy la bienvenida a tu casa. Dime cómo ha sido la salida de Granada de nuestro sultán.

-Después, padre -contestó Sara Marian-, ahora lo más importante es que mi esposo descanse.

-Me parece bien, hija mía. Después hablaremos.

Sara, una vez que hubieron dejado la sala donde estaban sus padres e hijas, se abrazó a su esposo y la besó en la boca con desesperación. Así estuvieron un tiempo hasta que Said comentó:

-Déjame, a partir de ahora tendremos todo el tiempo del mundo para nosotros. Vayamos a los baños.

Una vez en los baños, Sara despidió al criado que tenía que ayudar a Said. Cuando este hubo salido de la estancia, fue ella misma quien ayudó a su esposo a despojarse de sus vestiduras, hasta que Said quedó

completamente desnudo ante ella. Sara no pudo retener su ansiedad y se abrazó a su esposo mientras con sus manos y su boca acariciaba el pecho de este.

-Déjame amada mía, debo bañarme y descansar. Después habrá tiempo para demostrarnos amor.

Said se metió en la bañera mientras Sara vertía sobre el agua líquido perfumado, produciéndose abundante espuma que hacía que el cuerpo cansado de Said se relajara hasta el punto de casi dormirse. Después de media hora metido en la bañera y cuando el agua empezaba a estar fría, salió de la bañera poniéndose un albornoz de seda cuyo cinturón amarró Sara. Al llegar a la habitación, fue esta quien le dijo a su esposo:

-Ahora descansa, amor mío. Cuando el sol ya no dé en el porche, vendré a buscarte para la cena.

Said se echó en la cama tapándose con una sábana y, sobre esta, una gran manta de pelo de oveja. Unos minutos más tarde, se quedó dormido profundamente. El cansancio y los acontecimientos de los días anteriores habían hecho mella en su cuerpo.

Todas las gentes de la alquería de al-Itrabí celebraron alborozados la llegada del yerno de su señor. Toda la población se encontraba delante de la casa esperando que Said saliera para saludarlos. Unos minutos más tarde, salió Sara Marian a la puerta acompañada de su madre. Todos los presentes se callaron esperando lo que les iba a comunicar su señora, a la que querían y respetaban por su bondad con todos. Una vez hecho el silencio, Sara se dirigió a los allí congregados.

-Gracias a todos por el recibimiento a mi querido esposo, os estoy muy agradecida por ello. Mi esposo está descansando, una vez que se haya repuesto de su fatigoso viaje, él mismo os saludará, pues mucho os quiere a todos como si fueseis parte de su familia.

-Queremos saber, mi señora, por su boca qué es lo está pasando en Granada, pues poco es lo que sabemos aquí -dijo uno de los presentes.

-No te preocupes, Ismail, mi esposo os informará de todo, nadie mejor que él lo sabe, ya que presente ha estado en todo lo que ha sucedido en Granada. Ahora marchaos. Mañana, mi esposo os recibirá.

Poco a poco se fue haciendo el silencio delante de la casa de los padres de Sara. Nuevamente había empezado a llover y un viento proveniente de poniente hacía chirriar alguna puerta mal cerrada. Los pastores volvían con sus manadas de cabras y ovejas del campo buscando el refugio de los corrales, situados en la parte alta de la población, cercanos a un pequeño río, que

debido al invierno lluvioso de ese año llevaba un importante caudal de agua. Ya todas las casas habían encendido sus chimeneas y los ancianos y niños estaban sentados junto al reparador fuego. Las mujeres de las casas y las niñas bordaban o cosían junto a una mesa, debajo de esta, había un brasero de cobre repleto de ascuas cubiertas de cenizas. Todas bordaban en silencio, de cuando en cuando, alguna de ellas hacía una pregunta relacionada con la llegada del esposo de su señora Sara, que era contestada por otra, más mayor:

-Todo a su tiempo, hija mía, nuestro señor Said nos informará de todo lo que ha acontecido en Granada y qué es lo que sucederá con nuestro sultán, Alá lo proteja.

-Así sea -contestaron todas las mujeres.

Said estuvo durmiendo unas cuantas horas, el cansancio y el baño reparador lo habían sumido en un reparador sueño.

-¿Ya has descansado, querido esposo?

-Sí, Sara. Ahora me encuentro descansado, y hambriento.

-Pronto estará preparada la cena, mientras tanto, ven con tus hijas, te están esperando, hasta la hora de dormir serán solamente tuyas, después, solamente seré tuya yo.

-Sí, Sara, te he echado tanto de menos estos días en que he estado viajando solo, por unas tierras que no conocía, aunque debo reconocer que siempre he encontrado personas amables y caritativas, que me han dado lo mejor de ellas. Una vez más he quedado convencido de la nobleza y buena acogida de nuestras gentes para los viajeros que llegan a sus casas y les abren la puerta sin conocerlos

La comida transcurrió en silencio, quizás pensando en un próximo futuro lleno de interrogantes, que nadie sabía ponderar. Said de cuando en cuando sonreía a sus hijas acompañándolo de gestos de cariño. La mesa estaba muy bien surtida, no faltaba cordero macerado con hierbas y miel. Tampoco faltaban las ensaladas y de primero habían tomado sopas de sémola con carne picada y, de postre, al final de la opulenta comida, había sobre la mesa diferentes pastelitos de almendras y miel y pestiños.

-Creo que es momento, Said, de que nos expliques qué es lo que realmente ha sucedido en Granada y qué es lo que va a pasar con nuestro sultán. Nadie mejor que tú lo puede saber, ya que lo has vivido en primera persona -señaló el suegro de Said.

-Más importante que lo que ha pasado -dijo Said es lo que puede suceder. Seré breve en la respuesta, pues aún yo, que, como vos decís bien, lo

he vivido en primera persona, bien hubiera querido no estar allí y ver a nuestro amado sultán salir humillado de Granada, mientras los Reyes Católicos entraban triunfantes en el recinto sagrado de la Alhambra. Triste día y triste ahora que quedará para siempre en la memoria de nuestro pueblo, como uno de los días más triste de su historia.

-¿Cómo hemos podido llegar a esta situación? -preguntó Amina.

-Esto no ha sido cosa de un día ni de un año, sino de muchos años, en que las traiciones, las envidias y los malos gobiernos han ido desgastando el poder nazarí. Y, aunque me duela decirlo, en el gobierno, nuestro sultán no ha estado muy acertado.

-¿Qué pasará ahora, esposo mío? -preguntó Sara.

-Por ahora, los monarcas castellanos, han concedido a nuestro sultán las tierras de la Alpujarra, Dalías y Almería hasta Murcia, tierras, por otro lado, bastantes desérticas y ramblas secas, más propias para la cacería que para la labranza. -Nuestras gentes tendrán que empezar de nuevo y tratar de convertir en un vergel lo que hoy es casi un desierto. Como residencia de la familia real, habilitarán algunos de los palacetes que existen por allí, pertenecientes a algunas de las grandes familias de Granada.

-¿En qué situación se encuentra nuestra alquería?

-Por ahora está a salvo. Esto está lejos de Granada, a partir de ahora, dependeremos del alfoz de Almuñécar, para la recaudación de impuestos y para la administración de la justicia.

-Entonces, ¿los Reyes Cristianos no tienen autoridad sobre nosotros?

-Por ahora no. Pero mucho me temo que, a no tardar mucho tiempo, querrán apropiarse de las tierras del valle de Lecrín, hasta el mar, de las Alpujarras, y nuestras gentes tendrán que marcharse de sus tierras hasta el norte de África y pedir asilo allí.

-¿Estás seguro de ello, esposo mío?

-No creo equivocarme. Los Reyes Católicos no considerarán que su conquista sobre Granada estará completa hasta que no hayan arrojado del todo a nuestro monarca hasta allende el Mediterráneo.

Toda la familia escuchaba en silencio lo que decía Said, pero al mismo tiempo estaban todos tristes, pues algo les decía que, más pronto que tarde, terminarían ellos mismos marchando de sus tierras y la alquería de al-Itrabí pasaría a manos de los invasores cristianos, despiadados y sucios, que temían más al agua que los gatos.

Al término de la cena, todos marcharon a una habitación contigua al comedor, donde una gran chimenea encendida calentaba todo el aposento. Allí fueron tomando asiento todos los comensales: en primer lugar, Adam, el jefe de la familia, con su mujer, en el otro extremo Said y Sara y, tras ellos, los dos hijos: Mohammed y Muley, tras los dueños de la casa, su hija Imán. Durante un buen rato todos permanecieron en silencio. Sobre ellos pendía una preocupación grande, sobre todo en Adam, le preocupaba no lo sucedido, por conocido, si no lo que presentía que podría suceder y cuyo resultado no podía calibrar, aunque, de una forma u otra, presentía que ellos perderían.

-Dime, Said, ¿crees tú que debemos estar preparados para una marcha precipitada?

-De inmediato no, pero bueno será que estemos alerta, para lo que pueda suceder.

-¿Tan grave es la situación? -preguntó Muley.

-Muy grave, Muley. Nuestro sultán, en las capitulaciones, lo ha entregado todo. Ahora va errante con los que le han querido seguir, camino de Andarax, en donde los Reyes Cristianos les permiten estar, por ahora, a cambio de tributos y una vigilancia disimulada. Si creo que deberemos estar preparados para dejar lo que ha sido nuestro durante 800 años.

-¿No queda ninguna esperanza -comentó Mohammed- de que nos puedan ayudar los reyes del norte de África?

No. Rechazaron nuestra petición de ayuda, además temen mucho al papa Alejandro VI. No hay que olvidar que este papa es español y tiene mucha influencia en todos los reinos católicos de Europa. Para los cristianos es también un triunfo desterrar al último reducto en donde se practica la religión musulmana. En una palabra, estamos solos. Por lo que, sin alarmar a las gentes de la alquería, debemos estar alerta, por si un día tenemos que marchar de aquí. Mañana antes del mediodía deben estar reunidos todos los habitantes de la alquería delante de la mezquita y les informaré de la situación actual, sin meterles miedo, pero sí que deben en todo momento estar alerta. Ahora, con permiso, debo retirarme a mi aposento. Buenas noches a todos. Vamos Sara, hora es de dormir.

Said y Sara marcharon a su aposento, mientras el resto de la familia quedó junto a la chimenea, preocupados por las palabras de Said. Unos minutos más tarde, fue Adam quien dijo:

-Creo que debemos irnos todos a descansar, tú, Imán, debes hacerlo y tú, querida esposa, yo iré un poco más tarde, antes debo hablar con mis hijos.

Ambas mujeres se dirigieron hacia sus aposentos, quedando los tres hombres solos. Adam, con un atizador dorado, iba amontonando los ciscos del fuego y enterrándolos de ceniza, por si hiciera viento y pudiera expandir las brasas por la habitación y prender fuego a las alfombras y muebles.

-Hijos míos, ya habéis oído lo que ha dicho vuestro cuñado Said, sin que nos alarmemos en demasía, sí debemos estar alerta, por lo pronto tú, Mohammed, que eres el mayor, marcharás por la mañana hacia Almuñécar, te entrevistarás con el alcaide, que es muy buen amigo mío, y que te informe de que de lo que debemos hacer por ahora. Tú, Muley, te dedicarás a visitar las alquerías cercanas a la nuestra y entérate de cuáles son las medidas que se vayan a tomar. Al regresar los dos me informaréis de inmediato.

-De acuerdo, padre, así lo haremos, buenas noches.

-Buenas noches, hijos, descansad.

Granada estaba en silencio, aún no podía asimilar el nuevo orden instituido por los nuevos amos de la ciudad. Sus habitantes estaban sumidos en la tristeza, no creían lo que había sucedido unos días antes, las mujeres lloraban dentro de sus casas, con miedo a salir a la calle. Tenían pavor de los soldados castellanos que habían llegado con las huestes de los nuevos reyes. Le precedía una horrible fama, de borrachos, pendencieros y violadores. Cuando tenían que salir para ir a comprar a algún bazar, lo hacían acompañadas de algún miembro masculino de su familia. Pero, a pesar de tanta desgracia acaecida en Granada, en tan poco tiempo, la vida transcurría con una cierta normalidad. Las tiendas de la calle Alcaicería y aledaños abrían y los campesinos de las alquerías cercanas montaban sus tenderetes y vendían las últimas frutas de Oroño-invierno y algunas verduras. Pero lo que más destacaban eran los productos elaborados con la carne de membrillo, higos y pasas secas y, sobre todo, almendras, “garrapiñadas”, que hacían las delicias de los más pequeños y plantas olorosas imprescindibles para condimentar algunos de los platos más populares de la cocina andalusí.

Todo parecía casi normal, pero todos se miraban con recelo, apenas hablaban y solamente se limitaban a comentar el precio de sus mercancías. El zoco, cerca de la gran mezquita, siempre lleno de personas que hacían sus

transacciones en días anteriores, ahora permanecía con menos gentes. No se paraban a comentar entre ellos cualquier chisme o suceso. Ahora todo había cambiado, y más de uno se preguntaba cómo debían dirigirse a la hora de hablar a sus nuevos señores.

Amina había bajado esa mañana desde su casa, ubicada en una de las calles altas del Albaicín, necesitaba comprar algunas cosas y quería aprovechar que hacía buen tiempo para hacer las compras necesarias para preparar la comida ya que al otro día venían a verla unos familiares residentes en Alhendín. Presumiblemente, para que su marido que había sido secretario de un alto dignatario de la corte de Boabdil. Querían enterarse de lo que realmente estaba sucediendo, aunque, según algunos comentarios, en los pueblos, alquerías y cortijadas del norte de Granada empezaban a haber disturbios. Amina iba distraída con sus pensamientos cuando se dio de cara con una antigua amiga que vivía en una calle cercana a la escuela coránica.

-Salammalecum, Nerea.

-Salammelecun, Amina. Cuánto tiempo sin vernos.

-Es verdad, amiga mía, ya hace mucho tiempo, y ahora, con lo que está pasando, no se atreve una a salir a la calle sola.

-Me pregunto cómo Alá ha permitido lo que está pasando.

-Creo, Nerea, que esto es cosa solamente del diablo. Ha sido una desgracia para todos nosotros y, especialmente, para nuestro sultán. Solamente Alá, el misericordioso, sabe qué será de él y su familia.

-Las gentes dicen, hablan, cuchichean, pero nadie sabe la verdad de lo que va a ser de nosotros.

-Ahora voy a recoger unos zapatos que dejé para arreglar en la tienda del zapatero cojo que hay al final de la calle. Ven conmigo, Nerea, quizás el zapatero sepa algo más que nosotras, por allí pasan muchas gentes em el transcurso del día y hacen comentarios. Vamos para allá.

-De acuerdo, Amina, no tengo prisa.

Las dos mujeres se acercaron hasta la tienda del zapatero remendón, este estaba sentado sobre un banco arreglando unas babuchas de cuero muy bien decoradas.

-Buenos días, Amed. ¿Están ya arreglados mis zapatos?

-Buenos días, ya están arreglados y han quedado como nuevos. Le durarán bastante tiempo.

-Eso hace falta. ¿Cuánto le debo?

-Cinco dinares.

-¡Cinco dinares!... Me cobras muy caro.

-El tiempo que he tardado en arreglarlos bien vale ese precio.

-Toma los cinco dinares y espero que a los castellanos les cobres igual que a los tuyos.

-Yo no miro quien es el que paga. Hago mi trabajo y en paz.

-Dinos, Amed, ¿sabes tú algo de lo que ha sucedido y, sobre todo, de lo que va a suceder?

-Pues, verás, ayer por la tarde vino un capitán castellano a que le cosiera la hebilla de una bota que se le había descocido, y mientras que se la cosía me preguntó qué me parecía el cambio de monarcas. Yo le respondí que de eso no sabía nada, que lo único que deseaba era trabajar para dar de comer a mis hijos y vivir en paz. Él me respondió lo siguiente que los nuevos dueños de Granada eran reyes de paz, que la reina Isabel era muy caritativa y que para ella nosotros éramos sus hijos y que nos protegería a todos.

-¿No te comentó si podíamos profesar nuestra religión sin miedo?

-Me dijo que la reina Isabel, nuestra nueva reina, había dicho que se respetara la religión y las propiedades de todos nosotros.

-Espero que sea así -comentó Amina-, pero mucho me temo que, a no tardar mucho, empezarán los problemas y, es más, empezarán en el momento en que los castellanos acosen a nuestras mujeres.

-Alá no lo permita, pero de esos sucios castellanos lo espero todo.

-¿Sabe qué me han dicho? -comenta Nerea-, que esos castellanos no se lavan nunca y que al pasar por tu lado huelen muy mal, entre ellos los reyes. Comentan que la reina solamente se lava una vez al mes.

-Que barbaridad, amiga mía, sus ropas deben estar llenas de piojos.

-Y de otras cosas -comentó Nerea-. En fin, ya nos iremos enterando de todo lo que pase. Queda en paz, señor zapatero, y agudiza el oído cuando venga algún castellano a tu establecimiento.

-Que el Profeta os acompañe, mis señoras.

Las dos amigas salieron de la zapatería y marcharon calle arriba, durante el trayecto iban hablando de sus cosas; al llegar a la esquina de la calle, las dos amigas se despidieron, pero en ese momento una patrulla de soldados a caballo estuvo a punto de arrollar a las dos mujeres.

-Alá, el todopoderoso, los derribe de los caballos y sean pisoteados por ellos. Que llegues sana a tu casa. ¡Cuántas desgracias nos esperan!

Todos los habitantes de la alquería estaban delante de la pequeña mezquita de al-Itrabí, esperando a que su señor Said, yerno de su amo, llegara para explicarles y responder a las preguntas que le hicieran. Llevarían allí esperando el tiempo de rezar cuatro oraciones cuando hizo su aparición Said. Nada dijeron al verlo llegar, pues nada debían preguntarle hasta que este les dirigiera la palabra, pues debían respeto al que había sido tan alto personaje en la Alhambra. Said los miró a todos y, tras saludarlos, se dirigió a ellos:

-Habitantes de al-Itrabí, todos más o menos, sabéis ya lo acaecido en Granada y la marcha obligada de nuestro señor Muhammad, nuestro sultán, Alá lo proteja.

-Alá lo proteja -respondieron todos los presentes.

-Nuestro amado sultán ha sido expulsado de su reino y, en estos momentos, se dirige con todas las personas que han querido acompañarle al exilio, hacia Andarax, donde se establecerán por ahora.

-Perdonad, mi señor. ¿Qué es lo que debemos hacer nosotros?

-Nada, por el momento, mi suegro, vuestro amo, os protegerá de cualquier adversidad que se presente.

-Me pregunto, general, si los cristianos llegarán hasta esta alquería.

-Por ahora no lo creo. Mi consejo es que sigáis como hasta ahora, trabajando la tierra y cuidando de los animales. De cualquier novedad que suceda se os informará en el acto.

-¿Quién cobrará ahora los tributos?

-Por ahora, los tributos los cobrará un recaudador de nuestro sultán, estas tierras pertenecen a nuestro señor el sultán. Ahora retiraros y pensad que nada ha sucedido, que todo sigue igual, ya que sabemos que lo que ha sucedido ha sido una gran desgracia, pero lo que más me preocupa es lo que pueda suceder, pues eso solamente lo sabe Alá, y, si debo deciros la verdad, eso me preocupa mucho.

-¿Por qué nuestro sultán no reúne nuevamente un ejército y luchamos contra esos demonios de cristianos? Toda las ciudades, pueblos y alquerías estaríamos dispuestos a luchar.

-Eso es imposible por ahora -dijo Said-, moralmente no estamos preparados ni tenemos tropas disponibles. Vosotros, como la mayoría de nuestros hombres, sois aldeanos y solamente sabéis luchar con los elementos, labrar la tierra y cuidar del ganado. No, no, ya no existe ejército. Ahora solamente somos huidos de nuestra amada Granada, somos peregrinos de una nueva era.

Lo que vaya a suceder en el futuro yo no lo sé, ni lo sabe nadie. Que la paz esté con vosotros, iros a vuestras casas y mañana seguid con vuestros trabajos, el sol saldrá por el levante y se pondrá por el poniente, eso al menos no lo podrán cambiar los reyes católicos.

Los ciudadanos de al-Itrabí quedaron sumidos en la preocupación tras oír las palabras dichas por el general Said, sabían que nadie mejor que él conocía lo que había pasado y, posiblemente, barruntaba lo que podía pasar, pero el general había sido comedido en sus explicaciones a los aldeanos. Volvieron a sus casas cabizbajos, nada comentaron entre ellos, salvo Yusef, que, una vez en su casa y mientras su mujer ponía leña en la chimenea para encenderla, se puso hablar para él:

-No, no me ha gustado las palabras del general Said, puedo deducir de ello que no nos ha dicho toda la verdad y me preocupa especialmente no saber qué es lo que debemos hacer.

-No te preocupes, Yusuf, tú no entiendes de esas cosas, solamente saber labrar la tierra y cumplir los preceptos del Corán.

-Yo no soy tonto, Amisa. Aunque solamente me hayas visto agachado sobre la tierra, no soy un hombre que no vea las cosas tal como son. Mucho me temo que, en estos momentos, estamos de prestados en nuestra tierra, y que, más pronto que tarde, todos nosotros tendremos que acatar las leyes de los soberanos cristianos y, quizás, también nos obligarán a renunciar a nuestra religión.

-Alá, el todopoderoso, no lo permita. En un momento preparo la cena.

Un fuerte viento proveniente del poniente barría las cortas calles de la alquería. Todas las casas permanecían cerradas, solamente se oía chillar de alguna ventana abierta y el ladrido agudo de algún perro asustado. Todos los itrabeños en sus casas, junto al fuego reparador de la chimenea, permanecían en silencio, qué decir si no entendían nada, solamente que estaban al borde de un precipicio que no tenía fin. Esperar, solamente que estaban al borde de un precipicio que no tenía fin. Esperar, solamente había esperar, mientras tanto, había que seguir igual que ayer, cada día sería una interrogación sin respuesta. Lo que hubiera de suceder sucedería de todas maneras. Unos perros se pusieron a ladrar agónicamente, el viento hacía rodar por las calles una “bolina seca” que iba golpeando sobre las puertas de las casas, como avisando de que una terrible tragedia sucedería a no tardar mucho. Todos se sobresaltaban al sentir el golpe sobre la puerta, pero nadie habría para saber qué pasaba. Algunos perros ladraban en el silencio de la noche negra. El cielo se iba oscureciendo y algunas gotas de

agua empezaron a caer sobre las tejas de las casas, que poco a poco se fue acrecentando, y ruidosos truenos hacían temblar las casas y espeluznantes relámpagos hacían iluminar la oscuridad de la pequeña alquería de al-Itrabí. Los niños no podían conciliar el sueño y sus madres los consolaban con palabras cariñosas hasta que rendidos se quedaban dormidos. Llevaría una hora lloviendo torrencialmente cuando ya se oía rugir del agua descender por los barrancos cercanos a la población. Debido a la fuerza de la lluvia torrencial, los barrancos se desbordaron y anegaron algunos de los banales limítrofes a los torrentes y algunas paredes de piedras fueron absorbidas por el agua, arrastrando árboles y cuanto encontraba a su paso. Debido a la gran tromba caída, de algunos tejados empezaron a caer goteras, con lo que se vieron obligados a colocar utensilios para recogerlas. La tormenta duró unas cuatro horas y, poco a poco, se fue alejando hacia el mar. La mayoría de los vecinos no durmieron esa noche, pensando en lo que se iban a encontrar al día siguiente.

El capitán Ignacio Gálvez y Velazco se encontraba eufórico tras recibir las monedas de oro que le había entregado el criado Jalib -después de llevar varios meses en que no había cobrado ninguna soldada-, e ilusionado pensando en que pronto estarían en su poder el resto de monedas ofrecidas por el moro. Claro que también él debería entregar algunas monedas al escribiente que iba registrando las solicitudes de audiencia de las autoridades moras a los Reyes Católicos. Solamente se trataba de que la solicitud de Jalib pasara al primer o segundo lugar de esta lista.

El capitán iba paseando por los pasillos y aposentos de la Alhambra comprobando que los guardias permanecían en sus puestos, al dar la vuelta a una esquina se dio de bruces con una de las damas de tercera categoría de la reina.

-Buenas tardes, Irene, ¿de dónde venís?

-He salido a dar un paseo. Tenía ganas de ver un poco de este inmenso palacio.

-Tened cuidado, todavía no está la cosa segura. Es posible que haya más de un moro que tenga ganas de crear problemas. Irene, vos sois

muy hermosa. No debéis pasear sola por estos pasillos. Me tenéis a mí para acompañaros.

-¿Por qué ese interés por mí, capitán?

-Vos sabéis, Irene, que os amo, muchas veces os lo he repetido, durante el tiempo que hemos estado en Santa Fe no me habéis hecho caso.

--Capitán, ya os dije que tengo un hombre que me espera en un pueblo de Zamora, estoy prometida a él desde que éramos niños, así lo concertaros nuestros padres.

-Pero vos, Irene, no lo amáis. ¿Cuánto tiempo hace que no lo veis?

-En verdad, capitán, hace ya mucho tiempo que no lo veo, pero mi cariño por él no ha decrecido.

-Yo os amo, Irene, y seré vuestro marido. Estoy en buena situación y sé que nuestros reyes serán generosos conmigo en el reparto de tierras y prebendas, yo puedo ofrecerte más de lo que ese gañán de Zamora pueda darte.

-Es posible, capitán. No sé, dejemos esta conversación, la reina me espera y debo ir a su aposento. Quedad con Dios, capitán.

-Adiós, Irene. Te estaré esperando mañana a las diez, junto al estanque que hay en la parte sur del palacio. No lo olvides, mañana a las diez.

Jalib se reunió con los hombres que querían entrevistarse con la reina Isabel lo más pronto posible, los que habían dado la bolsa con las monedas de oro para que el capitán Gálvez hiciera lo posible para allanarle el camino y este, a su vez, al secretario. Jalib se vio esa misma tarde con los miembros de la embajada que querían entrevistarse con la reina Isabel. En la casa de Amed, estaban los cuatro hombres, esperando noticias de Jalib.

-¿Cómo ha ido todo, Jalib? ¿Ha tenido éxito tu cometido?

-Sí, Amed, todo ha sucedido como lo habíais preparado. Los castellanos, por dinero, hacen cualquier cosa, hasta vender su alma. Al principio se oponía a ayudarnos, pero cuando le enseñé las monedas de oro, se le abrieron los ojos como platos.

-¿Qué ha dicho a nuestra propuesta?

-Qué hablaría con el escribano, y que pondría a vuestras mercedes de los primeros en lista. Solamente ha exigido que, una vez que esté la fecha acordada, deberán vuestras mercedes aportar otra cantidad de monedas, ya que él debe a su vez gratificar a varias personas.

-Maldito ladrón, le parece poco el saquito de monedas entregado -comentó Rachid.

-Tranquilízate, Rachid, le daremos lo que pida y, quizás, si sabemos llevar este asunto, una vez que tengamos fecha segura para la entrevista con esos diablos de reyes, una daga puede salir de la sombra y clavársele en el pecho al capitán, sin ser visto por nadie, la oscuridad de la noche será nuestra mayor aliada, y de eso te encargarás tú, Jalib.

-¿Yo, por qué?! ¡No soy ningún asesino!

-Porque tú eres el que se puede acercar al capitán sin despertar sospecha. Por otro lado, hoy eres el único que puede andar por los pasillos de la Alhambra libremente.

-No lo crean vuestras mercedes. Todo está muy vigilado. Hay guardias por todos los aposentos, pasillos y corredores de la Alhambra e incluso fuera, en el exterior, está muy vigilado.

-Vigila, Jalib, el comportamiento de ese capitán, vigila sus vicios y, una vez que sepamos sus debilidades, sabremos cómo vencerlo. Ahora márchate y ya sabes, esta conversación no ha sucedido. Nos va en ello nuestra propia supervivencia. Debemos adelantarnos a los que, como borregos, han agachado la cabeza ante los reyes cristianos.

-Está bien, mis señores -comentó Jalib-, pero conmigo no cuenten para matar al capitán. Yo no soy un asesino.

-A ninguno de los nuestros que mate a un cristiano se le puede llamar asesino, por el contrario, será bien visto por los nuestros, al menos, sea en recuerdo de nuestro amado sultán, Alá lo proteja.

-Alá lo proteja -comentaron los allí reunidos.

Jalib salió de la estancia por una puerta trasera que comunicaba a una calle de poco tránsito, a la que daba la parte posterior de algunos huertos. -¿Crees, Amed, que debemos fiarnos de Jalib? No lo he visto muy decidido a matar al capitán Gálvéz.

-Eso me ha parecido, Amín. Debemos vigilarlo, pero no creo que nos traiciones, de ser así, seríamos ejecutados todos y hasta nuestras familias serían represaliadas. Confíemos en Alá, el todo poderoso. Ahora, empezad a salir de uno en uno por la puerta de atrás y solamente uno de vosotros ha de

salir por la puerta principal de la casa, ya os reuniré cuando sepamos la respuesta del capitán. Que el Profeta, el mensajero de Dios, os acompañe.

Simplicio vio el cielo abierto al recibir las monedas que le dio el capitán Ignacio Gálvez y Velasco. Hacía ya tiempo que por sus bolsillos no andaba ninguna moneda y el ofrecimiento del capitán era tentador, y no corría ningún peligro por alterar el orden de las personas que habían de ser recibidas por los reyes. Miró el libro de registro y puso a la embajada mora para cinco días más tarde. Después salió a hacer una consulta y se encontró en uno de los pasillos con el capitán Gálvez.

-Buenos días, capitán.

-Buenos días, Simplicio.

-¿Habéis hecho lo que os pedí?

-Sí, capitán. Será recibida la embajada mora dentro de cinco días, a la una de la tarde. En la sala del trono de la Alhambra.

-Está bien. Una vez recibida la embajada mora, os entregaré el resto de monedas prometidas.

-De acuerdo, capitán, id con Dios.

-Qué Él os acompañe.

El capitán Gálvez comunico a Jalib cuándo sería recibida la embajada mora por los reyes, y este así se lo comunicó a Amed y a Rachid:

-Mi señor Amed, ya está concertada la cita con los reyes, para dentro de cinco días y será a la una y media, solamente podrán ir con vos dos personas más. Por cierto, el capitán Gálvez espera el resto de monedas.

-Está bien, Jalib, has hecho un buen trabajo. Tendrás tu recompensa. Te daré el resto de monedas para el capitán. Ahora puedes irte.

Una vez que había salido Jalib, el anciano Amed se dirigió a sus amigos:

-Ya habéis oído a Jalib. Solamente podemos ir tres personas. Así que vendrás tú, Omar, y tú, Amín.

-¿No crees, noble Amed, que quizás algunos de los nuestros se puedan enfadar por entrevistarnos con los nuevos reyes sin haber sido ellos infor-

mados? Todavía quedan muchas personas importantes de los nuestros en la ciudad de Granada y, sobre todo, poderosos clérigos a los que les puede sentar muy mal esta entrevista con los reyes cristianos.

-Ya lo he pensado, Omar. Nosotros no somos políticos, sino hombres de negocios, nosotros tomaremos información de lo que va a pasar con nuestros negocios, y en la parte política, que sean ellos quienes se cuiden.

Fernando no encontraba el momento adecuado para verse a solas con doña Isabel Villarrubia, pues en la Alhambra había gente deambulando por todas partes y preparándolo todo concienzudamente, pues Isabel, reina de Castilla, de León y ahora de Granada, quería dar una gran recepción, no solamente a todas las personas influyentes de Granada, sino a toda la nobleza del reino y a los embajadores de los demás reinos acreditados ante la corte de Castilla. No era para menos, en todos los reinos de Europa se hablaba de la gesta de los Reyes Católicos y su significado para la cristiandad. El mismo papa había mandado una carta a través del nuncio de su santidad, para entregársela en manos a los Reyes, con sus felicitaciones y su bendición apostólica. Al tercer día de estancia en la Alhambra, fue Fernando quien se dirigió a su esposa y reina Isabel:

-Mi señora, ¿no creéis que vamos a gastar en demasía en la recepción que queréis dar? Debo recordaros que nuestras arcas están vacías y, aparte, es mucho el dinero que debemos.

-Buscaremos el dinero, Fernando, me han dicho que aquí, en Granada, hay judíos que prestan dinero y que son muy ricos. Acudiremos a ellos y también, si hace falta, a los moros. También he decidido que decretemos un nuevo impuesto para la ciudad de Granada y los pueblos, aldeas, caseríos y cortijadas, para resarcir nuestra hacienda. Por otro lado, Boabdil antes de irse ha dejado muchas cosas de valor, si es necesario venderemos algunas. No te preocupes, Fernando, verás como todo sale bien. Debes comprender que los ojos de todas las monarquías y la cristiandad están puestos en nosotros.

-Sea como vos, decid, Isabel, vuestra alteza se sale siempre con la suya.

-Gracias, Fernando, esposo mío. Ven a mi habitación, ahora estamos solos, la otra noche te estuve esperando y no viniste. Ven, te deseo.

Fernando se la quedó mirando, la verdad es que le pareció bella y en ese momento apetecible, sobre todo, al no haber podido acostarse con doña Isabel de Villarrubia. La reina alargó la mano y cogió con cariño la mano de Fernando, mientras le sonreía. Entraron en el aposento de la reina, esta corrió las cortinas quedando todo en penumbra, Fernando empezó a desvestirse, pero la reina le advirtió:

-No es necesario que te desvistas, yo levantaré mis vestidos y faldas y tú me poseerás, pero antes recemos una oración para que mi vientre quede fecundado.

Fernando nada dijo, para qué, nada había para hacer desistir de su empeño a Isabel, fornicaría con ella, mientras, pensaría en el bello y armonioso cuerpo de doña Isabel.

Poco a poco, se iba imponiendo la vida en Granada, las puertas de las casas, hasta entonces herméticamente cerradas, empezaban a abrirse y a cerrarse las celosías de las ventanas, por donde las moriscas de la ciudad miraban sin ser vistas. Por todas las calles de la ciudad patrullaban soldados a pie y a caballo, sobre todo por las calles limítrofes al río Dauro y el Albaicín. Los comercios estaban en marcha, solamente de tanto en cuanto surgían pequeños conatos de descontentos, que, hasta ahora, habían sido resueltos sin problema alguno. Los oficios más diversos se ubicaban por las calles ofreciendo sus servicios, y los castellanos de más abolengo, llegados con los reyes, se iban apropiando de las casas dejadas vacías por los granadinos que se fueron con Boabdil, aunque era el clero más pudiente quien escogía las casas y palacios más suntuosos.

El sol había salido ese día luminoso y se fue introduciendo por las pequeñas y estrechas calles de al-Itrabí. Como de costumbre, y no solamente en invierno, sino en todos los días del año, una de las primeras obligaciones de las amas de casa era encender la chimenea, para preparar la comida de la mañana para su familia. Por lo que siempre las benditas madres olían a humo. Por las calles se oía el ruido de los burros y mulos al salir de las cuadras y ser amarrados cerca de las casas de sus dueños. Y una vez que estos habían desayunado, cogían el burro y marchaban a sus fincas. Mientras las mujeres preparaban a los niños para las clases del estudio del Corán que impartía en una sala junto a la mezquita, el muecín. Después, las amas de casa con sus hijas preparaban la casa y empezaban a realizar los menesteres a su condición femenina.

Una vez que los hombres se habían marchado hacia sus quehaceres en el campo, se veía subir por los caminos a los burros y alguna pequeña manada de cabras y ovejas, que se dispersaban por las lomas cercanas a la población y por los montes. La alquería se quedaba en silencio y solamente se oía el llanto de algún niño y el ladrido de algún perro perezoso que, sin ganas ese día para ir al campo, se quedó escondido en algún rincón.

La mañana iba pasando como cada día, como todos los días del año, rota la monotonía por algún suceso esporádico o alguna visita inesperada venida de otra alquería, y esos pequeños sucesos alteraban la tranquilidad de la alquería, durante un tiempo. No es raro ver a las mujeres y niñas sentadas en el patio interior de algunas casas, sobre todo en las más pudientes, en donde se reunían algunas mujeres a coser o bordar exquisitos y afiligranados bordados, y era allí donde las mujeres más mayores contaban a las más jóvenes lo que había ido aconteciendo en al-Itrabí. Leyendas que habían ido pasando de unas a otras a lo largo de siglos y, posiblemente, la historia sucedida nada tenga que ver con lo que ahora se cuente y con lo que realmente había pasado. Así es la historia, que, de tanto ser escrita y contada, no se sabe, al final, si es verdad o mentira. Solamente la sensibilidad del oyente lo hará creíble al oírla y, pasados los años, lo contará a otros, pero ya habiendo añadido palabras y hechos que jamás existieron.

Se estaba bien en el interior del patio de la familia Dusidá, una de las familias más ricas de la población. El sol se hallaba ya en todo su esplendor y, por las calles de al-Itrabí, algunas mujeres ya muy mayores tomaban el sol sentadas en una silla de enea, delante de sus casas. Algunas de ellas tenían entre sus dedos el sagrado rosario de los musulmanes que hacían rodar entre sus sarmentosos dedos. Dentro del patio de la familia

Dusidá, las tres mujeres y la niña cosían en silencio. Fue Fátima, una de las allí reunidas, quien se dirigió a la señora Moana, diciéndole:

-Señora Moana, cuéntenos alguna historia que haya acaecido en la alquería, que sea interesante.

-Todas las historias, Fátima, casi siempre son tristes, pues solamente trascienden las malas, y los sucesos buenos, por serlo, nunca se cuentan y no quedan en la memoria de las gentes.

-Cuenta alguno que sea bueno -dijeron a coro las demás mujeres.

-Sea como queréis. Siendo yo una niña de apenas unos cinco años, hubo un suceso bastante lamentable en nuestra pequeña alquería. Aunque sucedió siendo yo una niña, como ya os he dicho, nada recuerdo de ello, quizás porque mi madre no me dejó salir a la calle. Lo que os voy a contar lo sé porque, ya siendo una mujer, se lo oí contar a mi madre. Era invierno. Estaba mi madre y unos familiares venidos de Vélez de Benaudalla junto al fuego, mi madre tostaba castañas procedentes de las montañas.

-Empiece ya a contarnos la historia y no divague más.

-Está bien. Está bien, Fátima. Pues sucedió así y lo que voy a contaros es exactamente lo que contó mi madre, Alá la tenga en el paraíso.

-Así sea – dijeron las demás mujeres.

-Pues veréis. Sucedió así...

En ese momento sonaron unos golpes en la puerta de la casa, todas las mujeres se miraron sorprendidas. ¿Quién sería?, se preguntaron.

La señora Moana se puso en pie y fue a ver quién era la persona que había cortado, antes de empezar, el relato que le estaban exigiendo que contara las mujeres. Llegó hasta la puerta de entrada a la casa y se encontró con una vecina que vivía en la parte baja de la población.

-Buenos días, Moana, perdona que venga a importunarte, necesito hablar contigo. ¿Puedo pasar?

-Por supuesto, amiga Anna. Pasa al patio, estamos allí varias mujeres bordando y me cuentas a qué se debe tu visita.

-Preferiría, Moana, decírtelo a solas. No quiero que nadie se entere.

-Está bien, Anna, pasaremos a la sala y me cuentas lo que quieres, que, si de mi depende, cuenta con ello.

Una vez las dos mujeres en la sala, se sentaron en sendas butacas de cuero, muy bien decoradas, lo que era una demostración de que era una de las familias más importantes de la alquería.

-Verás, Moana, como sabes, hace unos diez días que se me murió el mulo, con él podía trasladar lo que producía en el huerto. Debido a ello, me veo incapacitada para acarrear los productos de la huerta a la espalda y mis dos hijos aún son pequeños para prestarme ayuda. Me veo en una situación muy penosa y venía a pedirte ayuda.

-Lo que pienso, Anna, es que quieres que te preste el dinero para que puedas comprar otro animal, ¿no es así?

-Así es, yo te lo iría pagando poco a poco.

-No se hable más, Anna, hablaré con mi marido y estoy segura de que te dará el dinero para que te compres un nuevo mulo. Mañana ven y segura estoy de que te daré buenas noticias.

-Alá, el único Dios, te llene de bendiciones, Moana.

-Él vaya contigo, Anna.

Moana volvió al patio de la casa, donde le estaban esperando para que contase algunos de los hechos acaecidos en al-Itrabí (Ítrabo).

-Alabado sea Alá, que ya has vuelto. ¿Quién ha venido a interrumpirte?

-No debes hablar así, Amina. Todas las personas que vienen a mi casa son bien recibidas. Hay que ser educadas y caritativas con todos.

-Está bien, Moana, pero empiezan ya a contarnos esa historia.

-Está bien. Está bien, qué impaciente, pues sucedió...

-¡Madre!, ¡madre!, se escuchó una voz potente que llegó hasta el último rincón de la casa.

-Ese es mi hijo. Creo que ha llegado es el momento de que os marchéis. En otro momento, os contaré alguna historia acaecida en nuestra alquería. Ahora id en paz. Mahoma, el mensajero de Dios, os acompañe.

-Él quede contigo, Moana.

- **A**mado mío- dijo Sara a su esposo Said-. ¿En qué piensas? Veo tu cara seria y entristecida.

-Pienso en el sultán. Me acongoja no saber nada de él.

-Estará bien, mi querido esposo. Ven, apoya tu cabeza sobre mi pecho y deja que acaricie tus sienes. No debes preocuparte por Muhammad, nuestro sultán. Estará bien, posiblemente ya habrán llegado a su destino. Con él van gentes que le quieren y le protegerán.

-Aun así, no estoy tranquilo. Pienso ir a verlo dentro de unos días.

-Está bien, esposo mío, pero deja pasar un tiempo, espera a que se haya establecido cómodamente, pienso que a él no le gustará que tú lo veas vivir precariamente.

-Quizás tenga razón, Sara, haré eso que me has dicho.

Said había apoyado su cabeza sobre el cálido pecho de su esposa, mientras esta le acariciaba el pelo ensortijado de su cabeza.

-Debo pensar en ti y en nuestras hijas. Debo emprender algún trabajo para que a vosotras no os falte nada y tener nuestra propia casa.

-¿Es que no estás bien en la casa de mis padres?

-Sí, amor mío, pero no es nuestra casa.

-Ellos están contentos con que permanezcamos en esta casa. Solamente usamos las habitaciones que mi hermana y yo teníamos asignadas. Ellos están contentos de poder disfrutar de sus nietas, a las que quieren como si fuesen sus hijas.

-Lo sé, Sara, lo sé, pero debemos tener nuestra propia casa y que tú tengas alguna mujer de la alquería para que te ayude con las niñas.

-Pero somos pobres, Said, cómo lo vamos a conseguir. Las tierras que te han regalado mis padres no empezarán a producir hasta la primavera. Tú no has trabajado nunca la tierra, con lo que tendrás que buscar a personas para que te ayuden en esa tarea. Salvo que le pida el dinero a mi padre para que compremos una casa.

-No será necesario. He visto una casa grande, aunque bastante abandonada, junto al pilar del agua.

-Sí, sé a qué casa te refieres, hace ya algunos años que está abandonada. Sus propietarios murieron y, como no tuvieron descendencia, se quedó vacía y poco a poco se ha ido deteriorando. Pero se necesitan albañiles para que la arreglen y, después, hay que amueblarla y arreglar el jardín. Eso cuesta mucho dinero, Said.

-Lo sé, esposa mía. Antes de nuestra salida de Granada, tuve la preocupación de esconder algunas piezas de oro muy valiosas, que están ocultas en un lugar al cual nadie podrá tener acceso, aparte, he traído conmigo un buen puchado de monedas de oro, lo suficiente para construirnos una casa, amueblarla y añadir un bonito jardín lleno de plantas y de flores, como tú te mereces.

-Eso que me dices, Said, ¿es verdad?

-¡¿Te he mentado yo alguna vez!?

-No, amor mío. Nada sabía de eso. Me lo has tenido oculto.

-No quería que estuvieses preocupada.

-Mejor así. Ahora debes ir con mi padre a hablar con el propietario de la casa y comprarla. Me gusta el sitio en que se encuentra, cerca del pilar, y, como la casa, aunque ya casi perdido, tiene jardín, será fácil hacer pasar el agua para que llegue al estanque de nuestro jardín. Recuerdo a su dueña, que, al no tener hijos, era muy cariñosa especialmente conmigo y otras niñas y siempre nos regalaba pastelitos. Era una mujer muy buena. Alá la tenga en el paraíso.

-¿Quién será ahora el propietario de esa casa? -dijo Said.

-Mi padre lo sabrá, pero creo que debe ser la familia de la señora Moana.

Said habló con su suegro de lo que había decidido respecto de establecerse en al-Itrabí durante un tiempo, por lo que quería tener una casa propia y también comprar unas tierras, no si antes agradecer a su suegro la finca que quería entregarle.

-Me parece muy bien, Said, que hayáis decidido estableceros aquí. Como habrás podido ver en estos días que llevas aquí, este es un rincón bien protegido. Yo te ayudaré en todo lo que pueda. Estoy contento de que mi hija y nietas, junto a ti, permanezcáis con nosotros. Además, necesitamos tu experiencia en la lucha y, sobre todo, en la defensa. Vamos a hablar enseguida con el dueño de la casa y seguro estoy de que llegaremos a un precio justo, en ese menester creo saber yo más que tú. Vamos a casa de Yassin y hablaremos con él.

Said y su suegro se encaminaron a la casa de Yassin, que se encontraba un poco más abajo. tocaron en la puerta y abrió esta la señora Moana.

-Salammalecum, Moana, ¿está tu esposo en casa?

-Sí, Adam, puedes pasar y ser bienvenido a mi casa. Pasad a la sala, enseguida vendrá mi esposo. Voy a visarle.

Unos minutos más tarde, hizo su presentación Yassin.

-Salammalecum. Sed bienvenido a mi casa, tanto tú, Adam, como vos, general. ¿A qué se debe tan grata visita a esta mi humilde casa?

-Verás, Yassin, mi yerno Said ha decidido establecerse en nuestra alquería y quiere comprarte la casa abandonada que hay junto al pilar, para convertirla en su hogar.

-Buena casa, amplia y con buen huerto y jardín. Aunque todo está un poco viejo. Las casas y las tierras, si no se cuidan de ellas, se pierden. La tenía reservada para cuando mi hijo se casará, pero si vos, general, la queréis, creo que llegaremos a un acuerdo.

Tras un buen rato de regateos, ofertas y contraofertas, llegaron a un entendimiento ambas partes.

-¿De qué forma me pagaréis la casa, general?

-De una sola entrega. Pero, por favor, no me llaméis general, eso ya es pasado, ahora solamente soy Said, un aldeano más.

-Muy bien, Said. Entonces no hay nada más que hablar. Cuando lo deseéis, os haré entrega de la llave de la casa y vuestra merced me dará el dinero acordado.

-Eso puede ser mañana mismo, su valor os lo daré en monedas de oro, ¿os parece bien, Yassin?

-Me parece extraordinario. Gracias.

-Tengo entendido, Yassin -dijo Adam-, que quieres desprenderte de la finca que tienes pasado el río camino de Molvizar. De ser así, mi yerno Said quiere comprártela, si su precio es razonable.

-Como tú sabes, Adam, tanto la casa como algunas fincas mas las heredé de unos familiares, que, al no tener descendencia, pasaron a mi poder. Solamente tengo un hijo, con lo que yo tengo es suficiente para él, por lo que quiero desprenderme de las tierras heredadas.

-Yo se las compraré todas, si llegamos a un acuerdo, ahora mismo.

-Veo que estáis decidido, Said, a estableceros aquí. Me alegro, la alquería es pequeña. Bueno es que lleguen más gentes a vivir en ella. Llegaremos a un acuerdo y mañana mismo podemos firmar la compra-venta de todo.

Los tres hombres se pusieron en pie, Yassin acompañó hasta la puerta a Said y Adam.

-Hasta mañana, Yassin.

-Hasta mañana, Adam, Alá os acompañe.

-Él quede contigo.

Boabdil había mejorado bastante. Había desaparecido la fiebre y poco a poco le hacían ingerir un poco de alimento. Su semblante estaba blanco como la cal con la que pintaban las paredes de las casas. Tanto los médicos como Morayma, su esposa, estuvieron permanentemente pendientes de él. La gente que le acompañaba hacia el exilio se las tuvo que arreglar como pudo, pues nadie quería proseguir el viaje sino era con su amado sultán, ya que muchos temían que este pudiese morir y, en ese caso, todo cambiaba. Boabdil tenía la cabeza apoyada sobre unos cojines, mientras Morayma le limpiaba la cara con un paño humedecido de un fragante perfume.

-¿Cómo os encontráis, esposo mío?

-Mejor, amada mía. ¿Cuántos días llevo postrado en esta cama?

-Lleváis cinco días. Pero gracias a Alá, el misericordioso, el peligro, según han dicho los médicos, ya ha pasado. Ahora debéis comer, esposo mío, y en unos días más podremos reanudar nuestra marcha hacia nuestro destino.

--¿Cómo están nuestras gentes?

-Bien, aunque preocupadas por su sultán. Durante los días que habéis estado enfermo, todos ellos han rezado a Alá por vuestra recuperación.

-Cuando pueda levantarme, les daré las gracias a todos ellos.

De pronto se escuchó una gran algarabía procedente de la calle que se dirigía hacia la casa del alcaide. Este salió a la calle pidiendo calma, aunque las voces y gritos no disminuían. Una vez hecho el silencio, el alcaide preguntó:

-¿A qué se debe tanto alboroto? ¿Qué es lo que ha pasado?, decidme.

Un vecino del pueblo de unos veinte años, enfurecido, se dirigió al alcaide:

-Señor alcaide, este soldado de la escolta de nuestro señor el sultán ha ofendido a mi hermana, Chadia, lo traemos para que vuestra señoría imparta justicia.

-Está bien, Faruk, explícame detalladamente qué ha sucedido y trataremos de arreglarlo. Pero habrá que esperar unos días hasta que nuestro sultán esté en condiciones y que sea él quien administre justicia. Por lo pronto lo retendremos hasta ese día.

El tiempo fue pasando, no así la inclemencia del tiempo, pues cada día llovía o nevaba en las altas cumbres de Sierra Nevada. Llegando a veces la nieve hasta casi las puertas de Órgiva. Las gentes que acompañaban a Boabdil vagaban

por la localidad de un lado para otro. Muchos de ellos se metían en los bazares y peluquerías para refugiarse del frío, ya que poco había que hacer en la localidad, a pesar de ser la más grande de la baja Alpujarra. Cuando el día lo permitía algunos hombres del séquito del sultán salían a cazar: conejos, liebres y, con suerte, alguna perdiz. Otros jugaban a al ajedrez bajo los porches soleados de las casas, lo importante era ir pasando el tiempo.

Siete días más tarde de empezar la enfermedad de Boabdil, este se encontraba ya plenamente restablecido y con fuerza de emprender nuevamente la marcha hasta su nuevo destino, acordado con los Reyes Católicos. Lo primero que hizo Boabdil fue preguntar por el capitán de su guardia a su esposa Morayma, que siempre estuvo a su lado, cuidando de él y dándole ánimo.

-Mi señor, a pesar de que ya estáis bien, debéis tener cuidado y no excederos. Debéis recuperar fuerzas para poder seguir nuestro camino. Sé que estas buenas gentes de Órgiva están ya agobiadas de tenernos.

-Lo sé, querida esposa. Sé que están haciendo más aún de lo que pueden por nosotros. Los recompensaré antes de nuestra marcha.

-¿Con qué dinero? Si al salir de Granada, poco es lo que nos hemos traído. En cambio, allí ha quedado todo lo más valioso.

-No te preocupes, Morayma. Que hayamos dejado Granada y mi trono no ha sido por capricho, sino por necesidad, ya era imposible aguantar más, estábamos cercados, nuestras gentes empezaban a morir de hambre, así que llegué a un acuerdo con los Reyes Católicos, como tener una parte amplia del territorio de Granada y Almería y 30000 castellanos de oro. Unos 138 kilos de oro, que van en uno de los carros, en un bajo fondo y bien custodiado por mis soldados, nadie sabe que ese oro va en el carro. Ese oro servirá para poner en marcha mi plan de poder reconquistar nuevamente Granada.

-Eso es imposible, esposo mío. Los Reyes Católicos tienen ya toda la península en su poder, su ejército es muy grande y admirado por toda la cristiandad. Usad ese oro en el bienestar de todos los que nos siguen. No sabemos qué vamos a encontrarnos a donde vamos. Habrá que construir casas para todos, una escuela coránica. Construir acequias y albercas para regar las huertas. Granada se perdió para siempre. Vos sabéis que ya nunca más volveréis a Granada.

-Posiblemente tengas razón, amada mía.

-La tengo, Muhammad.

¿Cómo están mis hijos?

-Están muy bien. Luego lo veréis. Ahora están con vuestra madre, Aixa Fátima.

-¿Ha protestado mi madre durante estos días en que he estado enfermo?

-Ya la conocéis, siempre protesta, pero, a pesar de todo, ella desea lo mejor para vos. Lo primero que debéis hacer es recibir al alcaide de la población. Estaba esperando a que os pusierais bien para que dirimierais un asunto sucedido entre uno de vuestros soldados y una joven del pueblo. El soldado está retenido por el alcaide, hasta que vos, mi señor, escuchéis el caso y lo juzguéis.

En ese momento llegó el capitán, que se inclinó ante el sultán.

-Me alegra veros, capitán, ¿estáis al tanto del caso de uno de nuestros soldados y de la muchacha de aquí?

-Sí, mi señor. Estoy enterado.

-Cuénteme qué es lo que ha sucedido.

-Poco sé, señor, que el soldado atacó a la muchacha cuando esta venía de buscar agua de un pilar. Empezó a decirle cosas y en un momento dado el soldado se abalanzó sobre la muchacha y la ha ultrajado.

-¿Cómo se llama el soldado, capitán?

-Celmira, mi señor.

-Mañana, después de la segunda oración del día, que vengan a mi presencia el alcaide, el soldado y la muchacha ultrajada. Administraremos justicia en estas, todavía, nuestras tierras. Podéis marchar, capitán, y cumplir mi encargo.

Celmira llegó escoltado por dos soldados ante la presencia del sultán, que esperaba sentado en la sala de la casa donde había estado alojado durante cinco días que había durado su enfermedad. A primera vista parecía estar en un trono, pero este era pobre y desdichado. La cara de Boabdil estaba pálida, aunque hacía todo lo posible por permanecer erguido. No podía ocultar que había estado muy enfermo y que se encontraba débil. A su lado se encontraban algunos hombres de una cierta importancia dentro de la corte del sultán, así como las autoridades y los hombres más relevantes de Órgiva.

-Que pase el soldado Celmira y la muchacha ultrajada.

Celmira entró dentro de la sala y casi estuvo a punto de caer debido al empujón que le propinó el capitán. Este se hincó de rodillas ante el sultán, mientras su cabeza rozaba el suelo. Después entró la muchacha acompañada de su padre y hermanos, con la cabeza gacha.

-¿Cómo te llamas, muchacha? -preguntó el sultán.

-Janet, mi señor.

-Quiero que me cuentes lo que realmente te ha sucedido. Ni quites ni añadas nada. Solamente la verdad. ¿Dónde estabas tú cuando te atacó el soldado?

-Mi señor, yo estaba en la fuente llenando un cántaro de agua, cuando se acercó a mi el soldado, a lo primero fue muy amable y simpático, yo me reía porque me hacían gracia las palabras que me decía. Pero poco a poco se fue excediendo en sus palabras y, aunque yo le reprendí, él no cejó en su actitud. Yo le dije que me dejara en paz, de lo contrario iba a llamar a mi padre, para que fuese él y mis hermanos quienes le obligaran a desistir de su acoso.

-¿No tuvo en cuenta tu advertencia?

-No, mi señor. Por el contrario, se puso más violento.

-¿No intentaste huir de allí?

-Por supuesto, mi señor, intenté huir y fue entonces cuando se abalanzó sobre mí, arrojándome al suelo, y me ultrajó y aunque intenté defenderme y gritar me fue imposible, él me tapó la boca con una de sus manos y con la otra arrancó mi ropa. Después se marchó dejándome tirada en el suelo. Cuando pude levantarme, corrí llorando hasta mi casa y conté a mi familia lo que me había ocurrido.

-¿Qué castigo pides para Celmira?

-No lo sé, mi señor. Yo soy una pobre muchacha y no entiendo qué castigo merece su mala acción.

-Está bien. Ahora escuchemos al soldado Celmira.

El capitán obligó a que Celmira se arrodillara ante Boabdil. Las manos las tenía amarradas a las espaldas. Se encontraba pálido y con el miedo en el cuerpo. Verdaderamente se encontraba asustado, pues sabía que lo que había hecho se castigaba con la muerte por decapitación, salvo que la mujer ultrajada aceptase una recompensa económica o conviniese reparar el daño infligido a la muchacha casándose con ella, con lo que el delito era reparado.

Boabdil miró muy fijamente a los ojos del soldado y vio a este encogido y muy asustado. No le quedaba más remedio que imponer un castigo ejemplar, que dejara a la muchacha ofendida y a su familia satisfecha; por

otro lado, pensaba que, si mandaba ejecutar al soldado por el delito que había cometido, no serviría de nada, ya que la muchacha quedaría ultrajada y ningún hombre de la población se casaría jamás con ella. Salvo que hubiese por medio una gran dote, cosa imposible por parte de la familia de la muchacha, que era de las más pobres de Órgiva. En ese momento, Boabdil pensó en su amigo Said, de estar él en su lugar si sabría cómo administrar justicia, pero para él era la primera vez que debía hacerlo y no sabía cómo debería imponer una condena o determinar una absolución. Eran pocos los soldados que llevaba de escolta, y no sabía si allí, donde iban le serían necesarios todos los hombres disponibles para empuñar un alfanje- pero Said, su amigo, no estaba. Tenía que seguir con el juicio, las gentes estaban esperando.

-Cuéntame ahora tú, Celmira, cómo ha sucedido este desagradable asunto. Por tu bien, no mientas a tu sultán. Relata los hechos como sucedieron, si mientes te va la vida en ello y serías ejecutado en la plaza del pueblo, ante la mirada de todos sus habitantes. Empieza tu relato.

-Perdonad, mi señor, había estado con unas personas de esta población en un cortijo a fueras de la población y me ofrecieron vino. Alá, el único Dios, me perdone, sé que nuestra religión no nos permite beberlo. Pero para no quedar mal, ingerí unos cuantos vasos, y al no estar acostumbrado me emborraché. Al regresar para el pueblo vi a la muchacha en el pilar mientras llenaba un cántaro de agua, me paré a hablar con ella, en mi ánimo, mi señor, lo juro por Alá, no quería ofenderla, pero el vino que había bebido nubló mi mente y la vi tan guapa que, sin saber lo que hacía, me abalancé contra ella y la mancillé. No quise hacerlo, mi señor, lo juro y pido perdón a la muchacha y a su familia.

-¿Sabes qué pena conlleva el delito que has cometido?

-Sí, mi señor. La pena de muerte. Si la ofendida no acepta una reparación económica por el ultraje o el acusado se desposa con ella.

-Dime, Janet, aceptarías el perdón de Celmira si repara el daño contrayendo matrimonio contigo.

La sala se hallaba en el más absoluto silencio, pendientes de la respuesta de Janet. La muchacha, igualmente, estaba en silencio mientras miraba a su padre y hermanos y al sultán, sin atreverse a decir nada. Ella no conocía al soldado y pensaba que, una vez que se casara con él, este la repudiaría y aún quedaría en peor lugar; por otro lado, de no aceptar una reparación del soldado, este sería decapitado en la plaza del pueblo. Lo miró y lo vio tan guapo y joven que de alguna manera sintió pena por él. Por otro lado, pensaba en su familia, que era muy pobre, a

veces, estos casos se reparaban con dinero, quizás una reparación económica dejaría en mejor lugar su honra y la de su familia.

-Janet, responde a mi pregunta -dijo Boabdil.

-No sé, mi señor, estoy aturdida. A pesar de haber sido ultrajada por Celmira, me da pena que pueda ser ejecutado, siendo tan joven. Perdonaría su crimen si hay una reparación económica por su parte y le obligáis a que se case conmigo y a marchar con vuestras gentes a donde vayáis.

Boabdil se la quedó mirando y pensó que la muchacha era bastante lista. Él estaba cansado y quería dejar zanjado tal asunto y partir a la mañana siguiente para Andarax.

-¿Qué respondes, Celmira, a la petición de la muchacha?

-Mi señor, estoy dispuesto a aceptar a la muchacha por esposa, pero yo no dispongo de dinero para entregar a su familia.

-Está bien, Celmira. Ven, Janet, ponte al lado de Celmira y pronunciaré mi sentencia. Tú, Celmira, y tú, Janet, contraeréis matrimonio esta tarde y mañana acompañarás a tu marido hasta nuestro destino. A tus padres y hermanos se les entregará una cantidad de dinero, suficiente para que puedan olvidar este asunto con buen fin. Que el escribano me presente los documentos en relación con este episodio para ser firmados. Este juicio ha concluido. Demos gracias al Altísimo. Podéis marcharos.

Una vez que se había celebrado el juicio, Boabdil se retiró a su aposento, seguido de su esposa Morayma.

-Estoy orgullosa de ti, esposo mío. Has estado muy acertado en resolver este asunto y todos han quedado contentos.

-Sí, esposa mía, pero seguro estoy de que mi amigo Said lo hubiese hecho mejor.

-Tú eres noble y sabio y tanto los que van contigo como los que han quedado en Granada te aman y te tienen como a su sultán.

-Que ha tenido que entregar Granada por un puñado de castellanos de oros.

-No te ha quedado más remedio. No podías hacer otra cosa. Luchar por defender Granada hubiese sido una decisión equivocada, nunca hubieses podido vencer en esa batalla. Has hecho lo mejor para todos, hasta tu amigo, el general Said, no te persuadió de lo contrario, porque sabía que ya no había ninguna posibilidad de poder derrotar a los cristianos. Un día la historia te dará la razón y aplaudirá tu decisión.

-Posiblemente tengas razón, Morayma. Pero mi corazón está desgarrado por perder lo que mis antepasados habían construido con tanto amor. Alá, misericordioso, no me cierre las puertas del paraíso por este hecho.

En eso estaban cuando hizo su presencia la madre del sultán, Aixa Fátima. Iba envuelta en ricas sedas y llevaba un peinado muy artístico de donde descendían varias trenzas, que iban envueltas en una malla con perlerías. Su cuerpo se conservaba ágil y sugestivo. La cabeza, erguida, y un rictus de malestar en sus labios, pero lo que más destacaba de ella era el brillo de sus ojos.

-¿Cómo te encuentras hoy, hijo mío?

-Bien, madre. Ya estoy casi recuperado, mañana por la mañana reanudaremos la marcha hacia Andarax.

-Así sea. Ya estoy cansada de permanecer aquí.

-Madre, debes ir acostumbrándote a que ya no estás en el palacio de la Alhambra. Ahora nuestra situación es distinta y debemos todos acostumbrarnos y vivir con esta situación.

-Mi condición de princesa no me permite pensar que debo renunciar a lo que he sido. Más me hubiese valido no haber presenciado este desastre, que tú, hijo mío, no has sabido resolver como un verdadero hombre y sultán.

-Sabes, madre, que eso no es verdad. Nada podía yo hacer sino lo que he hecho. La ciudad estaba cercada por los Reyes Católicos y nuestras gentes ya estaban cansadas y empezaba a escasear la comida dando pie a alborotos y robos entre nuestras gentes. Lo más inteligente era entregar la ciudad sin batalla, que, por supuesto, hubiéramos perdido. Tú lo sabes muy bien, porque creo que tu amante cristiano te habrá informado y aconsejado lo que era mejor para nosotros.

-Yo, esposa del sultán, mi amado esposo Muley Hacen, princesa que fui deseada por muchos príncipes y madre de otro sultán de mi amada Granada, he de vagar como una pordiosera errante por caminos llenos de barro y sobre un carro, como si fuese una aldeana cualquiera.

-Madre, tú siempre serás la sultana de Granada y así te recordará la historia cuando hayas partido para el paraíso.

-No sé, hijo mío, qué se escribirá de mí, aunque pienso que siempre seré la sultana repudiada por su esposo y relegada a un segundo puesto, mientras una cautiva cristiana ocupaba mi lugar y el lecho de mi esposo.

-Sabes, madre, que nuestro pueblo nunca ha aceptado a Soraya como la sultana de Granada, siempre lo has sido tú, en sus corazones.

-Puede que sea cierto lo que dices, Muhammad, pero no puedo olvidar cuando tu padre nos encerró cautivos en una de las torres de la Alhambra, mientras que la cautiva Soraya ocupaba mi lugar. Ella, que solamente era hija del alcaide de uno de esos castillos de la frontera. Se adornaba con mis joyas y vestidos más valiosos, mientras que nosotros penábamos encerrados en una de las torres de la Alhambra. Mi amado esposo, al que siempre adoré y fui fiel, me traicionaba con una cristiana, a pesar de disponer un harén donde había bellas mujeres, a cuyas visitas nunca me opuse.

-Piensa, madre, que mi padre, Muley Hacen, se enamoró de ella de tal modo que solamente pensaba en hacerla su esposa. A veces el amor ciega la vista y abre el corazón, no pensando en otra cosa.

-Si tanto le gustaba a tu padre la cautiva llamada Isabel de Solís, podía haberla hecho su concubina y llevado al harén y no casarse con ella, rompiendo el sagrado deber de que su esposa fuese una princesa musulmana de sangre real.

-Eso ya ha pasado. Ahora solamente es historia. Es verdad que mi padre te repudió y que fuiste encerrada en la torre, pero verdad es también que, desde aquel encierro, conspirasteis contra él para derrocarlo e, incluso, era vuestro deseo mandar asesinar a Soraya, a pesar de que ya tenía dos hijos con mi padre. Y que, en ese tiempo, más de un príncipe y no príncipe calentó vuestro lecho en las noches de invierno.

-Es verdad, hijo mío, que muchas cosas las hice por venganza, pero siempre pensando en mis hijos, los verdaderos príncipes de Granada. Temía que tu padre, influenciado por Soraya, nombrara heredero de Granada a uno de esos niños. Por eso con mi ayuda derrocaste a tu padre y fuiste nombrado sultán de Granada.

-Para ser después derrocado y hecho prisionero por mi padre, y a punto estuve de ser decapitado.

-Es verdad, hijo mío. Los hechos a veces son complejos e incluso difíciles de prever su resultado, había que moverse para que tú, mi hijo amado, no fueses desplazado como figura importante en la historia de nuestro pueblo. De nada han servido tantos engaños, traiciones, asesinatos y lechos compartidos, para verte hoy humillado camino de un destierro que nadie sabe lo que ha de durar, pues no creas que esos reyes cristianos te van a permitir que estés mucho tiempo en Andarax, una vez que se les haya pasado la euforia de su conquista, te empujarán a que abandones ese territorio, y marchemos a Marruecos, nuestro destino final.

-Solamente Alá, el todopoderoso, sabe lo que ha de suceder. Pero debes pensar, madre, que nuestras vidas ya no serán como antes, y tú deberás

abstenerte a partir de ahora de intrigas, el poder que tenías en la corte ya no lo tienes y ahora solamente eres una exilada más. Debes a partir de ahora acomodarte a tu nueva situación y vivir.

Por fin, salió la comitiva desde Órgiva hasta su destino final. Había amanecido nuboso y con un poco de viento, lo cual hacía que la mañana fuese más propia para estar frente a una buena chimenea encendida que para ponerse en marcha. Boabdil miraba al cielo, esperando que al menos no lloviera hasta llegar a alguna población de una cierta importancia, donde pasar la noche, pues aún les quedaban muchas leguas hasta llegar a su destino. Los niños más pequeños iban medio dormidos dentro de los carromatos. Morayma y Aixa Fátima iban también en un carromato resguardadas del frío de la mañana. El camino era desigual, más apropiado para caballería que para llevar carromatos. En algunos trechos, tenían que parar para echar tierra en los agujeros del camino para la buena marcha de la caravana. Algunas de las personas iban a caballo y otros, especialmente soldados y servidores de Boabdil, iban a pie. De cuando en cuando, se oía el llanto de algún niño, que el traqueteo del carro había despertado, mientras la madre le consolaba. Boabdil iba, casi siempre, al frente de la comitiva, acompañado por el capitán, y delante de ellos varios soldados, un poco adelantados, comprobando que no había nada que los pudiera detener o si había que enfrentarse a bandoleros, bajados de la sierra a atacar por sorpresa a la caravana.

-Capitán -dijo uno de los soldados que iban de avanzadilla-, más adelante baja un barranco que lleva mucha agua, creo que debería verlo, pienso que va a ser imposible vadearlo sin peligro para las carretas.

-Está bien.

-Mi señor, es necesario parar la marcha mientras voy a ver qué caudal de agua lleva el barranco y la posibilidad de vadearlo.

-Está bien, capitán. Esperaremos aquí.

El capitán acompañado del soldado se puso en marcha hasta llegar al barranco anunciado por el soldado.

-Tenéis razón -dijo el capitán-, es imposible vadearlo, con el peso de las carretas quedarían las ruedas hundidas en el barro, con el peligro de ser

arrastradas hacia abajo por la fuerza del agua. Habrá que buscar una solución inmediata. Por aquí no podemos cruzar, ni animales ni personas. Habrá que buscar otra solución y no sé cuál.

En eso vieron venir por la parte de arriba de donde estaban a un hombre montado sobre un burro seguido de una cabra que iba amarrada al aparejo del animal. Al llegar a donde estaba el capitán, los saludó sorprendido:

-La paz sea con vosotros, mis señores.

-La paz sea contigo, buen hombre, ¿eres de por aquí?

-Sí, caballero. Vivo en una alquería cercana y vengo de visitar a un hermano que está enfermo en la alquería de Almegijar.

-¿Cómo te llamas, buen hombre?

-Mi nombre es Kamel, mi señor.

-Verás, Kamel, soy capitán de los soldados de nuestro señor el sultán de Granada, Alá le proteja. Vamos camino de Andarax y nos hemos encontrado con que este río va muy crecido y veo difícil que los carros puedan pasar, ¿sabes tú de otro camino por el que podamos transitar para llegar hasta alguna alquería importante para que nuestras gentes y nuestro sultán puedan descansar?

--Sí, capitán, debéis volver para atrás y, al cabo de una legua, encontraréis un desvío por el que, aunque un poco cuesta arriba, podrán marchar los carros hasta la alquería de Torviscón, allí hay un puente sobre el río y, aunque perderán varias horas, podrán cruzarlo sin problema alguno. Aún les dará tiempo de poder llegar a la alquería de Turón, en donde podrán pasar la noche.

-¿Puede decirme si falta muchas leguas para llegar a Andarax?

-No puedo decirle. Si van de prisa, menos que si van lento. Si hace malo, andarán menos.

-Gracias, que Alá le acompañe.

-Que él vaya con vos.

El capitán fue a informar a Boabdil.

-¿Qué pasa ahora, capitán?

-Mi señor, debemos retroceder una legua y coger un camino a la derecha que conduce a la alquería de Torvizcón. Allí existe un puente que cruza ese río y, aunque eso nos hará perder tiempo, es el único sitio que existe para que puedan pasar nuestras gentes y los carros.

¿Dónde podremos pasar la noche?

-Pasada esa alquería llegaremos a la alquería de Turón y, según me ha dicho el hombre al que he preguntado, llegaremos de día y podremos pasar la noche allí.

-Todo sea por Alá, capitán. Así lo haremos si no queda otro remedio.

El capitán dio la orden de volver por donde habían venido. Como había dicho el hombre solitario, encontraron el desvío, aunque era un poco pendiente, el camino era ancho y firme el suelo. No quedaba más remedio que enganchar más mulos a las carretas para poder subir el gran repecho, eso ralentizaría la marcha, pero no quedaba otra solución. Así se hizo. Y una hora más tarde, todas las carretas y personas habían dejado atrás el repecho. A partir de allí el camino era casi llano. Los castaños y las moreras lo poblaban todo. Desde allí se divisaba un ancho panorama que no tenía fin. Después del esfuerzo todas las personas de la triste caravana se encontraban admiradas de lo que veían. Boabdil, sobre su caballo negro, miraba el paisaje ensimismado, fue el capitán quien se acercó al sultán diciéndole:

-Mi señor, debemos proseguir, es necesario llegar hasta Turón para que nuestras gentes puedan comer y descansar, sobre todo los niños.

-Tenéis razón, capitán. Pero vale la pena perder un tiempo mientras contemplamos estos paisajes tan bellos y frondosos que me hacen pensar en el Generalife.

-Tenéis razón, mi señor, es un bello paisaje, vivir aquí debe ser un regalo de Alá, el todopoderoso.

-Tenemos suerte de poder decir que estas tierras, sus alquerías, nos pertenecen todavía, pero me pregunto, capitán, ¿hasta cuándo?

-Así es, alteza. En muchos lugares, podemos encontrar un reflejo del paraíso.

-Prosigamos, capitán. Tenéis razón, debemos pensar en los niños y los ancianos. Me sorprende de que puedan aguantar tantas privaciones. Prosigamos hasta que el altísimo así lo quiera. Comunícalo a mi esposa y a mi madre. Espero que no vaya protestando.

-Así lo haré.

El capitán dio la orden de ponerse en marcha y, entre el piafar de los mulos, cansados, y los caballos nerviosos, sobresalía el chirriar de las carretas sobrecargadas y el ruido producido por las piedras al ser partidas por las ruedas de los carros. El capitán abrió la marcha de la caravana, perdida en medio de un paisaje desconocido para la mayoría de ellos. ¿A dónde

iban? ¿Hacia qué paisaje desconocido? ¿Qué les esperaba en su destino? Solamente Alá, el magnánimo, lo sabía, ellos proseguían como sombras errantes, pensando en lo que habían sido y sobre todo en lo que eran.

El capitán Ignacio Gálvez y Velasco ansiaba casarse con la dama de la reina Isabel, Leonor Villarrubia. Con ese casamiento él podría prosperar, porque, por muy noble que fuese el linaje de sus apellidos, poca era la herencia obtenida. Su paga de capitán -cuando cobraba la soldada- solamente le servía para malvivir. Por lo que la oferta de los moros y sus monedas de oro era una puerta abierta de poder paliar momentáneamente su situación y poder hacer algún regalo a su amada, por si con ese gesto podía conseguir de ella algo más que un beso robado. Leonor Villarrubia pertenecía a una familia de un cierto abolengo y, siendo gentes principales y por los servicios prestados a sus altezas los Reyes Católicos, fue la reina Isabel quien pidió a los padres de Leonor que fuese una de sus damas, aunque esta no lo era de primera categoría. Pero a Leonor no le importaba ya que ella era feliz de estar cerca de la reina, a quien adoraba. Igualmente le pasaba a la reina, que tenía en Leonor a una camarera en quien confiar, ya que esta era una muchacha alegre y siempre estaba contenta y sonriente. Leonor tenía una maña especial para masajear el cuello de la reina. Siempre que esta tenía molestias, llamaba a Leonor para que le masajeara y durante ese trabajo la reina hablaba con ella más íntimamente, casi siempre de asuntos de cama. Una mañana la reina había estado paseando a caballo durante un buen rato, acompañada de algunas de sus damas, soldados y palafreneros, al volver al palacio llamó a Leonor para que esta le diera un buen masaje en el cuello y los hombros.

-Majestad, ¿me habéis llamado?

-Entrad, Leonor, tengo el cuello muy tirante, vos sabéis como nadie darme masaje y aliviar mi dolor.

-Muy bien, alteza. Sentaos en esa butaca que no tiene respaldo y os desabrocharé los botones de vuestro vestido para daros el masaje. Usaré aceite perfumado que va bien para estos casos.

-Está bien, Leonor, pero que no sea muy oloroso, no quiero que mis damas piensen que sin ser domingo ni fiesta de guardar me he perfumado,

pues si algunas gotas de perfume fresco me pongo es solamente cuando voy a misa y a orar ante nuestro Señor Jesucristo, pues habiendo sido hombre apreciará más mi presencia, que una dama no debe usar en excesivo esos perfumes que usan las moras. Gracias a Dios, nosotras somos más recatadas y llenas de muchas y buenas virtudes. Pues solamente debemos usar esos perfumes con prudencia y para nuestros maridos, y en ciertas ocasiones, pues el diablo se vale de cualquier cosa para llevarnos al pecado. ¿No crees, Leonor, que vuestra reina tiene razón?

-Por supuesto, mi señora, vuestra alteza siempre tiene razón.

-No siempre Leonor, y bien que lo siento cuando me equivoco, pero no puedo decirlo, solamente rezo por ello, y pido perdón a Dios, Nuestro Señor. Que una reina nunca debe hacer creer a sus súbditos que se equivoca. Pues el pueblo la tiene más por divina que por humana. Pero antes que reina soy mujer, esposa y madre, y quisiera no equivocarme en la educación de mis hijas y ser siempre una buena y honesta esposa para Fernando, mi amado esposo. Todo lo demás es solamente mundano y pernicioso; una mujer, Leonor, debe ser siempre recatada y hacendosa. Sigue así, Leonor, tus manos me relajan y me hacen mucho bien.

-Si os hago daño, majestad, decídmelo y aflojaré la presión.

-Está así bien. Dime, Leonor, ¿tenéis novio?

-Sí, mi señora, es un joven de mi pueblo perteneciente a una buena familia propietaria de haciendas y ganadería y que sirvió en vuestros ejércitos durante unos años.

-¿Tú le amas, Leonor?

-Pienso que sí, mi señora, nuestros padres acordaron nuestro noviazgo. Yo soy hija única y mi padre dice que, con mi dote y lo que él perciba de herencia, seremos ricos y dispondremos de tierras y villanos.

-¿No estás segura de amarlo? Si no, no me hubieses dicho que crees que sí. Eso no es una respuesta, se ama o no se ama.

-Quizás vuestra majestad tenga razón. Hay un capitán de vuestra guardia que me corteja.

-¿Cuál es su nombre?

-Ignacio Gálvez y Velazco.

-Sí, muy guapo y apuesto. Conozco a sus padres, personas de muy alta alcurnia, pero venidas a menos.

-Sí, es muy guapo y apuesto.

-¿Amas al capitán, Leonor?

-No estoy segura. Mi señora, pero sí, lo echo de menos cuando pasa tiempo y no lo veo.

-Así, Leonor, aprieta en esa zona, me relaja mucho y me siento bien. Creo, Leonor, que tú quieres más al capitán de mi guardia que al joven que espera en tu pueblo. ¿No desearías que te mandase con tus padres y así poder estar junto a tu novio?

-¡No, mi señora!, os lo suplico, quiero estar a vuestro lado, para servir a vuestra alteza.

-¿No será más bien para estar cerca de ese apuesto capitán de mi guardia?

-No sé qué decirle a vuestra alteza. Quizás vuestra majestad tiene razón.

-La tengo, Leonor, la tengo y no por ser vuestra reina, sino por ser mujer y mayor que tú. Decididlo esta noche mientras dormís, que no es decente en ninguna mujer dar falsas esperanzas a ningún hombre. En la mujer debe siempre prevalecer el recato, o, al menos, es lo que deben creer los hombres.

-Así lo haré, mi señora.

-Dejad de masajearme, Leonor, por hoy ya está bien. Podéis retiraros y pensad en lo que os he dicho. Decid a doña Beatriz de Bobadilla que venga a mi recámara. Id con Dios, Leonor.

Leonor salió de la recámara de la reina Isabel, al llegar a la puerta se volvió y vio como la reina se había soltado el pelo de su cabeza que había mantenido sujeto en un gran moño y este se desparramó por sus hombros y espalda. Leonor admiró su tamaño y el color rubio que brillaba como el oro. Cerró la puerta y se dirigió por los largos pasillos del palacio a dar el recado de la reina a doña Beatriz de Bobadilla. Al dar la vuelta por una esquina, se dio de bruces con el capitán. Leonor se llevó la mano al pecho dando un grito pues no esperaba encontrarse tan inesperadamente con él.

-Hola, Leonor, ¿os he asustado? Cuánto lo siento.

-La verdad es que sí, no os esperaba, iba a prisa a visar a doña Beatriz de Bobadilla, que la reina la reclama.

-Esperad un minuto, Leonor. ¿Cuándo nos podemos ver a solas?

-No lo sé, capitán. Quizás esta tarde, en el mirador que hay cerca de la cocina.

-Está bien, Leonor, a las cinco estaré allí. No faltéis, os estaré esperando.

-Haré todo lo posible. Buenos días, capitán.

-Adiós, Leonor.

Y llegó el día en que los Reyes Católicos debían recibir en audiencia a la embajada mora compuesta por los tres hombres designados para esa entrevista. Los moros se habían puesto sus mejores galas, tenían que dar buena impresión a los reyes. El día anterior, recibió Jalib el resto del dinero prometido por los moros. Que dio de inmediato al capitán Gálvez. Este sopesó la bolsa en que llevaba las monedas y quedó contento, allí había más de lo que habían acordado. Salvo las monedas que daría según había convenido con el escribano, el resto sería para él. Eso le complacía ya que, entre otras cosas, le serviría para adquirir regalos y obsequios con que conquistar el corazón de su amada Leonor.

Lo que no sabía el capitán era lo urdido contra él antes de salir Jalib de la casa de Amed, donde esperaban los otros dos moros que nutrían la embajada, más otros tres que esperaban allí.

-Jalib, en tus manos está que nos quites de en medio a ese capitán del infierno y recuperar las monedas entregadas. Eso es una pequeña fortuna, aportada por muchos de los nuestros, para poder conseguir esa entrevista con los reyes. Una vez que hayamos salido de la entrevista, al día siguiente, para no levantar sospechosa, una daga se clavará en el corazón del capitán sin dejar rastro de quien ha sido.

-¿Y quién dará muerte al capitán, noble Amed?

-Tú eres el único que puedes acercarte al capitán sin despertar sospecha, además, conoces mejor que nadie todos los vericuetos, pasillos y salidas secretas de la Alhambra para escapar sin ser visto.

-Yo no soy un asesino, ¿y si me descubren?

-Entonces serás un mártir de nuestra causa y tu familia será recompensada y reconocida por todos nosotros.

-Pero eso no es lo convenido.

-Se debe hacer. No queda más remedio. Los hombres, cuando tienen dinero, suelen hacer locuras. Ese capitán lo hará, más pronto que tarde, su va-

nidad le hará presumir ante los suyos de disponer de abundante dinero y eso le delatará y nos delatará a nosotros y, de ser así, seremos detenidos y mandados a las mazmorras del palacio. No queda más remedio que así lo hagas.

-¿Y si me niego?

-Las noches de inviernos en el Albaicín son muy oscuras, sobre todo cuando llueve. Siempre puede haber alguien que te esté esperando tras una esquina y que una daga afilada y en silencio cercene tu garganta antes de que te des cuenta.

-Está bien. Haré lo posible para realizar su encargo, pero no será nada fácil. El capitán es un hombre muy inteligente y, aunque me tiene como un amigo, sé que no se fía de nadie y menos aún si es moro. No será fácil, no, no lo será.

-Cuando tú le entregues esta nueva bolsa de monedas de oro a ese capitán, su avaricia le hará perder el control de sí mismo. Aquí lo importante es que se la entregues cuando vaya llegando la noche. Para que, con su euforia de saberse rico, te sea más fácil a ti matarle y recuperar las monedas. No debe quedar ninguna en su poder, de lo contrario empezarán a sospechar de nosotros, pero todo esto no antes de que nosotros nos hayamos entrevistado con los reyes. ¿De acuerdo?

-De acuerdo.

Jalib esperó hasta el atardecer para entregar la bolsa con las monedas al capitán.

-Aquí tenéis, capitán, la segunda entrega del dinero ofrecida por mi señor Amed y sus amigos. Podéis consideraros rico. Espero que seáis generoso conmigo, pues pobre soy y tengo una familia muy numerosa que alimentar.

El capitán abrió la bolsa, cogió dos monedas de oro y se las entregó a Jalib

-Toma, Jalib, has sabido llevar a buen puerto este asunto y por ello te doy las gracias.

Jalib se quedó mirando al capitán mientras este se alejaba, murmurando para sí. “Esta noche las monedas serán mías y tú te reunirás con tus antepasados”.

Los Reyes Católicos estaban sentados en su trono. Trono que había pertenecido a los últimos sultanes de Granada. La sala de audiencias rezumaba magnificencia en su decorado y artesonado. Allí se encontraban lo más selecto de las gentes que habían llegado hasta Granada, acompañado a Isabel y Fernando. Generales, condes y demás personas de la alta burguesía de Granada; estaban también el nuevo arzobispo de Granada e importantes miembros del clero. Ese día estaba dedicado a las audiencias de la mañana y a asuntos de Estado, que le irían presentando de toda índole para la aprobación de los monarcas.

Serían las doce de la mañana cuando se anunció la entrada de la embajada mora, encabezada por el noble Amed. No sin antes haber sido cacheados a conciencia por si llevaban alguna arma escondida entre sus ropajes. Los tres hombres entraron en la sala del trono y se fijaron en los monarcas. Amed se dijo para él que grandes y poderosos eran los monarcas castellanos, pero no tenían la prestancia y finura de su amado sultán, le parecían los nuevos reyes zafios y sin gracias. Pasaron a la sala custodiados por sendos soldados y un secretario de los reyes.

-Majestades, el noble Amed y sus dos compañeros han solicitado ser recibidos por vuestras majestades, para rendiros pleitesía y pedir a vuestras altezas ayuda.

Los tres moros se inclinaron ante los reyes hasta tocar su cabeza con el pecho. Así estuvieron hasta que la reina Isabel les preguntó:

-Noble Amed, ¿sabéis hablar en castellano?

-Sí, mi señora. Como hombre dedicado al comercio de todas clases, he aprendido vuestro idioma, que me parece hermoso y de fina cadencia para ser cantado.

-¿Decidme Amed, ¿qué es lo que queréis de nos?

-Tanto yo como mis compañeros y los demás a los que representamos de la ciudad de Granada queremos saber si vuestras majestades pondrán impedimentos en que sigamos comerciando como hasta ahora, tanto con los castellanos como con moros y judíos, y obtener de vuestras altezas un salvoconducto para poder llevar nuestras mercancías por el resto de vuestros reinos.

Isabel miró a Fernando y, acercando su cabeza a la del rey, estuvo hablando con él unos minutos, mientras los moros los miraban con el ceño fruncido, esperando una respuesta que fuese para ellos fructífera. En este caso fue el rey Fernando quien se dirigió al noble Amed.

-Tendréis el salvoconducto para que vos y los tuyos podáis comerciar por nuestros reinos, pero, a cambio, deberéis pagar un tributo por todas y cada una de vuestras transacciones. ¿Estáis de acuerdo?

-Me parece justo, mi señor. También queremos pedirnos protección para todos los nobles comercios de la ciudad y que puedan seguir trabajando en paz y sin represalias para mis gentes.

Fue ahora Isabel quien habló:

-Nos, desde este trono, digo y mando que todos sois mis hijos y, por lo tanto, tendréis la protección de vuestros nuevos reyes. No habrá represalia para nadie, ni serán arrebatados vuestros negocios y haciendas. Podréis seguir con vuestro ritos y costumbres. Ahora bien, todos mis hijos de este nuevo reino deberéis acatar nuestras leyes. Se castigará severamente a todos aquellos que promuevan discordia y atropello, tanto a los castellanos como a las personas habidas en este mi nuevo reino. Uno de mis secretarios extenderá un salvoconducto firmado por vuestros nuevos reyes para que podáis comerciar por nuestros reinos.

Uno de los ediles presentes se dirigió a los tres moros diciéndoles:

-Ahora en señal de respeto, acatamiento y fidelidad, besad las manos de nuestros amados reyes Isabel y Fernando.

Los tres moros se miraron entre sí, enojados, pero no les quedaba más remedio que acatar la orden dada, de lo contrario, no podrían obtener el salvoconducto que necesitaban para poder transitar libremente por todo el reino cristiano. Por lo que se arrodillaron ante los Reyes Católicos y besaron sus manos, no sin cierta repugnancia. Dos días más tarde, el noble Amed tenía en sus manos el salvoconducto para él y todos los comerciantes de Granada, para poder ir y comercial libremente por cualquier ciudad, pueblo o aldea del reino.

Amed y sus dos compañeros nos les quedaron más remedio que besar las manos de los Reyes Católicos, en señal de respeto y acatamiento del nuevo orden establecido, con cierta repugnancia, tanto que, al salir a la calle, los tres hombres escupieron, comentando uno de ellos:

-¿Os habéis dado cuenta del olor que desprendían los nuevos reyes?

-Sí -comentó otro-. Huelen a cerdo.

-Silencio -les dijo Amed-, pensad que hay oídos por todas partes que nos pueden delatar, incluso de los nuestros que son capaces de traicionarnos con tal de obtener algún favor de los reyes. Dos días más tarde, el capitán Ignacio Gálvez y Velasco tuvo la oportunidad de verse a solas con la dama de la reina Leonor Villarrubia, cuando esta iba a los aposentos de la reina.

- Buenos días, Leonor, necesito hablar contigo en seguida.
- Lo siento capitán, voy a los aposentos de la reina. Ahora no es posible.
- ¿Entonces cuándo podrá ser?
- Haré lo posible por vernos esta tarde.
- Quedemos a una hora. Esta tarde a las cuatro. ¿Te va bien, Leonor?
- De acuerdo. A las cuatro estaré aquí.

Jalib lo tenía todo preparado para matar al capitán esa noche y arrebatarse la bolsa que contenía las monedas de oro. Pero no estaba en su ánimo entregársela a Amed. De ninguna manera, con esas monedas tenía para vivir bien el resto de sus días, aunque tendría que marcharse de Granada. Con la posibilidad de que Amed y los suyos no podrían delatarles, pues, de lo contrario, serían apresados y ejecutados o, en el mejor de los casos, encerrados en una mazmorra, aunque sabía que no sería cosa fácil. El capitán era un hombre alto y robusto, por lo que, en una pelea cuerpo a cuerpo, él llevaría las de perder. Por lo que el éxito de matar al capitán debería ser a traición y de un golpe rápido, no dándole tiempo a que pudiera reaccionar, de lo contrario, sería vencido por este.

Esa tarde a las cuatro, como habían convenido, el capitán y Leonor se vieron a solas. El capitán, al tener delante de él a Leonor, no supo contenerse y, agarrándola fuertemente de la cintura, la atrajo hacia él, posando sus labios en los de ella, en un beso largo y apasionado.

-Tened cuidado, capitán. pueden vernos y no quiero pensar qué me podría suceder. Nuestra reina no admite estas euforias en sus damas y menos si no están casadas.

-Perdonad, Leonor. Mi amor por vos no me deja ver nada más que vuestra belleza.

-Creo, capitán, que os habéis hecho unas ilusiones sobre mí a las que yo no he dado pie.

-Lo sé, Leonor. Pero desde el primer día en que os vi quedé enamora-

do de vos y deseo que seáis mi esposa. Ahora tengo dinero suficiente para que nada os falte.

-¿Habéis obtenido alguna herencia?

-No. Leonor, es muy largo de contar. ¿Qué respondéis?

-No quiero que mi negativa a casarme con vos la toméis como una ofensa, ya os dije no hace muchos días que ya estaba prometida con un buen hombre y la boda concertada por nuestros padres.

-Pero vos no le amáis?

-Aprenderé a amarle con el tiempo.

-Entonces, os casáis por codicia y no por amor.

-El amor, capitán, es solamente una frase, de la que muchas veces se hace uso según conviene.

-Está bien, Leonor. Por ahora lo dejaremos estar, pero no desistiré en el empeño de conseguir que seáis mi esposa.

-La reina, nuestra señora, dispone de más damas que no están comprometidas y pertenecen a casas de más abolengo que la mía. Podéis casaros con alguna de ellas, por ejemplo, doña María de Cuéllar, la he visto muchas veces mirándoos, sé que le gustáis. Casaros con ella y, el día de mañana, ella dispondrá de una gran dote y podréis retiraros de servir a nuestros reyes. Pensadlo, capitán, os conviene, y a mí dejadme en paz.

Dicho eso, Leonor, con la cabeza erguida, se dirigió pasillo adelante, mientras el capitán le estuvo mirando hasta que ella giró hacia la derecha, perdiéndose entre arabescos y columnas de mármol blanco que tanto abundaban en la Alhambra.

Esa misma noche, el capitán Ignacio Gálvez y Velasco, antes de retirarse a su cubil, quiso ver que la guardia de esa noche estaba cada uno en su sitio. Uno de los últimos en visitar se encontraba en la parte sur del palacio, donde vigilaba cualquier movimiento que pudiese darse por el camino que transcurría junto al río. Una vez de vuelta, tenía que pasar por uno de los corredores más apartados y oscuros del palacio. En ese momento iba pensando en el rechazo que le había hecho esa misma tarde Leonor.

Cuando vio salir de un escondite una sombra que se abalanzó sobre él, sólo pudo ver en la oscuridad reinante una daga que brilló al dar sobre ella un débil reflejo de la luna. Al capitán no le dio tiempo a parar la mano que empuñaba la daga y sintió como se clavaba en su cuerpo. Solamente pudo gritar “¡a mí la guardia!”. El atacante salió corriendo por los oscuros corredores, entrando por una puerta secreta y perdiéndose en la oscuridad de la noche sin ser visto. El centinela acudió a donde estaba el capitán, este estaba tirado en el suelo y de su pecho brotaba abundante sangre. La daga seguía clavada en él.

-¿Qué os ha pasado, capitán?

-Alguien ha querido matarme.

-¿Habéis visto quién era?

-No lo he visto bien. Ha sido todo muy rápido. Pero creo saber quién es. Creo reconocer la empuñadura de la daga.

El soldado hizo un gesto de sacar la daga del cuerpo del capitán, pero este le dijo:

-No, dejadlo clavado y visad de in mediato a los físicos que vengan a atenderme. Y avisa al puesto de guardia que vengan y me lleven a mi aposento.

El capitán fue llevado a su aposento y tendido sobre la cama. Al poco llegaron dos médicos, uno de ellos, el que siempre asistía a los reyes. Después de examinarlo un breve tiempo le comunicaron al capitán:

-Vamos a extraerle la daga, que, afortunadamente, creo que no ha tocado ninguna zona vital, ya que, por lo que fuese, la hoja no ha penetrado profundamente en su pecho. Extraeremos la daga, limpiaremos la herida, después la coceremos y guardaréis reposo durante unos días.

Al día siguiente del ataque al capitán, se presentó uno de los secretarios de los reyes, para interesarse por su estado.

-Buenos días, capitán, ¿cómo os encontráis?

-Bien. ¡Gracias a Dios, no ha sido peor!

-¿Conocéis a quien os atacó?

-No lo sé con certeza, aunque la daga que me ha herido la he visto en otra ocasión. Puede ser también una casualidad.

-Entonces decidme su nombre y mandaré que sea detenido y castigado por este intento de asesinato.

-Creo, señor secretario real, que la idea de matarme no ha salido de ese hombre, creo a no equivocarme, que ha sido mandado por otros para que me asesinaran. Pero no sé el motivo.

En eso llegó el médico advirtiéndole al secretario que dejara descansar al capitán y que el interrogatorio lo dejase para más adelante.

-Tiempo habrá para ello. Él que ha intentado asesinar al capitán no habrá ido muy lejos.

-De acuerdo. Volveré dentro de unos días y seguiremos hablando. Informaré a nuestros reyes de que os encontráis fuera de peligro.

Una vez que el secretario real había salido, el médico descubrió el pecho del capitán y estuvo observando la herida, comentando:

-Esta va bien, capitán, el que quiso mataros debía estar nervioso y asustado, eso motivó que el impulso para clavaros la daga no fuese dado con fuerza y eso os salvó. Un poco más fuerte y hubiese destrozado vuestro corazón.

Said seguía con los preparativos de acondicionar y poner a punto su nueva casa. Los albañiles trabajaban desde la mañana hasta que ya no se veía e incluso había hecho venir a albañiles de las alquerías próximas. Quería que la casa estuviera terminada lo más pronto posible. Igualmente, varios hombres ponían a punto el huerto y el jardín, en donde todavía existían algunos árboles y plantas de flores. Él estaba todo el día allí, observando y vigilando al mismo tiempo y, sobre todo, aprendiendo. Sabía que debía aprender para poder desenvolverse lo mejor posible en su futura vida de agricultor. Otras cuadrillas de hombres araban los campos que había comprado para que estuvieran limpios y a punto para la primera siembra al llegar la primavera.

-¿Cómo va todo? -le preguntó Sara Marian a su esposo.

-Todo va muy bien, están haciendo un gran trabajo, dentro de unos veinte días, podremos trasladarnos a nuestra nueva casa.

-Qué contenta estoy, Said, me parece todo un sueño.

-Mañana tienes que venir a nuestra casa para que sea tú la que des las órdenes para que el jardín sea como tú quieras.

-Sabes, amor mío, más que el jardín, lo que más me interesa es estar tú y yo juntos en nuestra casa y con nuestras encantadoras hijas. El jardín es secundario.

-Quiero que no te falte de nada. Marian, no importa lo que cueste, en el jardín habrá las plantas y flores que tú desees tener, las que no haya aquí las buscaré en donde sea. Por muy lejos que estén.

-Está bien, Said, mañana iré a ver el jardín. Ahora vayamos a comer. Mi madre ya tiene la mesa preparada.

-Voy a lavarme las manos. Enseguida estaré allí.

Said, poco a poco, se había ido integrando en la comunidad, habiendo pasado su suegro a un segundo plano, pues todos en la alquería iban a pedir consejos a Said, siendo estos, en todo momento, realistas y prudentes, sin quitar importancia ni añadirla en sus respuestas.

-Veo, Said, que tu presencia en la alquería ha servido para que me hayas descargado de las obligaciones para con sus habitantes. Me alegro de que te hayan aceptado con respeto y cariño.

-Nunca podré yo, querido suegro, desplazarte en nada. Yo soy la novedad y nada más, nunca podré reemplazar tu sabiduría y generosidad para con estas gentes.

-La sabiduría la dan los años y, en cuanto a la generosidad, a veces es conveniencia.

-Todas las gentes de la alquería te respetan y veneran.

-Mis dos hijos son todavía muy jóvenes para ocupar uno de ellos mi lugar. Yo ya soy mayor. Tú, Said, ocuparás mi lugar en caso de que Alá me lleve con él. Tú te convertirás en el jefe de la familia.

-Vos sois todavía muy joven, querido suegro, y os queda mucho tiempo de estar con vosotros. Veréis crecer a vuestras nietas hasta que se hagan mujeres.

-No creo que Alá me conceda tantos años más de vida, de todas maneras, acataré su voluntad. Ahora dispongámonos a tomar los alimentos preparados antes de que se enfríen, Said, pasaré a ver cómo van las obras de tu casa, pero eso será mañana.

La comida transcurrió amena y distendida. De cuando en cuando algunos de los comensales comentaban algo en relación a los alimentos servidos y entonces era la madre la que contestaba al comentario.

-La verdad es que nunca había comido unas sopas como estas, ¿de qué están hechas? -comentó Said.

-Esta sopa ya la preparaba mi abuela y a esta se la enseñó su abuela. Los ingredientes principales son almendra y pan, con algunas yerbas aromáticas y dos especias.

-Me gusta -comentó Said-, nunca antes las había probado.

-Normalmente, estas sopas se sirven en verano y deben servirse frías, es cuando saben mejor. Pero tanto a mi familia como a mí nos gustan en cualquier época del año.

Una vez que habían terminado la comida, cada uno de los comensales se fueron marchando a sus quehaceres, Said y Marian marcharon con las pequeñas hacia sus aposentos.

-¿Qué te parece, Marian, si después vamos a dar un paseo con las niñas? Tengo ganas de ver el campo. El día es bueno y tanto a nosotros como a nuestras hijas nos sentará bien.

-Me parece muy bien, querido esposo, pero antes las niñas deben dormir un poco. Nosotros aprovechamos también para hacerlo y para que tú me tengas en tus brazos.

-Me parece bien, Sara Marian.

Las niñas fueron acostadas con la promesa de que, al despertar, irían de paseo y acoger frutas de temporada y flores silvestres.

-Ven, Said, estréchame entre tus brazos, últimamente me has tenido muy alejada de ti. Apenas hemos hecho el amor. Te deseo, amor mío, hagámoslo ahora.

Marian se abrazó a Said, este le cogió entre sus brazos y acercó su boca a la de su amada esposa y el tiempo se detuvo en ese instante. Said fue quitando la ropa que cubría a Marian y en unos minutos ambos quedaron desnudos, cubiertos solamente por una fina sábana. Ambos esposos se acariciaban con placer y delectación. Marian seguía teniendo un cuerpo hermoso y apetecible a pesar de haber sido dos veces madre. Said adoraba a su esposa, porque en ella había encontrado todo cuanto un hombre podía desear.

-¿En qué piensas, amado mío?

-Pensaba en que Alá ha sido generoso conmigo. Porque en ti he encontrado todo lo que un hombre puede desear; amor ternura, bondad, comprensión y, sobre todo, una fiel compañera que me ha dado el regalo de dos maravillosas hijas.

-Hagamos el amor, mi vientre pide ser fecundado y sé que esta vez te daré un hijo que se llamará como tú.

Said abrazó más fuertemente mientras besaba apasionadamente a su esposa. Sus manos acariciaban el terso cuerpo de Marian. Said se montó encima de Marian en un fuerte y sincero acoplamiento. Por la ventana entreabierta que daba al jardín sur de la casa, llegaba hasta sus oídos el ruido del agua y

el canto de algún pájaro escondido entre la exuberante naturaleza del jardín. Los dos cuerpos quedaron relajados uno al lado del otro. Sus manos estaban entrelazadas y la cabeza de Marian estaba apoyada en el pecho de su amado esposo. El tiempo se había detenido y la paz llenaba la estancia. Las niñas seguían durmiendo. Nada pasaba, todo estaba en paz y sin embargo...

Cuatro días más tarde de haber sido apuñalado el capitán Gálvez, los médicos le dijeron que ya podía levantarse y dar paseos por los jardines de la Alhambra, eso sí, sin levantar peso ni hacer esfuerzo por temor a que la herida pudiese abrirse. El capitán tenía ganas de estirar las piernas, el día era espléndido, el sol era radiante y apenas hacía viento. Todo estaba en calma, menos él. El ataque a su persona sabía de quién venía, y conocía el brazo ejecutor. Eso le preocupaba, ya que las cosas no iban a salir bien. El ataque a su persona ya era de dominio público y los jueces de los Reyes Católicos querrían saber la verdad. El intento de asesinato a un capitán de la guardia de los reyes era algo muy preocupante. Si se detenía al que había querido asesinarle, contaría la verdad y él iba a quedar muy malparado. Verdaderamente, no sabía qué hacer, pero, por ahora, no diría quién le había atacado.

-Buenos días, capitán. ¿Cómo os encontráis hoy?

-Bastante mejor. Dentro de un par de días, podré volver a mis obligaciones.

-Eso está muy bien, capitán. Debéis contestar a mis preguntas. Los reyes nuestros señores, quieren saber por qué os han atacado.

-No lo sé, señor juez. La oscuridad era bastante y solamente pude ver un puñal que se cernía sobre mí. Solamente me dio tiempo a coger el brazo de mi atacante.

-¿No pudisteis ver su rostro?

-No, señor juez.

-¿Habéis pensado si hay alguien que os odie para desear vuestra muerte?

-Que yo sepa no.

-¿Habéis tenido algo que ver con alguna mora cuyo marido o algún familiar haya querido vengarse?

-Le doy mi palabra de honor que no he tenido nada que ver con ninguna mujer mora.

-Y, sin embargo, han querido mataros.

-Eso es cierto. Pero no sé por qué.

-Está bien. Por ahora lo dejaremos así. Volveremos a hablar, mientras tanto, guardaos, pues me temo que quien ha querido mataros lo volverá a intentar y, posiblemente, mejor preparado. Si averiguáis algo, debéis comunicármelo de inmediato.

-De acuerdo, señor juez.

-Quedar con Dios, capitán.

-Él vaya con vos, señor juez.

El juez D. Nicolás Espinosa, una vez hubo salido de interrogar al capitán Gálvez, se dirigió a su despacho. Tenía que escribir un informe para hacerlo llegar a los reyes, ya que estos tenían mucho interés en que el asunto se aclarara y que el culpable o culpables pagaran por ello. Debían administrar enérgicamente justicia, para evitar que nadie atentara contra ningún miembro de su ejército ni contra ningún castellano. Los reyes Isabel y Fernando estaban despachando asuntos de Estado cuando uno de sus secretarios les comunicó que había llegado un sobre con el informe del juez D. Nicolás Espinosa, referente al atentado contra el capitán Ignacio Gálvez.

-Gracias. Dejad el sobre en la mesa y retiraros.

El secretario inclinó la cabeza y salió rápido de la habitación. Unos cinco minutos más tarde la reina se dirigió a Fernando.

-Fernando, si habéis terminado con esos papeles, leamos el informe de juez sobre el atentado al capitán.

-Enseguida termino, Isabel. Esperad unos minutos.

-Está bien, Fernando. Mientras tanto, pasearé por la habitación, tengo las posaderas entumecidas de llevar tanto tiempo sentada.

-Ya he terminado. Leamos el informe sobre el ataque a uno de nuestros capitanes.

Ambos reyes leyeron lo escrito en el informe, después se miraron el uno al otro y fue precisamente la reina quien dijo:

-¿Qué te parece, Fernando, este asunto?

-No sé qué creer. Pienso que eso de matar al capitán Gálvez no ha sido obra de ningún castellano. Pienso más bien que puede ser cosa de faldas. Ningún castellano osaría atacar a uno de mis capitanes. Sé que

al capitán le gusta mucho importunar a las mujeres y si son guapas más. Posiblemente haya molestado a alguna mora y el marido o el padre de la muchacha ha querido vengarse.

-Mi querido esposo, el capitán Gálvez es nuestro capitán, no solamente tuyo.

-Eso he querido decir, querida Isabel, pero debo advertiros que sois vos quien más emplea la palabra singular. Por otro, la persona que atacó al capitán conoce perfectamente el palacio de la Alhambra, ya que, según hay escrito en el informe, el asesino desapareció por alguna puerta secreta del palacio y eso me hace pensar, mi reina, que debemos estar muy alerta de que puedan sorprendernos y no ser vistos.

-Tienes razón, Fernando. Mandaré a algunos de los arquitectos y maestros de albañil y maestros canteros que conozcan bien las piedras, para que hagan un examen exhaustivo de todas las paredes de la Alhambra, especialmente de nuestras recámaras y de las habitaciones de nuestras hijas. Especialmente de nuestra hija Juana. Pues mucho me temo que debe haber más de una puerta secreta.

-Me parece bien. Mientras tanto, que se siga investigando el ataque sufrido por el capitán. hay que llegar hasta el final de este asunto y descubrir el autor o autores y que sean castigados.

-Así se hará, Fernando. Ahora, con vuestro permiso, me retiro, me esperan mis damas. Hoy hace un día muy agradable y vamos a dar un paseo por los jardines de la parte norte de palacio. ¿Vendréis esta noche a mi aposento, querido esposo?

-No lo sé, Isabel. Tengo mucho trabajo. Debemos visitar algunos pueblos de la zona norte de Granada y debemos estar seguros de que vuestra alteza no corre ningún peligro, ya que nuestros nuevos súbditos deben ver a sus reyes físicamente y no verlos como algo lejano e inaccesible.

-Está bien, Fernando, como tú quieras.

Veinte minutos después de haber marchado la reina Isabel, entró un capitán que acompañó al rey Fernando desde Aragón cuando partió de allí para casarse con la reina Isabel de Castilla y León. Hombre de toda confianza del monarca. Después de pedir permiso y concedérselo el rey, entró en la habitación en que estaba el monarca y se inclinó ante este con un ampuloso saludo.

-¿Qué deseáis, capitán?

-Daros respuesta de la orden dada por mi rey. La mora que tanto os gustó cuando sabíamos hacia la Alhambra y que estaba asomada a la ventana he averiguado quién es.

-Ah sí, capitán. La recuerdo. Una moza muy guapa y bien proporcionada de todo. Muy guapa, quizás no me gustó el velo que llevaba cubriendo su cabeza. ¿Qué sabéis de ella?

-Después de algunas averiguaciones y tras dar algunas monedas, he averiguado que es viuda. Su marido murió debido a un accidente producido en el campo, despeñándose por un barranco; tiene dos hijos y su nombre es Amina.

-¿En qué situación económica se encuentra Amina?

-Mi señor, bastante deficitaria. Según me han contado, vive de lo que gana haciendo de costurera para otras moras más ricas.

-¿Sabes, capitán, si existe ahora algún hombre en su vida?

-No, alteza, según me han contado, es una mujer muy fiel al recuerdo de su marido y, aunque ha habido hombres que le han querido desposar, ella no ha querido.

-Será que no ha llegado el hombre que le haya gustado.

-Eso no lo sé, mi señor. Aunque pienso que, debido a su hermosura, los hombres rondarán a su alrededor como moscas acuden a la miel.

-Está bien, capitán, esta conversación solamente debe quedar entre vos y nos. Seguid averiguando cosas de ella, pensaré qué hacer y de qué forma vos podáis hacer venir a esa mujer a la corte; como empleada, sin duda alguna, encontraremos algo para ella.

-Si me lo permitís, puedo sugerir a vuestra alteza que bien pudiera ser costurera de la reina.

-No, eso no, estaría demasiado cerca de mi esposa. Hay que buscarle otro trabajo, que su contacto con nuestra reina esté lo más alejado de ella, por ejemplo, en la cocina.

-Me parece bien, majestad. Ese es un buen sitio y la reina, nuestra señora, suele ir poco por allí.

-Ofrécele ese trabajo a la mora. Si tan mal está económicamente, aceptará el trabajo, ofrécele lo suficiente para que no pueda rechazar el trabajo. Infórmame en seguida con la contestación de ella.

-Sí, majestad, me pondré en seguida manos al asunto. Con el permiso de vuestra majestad, me retiro.

El capitán se valió de todas las artimañas posibles para ponerse en contacto con la mora, aunque esta, una y otra vez, le dio con la puerta al capitán, diciéndole que se equivocaba, que ella no era una mujer fácil y que, sería muy mal visto por sus gentes verse a solas con un castellano. Por lo que el capitán desistió del acoso y se puso a pensar de qué manera podría convencer a la mora. Pensó el capitán que no había tenido la oportunidad de decirle que lo único que deseaba era darle trabajo en la Alhambra, para mejorar su situación económica y porque era un deseo de nuestro rey, Dios salve. Pasados unos días, tuvo el capitán la suerte de contactar con una vieja mora que solía merodear alrededor de los soldados a los cuales les solicitaba comida y, con miles de argucias, les sacaba algunas monedas. Sin saber que algunos soldados eran casi más pobres que ella misma. Un día observó el capitán a la mora y preguntó a un soldado qué hacía aquella vieja mora por allí, a lo que este contestó:

-Es una pobre vieja, viuda, que no tiene a nadie y, a veces, viene por aquí a mendigar algo de comida que le damos de las sobras del rancho y algunas monedas que le dan algunos suboficiales por hacerla cantar.

-Está bien. La próxima vez que la veáis por aquí, avísame enseguida, deseo hablar con ella.

Unos tres días más tarde, la vieja mora, a la hora del almuerzo de los soldados, se presentó como de costumbre cerca del cuerpo de guardia. Fue avisado el capitán, que se presentó al momento y, al ver a la mujer, le preguntó su nombre.

-¿Cómo te llamas, buena mujer?

-Qué importancia tiene el nombre. Llámame vieja, capitán.

-¿Cómo sabes tú que soy capitán?

-Se lo he oído decir al soldado.

-Está bien. Quiero hablar contigo a solas.

-¿Para qué queréis hablar con una vieja?

-Ven, iremos a un lugar en que no nos escuche nadie.

La vieja siguió al capitán por uno de los pasillos hasta llegar a una de las galerías que terminaba en un mirador desde el que se divisaba el Sacromonte.

-Escucha, vieja: voy a pedirte que me hagas un favor, a cambio yo te sabré recompensar muy generosamente, pero si hablas con alguien referente a lo que te voy a pedir, te irá la vida en ello o haré que te encierren en el más tétrico de los calabozos: ¿has entendido?

-De acuerdo, capitán. ¿Qué es lo que queréis de mí?

-¿Conoces a una mujer muy hermosa, viuda y con dos niños, que vive en una de las casas que hay en la cuesta subiendo a la Alhambra?

-Sí, es una parienta lejana de mi marido, Alá lo tenga en el paraíso.

-¿Sabes cómo se llama?

-Sí, capitán, se llama Amina.

El capitán se sacó de unos de sus bolsillos una bolsa con algunas monedas, se la enseñó a la vieja y las hizo sonar, diciéndole:

-Serán tuyas si haces que Amina me reciba en su casa.

-Debo decirte, capitán, que Amina es una mujer honrada y que, aun en su pobreza, será muy difícil que os reciba y menos siendo castellano.

-Debes decirle lo siguiente: que lo único que quiero es ofrecerle trabajo en la Alhambra. Así mejorará su grave situación.

-Veré lo que puedo hacer. Ahora deme las monedas y pronto te daré respuesta a esta petición.

-Te daré las monedas cuando me traigas la respuesta siempre y cuando sea positiva, de lo contrario, no te daré las monedas y te prohibiré que merodees cerca de mis soldados- ¿Has comprendido?

-He comprendido, capitán, que en todo esto hay algo más turbio que darle trabajo a Amina. Pero no seré yo quien diga nada, al fin y al cabo, nadie haría caso de esta pobre vieja y loca. Todo lo haré como vos deseáis.

-Toma, vieja, una moneda, haz bien el trabajo y te daré el resto. Ahora puedes marchar, y no tardes en la respuesta.

Dos días más tarde, se presentó la vieja en el cuerpo de guardia preguntando por el capitán. después de unos minutos se presentó el capitán en el cuerpo de guardia. Al verla, le dijo que la siguiera hasta el mismo sitio de la vez anterior.

-Dime, vieja, ¿has hablado con Amina?

-Sí, capitán.

-¿Qué te ha dicho?

-Que mañana antes del mediodía, os recibirá en su casa, pero, para ello, debo estar yo presente. Pues, de lo contrario, hablarían mal de ella.

-De acuerdo, vieja, mañana nos veremos allí, y entonces te daré las monedas. ¿De acuerdo?

-De acuerdo, capitán.

El capitán Gálvez se encontraba plenamente recuperado de su herida. Era ahora el momento de averiguar él, por su cuenta, lo ocurrido. Aunque ya lo sospechaba, querían quitarlo de en medio y recuperar el dinero entregado. Y así nadie sabría que se había alterado el orden de la audiencia con los reyes. Lo sospechaba, pero nada diría al juez que llevaba el caso sobre su intento de asesinato. Prefería resolverlo él por su cuenta, antes que hubiese una investigación más profunda y saliera a relucir la verdad; de ser así, peligraba su puesto en la corte y, posiblemente, su cabeza. Con el primero que debía hablar era con Jalib, pues, aunque no le vio la cara bien, daba por hecho que fue él quien intentó asesinarlo, pero ¿por qué motivo? Solamente había una explicación: recuperar las bolsas de monedas y cerrar su boca para siempre y, tras él, el próximo en ser asesinado sería el secretario Simplicio y así no quedaría ningún rastro de la trampa hecha.

-¿Cómo os encontráis hoy, capitán? -preguntó el médico al encontrarse con el capitán Gálvez en uno de los pasillos.

-Muy bien, doctor, ya estoy plenamente restablecido.

-Eso está bien, pero recordad que no debéis coger peso y, durante algunos días más, descansar os vendrá bien. Adiós, capitán, nuestra señora, me espera.

--¿Se encuentra mal su alteza?

-No creo que sea nada. Un malestar pasajero, nada sin importancia.

El capitán Juan González y la vieja se encontraron en la casa de Amina, el capitán quedó asombrado por la belleza de la mora, aunque esta llevaba la cabeza cubierta con un velo negro, dejaba al descubierto su cara de rasgos perfectos y unos ojos grandes y negros como la noche. No era demasiado alta, pero su cuerpo era armonioso, con cierto punto de elegancia. El capitán González miró en rededor y comprobó que los muebles que había en la habitación eran sencillos, aunque todo estaba perfectamente limpio. Había que empezar a explicar a Amina por qué estaba allí y, sobre todo, qué es lo que quería de ella. Pero fue Amina quien se adelantó al capitán.

-La vieja me ha dicho que quería vuestra merced hablar conmigo referente a un trabajo en la Alhambra. ¿De qué trabajo se trata?

La vieja permanecía callada mirando al capitán y a Amina. Sabía que ella no podía intervenir. Pero, por sus muchos años, sabía que el ofrecimiento de ese puesto de trabajo a Amina era por algún motivo más oscuro, en el cual había intervenido algún personaje muy importante, y que nunca se atrevería el capitán a dar su nombre.

-Verás, Amina, en el palacio se necesita una mujer que sepa cocinar comida típica de Granada, ya que les gusta mucho a nuestros reyes Isabel y Fernando. Debido a vuestra situación económica, queremos ofrecerte el trabajo a vos. Ganaréis tres veces más de lo que ganáis actualmente. ¿Qué respondéis?

-La verdad que no lo sé, capitán, yo no soy cocinera, aunque sé preparar deliciosos platos de nuestra comida y repostería andalusí.

-Eso es exactamente lo que queremos de ti.

-Acepto el trabajo, capitán. ¿Cuándo debo empezar?

-Mañana mismo. Pregunta por mí y yo os presentaré a quien será tu jefa.

-Entonces hasta mañana capitán.

-Quedar con Dios, Amina.

Una vez que había marchado el capitán, Amina se dirigió a la vieja:

-Me gustaría saber quién le ha hablado de mí al capitán.

-Amina, alguien con mucho poder es el que ha intervenido en este asunto. Alguien que os ha visto y al que le habéis gustado. Tened cuidado, más tarde que temprano, sabréis el motivo de estar en la Alhambra.

-No sé qué decir, por lo pronto acepto el trabajo, eso mejorará mi economía y mis hijos podrán vivir mejor.

-Escucha, Amina, si es un personaje importante quien reclama tu cuerpo, no seas tonta, en caso de entregarte a él, sácale una gran suma de dinero. Estamos en un tiempo muy malo. No sabemos realmente lo que va a suceder, no seas tonta y aprovecha la ocasión si es lo que yo pienso.

-No seas pájaro de mal agüero. Por ahora solamente me ofrecen un trabajo.

-Ya veremos. Ya veremos. Acuérdate de mí. Ahora debo marcharme. Pronto empezarán a almorzar los soldados y debo recoger mi parte. Alá os proteja, Amina.

Jalib llevaba varios días en los que no había estado en la Alhambra, y aunque pasó desapercibido para algunos, no para el capitán Gálvez, ya que este, al estar guardando reposo, no lo echó de menos. Fue precisamente un ayudante del capitán quien le dijo:

-Capitán, hace días que no vemos al moro Jalib y nos extraña.

-Estará enfermo -dijo el capitán. -Ve a buscarlo y tráemelo a mi presencia, pero hazlo sin que sea demasiado visto por los soldados. Tráelo, aunque sea arrastras.

-¿Y si está enfermo, capitán Gálvez? -Yo sospecho la enfermedad que tiene. Que te acompañen dos soldados más. ¿Sabes dónde vive?

-Creo que sí. En una casucha no muy lejos de aquí. Quedad con Dios, capitán.

La reina Isabel I de Castilla y León se encontraba mirando desde un mirador de la Alhambra, contemplando la belleza indescriptible que rodeaba al palacio. Pensó para ella que, como Boabdil, también hubiese llorado al perder aquellos jardines y palacios nunca vistos por ella; la frondosidad que rodeaba al recinto y el verdor intenso existente hasta donde alcanzaba su vista la subyugaban. En ese momento pensaba en la sequedad de Castilla, nada allí se podía igualar a aquel vergel, más parecido al Paraíso. Se santiguó al pensar en dicho paralelismo y siguió disfrutando de lo que sus ojos contemplaban. Y dándole las gracias a Dios por haber permitido que aquel vergel fuese ahora suyo. Iría más tarde a rezar al Altísimo. En esos pensamientos estaba cuando sonaron unos golpes en la puerta de su recámara.

-Adelante. Podéis entrar.

La puerta se abrió y entró en la sala Leonor.

-Alteza, ¿me habéis hecho llamar?

-Sí, Leonor. Entra, quiero que me acompañes esta tarde. Hablaremos, e incluso podremos dar una vuelta por los jardines. Esta tarde no tengo ganas de pensar en el gobierno, sino de pasarlo bien y distraerme, y tú eres la única de mis damas que sabes escucharme y decirme la verdad a mis preguntas y no lo que yo quisiera escuchar. También hablar de ti.

-Cómo vuestra majestad desee. Ya sabe vuestra majestad que sois para mí como si fuese mi madre, a quien quiero y respeto.

-Lo sé, mi querida niña. Sé que me queréis, yo también os quiero y no me importaría que fueseis mi hermana. Pues muchas damas y camareras son las que tengo, pero algunas de ellas me aburren -esto no lo digas a nadie-. Con vos, Leonor, es con quien más a gusto estoy. Sabes escuchar y no interrumpir cuando soy yo quien habla, que no por ser tu reina he de dejar de ser condescendiente. Pues tú sabes, Leonor, que la mayoría de las veces no me dirijo a ti como reina, sino como si fuese tu madre.

-Lo sé, majestad, y os lo agradezco.

-¿Qué es lo que hablan mis damas sobre Granada?

-Todas hablan muy bien. Solamente se quejan de lo lejos que se encuentran de sus familias.

-Es verdad, Leonor, se quejan y con razón, pues, antes que servir a su reina, no por serlo, deben alejarse mucho tiempo de sus familias.

-Salgamos afuera, aunque no lo creas, Leonor, este palacio está demasiado recargado para mi gusto. Me gusta más la austeridad y la sencillez de mis palacios de Castilla. Incluso para rezar a nuestro Señor Jesucristo, me gustaba más hacerlo en Castilla.

Leonor escuchaba a la reina en silencio. No quería decir nada hasta que la reina le preguntara.

-No dices nada, Leonor.

-No sé que decir, mi señora. Creo que vuestra alteza tiene razón.

-¿Te gusta a ti estar aquí, tan lejos de los tuyos?

-La verdad que me acuerdo de mis padres, pero debo decirle a vuestra alteza que yo soy muy feliz estando a vuestro servicio y no aspiro a nada más.

-Vamos, Leonor, tú eres muy joven y guapa y tu destino es formar una familia y cuidar de tu esposo e hijos. Es tu deber como mujer. Ven, quiero que guardes un recuerdo mío para que, cuando dejes de ser mi dama, te acuerdes de mí.

La reina se acercó a una mesita en donde había un joyero primorosamente labrado. Lo abrió y sacó de dentro de él un broche y se lo puso a Leonor en el pecho, sobre el vestido.

Leonor miraba a la reina y se escaparon dos lágrimas.

-¿Por qué lloras, niña?

-No sé qué decirle a vuestra majestad. No me merezco este honor de tener una joya de vuestra majestad.

-Las dos somos mujeres. En este momento somos solamente dos amigas. Ahora bien, no se lo cuentes a nadie, no quiero yo que mis damas se pongan celosas. Que una cosa es ser reina de España y otra ser mujer y amiga, que pocas son las que tengo sinceramente y las más por conveniencia. Si te preguntan por la joya, diles que es un regalo de tu familia. Lúcela con orgullo y el día de mañana le dices a tus hijas, si las tienes, que te la regaló la reina Isabel I de Castilla y León y ahora de Granada, porque entre todas mis damas tú eras a la que yo más quería.

-Permítame vuestra majestad que bese vuestras manos, en agradecimiento por el honor que me hacéis sin merecerlo. Siempre estará el broche cerca de mi corazón.

-No, Leonor. Levanta y vayamos a dar ese paseo, decid a algunas de mis damas si quieren acompañarnos en el paseo, que pocas son sus obligaciones, salvo chismorrear.

Jalib se encontraba frente al capitán Gálvez. Su semblante estaba serio y los labios le temblaban, así como las manos, que no podía disimular. Presentía que el capitán sabía que había sido él quien había intentado matarle o, al menos, lo sospechaba. Su salvación estaba en cuánto sospechaba de él el capitán.

-¿Deseáis verme, capitán?

-Sí, Jalib. Siéntate en esa silla, voy a hacerte unas preguntas, pero quiero que me digas la verdad. Pues al final yo sabré toda la verdad y, si no lo sé por ti y me mientes, serás ejecutado.

-¿Qué queréis saber, capitán?

-¿Sabes tú quién ha querido matarme?

-No, capitán.

-¿Estás seguro?

-Sí.

-La persona que me atacó desapareció por alguna puerta secreta de

este palacio. Hay muchas personas que saben dónde existen esas puertas. Entre ellos tú.

-No, capitán. yo, aunque llevo muchos años trabajando en la Alhambra, nunca he sabido de esas puertas secretas que vos me decís. Son solamente fantasías de las gentes.

-No. Puesto que yo vi como el atacante que quiso matarme -y apunto estuvo- desapareció de repente. Debes decirme la verdad, piensa que te van a interrogar los jueces y ellos te harán hablar por las buenas o por las malas, infligiéndote torturas.

El capitán sacó de un cajón de su mesa la daga que se le había caído al atacarme al salir huyendo.

-¿Conoces esta daga, Jalib?

-No, capitán. igual que esa daga hay muchas y cualquiera puede tenerla y usarla.

-Tú tienes una igual a esta, ¿no es cierto?

-Sí, capitán.

-Enséñamela.

-No la llevo encima ahora.

-No la llevas encima porque la perdiste al salir corriendo después de intentar matarme.

-No es verdad, capitán. yo no he sido.

-Has sido tú. Estás temblando y, sobre todo, asustado.

-Yo nunca haría eso.

-Sí, lo harías por dinero.

-No. No he sido, capitán.

-¿Quién te ha mandado que me matases? Piensa bien lo que vas a contestar. Sí me cuentas a mí quién ha sido, yo podré salvarte de la tortura y de la muerte. Si no me dices la verdad, te entregaré al Sr. juez, bajo la acusación de sospecha y, una vez en sus manos, ya no te valdrá ninguna mentira, así que te aconsejo que hables.

Jalib se puso a llorar con la cabeza entre las manos, mientras el capitán lo miraba con desprecio. Una vez más calmado, levantó la cabeza mirando al capitán sin dejar de gemir.

-Fuiste tú quien me clavó esta daga en el pecho.

-Sí, capitán, fui yo.

-Yo siempre me he portado bien contigo, ¿Por qué lo hiciste?

-Por dinero. Mi familia es muy pobre.

-¿Quién te ha mandado que me mates?

-El venerable Amed.

-¿Por qué?

-Quería que, una vez muerto, cogiese las bolsas con las monedas. A cambio a mí me daría parte de una de ellas.

El capitán se le quedó mirando, viendo en ese momento más a un pobre desgraciado que su verdugo.

-No has pensado que, si me hubieses matado a mí, el siguiente hubieses sido tú para impedir que tú los pudieses delatar.

-Ahora que vos lo decís, capitán, pienso que es verdad.

-Solamente queda una solución.

-¿Cuál, capitán? Haré lo que me digáis.

-Que te marches de Granada. Coge a tu familia y márchate bien lejos. Quédate con la última bolsa de monedas que debías entregarme, con eso tienes suficiente para establecerte en cualquier rincón de Marruecos. Allí estarás a salvo de Amed y los suyos.

Jalib se hincó de rodillas ante el capitán y empezó a besar sus manos.

-Gracias, capitán, Alá te conceda muchos años de vida.

El capitán sabía que, de entregar a Jalib al juez, este descubriría la verdad y, aunque no había habido traición a los reyes, él quedaría muy malparado y muy posiblemente perdería su cargo y, de ser así, de qué iba a vivir. desaparecido Jalib, no había ya ningún peligro sobre él, y tampoco por parte del moro Amed y los suyos. A estos tampoco les convenía que se supiera lo del soborno. Por lo tanto, caso cerrado.

Pasó el tiempo y en Granada la vida transcurría de mal en peor, los primitivos habitantes de Granada se veían ultrajados por los nuevos reyes, ya que, con el tiempo, las palabras de libertad para poder practicar su religión se fueron olvidando, obligando a los moros a renegar de su

fe y convertirse al cristianismo, so pena de perder lo poco que les quedaba e incluso la vida. Muchas de las mujeres nativas de Granada fueron avasalladas por los soldados borrachos y pendencieros. Y, aunque los reyes promulgaban que no se les ofendiera, por detrás cada uno hacía lo que quería. Los habitantes de Granada empezaron a odiar a los castellanos, poco a poco lo iban perdiendo todo y las mujeres no se atrevían a salir solas a la calle por temor a ser agredidas y, aunque la justicia castellana había sido con algunos castellanos severa, no fue lo suficiente para parar el ultraje y el pillaje. Bastante tenían los Reyes Católicos con controlar sus bastos territorios y en reunir el dinero para que maese Cristóbal Colón pudiese preparar una expedición para descubrir una nueva ruta que les condujera al país de Zipango. Pero esto es otra historia.

La reina Isabel I de Castilla y León se había desprendido de algunas de sus damas, sobre todo de las que estaban solteras y debían contraer matrimonio, como por ejemplo doña Irene Villanueva. Con esta decisión, el capitán González perdió toda oportunidad de poder seguir cortejándola. Aunque este no lo sintió mucho, ya que, con el dinero que tenía, podía obtener los favores de alguna otra dama de la reina Isabel, más complaciente que Irene. El rey Fernando se supone que trataría de conseguir a la mora Amina, él era un hombre que siempre lograba los favores de las mujeres que le gustaban, por lo que Amina no sería diferente. Pero con certeza no lo sabía. Pero ya se valdría él de argucias y promesas para conseguirla. No sería la primera. Hasta tenía hijos bastardos, a lo que la reina Isabel no era ajena.

Said aceptaba que su futuro estaba en al-Itrabí. Poco a poco se iba integrando en la población e, incluso, participaba de sus festejos y costumbres. Las armas y las batallas habían quedado atrás. Fue una época muy importante en su vida, pues, de no ser nada, llegó a convertirse en uno de los hombres más importantes de Granada, después de su amado sultán Muhammad. Él había sido respetado y temido por todos, pero nunca abusó de su poder en la corte nazarí; por el contrario, siempre fue justo y las más generoso con sus enemigos o con aquellos que quebrantaban la ley del sultán. Él fue un hombre benevolente, justo y piadoso y siempre aconsejó bien a su sultán. Lástima que este no hubiese estado a la altura de las circunstancias ni del momento en que le había tocado reinar. Su querido sultán no se parecía en nada a

su padre, el sultán Muley Hacén. Más vigoroso que él y más presto a defender su reino. Su amigo y sultán Muhammad era más dado al rezo y a escribir poemas que la guerra, aunque en cuantas batallas contra los castellanos participó nunca hubo en él flaqueza ni cobardía. Siempre luchó con arrojo y valentía.

El tiempo pasaba a prisa y él, Said, general de las tropas de Boabdil, era solamente un hombre dedicado a la agricultura en un rincón perdido cercano a la costa. En una alquería, a la que llegó gracias a su amado sultán, conoció a la persona más importante en su vida, su esposa Sara Marian. No le quedaba más remedio que aceptar que, después de todo, la vida no había sido con él ingrata. ¿Pero por cuánto tiempo? Sabía que por ahora no había peligro alguno de que la vida en al-Itrabí transcurriera apaciblemente y que los agricultores seguirían labrando sus parcelas y cuidando de sus pequeños rebaños, pero por cuánto tiempo. Más pronto que temprano los castellanos llegarían a aquel rincón tranquilo y apacible como aves de rapiña arrebatando lo que solamente pertenecía a los habitantes de la alquería. Pero, por otro lado, la vida tenía que seguir como si nada pasase. Todos en la población estaban pendientes de lo que él decía o hacía, construir su casa en la alquería era motivo de confianza en que nada iba a pasar. Eso daba ánimo a las gentes y, cuando algún vecino le preguntaba, Said respondía:

-Solamente Alá, todopoderoso, sabe lo que va a suceder y nosotros nada podemos hacer ajeno a su voluntad.

-Me han llegado noticias, a través de un familiar mío que ha ido a visitar a unos familiares en Granada, de que los castellanos están arrebatando casas y haciendas a sus legítimos dueños, en las alquerías cercanas a Granada -dijo Tilmán, un vecino de al-Itrabí.

-Cosas pasan, Tilmán, que no podemos evitar, los castellanos ahora son los dueños y amos de todos los territorios desde la antigua frontera hasta el mar. Nosotros debemos seguir en nuestras tareas como si nada pasara. No sabemos con certeza qué es lo que realmente va a pasar. No debemos adelantarnos a los que pueda ser, sino actuar en su momento en lo que pase.

-Pero, general, si llegan hasta aquí y nos arrebatan todo lo que poseemos: casa, tierras y ganado, ¿de qué viviremos?

-Nada puedo decirte, Tilmán. Pienso que las cosas sucederán de distinta manera, cierto es que tendremos que pagar un tributo a los reyes y que ellos serán nuestros nuevos dueños, pero permaneceremos aquí y aceptaremos las nuevas leyes, de lo contrario solamente nos queda una única alternativa: marcharnos a Marruecos, abandonando todo lo que tenemos o resignándonos a vivir aquí con todas sus circunstancias.

-Pero vos, general, podía crear un nuevo ejército y luchar contra los castellanos y hacerles frente, en caso de que lleguen hasta aquí.

-¿Y de qué valdría eso? ¿De dónde sacaríamos un ejército? O crees tú que un ejército se forma con labriegos y pastores. No, Tilmán, espere-mos, y te diré más: de todos nosotros, yo soy el que más peligro corro, pues, una vez que lleguen aquí esos castellanos y sepan quién he sido en Granada, lo más probable es que me maten. ¿Comprendes?

-Nadie en la alquería diría quién habéis sido. Todos sus habitantes os quieren y respetan.

-Los castellanos tienen mil formas de hacer hablar hasta un mudo. Esperemos, Tilmán, que Alá nos proteja.

La casa estaba ya terminada, las habitaciones amuebladas y el jardín arreglado, pronto llegaría la primavera y las flores perfumarían el hermoso jardín y Marian cortaría algunas flores para ponerlas en los búcaros y dar un ambiente perfumado en la casa. Su casa, lo único de lo que podía sentirse orgulloso y vanagloriarse. Pues él la había comprado y reformado, con cari-ño y amor, ya que en ella habían de habitar a partir de ahora las tres personas a las que más amaba: su esposa y sus dos hijas. ¿Pero hasta cuándo?, se preguntó.

-¿En qué piensas, mi amado esposo? ¿Qué pensamientos sombríos enturbian tu ánimo?

-Pensaba en ti, mi querida esposa, y pensaba en cuán generoso es Alá por haberte conocido y ser el hombre más feliz del mundo, y en darte las gracias por esas dos maravillosas hijas que me has dado. Y en darle las gracias a mi sultán y amigo Muhammad, por haber tenido el capricho de venir hasta aquí, donde te conocí y me enamoré desde el mismo instante en que te vi. Pienso en qué sería ahora de mí si tal cosa no hubiese sucedido.

-Estarías casado con otra mujer más hermosa que yo.

--Era pobre y nada tenía para ofrecerle a ella.

--Tú no eras pobre. Tenías sabiduría y nobleza y eras respetado.

-La nobleza sale del corazón, pues así me la enseñó mi madre. La sabiduría se adquiere con el tiempo y el respeto, a veces, se produce por el temor, quisiera pensar que me respetaban por mí mismo, por mis acciones y no por lo que representaba en la corte y el poder que yo ostentaba.

-Pon tu mano en mi vientre y comprobarás cómo se mueve nuestro futuro hijo.

-¿Cómo sabes, querida Marian, que será un niño?

-Lo sé, querido esposo. Lo presiento. Este embarazo es diferente a los otros dos.

-Oigo cómo da pataditas. Lo siento en mi mano. Gracias, querida esposa, por este nuevo regalo que me haces. Son tantos que, aunque viviera cien años, no bastarían los días para darte las gracias.

-Nada me debes, querido esposo. Las gracias también yo muchas veces le doy a nuestro amado sultán de que te trajese a nuestra alquería. A veces pienso cómo hubiese sido mi vida sin estar a tu lado.

-Hubiese llegado hasta ti un buen hombre, porque a tu lado nadie puede ser malo. Tu dulzura y gentileza colma todos los deseos de cualquier hombre.

-¿O sea que no te importaría que no fuese yo tu esposa?

-Yo no he dicho eso, sino que cualquier hombre sería feliz a tu lado.

-¿Estás seguro?

-Sin duda alguna. Doy las gracias a Alá por ser yo ese hombre afortunado.

-Cuando te vi por vez primera supe que tu llegada a la casa de mis padres había sido propiciada por Alá, que se valió de nuestro amado sultán para que tú llegaras.

-Posiblemente, de no haber sido así, nunca te hubiera conocido.

-Yo, mi amado esposo, pienso que no. Tú ya estabas designado para mí desde el mismo tiempo en que nací y naciste tú.

-¿Quién te lo ha dicho así, Marian?

-No me lo ha dicho nadie. Pero yo lo supe y lo sentí en mi corazón al verte, que tú eras el hombre que colmaría mi vida de amor y dicha.

-¿Y ha sido así, amada mía?

.Sí, Said. Tú lo eres todo para mí: mi cielo, el aire que respiro y cuando tú me abrazas mi cuerpo se llena de todos los perfumes de las flores de mi jardín.

-Gracias, esposa mía. Mañana podremos mudarnos a nuestra primera casa, en el que tú serás mi sultana.

-Prefiero ser solamente tu esposa. Es el mayor regalo, tú y nuestras hijas. Voy a preparar las cosas que debemos llevarnos.

-De acuerdo. Yo voy a echar un último vistazo a nuestra casa para que todo esté dispuesto mañana.

Nada se para. No hay muros, ni ríos, ni océanos, que puedan detener el paso del tiempo. El tiempo es inflexible y, paso a paso, va destruyendo todo lo que el hombre en su soberbia haya podido construir. Al final todo ha sido un espejismo. Ha sido un sueño que al despertar comprueba cuán poca presencia tiene el género humano ante la inconmensurable luz del tiempo. Nacemos y vivimos, y somos solamente menos que un suspiro. Somos solamente una pequeñísima partícula que se diluye en la inmensidad de la memoria.

Somos solamente pasado, pues nuestra propia soberbia en creer que somos los dueños del mundo nos hace caer en la más grande blasfemia que existe. Creer que somos un algo único y que formamos parte de un ente universal, despreciando todo lo demás. Cuánta soberbia en pensar que somos los únicos seres vivos inteligentes que conformamos este Edén.

Todo fenece. Todo muere y es destruido. Las ideas desaparecen, los recuerdos poco a poco se olvidan y, entonces, tarde nos damos cuenta de que pasamos y que una vez fuimos y que ya nada somos. Los grandes personajes se convertirán en polvo a pesar de su poder y fama. Los castillos y los grandes palacios que solamente fueron ambición u orgullo serán con el tiempo destruidos y solo quedará de su grandeza unas cuantas ruinas quemándose al sol. Afortunados aquellos personajes a los que otros hicieron revivir en la memoria de los hombres al escribir lo que consideraron justo que por bueno y valiente tuvieron y, a pesar de ello, queda en un papel amarillo su vida y memoria escrita. Nada somos. Solo Dios perdura.

Muchas fueron las fatigas e inconvenientes que aún pasaron Boabdil y sus gentes hasta llegar por fin a Andarax. Lo primero que divisó el sultán, expulsado de Granada, fue un entorno desértico y pobre, salvo las ramblas, que en pequeñas parcelas se veían muy bien cultivadas. El pueblo era pequeño. Sus habitantes ya sabían de la llegada de su sultán, pero pocos fueron los que salieron a recibirlo. Previamente habían acondicionado la alcazaba, perteneciente a una de las familias más importantes del lugar. Todas las personas que iban en la caravana, muchas de ellas enfermas, fueron realojándose en casas ofrecidas por sus moradores para que pudieran descansar y reponerse. Toda la comitiva encontró calor y refugio entre los buenos

habitantes de Andarax. Con el tiempo supieron integrarse entre la población, muchos de ellos cultivaron sus parcelas, otros se hicieron pastores de cabras y ovejas. Boabdil pasaba la mayor parte de los días cazando y escribiendo poemas. No era raro verlo retraído a solas, mientras rezaba. Poco a poco estaba alejándose de su pueblo y de su familia. Las noticias que llegaban de Granada no eran precisamente buenas. Su semblante siempre estaba triste, a pesar de que Morayma hacía lo posible para que estuviese alegre. Boabdil solamente encontraba la paz rezando y escribiendo, o cuando leía el Corán, que era cuando de su cara se alejaba la tristeza.

Morayma, la última sultana de Granada, al poco de llegar a Andarax, empezó a encontrarse mal y, aunque los médicos le decían que era debido al cansancio y las fatigas padecidas durante el viaje desde Granada hasta Andarax, ella presentía que su fin estaba cerca, mal que se acrecentó con la muerte de uno de sus hijos, pero, a pesar de todo ello, Morayma estaba más preocupada por el comportamiento de su marido que por lo que a ella le pudiese pasar. Una tarde, tras el regreso de este después de pasar casi todo el día de cacería, lo esperó a la entrada de las caballerizas de la alcazaba. En su mano enfundada en un grueso guante de cuero, traía un azor que entregó a uno de sus sirvientes. El sultán saltó del caballo y se dirigió a Morayma:

-Morayma, esposa mía, ¿por qué no estáis en vuestra habitación?, no os conviene estar aquí, los médicos han dicho que debéis guardar reposo.

-No importa, Muhammad, no estoy cansada, necesitaba veros y hablar con vos, me tenéis muy abandonada, apenas si os veo, cada vez os alejáis más de mí, sobre todo desde la muerte de nuestro hijo.

-Eso no es verdad, mi bella esposa, solamente quiero que os pongáis buena cuanto antes. Vamos para dentro, deseo hablar contigo de un asunto de mucha trascendencia. Ven, entremos.

Morayma siguió a Boabdil hasta dentro de la casa, dirigiéndose a una pequeña salita que daba a la parte sur de Andarax y desde donde se veía un paisaje más verde y frondoso de las huertas. La fachada de esa parte de la alcazaba la cubría una enorme buganvilla de color rojo y hasta el mirador llegaba el olor de las flores, que ya empezaban a adueñarse del paisaje en aquella temprana primavera.

-Siéntate, esposa mía -dijo Boabdil.

-Sí, debemos hablar de nosotros.

-Nada he dicho a nadie todavía, ni tan siquiera a mi amargada madre, Aixa Fátima. Pero estoy pensando en vender a los reyes cristianos el territorio que

nos queda y marcharnos a Marruecos. Seremos bien recibidos por el rey merení. Aquí no estamos cómodos, tampoco nos ha traído suerte esta tierra es inhóspita, hemos perdido a uno de nuestros amados hijos, tú misma estás enferma y a mí me llaman “el desdichado”. Sí creo que lo mejor es que nos marchemos.

-¿Qué dirá tu madre, esposo, mío?

-Que diga lo que quiera. No me importa. Aunque pienso que ella hubiese preferido que yo muriera si a cambio ella permanecía en la Alhambra.

-Debes ser comprensivo con ella. Piensa que fue muy poderosa y querida por todos los granadinos y que solamente cuando tu padre Muley Hacén, Alá lo tenga en el paraíso, se casó con la infiel, empezó a cambiar, por eso yo la comprendo, mi amado esposo, posiblemente yo haría igual.

-No, tú no eres capaz de odiar a nadie. Tu corazón es noble y bueno. En él no hay sitio para el odio, por eso me enamoré de ti al momento de verte.

-Lo sé, mi amado esposo. Lo sé, yo también me enamoré de ti cuando te vi por vez primera en Loja, en la casa de mi padre. Doy gracias a Alá por todo este tiempo en que me has hecho tan feliz.

-Gracias, Morayma. Te estaba hablando de mi decisión de marcharnos a Marruecos.

-¿Por qué, Muhammad?, aquí estamos bien, las gentes que vinieron con nosotros han sabido adaptarse e integrarse en la población.

-Eso no es del todo cierto. Hay descontento entre los nuestros y los primitivos habitantes. Ponen motes a nuestras gentes y hay más de una renchilla diaria. Existe el descontento entre todos. Y me doy cuenta de que mi autoridad ya pesa poco entre ellos. Mis soldados se han vuelto agricultores y pastores y apenas unos cuantos protegen mi persona. No, mi amada Morayma, lo mejor será marcharnos a Marruecos con todos aquellos que vinieron desde Granada hasta aquí y quieran nuevamente acompañarnos a nuestro nuevo destino.

-¿Pero de qué vamos a vivir allí?

-El rey merení de Marruecos nos protegerá. Así me lo ha prometido.

-¿Por cuánto tiempo?

-Venderemos el territorio que nos queda a los Reyes Católicos. Con eso podremos vivir allí.

-Espero, Muhammad, que no te equivoques. ¿Cuándo se lo vas a comunicar a tu madre?

-Cuando esté cerca el día de nuestra marcha. Ahora marchaos a vuestro aposento y descansar.

-Sí, mi querido esposo, eso voy a hacer, me encuentro muy fatigada y pronto anochecerá.

-Llamaré a una de tus doncellas para que te acompañe.

-No importa. Iré yo sola. Avisa a la cocinera que me traiga un poco de caldo. Hasta mañana, querido esposo, Alá te proteja a ti y a todos nosotros, falta nos hará.

Boabdil reinó en Andarax un poco más de un año, tras la muerte de su querida esposa Morayma unos días antes de su marcha hacia Fez. Pero, en realidad, Boabdil no se marchó a Marruecos por propia voluntad, sino debido al hostigamiento de los Reyes Católicos. Esto ocurrió en octubre de 1493. Tras enterrar a la dulce Morayma en el cementerio de Mondujar, a donde ya habían sido llevados los restos de los sultanes de Granada, Boabdil, acompañado de 1533 personas, embarcó en el puerto de Adra en tres barcos: una nao, una carraca y una carabela al mando de Íñigo de Arrieta, que los condujo hasta el otro lado del Mediterráneo. En Fez, fue muy bien acogido por el rey merení, siendo consejero de este hasta su muerte acaecida en 1527, a los 70 años de edad. De sus acompañantes poco se sabe, cada cual se las arreglaría como pudo. Muchas son las historias que se han contado sobre la llegada de Boabdil y los suyos a Marruecos, pero ninguno de ellos ha contado las cosas tal como sucedieron, sino como pudieron suceder, porque ninguno de esos escritores que narraron esa historia la vivieron. Cada cual la contó de diferente manera. Al fin y al cabo, la verdad es aquella en la que creemos.

II

Qué lejos Granada de los habitantes de al-Itrabí (Ítrabo). La mayoría de ellos no habían visitado nunca la ciudad nazarí, hoy en poder de los Reyes Católicos, salvo unos pocos y, sobre todo, el exgeneral Said, que se había convertido con el tiempo en un aldeano más. Al cuidado de sus tierras. Su hogar y su familia eran para él todo su mundo. Era un hombre feliz, más ahora que su esposa Sara Marian le había hecho el regalo de darle un hijo, al que después de mucho hablarlo le pusieron de nombre Muhammad, en recuerdo de su inolvidable amigo y sultán, al que nunca olvidaba, y, al hacerlo, se ponía triste, más tras la marcha de este a Marruecos, al que posiblemente no vería más.

-¿En qué piensas, mi amado esposo?

-En nada importante.

-Siempre que te veo triste sé cuál es el motivo.

-¿Tú crees?

-Sí, Said, te conozco muy bien. Piensas en el sultán, tu amigo.

-Tienes razón, mi amada esposa, pienso que no he sido para él el amigo que merecía tener. Él me lo dio todo. Lo que soy se lo debo a él e incluso lo más valioso: haber podido conocerte.

-Tú hiciste todo cuanto podías hacer. Él lo sabe y allá a donde vaya te recordará siempre, como el mejor amigo que ha tenido, que a no equivocarme tú, mi amado esposo, has sido el único. Siempre fuiste leal, lo defendiste de todo y contra todo. Durante muchos años tú fuiste sus ojos, sus manos y a veces hasta su pensamiento. Tu administraste justicia en su nombre y, por lo tanto, tu buen hacer y generosidad sirvió para que nuestro sultán fuese más popular y querido por todos.

-Así lo hice. Cuando administraba justicia, perdonando o castigando, porque así lo requería el delito acaecido, lo hice siempre pensando en el sultán y no pensando en mayor gloria para mí. Alá lo sabe. Pero a veces me pregunto si estuve acertado en mis veredictos.

-Todo lo hiciste bien porque tu corazón así te lo dictaba.

-De todas maneras, ya no se puede volver atrás. Solamente la historia dirá en un futuro si todo lo que hice fue acertado en las circunstancias del momento.

-¿Qué crees tú, Said, que pasará con el sultán y sus gentes?

-No puedo saber qué pasará en el futuro, sé lo que ha pasado, porque así se comenta: conociéndole, sé que la muerte de uno de sus hijos y la muerte de su querida esposa, la bella Morayma, le habrá sumido en una gran tristeza y desconsuelo, junto con tener que abandonar el último reducto de su reino para marchar a Marruecos.

-Es verdad, pobre Morayma, al menos ella reposa en Mondujar, la última sultana de Granada, la que nunca vivió en el recinto de la Alhambra.

-Sí, ella reposará en el mismo sitio en que está enterrado su hijo, pero el sultán y los que les siguen serán enterrados en una tierra extraña.

-¿De qué vivirán, Said?

-El dinero que recibió de los Reyes Católicos, la mayor parte la habrá gastado en Andarax, si le ha quedado algo, y lo que hayan dado por ceder el resto de su reino; podrán vivir regularmente, aparte, la ayuda que les preste el rey merení. Ten en cuenta que la familia real ha quedado reducida a tres personas: Muhammad, su hijo y Aixa Fátima. Los demás familiares y el resto de la comitiva tendrán que ingeniárselas para sobrevivir.

-¿Cómo crees, Said, que afectará lo sucedido a Aixa Fátima?

-Doy por descontado que muy mal.

-Ella también era poseedora de palacios y fincas.

-Sí, pero muchas las perdió al salir de Granada. Lo que valieran esas propiedades entró en el montante que los reyes cristianos dieron a Boabdil.

-Pero ella tenía muchas alhajas de gran valor, y pienso que se llevaría con ella.

-Posiblemente. No lo sé con certeza, Sara Marian.

-Una vez que han embarcado en Adra, camino del exilio, en Marruecos, el resto del territorio de al-Ándalus pasa a ser propiedad de los reyes Isabel y Fernando.

-Así es.

-Entonces, Said, nuestra alquería pertenece ahora a los castellanos.

-Por supuesto. Ellos serán nuestros nuevos amos.

-Said, podrán expulsarnos de nuestras casas.

-Espero que no. Por lo menos por ahora.

-Pero no estás seguro, esposo mío.

-No estoy seguro. No sé qué es lo que harán, Marian.

-¿Crees, Said, que tardarán en llegar hasta nuestra alquería?

-Doy por hecho que no tardarán mucho.

-¡Pobres de mis hijas!

-No adelantemos nada, Marian, hasta que lleguen y nos digan qué es lo que hay que hacer.

-Siempre será malo para nosotros.

-Nunca será como hasta ahora, Marian.

-Todavía estamos a tiempo de marcharnos a Marruecos.

-No, esperemos. Tengamos fe en Alá. Nuestro sitio está aquí, no podemos abandonar a nuestras gentes, ahora más que nunca nos necesitan.

-Creo, Said, que debes reunir a todas nuestras gentes e informarles de la nueva situación.

-Sí, Marian, pero antes debo hacer un viaje.

-¿A dónde, Said?, ¿no correrás peligro?

-¿Recuerdas que te dije que antes de salir de Granada escondí en un sitio oculto un pequeño tesoro, compuesto de piezas de oro y plata de gran valor, junto con algunas joyas? Ello nos valdrá para el futuro comprar el favor de algún castellano.

-¿Cres, Said, que aún seguirá allí ese tesoro?

-Sí, donde lo escondí es muy difícil que nadie lo encuentre.

-¿Y si te ven con ese tesoro y te matan?

-No. Me haré pasar por un buhonero y pasaré desapercibido.

-Aún Así, mi amado esposo, me quedaré muy preocupada, sin tener-te a mi lado.

-Estaré fuera solamente el tiempo necesario.

-¿Cuándo marcharás?

-Mañana mismo o, lo más tardar, pasado mañana. Cuanto más pronto vaya, más fácil será recuperar lo que es nuestro y volver para esconderlo aquí.

-Pero, Said, una vez que lleguen aquí los castellanos, registrarán todas las casas para robar todo lo que tenga valor y las primeras serán la de mis padres y la nuestra, por ser la más importantes.

-No te preocupes. Esconderé nuestro pequeño tesoro en un lugar que será imposible que lo encuentren.

-Así lo quiera Alá, el misericordioso.

-Nuestro comportamiento ante los demás deberá ser normal, como hasta ahora, que ellos no nos vean preocupados. ¿De acuerdo, Marian?

-De acuerdo, esposo mío.

Said partió una mañana desde al-Itrabí (Ítrabo), con dos burros cargados de cacerolas, candiles, farolillos de lata, hechos en la fragua de la alquería, acompañados de otros útiles, debía parecer en todo momento que era un pobre buhonero y pasar lo más desapercibido posible. Debido a que era casi de noche cuando partió, nadie de la alquería pudo verlo y, por lo tanto, a nadie tuvo que informar a dónde iba, en caso de ser preguntado, solamente lo supo su esposa Sara Marian.

-Ten cuidado, esposo mío. No me quedo tranquila pensando en los peligros que puedes pasar.

-No te preocupes, tendré cuidado y mi comportamiento será en todo momento el de un pobre vendedor de objetos baratos.

-¿Y si te conoce alguien y te denuncia?

-Nadie va a reconocerme. Las ropas que visto ahora no son las del general Said, sino las de un pobre vendedor de antiguallas.

-Estaré rezando a Alá, el misericordioso, hasta que vuelvas.

-Hablaré como un buhonero y me hospedaré en las posadas más pobres que vea. Nadie me descubrirá. Quédate tranquila, esposa mía, y besa a nuestras hijas cuando despierten de mi parte.

Said abrazó a su esposa y sus bocas se fundieron en un apasionado beso. Said cogió de las riendas a uno de los burros y empezó la marcha hacia la salida de la alquería, el otro burro iba amarrado al primero. Volvió la vista para atrás y pudo aún ver a su esposa en la puerta de su casa, un poco más arriba giró por una esquina perdiéndola de vista. Tomó por un camino con abundantes cuevas hasta uno de los nacimientos de agua que hay a medio

camino entre la alquería de al-Itrabí y la alta loma. El agua salía de una pequeña cueva llena de maleza, estaba rodeada de una exuberante vegetación en donde predominaban los pinos y algunos cantuesos y encinas. El agua se perdía barranco abajo hasta ser retenida en alguna de las albercas que existían a lo largo del riachuelo, para regar las huertas. Después de descansar un rato, tomó el camino que le conduciría hasta lo alto de una montaña, desde donde se podía divisar nítidamente el macizo de Sierra Nevada, abajo también se podía ver el majestuoso valle de Lecrín, fértil y poblado de plantas, entre ellas predominaban los naranjos, los granados y altas moreras. También existían pequeñas alquerías y cortijadas y algunos pueblos más grandes como Dúrcal y Padul.

Pasado un tiempo en que Said estuvo pensativo al ver aquel paisaje que le era tan conocido, tiró del primer burro y siguió por un sendero abrupto, camino de uno de los pueblos ubicados en el río de la Toba, de nombre Guájar Alto, allí permaneció unas dos horas pregonando la mercancía. Almorzó en una pequeña fonda, también dio de comer a los burros un poco de paja y cebada. Said llenó un recipiente con agua en un pequeño pilar que había a la salida de la alquería y tomó el camino que le llevaría a la población de Albuñuelas, donde pensaba pernoctar y vender algunos de los cachivaches que portaba. A la entrada de Albuñuelas, se encontró a varios niños que jugaban y les preguntó dónde estaba la posada y uno de ellos le contestó:

-Aquí no hay posada, sino una casa de huésped, que dan de comer y podrá dormir, también hay una cuadra para los burros.

Otro niño le preguntó:

-¿Qué lleva vuestra merced en los burros?

-Cosas para vender en la alquería, mañana lo haré. Vosotros podéis avisar a las gentes de que ha llegado un buhonero.

-De acuerdo- comentaron los niños.

Said llegó hasta la fonda, amarró los burros a la puerta de esta y entró en ella, lo que vio no le desagradó, pues aunque la sala era modesta y de muebles toscos, estaba muy limpia, en una de las mesas había tres hombres de aspectos osco, altos y fuertes, que parecían más bandoleros que gente apacible, por su atuendo y aspecto se podía observar que eran castellanos. Cerca de la gran chimenea, se encontraba otra mesa con cuatro personas: un matrimonio con dos hijas, una de ellas de unos dieciocho años, la otra no tendría más de siete u ocho, por su atuendo, no dejaban duda de que eran andalusíes. El dueño de la fonda era un hombre alto, delgado, con la tez de color aceituna y de rasgos hebreos, salió al encuentro del recién llegado diciéndole:

-Bienvenido seáis a mi humilde fonda, ¿en qué puedo servir a vuestra señoría?

-Quiero comida y una habitación para dormir esta noche, también comida y aposento para mis burros.

-De acuerdo, señor, a ver, le costará...

-No importa lo que cueste. Ahora voy a descargar lo que portan los burros, ¿dónde puedo meter la carga para que esté segura?

-Podéis dejarla en esa habitación y llevaros la llave consigo. ¿Cómo os llamáis?

-Alí, soy buhonero y voy vendiendo por las alquerías la mercancía que llevo a muy buen precio.

-Aquí podréis desprenderos de muchas de los objetos que llevéis, por aquí pasan muy pocos buhoneros.

-De acuerdo. Mañana por la mañana los venderé delante de la mezquita.

A la mañana siguiente, Saïd expuso la mercancía que llevaba delante de la puerta de la mezquita de Abuñuelas. La mañana estaba serena y el único elemento que sobresalía era el canto de los pájaros y el sonido del agua al chocar sobre el fondo de la cubeta del pilar.

-Salam Malikum, señor buhonero.

-Salam Malikum, buena mujer. ¿En qué puedo servirlos?

- ¿Cuánto me cobráis por esa olla?

-Dos dinares.

-Eso es mucho dinero. Bueno, le doy un dinar si añade vuestra merced el candil.

-Está bien, y además le regalo esta lechera, para que se vaya contenta.

-Muy generoso, Alá le acompañe y pueda vender su mercancía.

No habrían pasado varias horas cuando Saïd ya había vendido una parte de su mercancía, que más que vender la había regalado, porque no tenía ni más leve idea de cuánto valía cada objeto que llevaba. Serían las doce de la mañana cuando recogió los cachivaches que le quedaban, los cargó en los dos burros y se dispuso a abandonar la alquería, faltaban aún varios pueblos y cortijadas hasta llegar al sitio donde tenía escondido el tesoro que ocultó antes de abandonar Granada. Con lo que no llegaría hasta el día siguiente. La próxima parada fue en una cortijada formada por varios cortijos, donde vendió, por lo que le quisieron dar, parte de la carga, debía ir desprendiéndose de lo que llevaba para poder luego cargar lo que había ido a buscar, sin despertar sos-

pecha, y volver al-Itrabí. Sería bueno para la alquería. Con ese tesoro podría comprar la voluntad de los castellanos cuando estos llegaran a la alquería.

Todavía le faltaban unas horas para llegar al sitio donde tenía escondido su tesoro. Aún tuvo que pasar por varios pueblos y cortijadas en donde pudo ver a muchos castellanos yendo de un sitio a otro, mezclados con los habitantes de esos pueblos. Cuando llegó a la alquería de Cájar, fue abordado por un par de soldados castellanos que le preguntaron a dónde iba.

-Soy buhonero y voy de pueblo en pueblo vendiendo mi mercancía.

Los soldados comprobaron que decía la verdad y lo dejaron marchar.

A la salida del pueblo de Cájar, tomó Said un camino a la derecha. Este camino desembocaba en un antiguo cortijo abandonado hacía ya mucho tiempo, de él solamente quedaban las paredes en pie. Todo estaba lleno de maleza. Amarró los dos burros para que comieran la abundante yerba fresca que había y, tras mirar con detenimiento en derredor, se dirigió hacia una antigua mina de agua que en la actualidad estaba seca, que posiblemente fue lo que obligó a abandonar el cortijo. Cerca de esta antigua mina había varios árboles de gran tamaño, uno de ellos estaba ya medio seco. Said volvió a mirar nuevamente en rededor y, comprobando que no había nadie por los alrededores, excavó con un amocafre en el suelo durante un rato sacando tierra hasta que produjo un ruido seco al dar el amocafre con un recipiente de barro, siguió excavando hasta que quedaron libres de tierra dos grandes cántaros. Said destapó uno de ellos y comprobó que lo que había guardado allí estaba intacto. Cargó los dos cántaros en el serón de uno de los burros, pero antes rompió un trozo de la boca de ellos y con un puñado de yerbas limpió cuidadosamente la tierra adherida y restregó estos con la misma hierba para que parecieran viejos. Montó en uno de los burros y marchó por la misma ruta que había hecho para regresar a al-Itrabí.

Said tomó un camino diferente al que había llevado anteriormente, pues ahora sí que corría un gran peligro de ser parado por alguna patrulla de soldados castellanos, requisándole la carga que llevaba, y, por supuesto, de ser detenido. Con ello se descubriría quién era realmente el que se hacía pasar por buhonero y sería encarcelado. Llevaría media hora de marcha

cuando llegó a un cortijo, paró delante de este, en la puerta se encontraba un hombre de cierta edad, Said lo saludó y le preguntó si le podía dar un vaso de agua.

-Por supuesto que sí. Faltaría más, ahora aviso a mi mujer para que se la traiga.

-Muchas gracias.

-¿A dónde se dirige?

-Soy buhonero y voy por las alquerías y cortijadas vendiendo mi mercancía-

-Pues se ha tenido que equivocar de camino, porque este cortijo está muy escondido.

-Creo que sí, me he tenido que perder.

-¿Hacia dónde quiere ir vuestra merced?

-Voy camino de regreso hacia mi alquería, pero antes intentaré vender los utensilios que cargan los burros.

-¿De qué alquería sois vos?

-De una alquería lejana, cerca de la costa.

-Pues sí que está lejos, sí.

-Veo que hay alrededor del cortijo muchos olivos. ¿Son suyos?

-Sí, son míos.

-Me gustaría comprarle aceite para llenar los dos cántaros.

-No hay ningún inconveniente, traiga los cántaros y los llenaremos.

-¿Cuánto me cobrará usted?

-Le hago un trueque. Yo le doy el aceite y mi mujer, a cambio, podrá elegir algunos utensilios de los que lleva, ¿qué le parece?

-Estoy de acuerdo. Su mujer podrá elegir lo que quiera de todo lo que llevo.

-Pues no se hable más. Vamos a ello.

-Traeremos el aceite hasta aquí, no quiero descargar los cántaros, podrían romperse.

-Como queráis, iré a por el aceite y vos llenáis los cántaros.

El señor trajo el aceite y Said lo fue echando dentro de los cántaros hasta que estuvieron llenos.

-Parecía que iban a necesitar más aceite, se han llenado muy pronto.

-Bueno, es que no son tan hondos como parecen.

La mujer del cortijo eligió varias ollas y sartenes y, después de dar las gracias, Said reanudó su viaje. Había estado pensando en la manera de ocultar lo mejor posible el tesoro que llevaba consigo ante la vista de los avariciosos castellanos y se le ocurrió la idea de llenar los cántaros de aceite al llegar al cortijo. Ahora pasaría con más seguridad por delante de las patrullas de los soldados castellanos. Al día siguiente llegó a Albuñuelas sin el menor contratiempo, pues siempre que fue preguntado decía que llevaba aceite para su alquería, los soldados destapaban los cántaros y, al comprobar que era verdad, lo dejaban proseguir su camino.

Marian rezaba todo el día pidiéndole a Alá que protegiera a su esposo en el viaje. De noche no podía dormir pensando que le pudiese pasar algo ya que había mucho peligro por esos caminos de Dios. Temía por él. Al segundo día de su marcha fue su madre quien preguntó por él.

-Hace ya varios días que no veo a Said, hija mía.

-Ha ido de viaje. Volverá pronto.

-¿Cómo es que no ha dicho nada?

-Fue de improviso. No hubo tiempo de decirlo.

-¿Y a dónde ha ido?

-Realmente no lo sé, madre, creo que ha ido a un pueblo cerca de Granada por un negocio.

-Qué extraño es todo, pero, en fin, ya nos dirá cosas sobre ese viaje tan urgente. A tu padre le hubiera gustado saberlo.

-No te preocupes, madre, todo irá bien.

-Como tú digas, hija mía.

Al día siguiente de mantener la conversación entre madre e hija, llegó Said a la alquería. Marian oyó las pisadas de los dos burros y el corazón le dijo que su esposo acababa de llegar a la puerta de su casa. Salió a la puerta y, efectivamente, allí estaba su esposo. Ambos se abrazaron mientras Said le dedicaba palabras de afecto y amor.

-Me tenías muy preocupada, por si te había pasado algo en el camino.

-Todo ha salido bien, esposa mía. Ya estoy nuevamente a tu lado. Ahora mandaré que descarguen la mercancía que traigo en los burros y la entren dentro de la casa.

Said mandó a dos de sus criados que transportaran los dos cántaros con sumo cuidado, ya que iban llenos de aceite. Una vez los dos cántaros dentro de la casa, mandó a los dos criados que salieran fuera. Ya solos Said y Marian, esta preguntó sorprendida a su esposo:

-Said, ¿es que no tenemos bastante aceite en casa para que hayas traído aceite de fuera?

-Calla, querida esposa, y escucha: dentro de estos dos cántaros están las joyas que escondí, en un momento pensé que la única forma de pasar sin problemas por los controles de los castellanos era llenar los cántaros de aceite. Así nadie podría sospechar que dentro iba un pequeño tesoro. Y así ha sido, no he tenido ningún problema. Al comprobar que era aceite lo que cargaban los burros, me dejaban pasar, además en mí veían a un pobre buhonero.

-Habrá que limpiar las joyas del aceite -comentó Marian.

-Esperaremos unos días antes de realizar esa operación.

--¿No perjudicará el aceite a las joyas?

-No, Marian, todo es oro y plata. Ahora que preparen agua caliente, necesito un buen baño.

-Daré orden de que te lo preparen.

-Gracias, Marian.

-Mi madre vino a preguntar por ti, extrañada de no verte.

-¿Y qué le has dicho tú?

-Que habías ido a realizar un viaje imprevisto.

-Está bien, ya pensaré en algo que la convenza, tanto a ella como a tu padre.

Todo seguía igual, solamente en apariencia. Cada día llegaban noticias de que los castellanos estaban ocupando las alquerías y las poblaciones del valle de Lecrín e imponiendo sus normas y su ley, de ser verdad -pensaban los habitantes de al-Itrabí-, pronto llegarían a su alquería. Nadie sabía qué hacer, la única persona a la que podían acudir era Said, que se había convertido en el responsable de la alquería, ya que su suegro había delegado cualquier autoridad y responsabilidad en él.

Nada se podía hacer. Nada había para poder parar e incluso retrasar la llegada de los castellanos a la alquería. Solamente quedaba esperar y estar preparados para cuando eso sucediera.

Pasados unos días, Said y Marian vertieron el aceite de los dos cántaros de barro en una gran jofaina; al ver todas aquellas joyas. Marian dio un grito de admiración.

-¡Qué maravilla! Said, esto debe valer una fortuna.

-Desde luego que sí.

¿-De dónde la sacaste?

-Todas son regalos que me hacían las poderosas familias de Granada en agradecimiento por hacerles algún favor mientras estaba en el poder, y algunas que requisé como castigo a algún poderoso; otras, las menos, fueron regalo de mi amado sultán, Alá lo proteja donde se encuentre.

-Pienso, Said, que este tesoro será muy difícil de ocultar, ¿dónde lo vamos a guardar?

-Muy sencillo, querida esposa, en donde ha estado escondido hasta ahora. Haremos uso de alguna de ellas cuando lo necesitamos, que venderemos en Almuñécar, así no despertaremos sospecha, y dentro de los cántaros llenos de aceite nadie podrá imaginar que en ellos hay un tesoro.

-Aun así, esposo mío, tengo un gran temor.

-Ahora no necesitamos vender ninguna de esas joyas. Esperaremos un tiempo antes de desprendernos de algunas.

Said y Marian volvieron a introducir las joyas en los cántaros y después los llenaron de aceite, los guardaron en la habitación que hacía de almacén y despensa.

-Cuídate, Marian, de que nadie entre en esta habitación, solamente tú y yo. Ciérrala bien y la llave deberá estar siempre en tu poder.

-De acuerdo, Said, así lo haré.

La vida seguía normal en la alquería de al-Itrabí. Cada uno de sus vecinos se dedicaba a sus tareas, como si nada sucediese, pero en el fondo todos ellos estaban preocupados por lo que podría pasar. Cada día se acercaban más los castellanos a la costa. Ya estaban aposentados en el valle de Lecrín, pronto llegarían a las tres pequeñas alquerías del río la Toba, desde allí hasta al-Itrabí era solamente un paseo.

De noche, todas las familias al calor del hogar hablaban de los mismo, haciéndose miles de interrogaciones que no podían contestarse.

Hacía ya unos diez días que Said había regresado de su viaje para traer hasta su casa el tesoro que había dejado oculto antes de abandonar Granada y, al regresar de visitar una de las fincas que había comprado

muy cerca del nacimiento, su esposa Marian, tras saludarlo, le dijo que había llegado un comunicado del sultán para él.

-¿Cómo ha llegado hasta aquí?, ¿quién lo ha traído?

-Ha sido un viajante que vende sedas y que vive en Fez, donde ha estado hablando con el sultán.

-¿Dónde está ese hombre ahora?

-Se encuentra descansando en la fonda. Te estará esperando para hablar contigo.

-Voy ahora mismo a verlo.

-¿No quieres comer antes, esposo mío?

-No. Voy en seguida a hablar con ese viajero.

Said llegó a la casa que hacía de fonda, perteneciente a una señora viuda y con dos niños, que alquilaba una habitación y daba de comer a algunos de los vendedores de todas clases que llegaban a la alquería vendiendo sus mercancías. Fue la dueña de la casa quien le abrió la puerta, la cual, al ver a Said, lo saludó con mucho respeto.

-Tienes en tu casa a un viajante que quiere hablar conmigo.

-Pasad, vuestra merced, a mi humilde casa. Voy a llamarlo -está descansando-, me dijo que le avisara cuando llegerais.

Unos minutos más tarde, se presentó ante Said un hombre de aspecto noble. Sus vestimentas eran de gran calidad y sus modales eran finos y educados, se notaba que era una persona muy culta y de una gran nobleza.

-¿Habéis preguntado por mí? -preguntó Said.

-¿Sois vos el general Said?

-Sí, yo soy, y vos, ¿quién sois?

-Soy un rico comerciante que reside en Fez, donde tengo mis tiendas, pero me desplazo por cualquier ciudad y pueblo de toda Arabia, además de algunas ciudades de al-Ándalus e incluso algunas ciudades de Castilla. Compró todo aquello que me gusta y de lo que puedo sacar algunas ganancias, como joyas, caballos, muebles antiguos y esclavas, que luego vendo al mejor postor. En Fez, mantengo una buena relación con el rey merení; enterado este de que iba a viajar por estas tierras, se lo comunicó al sultán de al-Ándalus y este requirió mi presencia para hablar conmigo y que transmitiese a vos el siguiente mensaje.

-¿Por qué mi sultán no lo ha enviado por escrito?

-Quizás, pensando en que era más seguro el que se lo dijera en persona.

-¿Cómo se encuentra mi sultán?

-Está bien, el rey de Fez lo ha acogido con mucho cariño, tanto al sultán como a su familia.

-¿Dónde vive?

-En un pequeño palacete, cercano al palacio del rey de Fez.

-Y su madre Aixa Fátima, ¿cómo está?

-Quizás sea esta la que no está a gusto. Se pasa todo el día hablando de su querida Granada, de lo que era y lo que es actualmente.

-¿Qué mensaje os ha dado mi sultán para mí?

-Me ha pedido que hagas todo lo que puedas y protejas a los andalusíes que quedaron aquí y que, si podéis, mandéis ayuda económica para los que se marcharon con el sultán.

Said se quedó pensando en el tesoro que tenía escondido en su casa. Sabía que, una vez que los castellanos llegaran a la alquería, más tarde o temprano, terminarían por encontrarlo, en caso de que allanaran su casa. No obstante, no quería dar una respuesta al comerciante antes de hablar con su esposa.

-¿Hasta cuándo habéis de estar aquí?

-Voy camino de Córdoba a entrevistarme con un criador de caballos, al que pienso comprar todos los que pueda, ahora estos animales se cotizan muy bien en todo Marruecos. Los hombres que me acompañan se encuentran en Salobreña, para traerlos el mensaje solamente han venido dos, pienso partir esta misma tarde para Salobreña, antes de que llegue la noche.

-Dame vuestra merced una hora y contestaré a vuestra petición.

-Aquí os estaré esperando, general.

Said marchó presuroso para su casa, iba todo eufórico al saber que el sultán y amigo estaba bien. Su esposa al verlo llegar le preguntó qué es lo que quería el viajante.

-Me ha dicho que el sultán está bien, pero me pide ayudar para los nuestros que marcharon con él.

-¿Y qué vas hacer?

-Pienso darle al mensajero parte del tesoro que tenemos guardado, con lo que vale, hay suficiente para que todos puedan percibir una pequeña ayuda, más no puedo hacer. ¿Qué te parece a ti, esposa mía?

-Lo que tú hagas, esposo mío, me parecerá bien. Aunque no lo creas, me encontraba preocupada con ese tesoro en nuestro hogar. En caso de que

los castellanos lo hubiesen encontrado, nos hubiéramos visto en un gran problema, lo mejor es que lo entregues para ayudar a los nuestros. Al fin y al cabo, no lo teníamos antes.

-Gracias, Marian, no esperaba menos de ti. Sabía que tenías un gran corazón y una gran generosidad. Lo sabía, pero ahora eres más grande a mis ojos, que Alá te llene de bendiciones, las puertas del Paraíso estarán siempre abiertas para ti.

-Dime, Said, ¿cómo lo vas a mandar? Piensa que, si ese mercader sabe lo que lleva consigo, puede que la avaricia pueda más en él que el cumplir lo mandado.

-Lo pensaré. Dame unos minutos y te contestaré.

Said estuvo mucho tiempo pensando cómo mandar parte de su tesoro para ayudar a su sultán. No se fiaba del mensajero, ya que sabía muy bien cuán débiles eran las personas cuando se veían ante una fortuna, que olvidaban la amistad y las promesas hechas. El mensajero del sultán no era diferente a los demás, aun siendo hombre rico y de fiar por parte del monarca desterrado a Marruecos. De qué medio debía valerse para mandar ese tesoro sin poder ser advertido por el enviado. Hasta que después de varias horas de pensar, le vino a la mente la solución. Haría con el mercader la misma operación que él había hecho. En ese planteamiento estaba cuando sintió la voz de su esposa, que le llamaba para almorzar.

Una vez sentado en la mesa, empezó a comer en silencio, entre otras cosas preocupado por su amigo y por todas aquellas personas que habían marchado al exilio definitivo. Pues, aunque se habían llevado todos ellos parte de lo que tenían cuando vivían en Granada, con el tiempo lo habían gastado casi todo. Por lo que su situación en Fez sería para la gran mayoría de todos ellos precaria. Fue Sara Marian quien rompió el silencio.

-Has pensado ya, esposo mío, ¿cómo vas a mandar parte del tesoro a Muhammad?

-Creo que sí. Lo haré de la misma forma que usé para traerlo aquí.

-No llego a entenderte, Said. Explícamelo.

-Verás, he pensado mandarlo en un cántaro más grande que en los que está el tesoro, así podré enviar más cantidad de joyas. Le diré al comerciante que le envíe un cántaro de aceite para el sultán.

-Seguro que el comerciante se extrañará, ya que eso no es lo que te ha solicitado el sultán.

-Ya lo sé. Introduciremos dentro del cántaro todas las piezas que cojan del tesoro, después lo taparemos perfectamente con brea para que no pueda ser destapado por nadie, hasta que no sea recibido por nuestro sultán.

-Pero ¿cómo sabrá nuestro señor que dentro del cántaro de aceite lo que van son joyas?

-También he pensado en ello. El sultán se extrañará de que yo le envíe un cántaro de aceite, por lo que hará que viertan una cantidad en un plato para catarlo, y ahí es cuando descubrirá que dentro no hay aceite ni para cocinar una codorniz y descubrirá las joyas.

-Está bien pensado, esposo mío. El sultán se preguntará de dónde has sacado esos objetos tan valiosos.

-Eso nunca lo podrá saber, salvo que yo se lo dijese personalmente y eso por ahora es difícil. Salvo que también nosotros nos veamos obligados a marcharnos a vivir a Marruecos. Alá, el misericordioso no lo permita.

El mercader se presentó en la casa de Said para saber la respuesta de este sobre la forma de ayudar a Boabdil.

-Alá sea con vuestra excelencia, general, ¿habéis decidido ya la respuesta para el sultán?

-Sí. Como vos comprenderéis, no puedo en unas horas reunir nada de valor para mandarlo a nuestro sultán, como me pide. Necesito un tiempo para poder reunirlo y, para ello, debo pedirlo a mi vez a todos los nuestros, eso llevará un tiempo largo. Mientras tanto, le mando un cántaro lleno de aceite que a nuestro sultán le gustaba mucho. Es necesario que nadie lo toque y que, al transportarlo hasta Fez, se tenga cuidado en no romperlo, pues dicen que quien vierta el aceite de este cántaro, sin ser el destinatario, le supondrá la muerte.

-No me digáis que ese cántaro está hechizado.

-Yo no he dicho eso, comerciante, solamente digo lo que siempre he oído. Que en el lugar donde están los olivos hubo hace ya muchos años atrás un encantamiento y, desde entonces, el aceite que dan esas aceitunas solamente es para beber, a aquel o aquellos que lo derramen en el suelo les puede traer graves consecuencias. Quedáis advertido.

-Mucho me cuidaré de que sea yo quien compruebe ese maleficio. El cántaro irá protegido hasta que le sea entregado personalmente al sultán. Quedad en paz, general.

-Id en paz y que el regreso hasta Fez sea en paz y beneficioso, y decidle a nuestro sultán que no lo olvidamos.

El mensajero, una vez que había cumplido el motivo por el cual se desplazó hasta Granada y transmitido el mensaje a Said, regresó a Marruecos, no sin haber tenido un viaje bastante accidentado, ya que la travesía en una carraca fue movidita debido al gran oleaje que hacía mover a la embarcación como si fuese la cáscara de una nuez. El pobre tratante echó todo lo que llevaba en el estómago quedando derrengado. Una vez que la frágil embarcación atracó en un puerto miserable de la costa marroquí, se dirigió con los caballos y mercancías compradas en al-Ándalus camino de Fez. Durante todo el viaje se interrogaba por la extraña forma de ayudar al sultán con la entrega de un cántaro de aceite. Por más vueltas que le daba a la cabeza, no llegaba a comprender y pensó: y si no fuese aceite y fuese otra cosa de más importancia, desconocida por él. Lo mejor sería comprobarlo. Pero, por otro lado, el cántaro iba tapado con brea, alterarla sería una prueba fehaciente de que había sido abierto. El riesgo era demasiado grande, pero la curiosidad era más fuerte, así que llamó a uno de sus esclavos.

-Alí, destapa el cántaro, ¿podrás taparlo de nuevo sin que quede rastro de que ha sido destapado?

-Seguro que sí, mi amo.

-Hazlo con mucho cuidado. Saldremos de dudas sobre su contenido.

Alí empezó a quitar la brea y el envoltorio que cubría la boca del cántaro. Al destaparlo, le llegó a la nariz el olor característico del aceite.

-Mi amo, la vasija ya está destapada.

-Comprueba qué hay dentro.

Alí introdujo varios dedos dentro del cántaro y tocó el espeso líquido, después se lo llevó a la boca, afirmando:

-Mi señor, es aceite y de muy buena calidad.

-Entonces tenía razón el antiguo general del sultán. Está bien, tápalo de nuevo con cuidado y que no quede señal de que ha sido abierto. No llego a comprender este envío cuando en Marruecos tenemos aceite, creo que este envío tiene un significado que no alcanzo a entender. En fin, mañana llegaremos a Fez y le entregaré el cántaro al sultán. Él sabrá lo que significa.

Dos días más tarde, el mercader de caballos pidió ver al sultán exilado. Este lo recibió en su casa, que le había proporcionado el rey de Fez. Era un palacio no demasiado grande, pero sí lo suficiente para lo que quedaba de su familia y sus servidores. Tenía cinco habitaciones y dos baños cubiertos de mármol rosa. Disponía de una gran cocina y en el centro del palacete había un gran patio luminoso con plantas ornamentales y una fuente de cuatro caños que refrescaba el intenso calor estival. En la parte posterior del palacete, estaban las caballerizas, aunque en ese momento solamente había varios caballos, que el rey merení le había regalado a Boabdil. Este no era feliz, por la pérdida de su hijo y de su bella esposa en Andarax, antes de marchar al exilio definitivo. Su madre Aixa Fátima nunca dejaba de amonestarle y quejarse a él por todo. Aunque a él las cosas no le habían ido tan mal, no así a la mayoría que le acompañó, ya que lo que tenían al abandonar Granada lo habían gastado en el tiempo que vivieron en Andarax. Eso le preocupaba y fue el motivo de aprovechar la visita del comerciante al-Ándalus para pedir ayuda a su amigo Said por sus gentes, sabía, que, si podía, obtendría una respuesta positiva. En Alá, el misericordioso, confiaba.

-Mi señor -comunicó uno de los pocos criados de que disponía Boabdil-, un comerciante pregunta por vuestra alteza.

-¿Ha dicho quién es?

-Sí, mi señor. Ha dicho que se llama Omar y trae un obsequio del general Said.

-Dile que lo recibiré inmediatamente.

Unos minutos más tarde, llegó Boabdil a donde estaba Omar.

-Las bendiciones de Alá caigan sobre ti, Omar, ¿has realizado el encargo que te hice?

-Sí, mi señor. Me entrevisté con el general Said y le comuniqué vuestra petición.

-¿Qué contestó?

-Que haría todo lo posible para ayudar a vuestra alteza y me dio un regalo para vuestra alteza, que os entregaré de inmediato.

-¿Qué es?

-Un cántaro, mi señor, su contenido no lo sé. Solamente me dijo que lo entregara a vuestra alteza.

-Está bien, Omar, te agradezco mucho este favor. Podéis retiraros e ir en paz.

Delante de Boabdil permanecía el cántaro, este lo observaba pensando cuál era el mensaje real que mandaba su amigo Said. Lo que era cierto es que Said no respondería a su petición con un cántaro tapado. No tenía sentido. Quizás el misterio estaría dentro del cántaro. El sultán mandó que se destapara el cántaro, una vez hecho el trabajo, mandó que lo dejaran solo, no sin antes haber mandado que pusieran un recipiente grande para que cogiera en su interior el contenido -si lo había- del cántaro. Una vez solo, cogió el cántaro y lo vertió en el recipiente. Su semblante se iluminó al ver salir del interior del cántaro las joyas, que eran de una gran perfección. El sultán las fue poniendo sobre una toalla grande, una vez terminada dicha operación, cogió el recipiente con el aceite y lo volvió a verter en el interior del cántaro. Cerró con llave la puerta del aposento donde se encontraba, para que nadie pudiera ver las joyas, y muy despacio las fue limpiando ya que estaban impregnadas de aceite. Como las iba limpiando, comprobaba que allí había una fortuna.

Boabdil miraba las joyas que su amigo Said le había enviado y el método usado para realizar el envío. Solamente una mente privilegiada como la de su antiguo general se le podía ocurrir una treta igual. Su amigo no solamente había respondido a su petición de ayuda, sino que la respuesta había sido generosa y rápida. Él, el último sultán de la mágica Granada, se veía desterrado y solamente podía subsistir con la ayuda del rey de Fez. Pero la generosidad de su antiguo general y amigo hacía el milagro de creer en la bondad y en la amistad. Pero se preguntaba de dónde había sacado Said aquella fortuna. En eso estaba cuando tocaron en la puerta de la sala donde se encontraba. Se acercó a esta y preguntó:

-¿Quién osa molestarme?

-Abre, hijo, soy tu madre.

Boabdil estuvo pensando si debía su madre ver las joyas o no. Después de reflexionar varios minutos, decidió que no había ningún motivo para que su madre no pudiera ver aquel tesoro.

Aixa Fátima abrió los ojos como platos al ver lo que había sobre la gran toalla y preguntó a su hijo.

-¿De dónde has sacado estas joyas, hijo mío?

-Pedí ayuda a mi antiguo general y amigo Said, para ayudar a nuestras gentes, y su respuesta ha sido rápida y enormemente generosa.

-No seas necio, hijo mío. Esas joyas debes guardarlas tú y no decir nada a nadie. No sabes si el rey merení te protegerá mucho tiempo y, en caso de que sea así, con lo que valen esas joyas, podremos vivir dignamente.

-Otra vez, madre. Solamente piensas en ti.

-Y en quién quieres que piense, yo, la sultana de Granada, esposa y madre de sultán, pretendida en mi juventud por poderosos príncipes, me veo en mi mayoría de edad alejada de mi querida Granada y viviendo peor que una esclava.

-No te quejes, madre. Vives bien gracias a nuestro protector. Pero con el dinero obtenido por las joyas podré ayudar a los nuestros, que peor lo están pasando.

-Eres tonto, hijo mío. Que hubiesen ahorrado más y no se verían así.

-Podéis decir lo que queráis, vuestras palabras no me harán cambiar de opinión. Os ruego, madre, que me dejéis solo.

Aixa Fátima quiso coger una de las joyas, una pulsera con incrustaciones de esmeraldas, de gran valor, e hizo el gesto de llevársela con ella. Pero Boabdil, que vio el gesto de su madre, la recriminó.

-Madre, dejad la joya en su sitio. Tenéis aún en vuestro poder joyas de gran valor. No necesitáis otra más.

-Solamente quería verla más de cerca.

-Con lo que me den por ella podré construir una escuela en donde se estudie la historia de Granada, para que nuestros niños nunca olviden de dónde vienen y, a su vez, cuando sean mayores puedan decirlo a sus sucesores.

-¿Y a quién vas a vender esas joyas? El rey de Fez se enterará y querrá saber su procedencia.

-Las iré vendiendo poco a poco, como vaya haciendo falta, a un judío muy rico y, por supuesto, pienso decírselo a nuestro protector. Él comprenderá, pues no han sido robadas por nosotros, sino enviadas desde nuestro antiguo reino, para ayudar a los nuestros.

-Tus buenas acciones son para ser alabadas, pero no comprendidas. Pronto no te quedará ninguna joya por vender y a los que quieres ayudar seguirán siendo pobres como ahora. No estaría de más que cuando le comuniques al rey de Fez lo que piensas hacer, le regales una joya, eso le hará inclinarse más a tu favor. Y confiar más en ti. Pero tú, pobre hijo mío, has sido siempre un poeta y soñador y nunca has visto la realidad. Es por eso, precisamente, por lo que te ves así.

-No fue culpa mía, madre, perder Granada. Alá, el misericordioso, sabe que no ha sido culpa mía el perderla. Culpables han sido los Reyes Católicos en arrebatármela. Piensa, lo que tú has perdido. Solamente bienestar y poderío. En cambio, yo he perdido todo lo que más quería: mi amada esposa, y mi hijo Ahmed y mi trono. No me atosigues, madre, y déjame pensar.

-Tú solamente escribías poesías y rezabas en vez de cuidar de tu reino, lo dejaste todo en manos de Said. Me gustaría saber de dónde ha sacado esas joyas, lo más probable es que hayan sido cogidas de nuestro tesoro.

-Said, el único amigo que he tenido, mi hermano, nunca, lo creo firmemente, se atrevería a robar ni una pieza del tesoro de la Alhambra. Todo lo que tiene de bondadoso lo tiene de horado. Aquí tenéis, madre, la respuesta.

-Sí, aparentemente, es un gesto de generosidad hacia ti. Pero pienso que, si ha mandado esto, él se habrá quedado con mucho más.

-Retiraros, madre. Dejadme descansar. Alá os acompañe.

Aixa Fátima no respondió y salió de la casa. Conocía muy bien a su hijo Muhammad y sabía que, por mucho que le dijera, este no cambiaría de actitud.

Boabdil se retiró a rezar a una zona en penumbra mirando a la Meca, dio las gracias a Alá por haber hecho que Said llegara a su vida aquel día en que entró en la sala de costura y encontró al niño que no solamente fue el único amigo que tuvo, sino en quien pudo confiar y cuya amistad, al cabo de los años, se había fortalecido y engrandecido. Mientras el rosario daba vuelta en su mano, sus ojos estaban anegados en lágrimas. No tenía a nadie en quien confiar. Se encontraba solo y su corazón estaría siempre afligido lejos de su amada Granada, a la que nunca más volvería a ver. Como añoraba su Alhambra y el sonido del agua cantar en las fuentes y verlas correr por las acequias del Generalife y caer en la alberca en que estuvo a punto de ahogarse si no hubiese sido por su amigo Said. A sus oídos no llegaría más el canto de los jilgueros mientras volaban entre los árboles en los jardines en el mes de mayo. Ni al abrir la ventana de su aposento contemplaría en toda su majestad Sierra Nevada, llena de embrujo y leyendas, e incluso añoraba los gorriones que se aposentaban en el alféizar de uno de los balcones cuando él de pequeño les echaba migas de pan. Ahora estaba desterrado en un país que no era el suyo, bajo el amparo y protección del rey merení. ¡Mal haya mi vida!, pronunció Boabdil, en voz casi susurrante. Afuera, en el patio del palacete, se oía el agua caer en el fondo de la fuente de los cuatro caños. Pero su sonido no tenía la delicadeza y sonoridad de las fuentes de Granada. En Granada, el agua canta y llora a la vez, es un sonido, o quizás un susurro nostálgico, que llega al alma y la embriaga.

La tarde se iba adueñando de las calles de Fez, la oscuridad empezaba a adentrarse por las callejuelas del zoco, donde había instalados bazares en los que se vendían lo más insospechados artículos de artesanía, marroquina, talabartería y especias traídas de los más lejanos países. En las puertas de

las tiendas, a veces diminutos habitáculos atiborrados de objetos, empezaban sus propietarios a encender pequeños farolillos con cristales de colores, para alumbrar las tiendas y las estrechas callejuelas, por donde aún en plena luz del día era muy fácil perderse si no conocías bien aquel entramado de vericuetos. A esa hora de la tarde, se oía a los imanes de las mezquitas llamar a los fieles a cumplir con la última oración de la tarde. En la plaza mayor de Fez, se montaban cientos de tenderetes donde se podía comprar de todo. Había encantadores de serpientes y puestos donde se podían encontrar hierbas y ungüentos para toda clase de males, y hombres vestidos con trajes extraños que vendían agua fresca. Era un momento mágico. El olor penetrante de las especias que empleaban para condimentar la comida se introducía por la nariz, hasta casi emborrachar. La plaza principal de la ciudad de Fez era un mundo variopinto y lleno de vida, donde cada uno podía vender lo que quisiera, aunque, a veces, la procedencia de lo que se vendía era una incógnita.

Todo transcurría con normalidad, aunque nadie lo dijera. Los habitantes de al-Itrabí seguían en sus tareas. Cada cual continuaba haciendo lo mismo que había hecho siempre, que era cultivar sus huertas y cuidar de su ganado. Pero también ninguno de ellos dejaba de mirar hacia el norte, para ver si llegaba algún extraño y pedirle información de lo que sucedía más allá de sus montes. Estábamos en primavera, hacía ya tiempo que el sultán de Granada había marchado definitivamente para el exilio a Marruecos. Los árboles frutales lucían sus mantos blancos y rosas de su floración y las vides empezaban a enseñar sus diminutos racimos de uvas, que en unos meses lucirían sus hermosos granos dorados por el sol, que les imprimía unas características especiales. Una de ellas era que al masticarlas crujían en la boca produciendo una explosión de dulzores exquisito.

En esa primavera había habido dos acontecimientos, uno agradable y el otro de tristeza. Pues la vida no se para nunca y los ciclos del tiempo van pasando y desarrollándose sin que nada ni nadie los pueda parar. El suceso triste sucedió a mitad del mes de febrero, cuando trajeron al pueblo al anciano Mohammed. Según comentaban, se había caído de su montura debido a una fuerte racha de viento y se dio con la cabeza en el suelo; iba borracho y bastó una ráfaga de aire para que lo hiciera caer. Toda la alquería se encontraba

alterada y triste, pues había sido un hombre muy querido por todos, por su generosidad y entrega a la comunidad, y, aunque era ya muy mayor, no fue motivo para no llorar su muerte. Su mujer se lamentaba de que quedaba en la más triste de la pobreza, pues solamente contaba con su marido para labrar su huerto y cuidar de sus dos cabras.

Fue Said quien le comunicó que no se preocupara, que él cuidaría de que nada le faltara. El cadáver fue preparado a la costumbre musulmana y enterrado en el pequeño cementerio de la alquería. Toda la población lamentaba la muerte de Mohammed. Pero la vida seguía; algunos hombres comentaron entristecidos:

-Posiblemente, él ha tenido mejor suerte. No podrá ver en qué quedará nuestra alquería cuando lleguen los bárbaros de los castellanos.

-Quizás sí. De todas maneras, nada podemos decir de lo que pasará. Primero debemos ver qué es lo que harán esos castellanos.

-Tienes razón -dijo Saúl-, a mí me han llegado noticias, por un pariente mío que vive en Padul, de que por ahora las cosas no van muy mal. Verdad es que me dijo que los castellanos quitan las casas mejores a sus verdaderos dueños para instalarse ellos y otras clases de rapiñas, pero por ahora no han ejercido violencia contra la población musulmana.

-¿Cuánto crees tú, Saúl, que tardarán en llegar los cristianos a nuestra alquería?

-No lo sé. Deberíamos preguntárselo al general Said, quizás él tenga alguna información más precisa.

Otros de los acontecimientos más agradables, y que festejó toda la alquería con una fiesta organizada por Said y su suegro, fue el nacimiento de mellizos, sucedido quince días más tarde del fallecimiento de Mohammed, que llenó de gozo a la población, pues debido a sus pocos habitantes, el fallecimiento de uno de sus miembros, aunque fuese un anciano, era una tragedia. El nacimiento de los mellizos fue un gran acontecimiento en la alquería. Ese día fue de fiesta para todos, se regalaron dulces de almendra y miel para los niños y el exgeneral Said mandó sacrificar dos cabras para dar la bienvenida al doble nacimiento. Llegaron gentes de las alquerías cercanas, como Jete y Budijar. Todos disfrutaron del acontecimiento y hasta el vino -aunque lo prohibía su religión- hizo acto de presencia en el lugar, pues no siempre se podía festejar un hecho como este. Ya que nadie en la alquería recordaba un caso similar.

El exgeneral Said apadrinó a los dos niños nacidos, a los que impusieron los nombres de Said y Muhammad. Las fiestas duraron dos días y hubo

regalos para todos. Al tercer día por la mañana, los invitados regresaron a sus lugares de origen y la alquería quedó nuevamente en silencio.

-¿Por qué te levantas tan pronto, esposo mío? Es aún de noche.

-Voy a dar una vuelta por nuestras fincas, quiero ver si ayer realizaron el trabajo que encargué que hicieran en la huerta que hay junto a la alberca alta. Volveré al mediodía.

-Pienso, Said, que a qué preocuparte tanto de nuestras tierras si a no tardar mucho, posiblemente, nos las arrebaten.

-Es posible, querida esposa, que sea así, pero, mientras llega ese día, debemos cuidar de ellas: labrarlas y sembrar, y, en el caso de que ya no podamos recoger nosotros sus frutos, otros lo recogerán. Todo está en manos de Alá, Él velará por nosotros. Según las noticias que me han llegado de las poblaciones que han sido ya ocupadas por los castellanos, se han portado bien y no ha habido robos ni altercados.

-¿Y tú crees eso, Said?

-Lo sabré cuando lleguen aquí. Mientras tanto, seguiremos como si nada sucediera más allá de esos montes. Cuando vuelva iré a hablar con tus padres y hermanos, debemos estar preparados para cuando ese momento llegue. Ya hay movimientos de tropas castellanas camino de Salobreña, cuyo alcaide ha entregado la fortaleza a los castellanos, e igualmente sucede con Almuñécar. Es cuestión de días que lleguen aquí. Están dejando la ocupación de las pequeñas alquerías para el final.

-¿No sería mejor, Said, ahora que aún hay tiempo, que nos fuésemos a Marruecos?

-¿Por dónde? Los castellanos han ocupado ya todos los embarcaderos y puertos por donde podríamos embarcar. Nos quedaremos aquí. Afrontaremos lo que suceda.

-Pero, esposo mío, si se enteran de que tú eres el general Said, la mano derecha del sultán, te detendrán y podrían matarte.

-Nada hice malo para los castellanos, siempre administré justicia con equidad y fui justo en las sentencias. No, no creo que me hagan nada, además, ninguno de esos castellanos que puedan venir aquí sabe quien soy. Si hace falta, me cambiaré de nombre.

-Pero alguna persona de aquí lo puede decir y denunciarte a los castellanos.

-Creo que no lo hará nadie, confío en ellos. Ten fe en el altísimo. Todos saldrá bien, esposa mía, sigue durmiendo. Volveré a la hora del almuerzo.

-Que Mahoma, el mensajero de Dios, te acompañe.

Said besó a su esposa y se dirigió a la habitación en que dormían sus hijas, estuvo un momento mirándolas y después se dirigió a la ventana y la cerró, a esa hora hacía fresco y pronto los pájaros cantores empezarán con su serenata musical como cada mañana. Afortunados ellos, que ni musulmanes ni castellanos impedirán que cada mañana lancen a los cuatro vientos sus trinos aflautados. Después se dirigió por un pasillo hasta llegar a las caballerizas que daba a una placita tras la casa, ensilló uno de los cuatro caballos que había en el establo y se dirigió a la salida de la alquería, camino de una de las fincas que había comprado. Todo estaba en calma y los primeros rayos de sol se iban abriendo paso entre la espesura de los árboles. Subió por un camino estrecho lleno de maleza y se paró al llegar a un rellano, miró hacia la aldea, todo era paz y libertad, sus seres queridos dormían y un hombre madrugador conducía el agua para regar su huerto.

A las cinco de la tarde -más o menos- se hallaban reunidas, en el patio de la casa de la señora Moana, las tres mujeres que estuvieron bordando y que pidieron a la dueña de la casa que les contara algún hecho acaecido en la alquería y que fuese lo suficiente interesante para ser contado y que en su día hubiese sido significativo para la población, ya que quedó interrumpido la vez anterior.

-Moana, cuéntenos la historia que quedó interrumpida las otras tardes.

-Sí, por favor. Cuéntanoslas -dijeron las demás mujeres.

-Pues sucedió así. Yo lo sé porque me lo contó mi abuela, que a ella se lo había contado la suya y a esta la suya, como veréis, hace ya mucho tiempo que tal cosa sucedió. Un hecho que, mirándolo hoy, es un prodigio donde predomina la fantasía.

Las mujeres habían dejado de bordar, pendientes de lo que la señora Moana, la dueña de la casa, les iba a narrar. La señora Moana se quedó un poco de tiempo recordando lo que les iba a contar a las mujeres, pues de tanto haber sido contada la historia acaecida en la alquería no sabía qué es lo que había de mentira o de verdad, pero ella, sin haber añadido ni quitado una palabra, la contaría como se la había contado su abuela y su madre, que era una gran contadora de cuentos.

-Sucedió hace ya dos o tres siglos...

-Señora Moana, en dos o tres siglos es mucha la diferencia. en un siglo lo que sucedió al empezar queda olvidado para los que vivieron al final de ese siglo.

-Qué más da que fuese más lejano o más cercano al día de hoy, lo importante es que sucedió, año más o menos da lo mismo, y ahora no me interrumpáis.

Todas callaron pendientes de la historia fantástica que la señora Moana les iba a contar.

-Como os decía, hace muchos años atrás, llegó a nuestra alquería un joven bello, como nunca habían visto en nuestra alquería. Su pelo, a diferencia de los nuestros, era rubio como el sol, su cara era pálida y se veía que estaba muy enfermo. todas las personas de la alquería se preguntaban quién podría ser. Montaba un caballo blanco ricamente enjaezado. Su montura poseía incrustaciones de plata y el joven llevaba vestidos de muy buena calidad y ricos bordados su camisa, así como el cuello de su capa. Apenas podía sostenerse en la montura. Dos hombres lo bajaron del caballo y lo llevaron a la casa del entonces señor de la alquería, por ser la mejor acondicionada y por ser el recién llegado -por lo que se podía ver- señor de alta alcurnia.

-¿De dónde venía el tal caballero? -preguntó una de las mujeres.

-Seguiré narrando la historia y no me interrumpas.

-El joven fue llevado a la casa del señor de la alquería. Su llegada ya la sabía toda la población y fue requerido un sacamuelas que había entonces en al-Itrabí y que conocía todas las ciencias de la medicina; decían que había sido desterrado hasta nuestra alquería por haberse equivocado en la cura de un príncipe de entonces en Granada y que falleció, entonces el sultán que por aquel tiempo reinaba en Granada lo desterró hasta nuestra alquería, por ser esta lejana y oculta a los ojos de los viajeros, que sí pasaban por la costa. Pues bien, ese sacamuelas lo atendió con mucho esmero ya que presentía que aquel joven pertenecía a alguna familia de alto abolengo. Pasados varios días, el joven desconocido estuvo casi repuesto y el color había vuelto a su cara. La familia que lo había acogido estaba muy contenta, porque algo les decía que aquel joven por su aspecto debía pertenecer a alguna familia importante de algún lugar cercano a ellos. Pero su pelo rubio y su porte distinguido les hacían dudar de qué lugar sería. No conocían a ninguna familia que tuviese un hijo rubio. Al tercer día de su llegada a al-Itrabí, se levantó y pudo ser interrogado por el señor de la alquería.

-Soy Tarik, señor de este lugar, seáis bienvenido a esta vuestra casa salud y paz te deseo.

-Gracias, Tarik, por vuestra misericordia de acogerme en tu casa, también te deseo paz y salud. Mi nombre es Fernando de Villanueva y Manrique de Lara, duque de Villanueva.

-¿Cómo es que habéis llegado hasta este apartado lugar?

-No lo sé muy bien. Iba con diferentes caballeros que me acompañaban camino de Valencia, en donde tenía que contraer matrimonio. Una gran tormenta nos sorprendió de noche, mi caballo se asustó y salió galopando sin poderlo parar. La lluvia y el viento me desorientó y he estado vagando por las montañas varios días perdidos, hasta que ya sin fuerzas el caballo me ha traído a este lugar.

-Y las personas que le acompañaban, ¿no sabe vuestra señoría dónde puedan estar?

-Lo ignoro. Ruego a vuestra merced me permita seguir en vuestra casa hasta que esté totalmente restablecido. Será recompensado por ello.

-Aunque vuestra señoría es castellano, mi casa está siempre abierta para todo aquel que llega a ella en paz. Nada me debéis y podéis permanecer en ella el tiempo que creáis conveniente. Tanto mi familia como yo estamos a vuestro servicio.

-Gracias, Tarik.

-Podréis caminar por toda la casa y la alquería a vuestra voluntad, solamente tendréis prohibido subir a las habitaciones superiores y pasear por el jardín que hay en la parte posterior de la casa.

-Así lo haré, noble Tarik, pero me pregunto el porqué de esa prohibición. ¿Acaso tenéis algo que ocultar y no queréis que mis ojos lo puedan ver?

-Quizás sí. Os baste solamente saber lo que he dicho a vuestra señoría.

-Respetaré lo dicho por vuestra merced, no intentaré subir a las habitaciones superiores ni pasearé por el jardín que hay tras la casa.

Se encontraba Fernando restablecido totalmente, los cuidados del sacamuelas y de los dueños de la casa habían hecho que se restableciera totalmente de las penurias que había pasado durante los días que había estado vagando por las montañas perdido y sin comer. Un día que el sol brillaba como nunca en un cielo transparente después de haber estado lloviendo por la noche, tuvo la familia de Tarik que marchar a la alquería de Jete a una celebración matrimonial, comunicando a Fernando que podía pasear por toda la alquería, pero que seguía la prohibición de acercarse a las habitaciones superiores y de pasear por el jardín; ellos volverían por la tarde.

Habría pasado una hora desde la partida de Tarik y su familia cuando Fernando se preguntó el porqué de la prohibición de Tarik de que no viera las habitaciones superiores de la casa ni el jardín. Esa prohibición le llenó de interrogantes, que debía descubrir antes de que los dueños de la casa pudieran volver. Cerró la puerta de la calle para que nadie lo pudiera ver y se dirigió a la parte posterior de la casa, quería descubrir qué misterio había en el jardín. Con el corazón bombeando en el pecho, abrió la puerta que daba acceso al jardín y entró en él. Estaba muy bien cuidado y en él había abundante arbolado y flores de todas clases; en una pequeña plazoleta, una fuente artísticamente tallada adornaba el recinto, al fondo del jardín descubrió una gran jaula con distintas aves exóticas de plumaje maravilloso. A parte de eso, nada había que le dijera que allí se escondía un secreto prohibido para él.

-Siga usted, señora Moana. ¿Qué pasó después?

-El joven Fernando no sabía que, mientras estaba paseando por el jardín, desde el piso superior y a través de la celosía una muchacha le había estado viendo. Esta era Fátima, la bellísima hija de Tarik. Al llegar él a la casa, sus padres la encerraron en una de las habitaciones superiores para que el recién llegado no pudiese verla. Al ver al joven, su corazón dormido de amor despertó y quedó deslumbrada por la apostura y belleza del joven. Pensó en preguntarle cuál era su nombre, pero no quería quebrantar la orden dada por su padre de que tenía prohibido bajar mientras el joven permaneciera allí.

-Siga, señora Moana. Esto se está poniendo muy interesante -dijo una de las muchachas.

-No la interrumpas -dijo otra de las muchachas-, si no, no vamos a saber cómo terminó esta historia antes de que nos vayamos a nuestras casas.

-Está bien. No discutáis entre vosotras.

-Sucedió que el muchacho, picado por la curiosidad y el deseo de saber la verdad, a costa de que su anfitrión pudiese enfadarse con él por haber roto la promesa que le hizo, empezó a subir por las escaleras que desde la planta baja conducían a las habitaciones superiores. Se paró al llegar al descansillo y miró a su alrededor, un largo pasillo se introducía hacia el interior, avanzó despacio por este y descubrió que a ambos lados había cuatro puertas que daban acceso al interior de las habitaciones, tres de ellas estaban abiertas y las más alejada, que dio por hecho que era la que miraba al jardín, permanecía cerrada. Puso la mano sobre la puerta y la empujó para ver si estaba abierta, pero esta no cedió. Entonces apoyó el oído y se quedó esperando a ver si oía algo. Un par de minutos más tarde escuchó una especie de suspiros que provenían del interior de la habitación. Entonces al muchacho no le quedó la

más mínima duda de que en aquella habitación había alguna persona. Pero se preguntó por qué estaba encerrada, quizás fuese porque tenía alguna enfermedad que pudiese afear su cuerpo. Pero el muchacho siguió adelante, quería despejar sus dudas. Acercó su mano a la puerta y con los nudillos golpeó la madera varias veces sin obtener respuesta.

-¿Hay alguien ahí dentro? -preguntó el joven varias veces.

Pasados unos momentos, una voz proveniente del otro lado de la puerta preguntó

¿Quién sois vos?

Fernando escuchó a través de la puerta la pregunta de la muchacha y le sonó en el oído como el canto de la alondra al amanecer del día. Allí encerrado estaba el motivo de la prohibición del dueño y señor de la casa, Tarik. ¿Cómo sería la joven que se encontraba al otro lado de la puerta? Si toda ella era parecida al sonido angelical de su habla, no le quedaba motivo alguno que le impidiese poder conocer a la muchacha, a la que, por culpa de su llegada, habían encerrado en la habitación para que él no la viera.

¿Cómo os llamáis? -preguntó nuevamente la muchacha.

-Mi nombre es Fernando, y vos, ¿qué nombre tenéis?

-Yo me llamo Amina.

-¿Por qué estáis aquí encerrada?

-Mi padre me ha encerrado para no ser vista por un extranjero que ha llegado a la casa, dice que no me conviene, que es un hombre desgarbado y feo y que puede resultar muy violento, es por eso por lo que me han encerrado y no puedo salir hasta que se haya marchado.

-Ese hombre soy yo y nada de lo que te ha dicho tu padre es verdad.

-¿De dónde venís, caballero?

-Vengo de una tierra lejana e iba hacia Valencia, donde debía contraer matrimonio.

-¿Y por qué estáis aquí?

-Me perdí en el camino. Una tormenta hizo que me apartara de mi comitiva y llegué aquí desorientado y enfermo.

-Me da mucha pena lo que os ha pasado, vuestra prometida estará impaciente por veros.

-Es posible. Pero ahora que os he oído hablar, no me gustaría marchar de este lugar sin haberos conocido.

-Eso es posible, caballero.

-Mi nombre es Fernando.

-Vos también llamadme Amina.

-Ve, Amina, que bajo la ranura de la llave hay un agujero, agachaos un poco y podré ver vuestra cara.

-No debería hacerlo. Pero si vos me lo pedís.

Amina se agachó un poco y Fernando pudo ver el rostro maravilloso de la muchacha. Fernando se quedó sin palabras al contemplar la belleza fresca y turbadora de Amina. Su corazón se puso a dar saltos en el pecho y durante unos segundos no pudo articular palabras. Ahora comprendía que su padre la hubiese encerrado en aquella habitación para que su belleza no fuese mancillada por nadie. Verdaderamente, ella era como una rosa fragante que sus ojos jamás habían contemplado.

-Os amo, Amina. Mi corazón al veros ha saltado de gozo en el pecho.

-No os precipitéis, Fernando, vuestra prometida os espera en Valencia. Además, yo soy musulmana y vos castellano. Eso no es posible, mi padre se opondría a que nos viéramos. Marchad en paz y olvidarme. Que mi corazón también está alterado al oíros. Guardaremos un bello recuerdo de este instante.

-Suspenderé mi viaje a Valencia, mis compañeros pensarán que he muerto. Hablaré con vuestro padre cuando regrese y le diré que es mi deseo contraer matrimonio con vos.

-Pero eso es imposible, Fernando. Vos soy un señor muy importante, tampoco vuestra familia aceptará que vos quiera casarse conmigo. Además, vos no sabéis cómo soy realmente.

-Con ver vuestra cara y oíros hablar me basta para saber que sois un ser puro.

-¿Y si os equivocáis?

-Jamás será así. Voy a buscar un martillo para destrozar la cerradura y sacaros de aquí.

-No, Fernando, por Alá os lo pido. No lo hagáis, mi padre se pondría furioso y podría mataros. Es mejor que habléis con él, decidle que me habéis oído cantar y que queréis conocerme.

-Como vos digáis, Amina, así lo haré. Te juro que de aquí no he de marchar sin conseguir la promesa de vuestro padre de que seréis mi esposa y llevaros a mi castillo.

Tarik y su familia regresaron a la casa por la tarde como habían prometido. Fernando los recibió alborozado por su llegada.

-La paz del Profeta esté contigo, Fernando.

-Dios este con voz, Tarik.

-¿Cómo habéis pasado el día?

-Muy bien, he paseado por el pueblo y alrededores. Me gustan mucho sus paisajes. Sus huertas son como jardines en donde crecen los árboles y las flores. Pero lo que más me ha gustado ha sido el canto maravilloso de una calandria que venía de la planta de arriba. Su canto melodioso pero triste me ha llegado hasta el corazón. Me gustaría antes de marchar que me permitierais conocer quién expande esos trinos que suenan a mis oídos como si fuesen cantados por los ángeles.

Tarik miró a su familia y su semblante se transformó en un instante. Con voz brusca preguntó a Fernando.

-¿Habéis subido a la parte de arriba?

-Sí, Tarik, os ruego me sepáis perdonar, el canto que llegaba a mis oídos era tan puro que jamás oí a nadie cantar así. Hechizado por ese canto, impulsado por el deseo irrefrenable, subí hacia arriba atraído por una fuerza desconocida por mí.

-¿Habéis visto a mi hija?

-Sí, Tarik. Apenas un poco a través de una ranura en la puerta de la habitación donde está encerrada.

-Habéis roto la confianza que puse en vos. Os acogí en mi casa cuando llegasteis enfermo, os he cuidado y atendido en vuestras necesidades y no habéis sido capaz de cumplir la única cosa que os pedí y que para vos estaba prohibida. Merecéis un castigo.

-Podéis hacer lo que tengáis que hacer. No me arrepiento de haberlo hecho; por el contrario, estoy muy satisfecho de ello, es más, quiero casarme con tu hija.

-Si no la conocéis, ¿cómo es posible que os hayáis enamorado de ella? Por otro lado, vos dijisteis que ibais camino de Valencia para casaros allí, qué broma es esta.

-Es verdad que iba a Valencia a casarme con una mujer a la que no conozco, pero el destino ha querido que yo llegara aquí y fuese acogido en esta casa y que en ella viva la rosa más hermosa que nunca un hombre vio.

-Pero mi hija es de religión musulmana y vos sois cristiano, vuestra familia nunca la aceptará como vuestra esposa y será repudiada e igual sucederá con los míos.

-Ambos creemos en Dios, como este se llame, no tiene ninguna importancia; sobre las leyes, la religión y los convencionalismos prevalecerá siempre el amor. Ahora, buen Tarik, ordena a tu hija que baje para verla tal como es.

-Permitidme que reúna a mi familia y hable con ellos. Esto es un caso inesperado y debemos estudiarlo. Después le daremos la respuesta.

Tarik se reunió con su familia, compuesta por su esposa, dos hijos y una hija, aparte Amina. Después de discutirlo durante bastante tiempo decidieron que fuese Amina quien decidiese, al fin y al cabo, era ella quien tenía la última palabra. Hicieron bajar a Amina hasta la planta baja, el sol entraba a raudales por la puerta y daba de lleno a la escalera. Amina bajaba con pasos lentos y al darle el sol parecía como una aparición mágica, su belleza no tenía paragón con nada visto hasta entonces por Fernando. Era una muchacha alta y elegante con unos hermosos y grandes ojos como un amanecer, el talle de su cintura era como un hilo de seda y sus breves pies parecía que volaban en vez de andar, el resplandor de su rostro fue tal al ver a Fernando que después de un minuto su cara se iluminó en una amplia sonrisa como una primavera.

-Fernando, esta es mi muy querida hija. Amina, este es Fernando, creo que ya os habéis visto arriba, ahora pasemos a cenar, la cena ya está preparada y, mientras, hablaremos, pues mucho hay que dialogar en este asunto...

-Señora Moana, casi es noche- dijo la muchacha más joven-, y debemos regresar a casa, mañana nos contará usted el final de esta historia tan interesante.

-Está bien, marchad en paz. Mañana, si no sucede nada, volved y seguiré contándoos esta historia.

-¿Acaba bien la historia, señora Moana?

-Casi siempre las historias de amores acaban bien y mal, pero esta la haremos que acabe bien. Pero no por lo que yo diga, sino porque así sucedió, el resto os lo contaré mañana.

Las tres muchachas marcharon a sus casas comentando entre ellas las historias que les había estado contando la señora Moana.

-¿Cómo crees tú, Edit, que terminará la historia?

-No lo sé, Soraya. Pero creo que los dos amantes lo tendrían difícil para vivir felices. Fernando era hijo de una familia noble castellana y poderosa, no creo que vieran con buenos ojos que tan importante caballero cristiano se casaran con una mora.

-Pensad -dijo Morita- que la mayor fuerza que existe y que es indestructible es el amor. Y los dos jóvenes estaban muy enamorados.

-En fin, mañana saldremos de dudas -comentó Edit-. Que Alá os acompañe. Buenas tardes.

Toda la alquería ya sabía lo sucedido con el caballero castellano y la joven Amina y los comentarios se desplegaron por toda la localidad. Cruzándose los positivos con los negativos. Los más decididos en hablar decían que aquello no saldría bien. Sobre todo, que no veían claro que la familia de Fernando aceptase que una musulmana entrara en su familia.

-¿Por qué no si los jóvenes se aman? Además -dijo quien hablaba-, eso será bueno. Según dicen, es un caballero muy poderoso, eso hará ver a los castellanos que nada hay que impida que nuestras mujeres puedan casarse con los castellanos y las castellanitas con los musulmanes. Eso sería lo mejor para nosotros y vivir en paz todos juntos.

-Sería bueno, sí -comentó otro de los allí congregados-, pero lo veo muy difícil. Lo sucedido con Amina y Fernando es un caso especial, difícil que pueda sentar precedentes.

El padre de Amina comunicó a Fernando que, en vista de que ya estaba bien, debía abandonar la casa y continuar con su viaje hasta Valencia o regresar a su casa en Castilla. Y después de que pasara un tiempo, y si seguía amando a Amina, entonces sí prepararían la boda de su hija con él.

-Si voz me lo permitís, seguiré unos días más, mis gentes me estarán buscando.

-Bien, como vos deseéis, pero estaréis en casa de un hermano mío. No es conveniente que permanezcáis aquí. Le doy de plazo cinco días más, después debéis marcharos. No deberéis venir a esta casa, donde vive una doncella que no debéis ver más hasta el día de la boda, si esta se lleva a cabo.

Fernando marchó a la casa del tío de Amina, mientras se preguntaba qué fuerza del destino le había hecho llegar a aquel lugar, escondido en un territorio remoto. Pero fuese como fuese, lo que sabía

era que se casaría con Amina, desde el momento en que la vio quedó prendado de ella.

Lo que Fernando no sabía era que la muchacha, casi desde niña, estaba prometida a un joven de una alquería de la Alpujarra, familia lejana del padre de Amina. Y que, con toda probabilidad, una vez que este se enterara, haría todo lo posible para impedir la boda.

Al día siguiente, como había prometido Moana, volvieron a encontrarse ella y las tres muchachas en el patio de la primera. Impacientes para que siguiera contándoles la historia de Amina y Fernando.

-Señora Moana, siga usted contándonos la historia de los dos amantes.

-Bien. El padre de Amina, aunque era un hombre temeroso de Alá, no fue sincero con Fernando, ya que le mintió, pues no era su deseo que los dos muchachos fuesen un día marido y mujer, por el contrario, lo único que quería era que Fernando se alejase de al-Itrabí y, una vez en su casa, olvidase a Amina. Pues no estaba en su ánimo que su hija se desposara un día con un enemigo de su fe. Por otro lado, ella estaba ya comprometida con un hijo de un primo suyo y ese pacto entre las familias no se podía romper.

-Entonces, ¿cómo se resolvió lo de los dos amantes? -preguntó una de las muchachas.

-¿Qué bonito es el amor! -comentó otra de las mujeres.

-En verdad que el amor -prosiguió Moana- es un sentimiento muy fuerte, que incluso algunas personas deciden morir si no pueden estar junto al se que aman. Unos días más tarde, llegaron a la alquería varios caballeros cristianos, acompañados de varios personajes muy importantes de Granada, buscando a Fernando. Pues, por tratarse de tan alto caballero, que permaneciera perdido no convenía ni a Castilla ni al reino de Granada. El padre de Amina convenció a Fernando para que regresara a su casa, con la promesa hecha de que un año más tarde podría volver y casarse con Amina, si así aún lo deseaba. Fernando aceptó, prometiendo que un año más tarde volvería para casarse con su amada.

Fernando y su comitiva marcharon de nuestra alquería, dejando sumida a Amina en la mayor de las tristezas, algo le decía que ya nunca más volvería a ver a Fernando. Una vez que se había marchado este de nuestra alquería, el padre de Amina mandó un mensajero para avisar a su prometido de que en el transcurso de dos meses debería casarse con la muchacha, y así, una vez casada, olvidaría a Fernando, en la esperanza de que también, una vez lejos de Amina, la olvidaría, pues pensaba que aquel romance había surgido de la soledad.

Así sucedió, dos meses más tarde se presentó el prometido de Amina en la alquería y, aunque Amina se opuso, nada hizo desistir al padre de la muchacha. Fue obligada a casarse con el hombre al que estaba prometida desde niña. La boda transcurrió con más pena que gloria -imaginaos la pena que tendría la muchacha al verse obligada a contraer matrimonio con un hombre al que nunca había visto e impidiendo con esta boda el poder volver a ver algún día a su amado Fernando.

Celebrada la boda y tras los festejos de costumbre, partió Amina con su esposo y una pequeña comitiva camino de la Alpujarra, aunque en el viaje Amina era constantemente agasajada y atendida, esta nada decía, iba en silencio y triste. Cruzaron Vélez de Benaudalla camino de Órgiva, donde pararon para comer. Después, reanudaron la marcha ascendente. Llevarían andando una media hora cuando Amina pidió parar pues necesitaba hacer una necesidad. Paró la comitiva y, acompañada de una de las mujeres que componía la caravana, se alejaron un poco. Debajo de ellas había un gran precipicio y, sin dudarle un momento, Amina se arrojó por él, muriendo en el acto.

-Qué pena -musitó una de las muchachas-, ¿por qué lo hizo?

-Porque el amor es más fuerte que la muerte -respondió Moana.

-¿Llegó a saberlo Fernando?

-Por supuesto. Un mensajero, no sé por quién mandado, llegó hasta el castillo donde vivía Fernando y se lo dijo:

-¿Y cómo reaccionó Fernando al saber la muerte de su amada?

-preguntó Soraya.

-Durante un tiempo nada se supo -continuó Moana-, pero, pasadas dos estaciones del año, una mañana amaneció muerto cerca de la alquería el padre de Amina. Nadie supo quién había cometido aquel crimen, pero todos dieron por hecho que había sido Fernando y, aunque nadie lo vio hacerlo, todos los habitantes de esta nuestra alquería así lo creyeron. También comentaban que alguna vez al atardecer del día habían visto un caballo blanco galopar por los caminos y, sobre este, al caballero castellano y una doncella. Comentaron además que Fernando, desesperado al enterarse del suicidio de su amada, también se suicidó, después de haberse vengado matando al padre de Amina.

-Qué pena, señora Moana. No me gusta cómo ha terminado -dijo nuevamente Soraya.

-¿Por qué no? Terminó la historia bien. El amor triunfó sobre los convencionalismos. Desde entonces están los dos enamorados juntos para siempre. Aunque... esta historia quizás sea contada de otra manera dentro de unos años. Pero la que yo os he contado, queridas muchachas, es la que a mí me contaron mi madre y mi abuela.

-De todas maneras -comentó Edit-, me hubiera gustado que los dos enamorados hubiesen vivido su historia de amor.

-Y la vivieron -comentó Moana-, la vivieron y muy apasionadamente, porque fue un amor de corazón a corazón. No lo olvidéis, de haber trascurrido la historia como a vosotras os hubiese gustado, no hubiese trascendido y estaría olvidada; en cambio, por sus circunstancias ha trascendido siglo tras siglo, por lo tanto, los dos enamorados no morirán mientras haya personas que les cuenten la historia a muchachas como vosotras. Aprendedla y el día de mañana la contaréis a vuestras hijas y estas a las suyas. Ahora marchad, la noche se echa encima.

La historia no se detiene. Es como los años, nadie lo puede sujetar para que no prosigan su caminar más aprisa de lo que muchas personas quisieran, sobre todo, aquellos que tienen poder y dinero. Cada año que pasa es un soplo de vida que se les escapa y, por mucho que quieran hacer, no pueden impedirlo. La historia es como el viento, que unas veces es una brisa suave y refrescante y, otras veces, es huracanado y destroza todo lo que encuentra a su paso. El tiempo es solamente como un rayo de luz que se filtra por el resquicio de una puerta, y dura solamente unos minutos. Durante ese tiempo ilumina la estancia para después quedar en la oscuridad. De qué hagamos con nuestro tiempo, de provechoso o no, dependerá, por lo tanto, nuestra historia. Desgraciadamente, muchos hechos sucedidos no fueron contados con rigurosidad y por ser mal relatados se produjo una nebulosa en donde quedó la historia oculta.

¿Qué ha sido de los oradores y escribanos que contaron la historia sucedida en su época? Que la contaron como les mandaron que la escribieran. ¿En dónde quedaron tantos sucesos acaecidos y que hoy de ellos nada queda en la memoria? Y, sin embargo, cuántas historias hemos leído de las que solamente una parte era de verdad, pues los relatores de entonces omitieron y añadieron dándolas por buenas y creíbles a quienes las leyeron. Cuántas mentiras añadidas a esos sucesos que solamente sirvieron para engrandecer y aupar a los que pagaron a esos escribanos de entonces.

Cuánto hay de falsedad en todo lo que se ha escrito de los Reyes Católicos y de Boabdil. Cuánto hay de verdad en todo ello. Cuánto aún no se ha contado de las mentiras y podredumbre de dichos personajes, a los que solamente enaltecieron y alabaron sus proezas y ocultaron sus miserias, que tenerlas las tenían pues, por muy poderosos que fueran, eran mortales y, lo mismo que el más insignificante villano, eran débiles y pocos compasivos.

En Granada todo seguía su curso. Isabel y Fernando se habían instalado definitivamente. Tenían mucho que hacer. Su vasto territorio era inmenso y en sus reinos surgían los descontentos e, incluso, había muchos nobles que no veían con buenos ojos que los reyes hubieran establecido su corte en Granada y que se hubiese alejado de alguna manera su presencia de Castilla. También en Aragón empezaban algunos nobles ambiciosos a hablar mal de Fernando. No todo era de color de rosa para Isabel y Fernando, eran muchos los problemas que tenían, pero, sobre todo, las penurias económicas que sufrían. No obstante, Isabel era una mujer de espíritu fuerte y combativo, de lo contrario, no hubiese podido salir airosa de tantas batallas y trabas puestas en su camino desde el momento justo de nacer. Su fortaleza iba pareja a su inmensa religiosidad y fe en su destino, que solamente emanaba de Dios, lo cual allanó su camino hasta llegar a ser la reina más poderosa del mundo en su época.

A doña Leonor, dama de tercera categoría de la reina, esta, la tenía en gran estima, por ser alegre y poco mundana, no como algunas de sus damas, de las que sospechaba que alguna de ellas había tenido algún escarceo amoroso con su esposo Fernando. Lo sabía, pero no quería manifestarlo en público, pues ella, por ser reina, nunca se rebajaría a preguntar tales hechos. Pues si su esposo cometía tal villanía, siendo hombre. Ella nunca se rebajaría a interrogar a nadie de su corte por las correrías amorosas de su esposo y rey, aunque su corazón llorara de pena y rabia y a veces, descargara su ira y frustración contra algunos de sus servidores. Ella, reina de toda la península Ibérica, tenía que aguantar las traiciones de su amado esposo.

-Alteza, me habéis mandado llamar -preguntó Leonor-.

-Sí, entra. Necesito que estés a mi lado y hablar contigo o, al menos, que me escuches mientras hablo yo. Después avisarás a mis otras damas, que después del almuerzo, nos desea dar un largo paseo por los jardines del Albaicín. Necesito sentir sobre mi rostro el aire fresco y oír el canto de los pájaros en estos días de primavera. Ya han florecido los manzanos y los ciruelos y hasta el agua con su sonido parece que saluda a la primavera.

-La verdad que sí, alteza, está haciendo unos días maravillosos, después de los días frío que hubo cuando vuestra majestad llegó a Granada.

-Dime, Leonor, ¿qué se comenta entre mis damas y súbditos? Pues solamente yo me entero de los asuntos de Estado y poco más, y mi confesor, ajeno a la política, solamente tiene buenas palabras o me dice solamente aquellas que son agradables para mí.

-Majestad, no sé qué decir. Lo único que puedo decir es que tanto las personas de la corte como todos los súbditos de vuestra alteza la aman y darían sus vidas por vuestra alteza.

-No lo creas, querida niña. Que entre mis súbditos por ser su reina hablan todos bien de mí, pero luego a solas, entre sus más íntimos, me despellejan. Que algunos si pudieran ya me hubieran dejado sin piel y sin corona. Que siento a veces que es demasiado pesada para mi frágil cabeza. ¿No te lo parece así, Leonor?

-No, qué haríamos sin vuestra majestad.

-Sabes, Leonor, que tú eres la única persona con la que puedo dialogar con toda confianza, pues te considero, más que una dama, una amiga.

-Honor que vuestra majestad me da sin merecerlo, yo solamente deseo servir con todas las fuerzas de mi ser.

-Lo sé, querida niña, y por eso voy a nombraros primera dama, para que siempre estés a mi lado.

-Gracias, majestad, pero yo...

-Avisad a mis doncellas para que me ayuden a cambiarme de ropa para salir a pasear y también a mis damas, que últimamente se dedican más a enamorar a algunos de mis capitanes que a estar atentas a su reina.

Leonor salió de la estancia y se encaminó primeramente a avisar a las doncellas y después a algunas de las damas de la reina.

-¿Qué deseas, Leonor? ¿Quieres participar en nuestro juego de adivinanzas?

-Gracias. La reina requiere vuestra presencia para salir a dar un largo paseo por los jardines del Albaicín.

-No, Leonor, con lo bien que lo estábamos pasando hasta que tú has llegado. Dile a la reina que no nos has visto.

-Yo jamás mentiría a nuestra reina.

-Sí, ya sabemos que te tiene en gran consideración, aun siendo casi una plebeya.

-No por ser vuestras señorías condesas, duquesas o marquesas, estáis por encima de los demás mortales, pues del orgullo no se hacen méritos, sino que, por el contrario, los méritos se adquieren por el comportamiento y uso que se hace de esa dignidad. Mi padre solamente es gentilhombre de sus majestades, pero, siendo vuestras señorías de altas cunas y yo siendo mujer de pueblo, estamos al servicio de nuestra muy amada reina Isabel. Daos prisa, su alteza os esperan.

Leonor, después de solicitar permiso, entró en la recámara de la reina, en donde sus doncellas le ayudaban en ese momento a quitarse un vestido que la reina había rechazado y les estaba diciendo...

-No, ese no, es un vestido muy pesado. Quiero algo más liviano y que no sea negro, estamos en primavera, algo más acorde con esta época.

-Pero, majestad -dijo una de las doncellas-, el vestuario de vuestra majestad se compone esencialmente de vestidos negros.

-Dejadlo y marcharos todas.

Las doncellas salieron de inmediato de la sala mientras hacían exageradas inclinaciones de cabeza. De ningún modo podían hacer enfadar a la reina, de la que dependían tanto ellas como sus familias.

-Ayúdame tú, Leonor. Busca en esos arcones algo un poco más alegre, aunque tampoco habrá mucho, ya que he estado más pendiente de conquistar Granada que de mi propio ajuar, pero algo habrá por ahí que valga para la ocasión.

Leonor empezó a remover en el fondo del inmenso arcón y, ya casi al final de este, encontró un vestido de un color más vivo que el negro, que iría muy bien para el paseo de esa tarde.

-Creo que este vestido sentará muy bien a vuestra alteza.

-A ver. Sí, es muy bonito, pero creo que ya no cojo dentro de él, he engordado. Este vestido me lo puse la primera vez que vi a nuestro rey Fernando. Ya no soy la misma mujer de entonces.

La reina Isabel, con la ayuda de Leonor, pudo entrar en el vestido mientras murmuraba frases inconexas. Después de intentarlo unos minutos sin conseguirlo, le dijo Leonor:

-Majestad, creo que la única solución es que se desprenda de alguna saya y así será posible que cojáis dentro del vestido.

-Leonor, ¿queréis decirme que estoy gorda?

-No, majestad, de ninguna manera me atrevería a decir eso de vuestra majestad.

-No te preocupes, Leonor, ya no soy aquella muchacha que se puso este vestido. Los años y las veces que he parido han engordado mi cuerpo y han ajado mi cara. Es el precio que debemos pagar.

-Vuestra majestad no está gorda, quizás un poco rellenita, pero sigue guapa como siempre.

-Dios te escuche, Leonor. Haré lo que has dicho. Me quitaré una saya a ver si así me puedo poner este vestido. Ayúdame y no cuentes a nadie de esta batalla que hemos de ganar tú y nos.

-Majestad, me han dicho que en Francia las damas de la corte no usan vestidos tan pesados como nosotras, que son más livianos y lucen grandes escotes.

-Qué barbaridad. Sé que las damas de Francia son algo casquivanas. Gracias a nuestro Señor Jesucristo, aquí somos más recatadas y vestimos según la sabia indicación de nuestra Santa Madre Iglesia, que lucir aquellas partes de nuestro cuerpo que solamente están reservadas para ser vistas por nuestros esposos no nos hará más deseadas y apetecibles ante los hombres, pues siempre debe prevalecer el recato.

Por fin y tras unos minutos, la reina Isabel pudo ponerse el dichoso vestido.

-¿Qué tal me sienta, Leonor?

-Le queda muy bien a vuestra alteza. Hasta parece -si me lo permite vuestra majestad- más joven.

-Gracias, niña, pero tu cariño hacia mí no debe hacerte decir mentira. Yo sé cómo estoy. Ahora comprueba si han llegado ya mis damas y, si así es, dispongámonos a iniciar el paseo, de lo contrario, nos quedaremos sin sol.

Las damas esperaban la llegada de la reina, que llegó acompañada de doña Leonor. Todas se inclinaron ante la reina.

-¿Ya están vuestras señorías dispuestas? Pues vayamos a pasear. Tú, Patricia, que eres la que más sabe de botánica, ve explicándonos los tipos de flores que hay, ya que algunas de ellas las veo por vez primera.

-Como desee, vuestra majestad.

-Tú, Leonor, ponte a mi lado, las demás damas que vengan detrás de nos, así podrán criticar entre ellas.

Patricia fue explicando a la reina y sus damas el nombre de cada planta y flor que ella conocía e incluso las propiedades medicinales de cada una de ella.

-Como verá vuestra majestad -dijo Patricia-, estos moros estaban bien surtidos de toda clase de plantas, que utilizaban en preparar ungüentos de todas clases.

-Hasta dicen -comentó una de las damas- que preparaban ungüentos para que los hombres tuviesen erecciones aun siendo mayores.

-Por Dios, Catalina, cómo os atrevéis a decir eso- dijo la reina.

-Perdón, majestad, eso es lo que he oído comentar por ahí.

-No siempre lo que se comenta es cierto. Y vosotras debéis dedicaros a otros menesteres más nobles y no expandir los comentarios soeces que se dicen por ahí. Y os aconsejo, Catalina, que una vez que volvamos del paseo os confeséis, que muchos pequeños o grandes pecados tendréis en el alma. Os mandaré a mi confesor, que además de ser un santo varón es hombre de muy buenos consejos, él os aliviará de vuestros pecaminosos pensamientos. Patricia, sigue con tus clases de botánica, que a todas nos ayudará a amar más a la naturaleza y alejar de nuestras mentes malos pensamientos.

Durante el recorrido por los jardines y huertas del Albaicín, Patricia fue explicando muy bien para qué servía cada planta e, incluso, cuando algún pajarillo se posaba sobre la rama de un árbol, ella decía su nombre y a qué especie pertenecía, y también iba explicando el nombre de las pequeñas florecillas que crecían en los bordes de los bancales y a los lados del camino por donde iban paseando. La reina y sus damas llegaron ante una inmensa morera y se sentaron bajo el árbol para descansar un poco. Leonor ayudó a la reina a sentarse sobre una piedra plana, mientras que las damas se sentaron sobre el suelo alrededor de la reina.

-Patricia, ¿cómo sabéis tanto de botánica e incluso de los animales? -le preguntó la reina.

-Mi padre es botánico y taxidermista, ha viajado mucho por toda la península e incluso al extranjero, yo le he acompañado siempre que he podido. Él siempre me ha ido transmitiendo todos sus conocimientos en esas materias. Hasta que la duquesa de Monte Dorado me introdujo en la corte para estar al servicio de vuestra majestad.

-¡Qué horror! -comentó una de las damas de la reina-, ¿quieres decir que matáis a los pobres animales y después los disecáis?

-Algo parecido -dijo Patricia-, pero eso que os horroriza tanto no deja de ser un arte, que se practica desde hace siglos.

-Decidme, Jimena -preguntó la reina a una de sus damas-, ¿por fin, cuándo os casáis?

Jimena era, quizás, de entre todas las damas de la reina, la más bondadosa y buena, que por serlo a veces parecía tonta. No era tampoco muy agradecida, aunque era alta y elegante y una preciosa mata de pelo castaño pasaba

una cuarta por debajo de la cintura. Pertenecía a una de las familias más noble de Castilla, que habían prestado grandes servicios a la monarquía desde los reyes de la casa de Trastámara. Jimena estaba prometida a un noble caballero de alto abolengo, pero venido a menos por lo que, aun no siendo muy agraciada, le convenía tomarla por esposa, ya que con esa boda él volvería a disponer de poder económico y prestigio.

-Pues no lo sé exactamente, majestad. Lo único cierto es que mi muy querido padre vendrá a Granada para hablar con vuestra majestad a fin de que autoricéis mi boda, por ser una de vuestras damas.

-Tendréis mi autorización, Jimena. Decidme, ¿amáis a vuestro futuro esposo?

-Es una persona buena y pertenece a una importante familia de Burgos.

-Sí, ya sé, pero mi pregunta es, Jimena, si vos lo amáis.

-Pienso que sí, majestad. Él es apuesto y noble, mi familia así lo ha decidido y no me queda más remedio, que es obedecer. Sé que con el tiempo seré una buena esposa y madre y daré toda mi ternura a mi esposo, y sé que él también me querrá.

-Con tu marcha, Jimena, perderé una buena dama, que ha permanecido bastantes años a mi servicio -dijo la reina.

-En total, majestad, han sido cinco años desde los quince años. Pero para mí han sido unos años maravillosos y un alto honor inmerecido servir a vuestra alteza, a la que nunca podré olvidar.

-Yo tampoco os olvidaré, Jimena. ¿Cuándo marcharéis para Burgos?

-Mi padre vendrá posiblemente a buscarme a finales del mes de mayo y a rendiros pleitesía a vuestras majestades.

-Será recibido por nos. Ahora quisiera que algunas de mis damas, cantara alguna canción, pues la tarde es maravillosa y el sonido del agua al caer en el estanque y el canto de los pájaros llegan a embriagar.

Todas las damas se miraron entre ellas, pero ninguna se atrevía a hacerlo. Como sabía la reina que una de ellas sabía a cantar, sobre todo canto de juglaría, viendo que ninguna se atrevía a hacerlo, comentó:

-Si vuestras mercedes creen que vuestra reina no está al tanto de lo que sucede a su alrededor, están equivocadas. Más de una vez he oído cantar en vuestras habitaciones y la verdad que me ha encantado oírla, así que una de vuestras mercedes es la cantante.

Todas miraron a una de las damas señalándola. Era doña María de Toledo, esta no pudo negarse al requerimiento de la reina y se puso a cantar.

La tarde paró su caminar en el tiempo. El sol acentuó sus rayos en la fresca tarde. El agua apaciguó su sonido mientras en un deambular eterno corría las acequias de las maravillosas huertas y jardines del Albaicín. Los pájaros callaron sus trinos. Todos a uno se pusieron de acuerdo para escuchar cantar a doña María de Toledo. Su voz sonaba igual que la de un ángel. Todo el entorno estaba en el más absoluto silencio. La reina, aunque la había oído cantar anteriormente, pero desde lejos, no pudo ocultar su emoción al escucharla con admiración y cariño. Sobre unas flores de color carmesí se pararon dos mariposas azules para oír a doña María cantar. La tarde fue algo mágica y las damas quedaron embelesadas escuchándola. Mientras el sol seguía su caminar seguro hacia poniente.

-Tenéis una voz maravillosa, doña María. Deberéis cantar más a menudo para nos.

-Cantaré siempre que vuestra alteza lo desee.

-Ahora volvamos al palacio, la noche se va acercando y no está bien que ella nos sorprenda.

Fernando de Aragón, rey consorte de la reina Isabel de Castilla, no desistió nunca de perseguir a las mujeres que le gustaban, le daba igual que fuesen distinguidas damas, plebeyas o campesinas. Si a él le gustaba, no había impedimento que se interpusiera para conseguirla. Cosa a la que no era ajena la reina, pero ella no se podía enfrentar a él públicamente, y que tal asunto trascendiera más de lo debido. No era aconsejable para los asuntos del reino. Tenía que hacer ver que nada sabía y callar, aunque su corazón se le partiera de dolor.

Ella tenía que ser una esposa ejemplar ante sus súbditos, aunque todos sabían de los devaneos del rey Fernando. Ella debía soportar esa carga, a veces más pesada anímicamente que la carga de Estado. Eso hizo que su salud se resintiera y la fuese minando por dentro. Un día en que la reina había estado hablando con su confesor, fue este quien comunicó a la reina Isabel que los devaneos de su esposo habían llegado a tal punto de depravación que se comentaba que tenía una cierta relación con una mujer mora, con una infiel, lo cual era, a vista del confesor de la reina, un gran pecado.

-Sí, majestad, lo sé con certeza. He sido bien informado de que vuestro esposo, el rey Fernando, tiene encuentros amorosos con una mora, que, además, trabaja en palacio.

-¿Estáis seguro de eso, fray Juan?

-Seguro, majestad. Además, me he procurado de conocer a dicha mora y debo reconocer que es trabajadora y muy guapa. Aunque quizás yo no sea la persona más idónea para ponderar sus virtudes físicas.

-Me gustaría conocerla, la desfachatez de mi esposo no tiene nombre, yo sé de sus coqueteos, incluso con alguna que otra dama de mi corte, pero nunca hubiese creído que fuese con una mora.

-Así es, majestad, y bien que lamento ser yo quien dé la noticia a su majestad.

-Habéis hecho bien, fray Juan. Mañana iremos a verla, quiero saber cómo es esa mora.

-Majestad, creo que no deberíais hacerlo. Vos soy la reina de Castilla y ella es una vulgar mora, que no es digna de besar los zapatos de vuestra alteza. Sugiero a vuestra majestad que sea expulsada esa mora del palacio inmediatamente y alejarla del rey nuestro señor.

-Y vos, fray Juan, ¿creéis que es una buena decisión alejarla del alcance de mi esposo? No servirá de nada. Lo mejor es que siga aquí prestando sus servicios y que sea constantemente vigilada. Ahora, fray Juan, podéis retiraros y avisad al capitán Juan González de que se presente de inmediato ante nos.

El fraile salió de los aposentos de la reina Isabel y se dirigió a avisar al capitán González de que la reina requería su presencia. Al capitán le sorprendió que la reina Isabel requiriera su presencia y por mediación del fraile. Eso no le gustó y pensaba en lo peor. Después de pasar algunos controles, llegó hasta la presencia de la reina Isabel, el capitán hincó una rodilla en tierra esperando que la reina le dirigiera la palabra.

-Podéis levantaros, capitán. las demás personas, que salgan de la sala. Deseo hablar con el capitán a solas.

Una vez que quedaron solos, espero el capitán a que hablara la reina.

-Decidme, capitán, ¿conocéis a una mora de nombre Amina?

-No recuerdo en estos momentos a quién se refiere vuestra majestad.

-Creo que sí, capitán, que vos la conocéis muy bien, ya que, según tengo entendido, sois vos quien proporcionáis mujerzuelas a mi esposo para satisfacer sus deseos morbosos.

-Yo, majestad, soy solamente un fiel soldado de mi rey Fernando de Aragón y a él me debo. Nunca opino de lo ordenado por mi rey ni juzgo lo que hace.

-Decidme, capitán, ¿quién ha introducido a la mora Amina a trabajar en el palacio?

-Lo único que sé es que es una pobre viuda con varios hijos, y que una anciana mora que viene a veces por aquí a buscar comida habló conmigo para que le diera trabajo en la cocina de palacio. Pero nada sé de lo que vuestra majestad me ha insinuado. Digo verdad.

-Está bien, capitán, podéis marcharos. Nada deberéis decir de esta conversación a nuestro rey; de lo contrario, haré que seáis degradado y trasladado a alguna guarnición de Galicia.

-Majestad, esta entrevista no ha sido realizada. Con el permiso de su alteza, me retiro.

-No, capitán, he decidido que la mora Amina sea despedida del servicio de la corte y enviada lo más lejos posible de Granada. Mándala de criada con la familia Marmolejo a Guadix. Nos escribiré una carta para que se la deis a don Antonio Marmolejo y seréis vos, capitán, quien se encargará de custodiar a la mora y a sus hijos hasta dicho lugar. Ya os llamaré cuando haya escrito la carta. No deberéis hacer ningún comentario sobre lo que hemos hablado. Ahora sí, capitán, podéis marcharos. Ya os avisaré de cuándo ha de ser la partida.

El capitán González salió de la estancia de la reina muy preocupado: por un lado, si no cumplía fielmente el mandato de la reina, esta tomaría represalia contra él, e incluso podría sufrir un accidente, por otro, que diría el rey Fernando cuando descubriera que la mora Amina había sido desterrada a Guadix. Su situación en verdad no era nada fácil. Tendría que cumplir con el mandato de la reina. El rey disponía de más amantes y tras un enfado olvidaría a la mora. Aunque dudaba de que el rey hubiera yacido con la mora, pues muchas veces era más el capricho de conseguir aquello que quería que hacer uso de lo logrado y, por otro lado, Amina era una mujer que no se dejaba dominar fácilmente por nadie, pues aun en su penuria económica tras quedar viuda no quiso aceptar la ayuda de ningún hombre.

Tres días más tarde, el capitán González partió para Guadix con la mora Amina y sus hijos, sin ninguna escolta para pasar lo más desapercibidos posible, quien los viera pensaría que era una familia que iban de viaje a cualquier sitio. Llevarían unas cinco horas de viaje cuando pararon para comer de

lo que llevaban en las alforjas y para que descansaran los niños. A los diez minutos de estar en tierra comiendo, les sorprendió un grupo de hombres armados. El capitán González nada pudo hacer, pues se encontró desarmado antes que pudiera desenvainar su espada. El grupo de hombres estaba compuesto de siete hombres a caballo y, aunque iban vestido a la usanza castellana, eran moriscos. Cogieron a los niños y a Amina y se lo llevaron con ellos, tras dar muerte al capitán.

-¿Qué hacemos con el cuerpo del capitán? -dijo uno de los hombres.

-Tirarlo al barranco, las alimañas darán cuenta de él. Vayámonos a prisa antes de ser visto por alguien -dijo quien parecía ser el cabecilla del grupo.

La mora Amina y sus hijos fueron libertados por los suyos, que enterados de lo que sucedía y tras algunos sobornos, supieron qué ruta seguiría el capitán hasta Guadix. Por lo que el capitán González pagó su traición al rey Fernando. Nada se supo de lo sucedido en Granada con el capitán González. Todos callaron porque con su muerte todos salían ganando, aunque todos sospechaban de todos. La historia, a veces o muchas veces, se escribe así. Al capitán González lo dieron por desertor y el rey, enterado de la desaparición de la mora Amina, pensó que ambos se habían marchado juntos a cualquier lugar de dominación árabe. La reina no quiso saber nada de lo sucedido, al fin y al cabo, el capitán González lo era de su marido y ella nada quería saber del suceso. Lo único importante para ella era que la mora Amina había desaparecido. No obstante, debería limpiar su conciencia confesando y rezando, pues su pecado no fue tal si con ello impedía que pecase su esposo bien amado.

Y el tiempo no para de girar. Ya habían pasado varios años. Todo estaba -en apariencia- estabilizado en Granada. Un día de invierno, viendo que el escribiente Simplicio no se presentaba en su trabajo, fueron a ver qué pasaba y se lo encontraron colgado de una cuerda y en su boca tenía una moneda de oro. Nunca supieron quién lo había ahorcado. El caso se dio por cerrado y aquel niño desheredado de la fortuna, que fue adoptado por un matrimonio campesino y que desde la miseria más abyecta pudo estudiar y desarrollar un trabajo digno y de alguna manera importante,

terminó ahorcado, posiblemente por haberse involucrado en lo que no debía. Pero la codicia siega la razón de los ambiciosos.

El noble Amed, de la embajada mora, murió -según dijeron- al resbalar una tarde en que la calle estaba mojada, dándose con la cabeza en una las piedras que allí había. Aunque entre sus compañeros existía la sospecha de que había sido asesinado por una mano oculta, al que estorbaba, y su silencio era beneficioso para todos.

El capitán Ignacio Gálvez y Velasco, no se sabe por qué, fue desterrado a un pueblo de Toledo. Había tenido un duelo por faldas con un alto personaje de la corte y, aunque este no murió en el duelo, si perdió un ojo. Y cuentan que, a partir de aquel destierro, su vida transcurrió de turgurio en turgurio, bebiendo cuanto podía y de pelea en pelea. Una noche, ya tarde, en que volvía a su casa borracho, unos bandidos le asaltaron en una calle para robarle lo poco que portaba y fue muerto.

II PARTE

En al-Itrabí, poca cosa había sucedido, todo seguía igual. Cada habitante de la alquería ejecutaba su cometido, sin pensar qué sucedería cuando, a no tardar mucho, llegaran los castellanos. Los hombres, mientras realizaban sus faenas en el campo, no dejaban de mirar para el sitio por donde suponían que llegarían los castellanos, es decir, por el sur. Lo más seguro era que vinieran desde Salobreña, alcanzando Molvizar, y después llegar hasta al-Itrabí (Ítrabo). Pero, hasta que ese momento llegara, ellos debían cumplir con sus obligaciones de laborar la tierra y cuidar del ganado sacándolo a pastorear.

Las dos hijas y el hijo de Said y Marian habían crecido. Las dos muchachas asistían a las clases que impartía el clérigo de la alquería en una sala aneja a la pequeña mezquita, que le servía también de escritorio y, de alguna manera, era el lugar en el que se reunían las gentes de la alquería cuando debían ser informadas de algún acontecimiento, tanto bueno como malo. En la casa de la señora Moana, se seguían reuniendo las tres muchachas que escucharon la historia que les contó, pero ya no le volvieron a pedir que les contara ninguna historia más. No había sido del agrado de las tres muchachas el final de la historia.

El sol se hacía sentir sin piedad en la pequeña alquería de al-Itrabí, ya se estaba en pleno mes de Julio, las vides empezaban a madurar sus frutos dorados y las higueras, con sus hojas anchas y verdes, daban sombras a los deliciosos higos blancos y dulces como la miel. Pronto se empezaría a cosechar la recogida de las almendras y después sería el momento de poner la uva moscatel a secar en los paseros. Ya que tanto las almendras como las uvas pasas eran ingredientes muy importantes -junto con la miel y las verduras- en los alimentos imprescindibles de la cocina andalusí de aquella época.

Imán, la hermana de Sara Marian, se había prometido con un joven perteneciente a una familia de gran abolengo, residente en Albuñol, cuyos padres eran musulmán y castellana. La ceremonia de los esponsales tendría lugar a finales del mes de diciembre, aunque después de la boda, toda la fami-

lia del prometido de Imán, y ante los acontecimientos que habían sucedido y los que estaban por venir, se iba a vivir a una ciudad de Siria, donde el futuro suegro de Imán tenía familia, todos ellos muy bien acomodados. La madre de Imán no hacía más que lamentarse y decir que una vez que su hija se marchara ya nunca más volvería a ver.

-No digas eso, madre -le decía Imán-. Ya verás como sí nos volveremos a ver. Vendré para que conozca a mi primer hijo.

-Alá, el misericordioso, así lo quiera, pero Siria está muy lejos y los caminos son peligrosos, llenos de bandidos que asaltan las caravanas y raptan a las mujeres y niños para venderlos como esclavos, y a los hombres y mujeres viejos los matan.

-Nosotros embarcaremos en Adra y desde allí iremos hasta el puerto más cercano de la ciudad en que hemos de vivir. Además, con nosotros van muchas otras personas que nos protegerá. No pases pena, madre querida, nada nos pasará.

-¿Cómo sabremos que has llegado bien a Siria?

-Te lo haremos saber por medio del patrón del barco que nos llevará a Siria.

-Aun así, no quedaré tranquila. Me hubiera gustado que te hubieses quedado por aquí, donde yo te pudiera ver más a menudo.

-Alá lo ha querido así, madre, no os preocupéis, y el día que me tenga que alejar de tu lado y protección, quiero que me sonrías. Si te veo llorar, lloraré también yo.

-¿Pero por qué os vais a vivir a Siria?

-Mis futuros suegros son unas personas muy ricas, saben que, si se quedan aquí, serán despojados de todo lo que tienen. Aprovechan que mi futuro suegro tiene un hermano en una ciudad de Siria que tiene muchos negocios y le ha ofrecido a mí futuro suegro que los comparta con él; además, por lo visto, todo lo que posee la familia de mi futuro marido lo van a vender a muy buen precio y con este dinero podrán abrir en Siria un gran negocio.

-Aun así, hija mía, yo no quedaré conforme. Acepto la voluntad de Alá.

Ya eran aproximadamente las seis de la tarde, la sombra cubría el patio de la señora Moana, que previamente había sido regado, las flores de algunas de las macetas expandían su perfume al haber sido mojadas por el agua. Algunos pájaros enjaulados dejaban sentir sus trinos, todo era paz y armonía en el patio de la casa. Las tres muchachas acababan de llegar para seguir aprendiendo a bordar, la señora Moana les había sacado una jarra de limonada y miel fresca, que las tres muchachas les agradecieron ya que el calor era intenso.

-Señora Moana, me he enterado -dijo Soraya- de que Imán, la hija menor de nuestros señores, se casa y se va a vivir a un país muy lejano de aquí, me da mucha pena por ella. Si tan lejos está ese país, nunca más la volveremos a ver.

-No digas eso, Soraya. Claro que volverá alguna vez. Ella se casa con un hombre al que quiere y su obligación es acompañar a su esposo a donde este vaya. Creando una nueva familia y dejando a la que hasta ese momento ha pertenecido. Ya no estará bajo la protección de sus padres, sino de su marido y sus suegros, así es la vida. Quizás alguna de vosotras el día de mañana se casará con algún hombre venido de alguna población lejana y repetiréis la historia de Imán. E incluso -a lo mejor- podéis casaros con algún apuesto castellano que a no tardar mucho llegará a nuestra alquería.

-Señora Moana, no diga usted eso, dicen que los castellanos son muy sucios y pendencieros, prefiero quedarme soltera antes de casarme con un castellano. Además, dicen que son muy feos.

-¿Acaso tú, Soraya, has visto a muchos castellanos?

-No, pero todos dicen que son así y que pegan a sus esposas.

-No hables mal de lo que no conoces, Soraya, eso no está bien. De todas maneras, pronto lo vamos a averiguar.

La tarde avanzaba, en el patio de la señora Moana se estaba bien entre el frescor de las flores y el canto de los pájaros de diversas clases que tenía enjaulados el hijo de la señora Moana. Ya el sol estaba a punto de ponerse tras las lomas de Cázula cuando llegaron a la casa el marido y el hijo de la señora Moana. Era el momento de que las tres muchachas se marcharan.

-Mañana no venís, estaré fuera, voy con mi marido a Otívar a visitar a un familiar que está muy enfermo, podéis venir al día siguiente.

Las tres muchachas se despidieron del marido e hijos de la señora Moana y marcharon hacia sus casas, comentando la boda y el viaje de Imán. La noche se acercaba hacia al-Itrabí. Todo estaba en calma y la luna menguante se divisaba en el cielo lejano.

El verano se encontraba en su ecuador. Los habitantes de al-Itrabí estaban ocupados en recoger las almendras y cuidar de los paseros, sobre todo de noche, en que debían tapparlos con matas de “bolinas” para que la humedad no reblandeciera las uvas pasas. Todos trabajaban y vivían en paz, pero muchos de ellos se preguntaban si al año próximo podrían realizar las mismas tareas o, por el contrario, los nuevos señores serían los castellanos. La incertidumbre no dejaba dormir a más de uno. Y, aunque algunos de ellos cada noche se acercaban a la casa de Said, la respuesta era siempre la misma, que no sabía nada más de lo que ya les había dicho, que había que tener paciencia, que las últimas noticias que le habían llegado eran que hasta ahora en los pueblos y alquerías a las que habían llegado los castellanos no había habido alboroto.

Una mañana, uno de los habitantes de la alquería que vivían en la parte más elevada del pueblo, casi junto a la casa de los suegros de Said, divisó a un grupo de soldados a caballo que venían por el camino que conducía hasta Molvizar. Dejó lo que estaba haciendo y corrió hasta la casa de Adam, el suegro de Said, a comunicarle la llegada de los castellanos.

-Lo que tanto temíamos ya ha sucedido. Corre y avisa a mi yerno Said, que venga de inmediato. Yo avisaré al muecín para que llame a todos los habitantes de la alquería y nos reunamos delante de la mezquita.

-Así lo haré, Adam.

Unos diez minutos más tarde casi toda la población de al-Itrabí, cincuenta habitantes, estaba en la plaza, faltaban tres, dos eran muy ancianos para levantarse de la cama, otro no estaba en ese momento en la alquería. Todos estaban expectantes ante la llegada de los que consideraban sus enemigos. Llevarían allí esperando unos quince minutos cuando hicieron la entrada en la pequeña plaza a galope los castellanos- el grupo lo componían diez soldados al mando de un oficial y un hombre de paisano vestido totalmente de negro, con un cuello ancho blanco, y más delgado que un espárrago silvestre.

-¿Quién de vosotros es el alcalde de este villorrio? -preguntó el oficial.

-Aquí no tenemos alcaide. Todas las personas de esta alquería han estado bajo mi protección y antes lo estuvieron de mi padre y antes de mi padre mi abuelo -comentó Adam.

Said se encontraba mezclado entre los habitantes de la alquería, algunos de los niños se cogían llenos de miedo a las faldas de sus madres al contemplar las barbas de aquellas personas extrañas para ellos.

-Entonces hablaremos con voz. Mi nombre es Agustín Estupiñán Valverde, soy oficial primero de las tropas de los reyes Isabel y Fernando, des-

tacadas en Salobreña; en nombre de mis reyes, tomo bajo mi autoridad este villorrio. El escribano real, que será quien tomará nota de lo que a partir de ahora se determine. ¿Cómo ha dicho que se llama vuestra merced? -preguntó el oficial a Adam.

-Mi nombre es Adam Banus Aissa. Y tanto yo como todos los habitantes de esta alquería le damos la bienvenida. Es nuestro deseo que la paz reine entre todos nosotros. Como vuestra señoría puede ver somos gentes sencillas y de paz, vivimos de lo que produce el campo con nuestro trabajo, pocas son las riquezas de las que disponemos.

El oficial se le quedó mirando y, dirigiéndose principalmente a él, le dijo:

-A partir de este mismo momento, esta alquería está bajo mi autoridad. Necesitamos una casa que sirva de residencia para mis hombres. Y otra que servirá para establecer el cabildo y de residencia para el escribano y para mí. He visto una casa un poco más abajo, que reúne a primera vista las condiciones para aposentar a mis hombres.

-Esa casa que voz, señor oficial, dice pertenece a una familia que está ausente de aquí.

-Queda requisada con todo lo que contenga. Igualmente, esa casa de enfrente, donde se instalará el cabildo. Los dueños de ella disponen de dos horas para que saquen sus pertenencias más íntimas, no se podrán llevar los muebles ni otros utensilios que sirvan para preparar la comida y aseo personal. El escribano estará presente para que levante acta del hecho.

-Pero, señor oficial -preguntó una señora llorando-, ¿a dónde vamos a ir? Mi familia y todos mis antepasados han vivido en esta casa. Si nos la arrebatara, ¿a dónde podemos ir?

-Las cosas han cambiado. Desde ahora ni casa ni tierras son de su propiedad, sino que pasan a pertenecer a los Reyes Católicos, nuestros señores. A los que deberán respetar y prometer pleitesía. Desde este momento no podrán comerciar ni vender nada de su pertenencia sin haber sido aprobado antes por el cabildo. A partir de mañana, cada padre de familia, y en su defecto mujer si fuese viuda, pasará a declarar ante el escribano todas sus pertenencias: tierras, casas, animales, caballar o caprino, y grano que tengan almacenados. Aquellas personas que ocultaran o mintieran serán castigadas enérgicamente.

El oficial contempló a las gentes allí reunidas con una cierta soberbia y altanería, sabiéndose superior a los allí congregados. Reparó entonces en un hombre de aspecto distinguido que le miraba fijamente.

-¿Cómo os llamáis?

-Qué importa mi nombre. Soy uno más de esta alquería.

-Por su aspecto, pienso que sois hombre de un cierto poder -preguntó a Said.

-Soy el yerno de Adam, señor de la alquería.

-Está bien. Pero aún no me habéis dicho su nombre.

-Mi nombre es Said. Como verá vuestra señoría, es un nombre vulgar.

-Said. Said, ese nombre me suena de algo, aunque ahora no recuerdo de qué.

-Mi nombre es vulgar. Hay muchos hombres que se llaman como yo.

-Está bien. Ya hablaremos mañana más detenidamente. Vos, Adam, aguardaréis aquí hasta que de la casa hayan sacado las cosas personales de esa familia. Después nos instalaremos en ella. Debo hablar con vos de cómo serán las normas a seguir.

-Esperaré como mandáis, oficial.

-¿Hay algún hombre religioso en la localidad?

-Sí, tenemos un muecín, que es, además, el maestro de nuestra alquería.

-Avisadle que venga, debo hablar también con él.

-Don Agustín -dijo un soldado-, la casa ya está deshabitada.

-Bien. Entrad en la casa mis pertenencias y las del señor escribano y colgad en el balcón de la casa el estandarte de nuestros reyes. Y escribid encima de la puerta o en un lado con letras grandes que se lea bien la palabra “Cabildo”.

El soldado asintió con la cabeza y se dispuso a hacer lo que había ordenado el oficial.

-Señor oficial -comentó Adam-, ¿puede acompañarme mi yerno Said?

-Por supuesto que sí. Pues sospecho que los dos sois las personas más importantes de este villorrio.

Los soldados se habían instalado en la casa que habían visto llegar a la alquería. Era esta una casa de grandes proporciones, aunque un poco abandonada, el polvo se extendía por muebles y suelos, se percibía que ya hacía tiempo que no era habitada. El jardín estaba cubierto de maleza y en el pequeño estanque ubicado en una esquina del jardín crecían los juncos. Los soldados abrieron todas las ventanas y puertas para que entrara el sol y se ventilara y desapareciera la humedad reinante. Los soldados empezaron a limpiar la casa mientras comentaban entre ellos:

-Los dueños de la casa deberían ser gentes muy principales. Veis qué muebles más bonitos, y hay sillones de cuero bellamente decorados.

-Sí, -comentó otro de los soldados-, y las camas, jamás pensé que podría dormir un día en cama tan lujosa, habiéndolo hecho siempre en tierra o, como mucho, sobre colchones de paja.

Todo era desolación y llanto en esa primera noche de la llegada de los castellanos. Los más pequeños se agarraban a las faldas de sus madres sin saber por qué lloraban. Un gran silencio había caído como un manto negro sobre la alquería, roto -a veces. Por los gritos de los soldados mientras jugaban a las cartas, iluminándose con varios candiles de aceite, cuya luz se extendía por la sala como algo fantasmagórico, pero con la suficiente claridad para ver los naipes. Uno de los soldados de mayor graduación perdía en cada partida y, enfadado, tiró las cartas sobre la mesa y se levantó de un salto de la silla maldiciendo.

-No quiero jugar más, voy a dar una vuelta por la casa, quiero ver si hay algo de valor para poder vender y desasirme del dinero que he perdido.

El soldado empezó a mirar en todos los rincones de la casa, sin hallar nada que tuviese valor. No encontraba aquello que el soldado deseaba: oro, plata y joyas. Convencido de que no había nada más de valor, descubrió que una escalera descendía a la parte baja de la casa, cogió uno de los candiles para alumbrarse y bajó a la parte inferior de la vivienda. Al llegar, descubrió que aquello eran unas antiguas caballerizas, pues las paredes del local estaban llenas de utensilios y atalajes de los mulos y burros, y también se hallaban los pesebres que servían para poner la paja y el grano para los animales de carga. Al fondo del compartimiento estaba casi a oscuras, pues desde el sitio en que se encontraba el soldado no llegaba el resplandor de la luz del candil. Se acercó más y descubrió varios toneles para guardar vino. Tocó con el puño en la madera para comprobar si estaban vacíos y constató que aún en su interior había vino. A la derecha de los toneles, sobre unas estanterías de madera había depositadas una veintena de botellas de vino cubiertas de polvo y telarañas. El soldado cogió una de las botellas y, tras limpiarla con un trozo de tela, dio un golpe sobre una barra de hierro y le rompió el cuello. Se llevó la botella a la boca para probar su contenido. Lo paladeó y quedó convencido de que nunca jamás había bebido un vino tan bueno como ese. Volvió de nuevo a llevarse la botella a la boca y bebió un largo trago, comentando en voz alta:

-Por Santiago que nunca había probado cosa igual.

El soldado con voz atronadora se puso a llamar a sus compañeros:

-Curro, Salvador, Miguel, bajad y comprobaréis lo que he encontrado.

Los aludidos y el resto de compañeros bajaron precipitadamente para ver qué era aquello tan importante que había encontrado el compañero.

-¿Qué es lo que has encontrado? -preguntó Miguel.

-Vino suficiente para emborracharnos.

-Qué raro. ¿No dicen que los moros no pueden beber vino porque su religión se lo prohíbe?

-Eso dicen, pero la verdad es que si beben.

El soldado de primera, de nombre Eufrasio, se dirigió a sus compañeros diciéndoles:

-Cojamos un par de botellas y subamos. Habrá que dar cuenta al oficial.

-¿Por qué? -dijo Curro-, lo hemos encontrado nosotros, no tiene por qué enterarse el oficial.

-Así es, pero este vino pertenece a los dueños de esta casa y, mientras no se decida otra cosa, no debemos aprovecharnos de lo que no es nuestro. Lo mejor es dar parte al oficial. Y las botellas vacías hacerlas desaparecer.

Los compañeros asintieron con la cabeza encogiéndose de hombros.

El soldado Eufrasio comunicó al oficial el hallazgo del vino y este junto con el escribano se desplazaron hasta el lugar donde estaban los toneles y las botellas.

-Aquí están los toneles, mi oficial, y al fondo las botellas.

-Está bien, Eufrasio. Cuenta las botellas que hay para que el señor escribano levante acta de los toneles y las botellas. Queda requisado todo el material que hay en esta bodega; mientras tanto, destapa una botella para comprobar si lo que hay en su interior es vino o vinagre y que nadie toque la mercancía que aquí se guarda, bajo castigo severo.

Eufrasio abrió una botella y dio a beber al oficial y al escribano. Una vez comprobado que el vino era de alta calidad y una vez bebido su contenido por los tres hombres, se dirigió el oficial a Eufrasio.

-Cierra la puerta que da acceso a la bodega y que nadie baje, te hago responsable a ti de que así se cumpla.

Said se reunió con su suegro Adam, en casa de este, para valorar la situación. Debían ser muy prudentes a partir de ahora en la valoración que hacían para poder convivir con los castellanos. Pero antes debían conocer qué es lo que diría el oficial de los reyes, aunque, por lo poco que habían visto, la convivencia no sería muy buena.

-Said, ¿qué te parece a ti la llegada de los soldados y la expropiación que han hecho de las dos casas?

-Demuestran con ese hecho que ellos son los amos. Que pueden hacer y deshacer a su albedrío, debemos estar preparados para lo peor.

-Gracias a Alá que nuestra hija Imán ya partió para Bagdad, ella al menos no verá esta afrenta que a todos nos acongoja.

-Lo primero que debemos hacer -comentó Said- es esconder, donde nadie pueda encontrarlas, las joyas que tengamos, dejando algunas de ellas, las de menos valor, por si registran la casa, para que encuentren algo, eso calmará su avaricia. Mientras tanto, sigamos nuestra rutina, hagamos lo mismo que hacíamos ayer. El oficial ha convocado a todas las personas de la alquería a que estén a media mañana frente al cabildo, para dar las órdenes y recomendaciones que hay que seguir. De lo que nos digan y exijan, obraremos después en consecuencia. Mientras tanto, debemos esperar. Ahora debo irme, mi esposa, tu hija, me estará esperando. Que la paz quede contigo.

Al día siguiente, a la hora dictada por el oficial todos los habitantes de al-Itrabí -niños, mayores y ancianos- estaban reunidos delante del cabildo, esperando a que el escribano les dijera cómo tenía que transcurrir sus vidas a partir de ese momento. Uno de los hombres allí reunidos comentó con otro:

-Cualquier cosa que nos puedan decir será siempre malo para nosotros y bueno para ellos. Qué Alá, el misericordioso, se apiade de nosotros.

-Y de nuestras mujeres. Me han dicho que ayer un soldado molestó a una muchacha.

-Es lo que yo más temo. Estos castellanos solamente saben ultrajar a las mujeres andalusíes por donde pasan.

-Silencio, ya sale al balcón el escribano. Escuchemos lo que dice.

El escribano real salió al balcón de la casa que habían arrebatado a una de las familias de al-Itrabí. Estirado y con viso de haber pasado más hambre en su vida que haber hecho uso de la cuchara de madera y haber saboreado en pocas ocasiones un buen yantar que hubiese satisfecho su barriga. Se mesó la perilla de su barba y después de carraspear varias veces empezó a leer las normas que a partir de ese momento regirían en la localidad.

-En nombre de sus majestades católicas doña Isabel y don Fernando, reyes de Castilla y Aragón y ahora de Granada, se nombra por cédula real a don Agustín Estupiñán y Valverde alcaide de esta población. Cualquier otra autoridad anterior a este nombramiento queda anulada. Todos sus habitantes podrán seguir realizando sus trabajos como anteriormente tuvieran a bien. Acataréis las nuevas ordenanzas y cumpliréis con todo lo que se ordene. Así mismo, cada habitante de esta aldea podrá rendir culto a su religión, aunque prevalecerá la religión católica sobre cualquier otra. Igualmente, el nuevo alcaide, cuyo nombre ya ha sido dicho, y el escribano llevarán a buen término y levantarán acta de todos los bienes de que dispone esta aldea, para que, con rigor y justicia, se puedan cobrar los tributos que así corresponda a cada uno de sus habitantes, en cuanto a su poder adquisitivo...

El escribano real bebió un buen sorbo de agua y prosiguió leyendo muy solemnemente y protocolario a los allí reunidos, que no por escucharlo atentamente y en silencio entendían sus palabras y solamente se miraban entre ellos:

-Una de las nuevas medidas es que, a partir de dos días, pasado hoy, todos los habitantes de este villorrio deberán pasar por el cabildo para que den sus nombres y de cuantos miembros existen en sus familias, así como aclarar todos sus bienes, tanto de tierras como animales y casas, y también si disponen de otras propiedades en alguna otra aldea cercana o lejana. Quien mintiera o ocultara lo que aquí se ha expuesto será castigado como mandan las leyes de nuestros soberanos y ahora los vuestros. Normas a seguir para la buena marcha de convivencia de esta aldea: a partir de ahora, repito, queda prohibida la práctica de vuestra religión públicamente. Podréis cumplir con vuestra religión en privado. Queda igualmente prohibida cualquier manifestación pública que enaltezca vuestra religión y costumbres, así como la enseñanza en vuestra escuela a cargo del muecín, pudiendo seguir practicando vuestra religión y enseñanzas privadamente. Quedan relegadas todas las leyes que imperaran en la localidad hasta la fecha de hoy. Cada día se colgará en el tablón de anuncios de este cabildo las ordenes pertinentes de fiel cumplimiento. Cualquier persona que quiera hablar con mi señor, el oficial-alcalde de esta población, don Agustín Estupiñán Valverde, deberá solicitármela a mí. Ya no dependéis de vuestros antiguos señores, ahora sois hijos de nuestros amados reyes Isabel y Fernando, que os protegen y amparan. Podéis retiraros y proseguir vuestros trabajos en paz. No podrá marcharse el llamado Adam Banus Aissa, le espero en mi despacho pues debo hablar con vuestra merced.

Adam miró a su yerno haciéndole un gesto con la cabeza para que se marchara, mientras entraba en el cabildo. Una vez dentro, el escribano

lo acompañó hasta el despacho improvisado del alcaide. Este lo recibió con buen talante y amablemente le dijo:

-Siéntese vuestra merced. Debemos hablar.

-No sé de qué debe hablar vuestra señoría conmigo.

-Vuestra merced ha sido una persona muy importante en esta aldea, según me han comentado, todos sus habitantes han hecho y obedecido lo que vuestra merced ha ordenado.

-Solamente he sido uno más de ellos, que nunca ordené ni obligué a nada que yo no hubiese hecho antes. Es verdad que siempre me han obedecido y me han tenido un poco como su protector, debido a que mi familia desde hace siglos ha sido la más rica de toda la comarca. Pero tanto, mis antepasados como mi familia siempre hemos ayudado y protegido a los habitantes de esta alquería.

-Me alegro mucho. Es por eso por lo que le pido su valiosa ayuda. En esta aldea, vuestra merced es persona de gran influencia y cuento con vuestra merced para que todo marche bien y sin alteración de ninguna clase.

-Cuenta con mi ayuda, señor alcaide, para que todo siga igual.

-Gracias. Pero, como comprenderá vuestra merced, yo no estoy aquí para que todo siga igual, sino para que haya cambios. Así lo ordenan nuestros reyes. Por lo tanto, hay que hacer cumplir las nuevas ordenanzas establecidas, espero que, con la ayuda de vuestra merced, los asuntos de esta aldea transcurran sin ningún incidente. Ahora puede marcharse, ya seguiremos hablando, y aconseje a sus vecinos para que a partir de mañana pasen por el cabildo a fin de empadronarse ante el escribano don Antonio Correa González. Aquellos que no se presenten o no digan la verdad serán castigados severamente. Los soldados que me han acompañado, y hasta que no se nombre un aguacil, se encargarán de velar para que haya paz y evitar cualquier protesta de algún vecino.

Adam se marchó cabizbajo y con el semblante serio, pensando que la forma pacífica de vivir hasta ese momento había dejado de existir. Ahora estaban obligados a obedecer y acatar el nuevo orden establecido con la llegada de los castellanos a su pacífica alquería de al-Itrabí. Realmente no sabía qué pasaría, pero, fuese lo que fuese, no sería bueno para ellos. Cuando llegó a su casa le esperaban su esposa, sus dos hijos y Said, acompañado de su esposa. Al verlo llegar cabizbajo, fue su hijo Muley el primero en preguntar:

-Padre, ¿qué te ha dicho el alcaide?

-Nada bueno para nosotros.

-Habla -dijo Said.

-Me ha dicho que, a partir de ahora, todo lo concerniente al estatus que antes regía entre nosotros queda anulado, que ahora no podemos hacer nada sin el consentimiento del escribano, que, a su vez, informará al alcaide, y que comunique a todos nuestros vecinos que vayan a empadronarse y declarar cuantos bienes tengan y posean, quienes así no lo hagan serán severamente castigados para escarmiento de los demás.

-Si únicamente es eso -comentó Muhammad, el hijo mayor de Adam, será solamente un mal menor.

-¿Tú crees eso? -preguntó Said-. Eso es solamente el principio. Una vez que tengan en su haber el nombre de todos los habitantes de la alquería y de lo que dispone cada uno de nosotros: tierras, casas, animales y cualquier otra cosa de interés, estaremos a merced de los castellanos, que empezarán a imponernos tributos cada vez más difíciles de pagar, y así ellos no embargarán y se irán quedando con todos nuestros bienes. Y eso a no tardar mucho. Ya está pasando en las primeras aldeas, cortijadas y pueblos donde se han asentados. Pocos son ya las alquerías a las que no han llegado.

-¿Tan grave puede llegar a ser? -preguntó Elvira, esposa de Adam.

-Sí -comentó Said-. Aún peor. Nuestra forma de vida cambia a partir de ahora, de nuestra propia supervivencia depende que seamos más inteligentes que ellos: lo primero que debemos hacer -como ya indiqué- es guardar cualquier cosa de valor que tengamos donde los castellanos no puedan nunca encontrarla, pero dejando algunas joyas para que, si las requisan, se conformen con ellas y no indaguen más.

-Lo que teníamos de más valor ha sido escondido en un sitio en el que los castellanos no lo descubrirán jamás. En cuanto al resto de las personas de esta alquería, poco tienen que esconder, salvo la familia de la señora Moana.

-Qué tragedia -comentó Marian-, ¿qué será de nuestros hijos?

-Por ahora, solamente podemos esperar los acontecimientos, a lo mejor no es la cosa tan mala como pensamos. Lo que sí debemos hacer es ayudar a la familia a la que le han quitado la casa y darle la casa que hay detrás de la mezquita para que vivan en ella, antes de declarar los bienes que tenemos en el cabildo.

-Tienes razón, Said, mañana iremos todos nosotros a empadronarnos, debemos dar ejemplo; si nuestros vecinos nos ven hacerlo y cumplir con lo ordenado por el alcaide, ellos harán lo mismo. Después iremos decidiendo, según vayamos viendo.

El soldado de primera Eufrasio, junto con dos más, decidieron salir a dar una vuelta por los alrededores de la alquería. Querían conocer a su manera algunas de las huertas y coger algunas frutas si las había. Se adentraron por un camino a la derecha de la población que conducía a unas frondosas huertas que se divisaban desde la alquería.

-Eufrasio, ¿sabes exactamente a dónde vamos? -preguntó Ambrosio.

-Lo sé igual que tú, pero creo que no nos vamos a extraviar, siempre que desde donde estemos divisemos la aldea.

Los tres soldados siguieron por el camino ascendente hasta llegar a una acequia de agua fresca que marchaba descendente hasta precipitarse en una alberca no muy lejana. Allí se sentaron los tres soldados contemplando admirados el paisaje que se divisaba desde donde ellos estaban hasta casi divisar el mar. Por el medio de las huertas cruzaba un barranco, donde crecían altas moreras e higueras. Había multitud de bancales perfectamente labrados por manos artesanas en el silencio que los envolvía, roto a veces por el rebuznar de algún burro y el trino de los muchos pájaros que revoloteaban entre la frondosidad de los distintos árboles llenos de frutas, la mayoría aún verde.

Ninguno de los tres soldados decía nada. Simplemente estaban viendo una parte del paraíso. Ellos habían crecido entre secanos y eriales aptos solamente para el ganado, por lo que estaban admirados de contemplar aquella exuberancia de verdes mientras oían el sonido del agua deslizarse por el barranco -aquella primavera había sido muy lluviosa, había permitido que, aun avanzado mayo, el barranco llevase un importante caudal de agua, que se perdía entre abundante naturaleza, buscando el mar-.

-¿Qué os parece este paisaje? -comentó Salvador.

-Nunca había visto un paisaje como este, y lo bien labrado que está todo. No me importaría quedarme aquí a vivir para siempre -dijo Curro-. Pero somos soldados y tenemos que estar dónde se nos manda.

-No sé, no sé -dijo Ambrosio-, en algunos pueblos y aldeas en los que han llegado los nuestros, dicen que han repartido las tierras y las casas de los moros a los castellanos y que, incluso, han traído a familias de Galicia, Asturias y Aragón para que se hagan cargo de las tierras arrebatadas a los moros. Posiblemente aquí pase igual y, de ser así, podríamos nosotros dejar de ser soldados y solicitar quedarnos aquí. Este es un buen sitio para vivir. Aparte del tiempo que hemos sido soldados, antes éramos porqueros y mozos de cuadra.

-Debemos volver al pueblo, no vaya a ser que el oficial nos necesite y descubra que no estamos y nos castigue.

-De acuerdo, volvamos -dijo Curro.

-Esperad un poco -dijo Miguel-, mirad qué mora viene por allí.

-Guapa y viene sola -dijo Ambrosio.

-Sí que es guapa la mora, pero cuidado con decirle nada, está prohibido por el oficial.

-No te preocupes. Solamente le echaremos unos piropos y nada más.

-Dejemos a la muchacha -dijo Salvador-, lo tenemos prohibido.

-No seas cobarde, Salvador.

-No se trata de ser cobarde, sino precavido. Yo me vuelvo para el pueblo, no quiero problemas con el oficial.

-Tú lo que eres es un cobarde -le dijo Ambrosio.

-Retira inmediatamente esas palabras.

-No las retiro y te vuelvo a decir nuevamente: ¡Eres un cobarde!

-A mí nadie me dice cobarde sin recibir su merecido.

-Adelante. Pelea conmigo si eres hombre.

Salvador se abalanzó sobre Ambrosio y, en el choque de ambos jóvenes, salieron rodando por una pequeña pendiente, con tan mala suerte que Salvador se golpeó con una piedra y se desnucó. La muchacha, que presenció toda la reyerta, pegó un grito y salió corriendo hacia la alquería, mientras Eufrasio y Curro se quedaron en silencio, aturcidos por lo que había sucedido. Fue Eufrasio quien comentó.

-¿Y ahora qué hacemos?

-Lo primero es dar aviso al oficial y contarle lo que ha pasado y que él decida.

-Alguien debe quedarse aquí.

-Sí, iré yo. Tú quédate aquí y que nadie se acerque al cadáver.

Eufrasio llegó corriendo hasta el cabildo y dio cuenta al oficial de lo que había sucedido.

-Que vengan cuatro soldados y que improvisen unas paraguñeras para trasladar el cadáver hasta aquí. Tú, Eufrasio, detén a Curro y que sea encerrado en una de las habitaciones de la casa donde estáis alojados y pon un centinela en la puerta y la llave la guardas tú. Ya te iré dando instrucciones.

-La verdad, mi oficial, ha sido mala suerte.

-Esto no estaba previsto. Habrá que dar cuenta inmediatamente al señor juez de Almuñécar y que él decida dónde se ha de enterrar al desgraciado

muchacho, y habrá que mandar una notificación de lo acaecido. Eso lo hará el escribano, don Anastasio Correa González. Mientras vamos a recoger al difunto, tú, Fructuoso, irás a Almuñécar y entregarás al señor juez la carta que está redactando el señor escribano y también darás cuenta al brigadier.

La comitiva se puso en marcha hacia donde había sucedido la tragedia, en silencio y anonadados por lo que había sucedido; mientras tanto, la noticia de lo ocurrido ya la sabía toda la alquería, la muchacha llegó llorando y se dirigió a la casa de Adam, a quien contó todo lo que había visto.

-¿Te han hecho algo a ti?

-No. Lo presencié todo un poco más arriba, pero creo que ha sido por culpa mía.

-Bien. Iré a ver al señor alcaide por si necesita nuestra ayuda.

-Será mejor que no lo hagas -le dijo su esposa Elvira.

-No. Es mejor ir, así le demostraremos nuestro deseo y predisposición de aceptar las nuevas normas.

Adam se presentó ante el oficial, por si podía prestar alguna ayuda.

-Se lo agradezco. Vuestra merced conoce mejor que nosotros este terreno. Nos servirá de gran ayuda que nos indique el mejor camino para transportar el cadáver del muchacho.

-Así se hará. Mandaré a mi hijo Mohammed, él conoce el terreno como la palma de su mano.

-Gracias nuevamente a vuestra merced. Me alegro de que quiera colaborar con nosotros. Así será también por parte nuestra.

La comitiva se puso en marcha por un camino que le indicaba Mohammed. Unos quince minutos más tarde llegaron a donde se encontraba el cadáver del pobre soldado. El oficial hizo una inspección ocular del sitio y mandó al escribano que tomase nota de lo que él le fuese diciendo.

-A primera vista está claro que Salvador se dio con esta piedra y se desnucó. Es la primera consecuencia de querer molestar a la muchacha.

-Todo era una broma, mi oficial -dijo Eufrasio.

-Una broma que nos ha costado una muerte. A partir de ahora, aquel de los soldados que molesten a alguna mujer mora será castigado severamente. Mañana el señor escribano colgará un bando en el tablón de anuncios del cabildo.

-¿Qué haremos con el cadáver? -dijo uno de los presentes.

-Qué vamos a hacer. Enterrarlo cristianamente.

-Pero no tenemos ningún sacerdote ni hay cementerio -dijo el escribano.

-Es verdad. Que vaya Miguel a Almuñécar y traiga al cura, él mismo podrá consagrar un trozo de tierra para que sirva de cementerio. Más adelante levantaremos las paredes.

-¿Y por qué no lo enterramos donde entierran los moros a sus muertos? -dijo Eufrasio.

-Mira que eres burro. Cómo vas a enterrar a un cristiano en el cementerio de los moros. Como no tenemos juez, tú mismo, señor escribanos, harás las funciones de tal. Lo primero que debes hacer es levantar acta y autorizar el levantamiento del cadáver. Lo llevaremos al pueblo y quedará depositado en la entrada del cabildo hasta que mañana que llegue el cura y demos cristiana sepultura a Salvador.

El escribano, en su función de Juez de paz, mandó levantar el cadáver del soldado y llevarlo hasta el cabildo, donde fue puesto sobre una mesa para ser velado hasta que llegase el cura y alguna autoridad desde Almuñécar. Encendieron varias velas por el alma del muchacho y el oficial mandó que durante toda la noche hubiese turnos de soldados velando al difunto.

-Creo, señor escribano, que debemos preguntar si hay en la aldea algún carpintero para que construya una caja para el desdichado. Hablaremos con el moro Adam.

Los soldados estaban muy afectados, pero era el causante de la pelea quien más compungido estaba. No fue culpa suya, fue nada más que un desgraciado accidente que igualmente le hubiese podido pasar a otro, pero no dejaba de pensar en ello.

-Sí, señor alcaide -contestó Adam-, hay una persona que efectivamente sabe de carpintería. Él les podrá hacer la caja para enterrar al soldado. Quiero, en nombre propio y de todos los habitantes de la alquería, manifestarle que lamentamos la muerte de ese soldado, pero los designios de Alá son inescrutables. Tendrá vuestra señoría toda nuestra ayuda.

Ambos hombres quedaron en silencio, interrumpido solamente por las personas de la alquería que se iban acercando a la puerta del cabildo.

-¿El cadáver del muchacho -dijo Adam- se lo llevarán a Almuñécar para ser enterrado allí?

-No, será enterrado aquí. Pero no se preocupe usted. No será enterrado en su cementerio. Construiremos nosotros uno cerca de aquí. Posiblemente en aquella pequeña loma que hay más arriba del pueblo. Para

ello, y provisionalmente, cercaremos un trozo de tierra y mañana el sacerdote lo bendecirá para que sea tierra sagrada.

-Comprenderá vuestra señoría que mis gentes no asistan a esa ceremonia religiosa, aunque respetamos sus ritos pues, aun en sus diferencias, ambas religiones adoramos a un mismo Dios -dijo Adam.

-Lo comprendo y lo acepto por ahora, pero solamente por ahora, poco a poco irán cambiando las cosas en esta aldea y no les quedará más remedio que aceptar el cristianismo o marcharse.

-Lo que haya de ser será. Pero esas palabras de vuestra señoría nada tienen que ver con las formuladas por los reyes Isabel y Fernando.

-Se cumplirá lo mandado por la santa Iglesia.

-Pero no por los reyes.

-Que son los vuestros.

-El decir sí o no, señor alcaide, no cambia las cosas de pronto.

-Ni yo lo quiero.

-Entonces...

-Yo, señor Adam, no soy su enemigo, por el contrario, quiero ser su amigo.

-No quiero dudarle. Pero sé que su buena fe no es garantía de que el resto de los cristianos que han de llegar piensen igual.

-Es difícil de aceptar por vuestra merced, pero debe comprender que todo ha cambiado y que, a partir de ahora, impera un nuevo régimen, que sin distinción alguna regirá igual para los castellanos que para los andalusíes.

-Tiene razón vuestra señoría. Todo va a cambiar, pero, desgraciadamente, para nosotros.

-Por lo que a mí respecta, seré comedido en administrar justicia y mantener el orden.

-permítame vuestra señoría, don Agustín, que el comienzo no ha podido ser más nefasto con la muerte del soldado.

-Es verdad, pero solamente ha sido un desgraciado accidente que no volverá a pasar.

-Pero no debe olvidar, señor alcaide, que la pelea entre ambos hombres fue motivada por la presencia de la muchacha.

-Daré orden de que ninguno de los soldados moleste a las mujeres de esta aldea. Quien no cumpliera dicha orden será severamente castigado.

-Alá, el todopoderoso -dijo Adam-, nos ayude, pues presiento que nos esperan grandes sacrificios para mis gentes.

-Podéis marcharos, Adam- Dios os acompañe.

-Él quede con vuestra señoría.

Cerca del mediodía llegaron a Ítrabo algunas autoridades de Almuñécar, acompañadas del religioso de la ciudadela. Lo primero que hizo el alcaide fue informar personalmente a juez instructor de lo acaecido y, una vez levantada acta, se dirigieron a donde estaba el cadáver del muchacho y allí, en silencio, rezaron una oración por su alma, condujo el rezo el religioso llegado de Almuñécar. Después se dirigieron a una pequeña loma que había a unos cinco minutos de distancia de la alquería, donde eligieron un terreno que estaba bastante llano y, después de cercarlo con cuatro palos y unas cuerdas y tras quitar los yerbajos que había, el fraile consagró la tierra para que en ella pudiera recibir cristiana sepultura el soldado fallecido. El primer castellano que había encontrado la muerte en la alquería. Después de abrir un profundo hoyo en el suelo, introdujeron el cajón de madera y, tras los rezos de rigor, fueron echando paladas de tierra sobre el ataúd, que, a cada palada de tierra y piedras al chocar sobre la madera, producía un sonido quejumbroso.

La tarde iba pasando muy lentamente, nadie de los primitivos habitantes de la alquería se asomaron a las puertas de sus casas para ver pasar la triste y silenciosa comitiva. No iba con ellos, pues no lo habían provocado. En dicha comitiva no iban más de diez personas y un perro famélico que seguía el cortejo por impulso. Pero, aun así, todos los habitantes de la aldea estuvieron pendientes, sin ser vistos, de lo que sucedía a través de las celosías de sus casas. Nada decían entre ellos, pero bastaban con ver sus miradas para entender lo que sentían sus corazones. Algunas viejas lloraban porque presentían lo que se les avecinaba. Fue Adam quien más vigilante estuvo de lo que sucedía y, una vez que percibió el regreso de la comitiva después del entierro, salió al encuentro de los castellanos y, dirigiéndose al alcaide, le dijo:

-Señor alcaide, en mi nombre y en el de todos los habitantes de mi alquería, quiero transmitirle el pesar de todos nosotros por la muerte del soldado.

-Gracias, señor Adam. Permita que les presente a las autoridades venidas desde Almuñécar y al señor religioso.

Todos saludaron a Adam con respeto, pero guardando las distancias, especialmente el fraile capuchino.

-El señor Adam ha sido, hasta nuestra llegada, el jefe de esta aldea. Es una persona de gran influencia entre sus gentes, que nos ayudará a que cambien las cosas y haya paz.

-Me alegro de escuchar eso -comentó una de las autoridades venidas desde Almuñécar-. Le tendremos en cuenta para que vuestra señoría ostente un cargo de importancia en la aldea.

Adam no dijo nada, pues, aunque en su ánimo no estaba entorpecer la labor del alcaide de al-Itrabí, tampoco quería facilitar la labor de los castellanos y menos si iba en detrimento de los suyos.

Las autoridades venidas para el entierro desde Almuñécar se reunieron con el alcaide y escribano en su despacho. Tenían que hablar de lo que necesitaban más urgentemente y poner en marcha el nuevo orden.

Fue el fraile capuchino quien primero empezó a hablar.

-Una de las cosas que vuestras señorías deben habilitar es un sitio que sirva para celebrar los santos oficios. Mi ayudante, fray Gustavo de Antequera, vendrá todos los domingos y fiestas de guardar para celebrar Santa Misa y para confesar a los soldados y a vuestras señorías que no está bien estar mucho tiempo sin limpiar el alma, que muy fácilmente cae en las garras del maligno. Vuestra señoría, señor alcaide, deberá habilitar un lugar adecuado para que sirva de lugar de culto.

-Tenéis razón, hermano. Así lo haremos, pero para ello deberemos requisar alguna de las casas de la aldea.

-Pues así lo hará vuestra señoría, señor alcaide, pues nada hay más importante que un lugar digno donde poder celebrar los santos sacramentos. Cosa que agradecerá a Dios y especialmente a nuestra soberana Isabel.

-Así lo haremos, fray José. Pero debemos dar tiempo al tiempo. Acabamos de llegar.

-La casa de nuestro señor Jesucristo tiene prioridad sobre las demás cosas que vuestra señoría haya de hacer. El domingo próximo subiré con fray Gustavo para officiar la primera misa en esta tierra de infieles y para dar la santa comunión.

-Aquí estaremos esperando a vuestra paternidad.

Todo seguía bien en apariencia. Los castellanos iban poco a poco imponiendo unas normas que los habitantes naturales de la alquería iban aceptando de mala gana, pero era mejor eso que enfrentarse abiertamente con los castellanos. La vida había cambiado sustancialmente, las puertas de las casas, que siempre estuvieron abiertas, eran ahora cerradas a cal y canto cuando sus propietarios se ausentaban. Aunque nada habían dicho a las autoridades castellanas, se habían producido varios hurtos que no quisieron denunciar por temor a que no les creyeran.

Las tres muchachas seguían acudiendo por las tardes a la casa de la señora Moana, donde seguían aprendiendo a bordar. Se encontraban sentadas en el patio central de la casa, las plantas y macetas habían sido regadas hacia pocos minutos y su frescor inundaba el recinto, siendo muy agradable estar allí. Hasta ellas llegaba el embriagante olor del gran celindo que había en uno de los rincones del patio. La señora Moana había ido a preparar para las tres muchachas una jarra de limonada fresca, mientras ellas se pusieron a hablar de la llegada de los castellanos y cómo se comportaban los soldados. Una de ellas dijo:

-Hay uno de los soldados que es muy guapo. Tiene los ojos verdes y es muy apuesto.

-Sí, solamente uno, porque los otros son muy feos y zafios y al pasar por su lado apestan, creo que nunca -comentó otra de las muchachas- se deben bañar.

-Ayer- comentó la tercera muchacha- el de los ojos verdes, al pasar por mi lado- aunque yo iba corriendo-, me empezó a decir cosas, pero que no entendí. Tiene una voz muy agradable y parece muy gentil.

-No te entiendo, Soraya, ¿no será que te gusta?

-Pienso que no todos los castellanos han de ser el demonio.

-Quizás no -dijo otra de las muchachas-, pero sí pueden ser el diablo.

-Dinos, Soraya, ¿tú te casarías con un castellano?

-No sé qué decir. No lo he pensado.

-Pero tú has dicho que te gusta el cristiano de los ojos verdes.

-El que me guste no quiere decir nada. Existen muchas cosas en la vida que gustan y no por ello deseo tenerlas.

La señora Moana llegó con la jarra de limonada sobre una bandeja dorada y finamente repujada, con cuatro vasos.

-Bebamos, la tarde es calurosa y nos vendrá bien. ¿De qué estabais hablando o, mejor dicho, criticando?

-Hablábamos de los soldados castellanos.

-Tened cuidado, niñas, y alejaos de ellos. No debéis mantener nunca conversaciones con ellos.

-¿Tan malo son? -interrogó otra de las muchachas.

-Por donde pasan los soldados solamente dejan dolor y llanto y lo malo es que nos tendremos que acostumbrar a convivir con ellos. Por lo tanto, lo mejor es no inmiscuirnos en sus cosas. Además, son muy violentos. Ya habéis visto lo que pasó los otros días y las consecuencias de la pelea entre los dos soldados y la muerte de uno de ellos.

-Pobre Amina, que lo presencié todo -dijo Edit-. No lo podrá olvidar nunca.

-Pero Amina no es culpable de nada. De que los dos soldados se pelearan solamente son culpables ellos.

Las cuatro mujeres guardaron silencio y terminaron de beber la limonada.

Said se encontraba en casa de sus suegros Adam y Elvira, también estaban presentes los dos hijos de Adam: Mohammed y Muley. El verano ya se iba haciendo menos caluroso y los días se iban acortando. Ya habían sido recogidas las pasas de sus paseros y guardadas dentro de las casas en sitios frescos y aireados, ya que con ellas se preparaban diversas comidas y postres, e igualmente había ocurrido con las almendras, esenciales para la preparación de múltiples platos y dulces. El vino ya estaba fermentando dentro sus vasijas. Ahora empezaba la época de la recogida de las castañas, cuyos árboles se encontraban en lo alto de la sierra, dando vista a Sierra Nevada. También se recogían bellotas, que servían para alimentar a los animales de carga, así como el ganado lanar y caprino. Las chimeneas empezaban nuevamente a ser encendidas y otra vez se veían desde lejos los penachos de humo salir de las casas de la alquería.

-Tú dirás, Said -habló Adam-, para qué nos has reunido a todos.

-En primer lugar, para deciros que el escribano real, después de haberle agasajado y ofrecerle varios vasos de vino, me ha dicho que muy pronto

llegarán distintas familias venidas desde Galicia a establecerse aquí, y eso supone que poco a poco nos irán desplazando a nosotros, hasta obligarnos a marcharnos de aquí.

-Pero estas son nuestras tierras y casas -dijo Muley.

-Así es, pero ellos son los amos ahora. Demos gracias a Alá, el misericordioso, de que hasta ahora no hayan pasado grandes cosas, salvo el accidente del soldado.

-Iré a hablar con el alcaide para que me informe de esa noticia -dijo Adam.

-No, iré yo -dijo Said.

-Como quieras, Said, y ten cuidado.

Said se entrevistó con el alcaide para recabar información. El alcaide lo recibió con alegre semblante, se veía que quería ser amable con todos y hasta paternalista y que no hubiese ningún problema. Ese era su cometido principal hasta no recibir nuevas órdenes de sus superiores. Una vez muerto el soldado, habían reforzado con tres hombres más el puesto de Ítrabo. En total, en ese momento había una guarnición con siete soldados, el escribano y el alcaide.

-Buenos días tenga vuestra merced, ¿de qué queréis hablar conmigo?

-Soy Said, yerno de Adam Banus -al Haissa.

-Sí, ya sé quién es usted y también sé que fue usted un relevante personaje del último reyezuelo de Granada.

-¿Cree su señoría que un pobre campesino ha podido ser un personaje de una cierta influencia en la corte de mi señor Boabdil?

-Lo averiguaré, no le quepa ninguna duda. Su nombre es muy conocido por los suyos, sé que fue usted un personaje muy influyente y con un gran poder en la Alhambra, sé también que las noticias que tenemos es que siempre fue un hombre piadoso con todos por igual, enemigos como no enemigos. Me alegro de que haya venido. Prefiero tratar con vuestra merced que, con su suegro, este es ya anciano. Con usted me entenderé mejor.

-Vuelvo a decirle que nunca tuve cargo alguno dentro de la corte de mi señor Boabdil.

--Ahora sus señores son sus serenísima altezas Isabel y Fernando. No lo olvide.

-No lo olvidamos, ya que su presencia aquí así no lo demuestra. Tanto yo como mi familia y las gentes de aquí somos personas de paz. Solamente queremos cultivar la tierra y cuidar de nuestras familias.

-Me alegro de oír esas palabras de vuestra merced. Eso es solamente lo que exijo y todo irá bien.

-Venía a que me dijera vuestra señoría sin son ciertos los rumores que corren de que van a llegar familias de Galicia para establecerse aquí.

-No ha oído mal, así es, llegarán pronto, posiblemente una vez haya pasado el invierno.

El verano llegó a su fin y el otoño, con sus diferentes colores cromáticos, también, dando paso al invierno frío. El invierno del año 1994-5 fue extremadamente frío. Las pequeñas fuentes desimanas por el campo se congelaron y hasta la fuente donde abrevaban los animales de carga amaneció una mañana totalmente solidificada, y tanto a las bestias de carga como rumiantes tuvieron que calentarles agua para que pudieran beber. Las chimeneas encendidas tanto de día como de noche. Aquel invierno no fue muy lluvioso, aunque la nieve caída había sido copiosa y eso supliría la escasez de lluvia. Por el contrario, ese otoño se habían recolectado castañas en abundancia, que sirvieron para que en la alquería no se padeciera hambre; en todas las casas, al entrar en ellas, lo primero que se percibía era el olor característico a castañas asadas en sartenes de cobre agujereada y a membrillo, que muchas mujeres ponían entre las ropas en los profundos arcones para que las perfumara. Los niños de la alquería habían sido obligados a asistir a las clases que cada domingo impartía fray Juan de Antequera. Igualmente eran obligados a asistir a los actos religiosos, todos los habitantes de la aldea así lo hacían, aunque después, al volver a sus casas, ellos seguían practicando su religión.

Fray Juan de Antequera, en el sermón dominical, pronunció unas palabras que hicieron que a todos los presentes se les encogiera el corazón:

-Queridos feligreses, poco a poco vais integrándoos en la verdadera fe de Cristo, y eso me llena de gozo, que hayáis comprendido que la verdadera fe es la de Jesucristo, que os abraza a todos vosotros para integraros en la casa del Padre. Ante vuestra buena predisposición en abrazar el cristianismo, el domingo llegaré a primera hora del día a esta aldea, y celebraremos con gran boato vuestra renuncia al islam. Vendrán

varios sacerdotes, que os confesarán, después recibiréis por vez primera el cuerpo de Cristo.

Los allí reunidos no daban crédito a lo escuchado. Se miraron entre ellos llenos de terror ante la expectativa de abjurar de su religión. Adam estuvo a punto de caer al suelo al escuchar las palabras del fraile. Fue su yerno, el exgeneral Said, quien lo sujetó para que no cayese al suelo. Al terminar la misa, todos salieron y, sin decir palabras y tras mirar a Adam y Said, se fueron marchando a sus casas. Ese día nadie salió de sus casas, todos estaban anodados, era demasiado trágico para ellos tener que renunciar a sus creencias religiosas transmitidas por sus antepasados.

Al llegar Omar a su casa acompañado de su esposa Moana, fue esta quien le preguntó a su marido:

-Omar, esposo mío, ¿qué es lo que vamos a hacer ahora? El alcaide nos dijo que no se nos obligaría a aceptar la fe cristiana, y ahora el fraile del diablo nos obliga a ello.

Tienes razón, Moana, pero me pregunto si el alcaide tiene algo que ver en esto.

-Deberías ir a hablar con Adam y Said para ver si piensan hacer algo sobre este asunto.

-Sí, iré a hablar con ellos y será ahora mismo.

Omar se dirigió a la casa de Adam, que fue recibido por la familia de Adam y Said con cara triste y preocupada, pues si hasta ahora habían sucedidos algunos pequeños enfrentamientos entre los soldados y los primitivos habitantes de la población, fueron solventados por el alcaide rápidamente y sin consecuencias.

-La paz del Profeta sea contigo, Omar. Me imagino a lo que vienes.

-La paz del Profeta esté contigo y tu familia.

-Pasa, Omar, entremos en la sala de la chimenea, allí estaremos mejor y mitigaremos un poco el intenso frío que hace, aunque este frío es natural y el fuego de la chimenea nos calentará, pero el que es difícil de quitar es el que tenemos en el corazón tras oír las palabras del religioso. Alá, el misericordioso, nos proteja de esos infieles.

-A eso he venido, noble Adam, a preguntarte cómo vamos a salir de esta.

-Iré a hablar con el alcaide, este, al menos, ha sabido escucharnos y hasta ahora no nos ha obligado a renunciar a nada de lo nuestro, al menos, no en demasía.

-Es verdad -dijo Omar- que no se va portando mal con nosotros, pero la Iglesia es otra cosa, esta es despiadada e inflexible con todos aquellos de los nuestros que se niegan a aceptar su impuesta religión. Me han contado que, incluso, han quemado vivos a algunos de los nuestros.

-Iré a hablar ahora mismo con don Agustín Estupiñán, el alcaide de esta alquería, y veremos lo que nos dice de esa imposición del religioso de que tengamos que confesarnos y abjurar de nuestra fe.

Adam se puso de pie, cogió una capa que había colgada de un perchero, se la puso sobre los hombros y, dirigiéndose a los presentes, les comunicó.:

-Esperad aquí hasta mi vuelta. No tardaré en venir.

Adam se desplazó desde su casa en la parte alta del pueblo hasta el cabildo, ubicado en la pequeña plaza de la alquería, donde también estaba la que había sido hasta ese momento la pequeña mezquita y la escuela donde se impartían las enseñanzas del Corán. Todas las casas estaban cerradas, nadie había por las calles, solamente un gran silencio y el silbo del viento, que chocaba contra las puertas y ventanas de las casas. Dentro de ellas, todo era un duelo, las mujeres lloraban amargamente, mientras se daban golpes en el pecho y se tiraban del pelo. Los niños, con sus ojos llenos de terror, no comprendían aún qué es lo que sucedía para ver a sus madres en aquel estado de dolor y desesperación. Los hombres, serios y cabizbajos, nada decían. El frío gélido de aquel día entraba por las rendijas de las puertas y ventanas de las casas más desfavorecidas. Adam llegó hasta la puerta del cabildo, al que habían añadido una puerta de cristal a la entrada. Pegó en ella y fue abierta por el escribano, que, al ver a Adam, le hizo entrar.

-Buenos días tenga vuestra merced, don Antonio, vengo a hablar con el señor alcaide, si es posible.

-Pase usted, don Adam, comunicaré a don Agustín vuestra visita.

Al momento apareció el escribano comunicando a Adam que pasase al despacho del señor alcaide. Después de saludarse ambos hombres, fue el alcaide quien preguntó:

-¿Desea vuestra merced hablar conmigo?

-Sí, señor alcaide. Vengo a rogarle que interceda usted ante fray Juan de Antequera, para que no seamos humillados al querer obligarnos a que aceptemos vuestra fe.

-No crea que no comprendo a vuestra merced, pero en este caso nada puedo hacer, no olvide vuestra merced que la Iglesia tiene mucho poder y mucha influencia en nuestros reyes.

El alcaide se quedó un rato pensando mientras paseaba por la habitación y, de pronto, se volvió hacia Adam y le dijo:

-Veremos qué puedo hacer. Nuestros serenísimos reyes no han dictado ninguna pragmática obligando a aceptar nuestra religión a los andalusíes, aunque su deseo es que todos ustedes acepten nuestra religión y, por ende, se vayan integrando en nuestras costumbres. Ahora váyase tranquilo y el próximo domingo yo hablaré con fray Juan sobre este asunto, pues si él tiene autoridad en la Iglesia, yo la tengo en el pueblo.

Adam salió del cabildo más contento de lo que había llegado, confiaba en el alcaide, al menos hasta ahora, siempre había sido cortés con ellos y cumplía su palabra. Llevaría unos minutos andando cuando empezó a sentirse muy fatigado, apenas si podía respirar. Cuando llegó a su casa, casi ni podía andar, entró en ella y el primero que le vio llegar fue su yerno Said, que, al verlo en aquel estado, lo cogió antes de que cayera al suelo. Adam tenía la cara blanca y apenas podía hablar, sacando fuerza de ánimo le musitó a Said:

-Said, siento que me muero; Alá, el misericordioso, ha decidido llevarme con él. Te pido que seas el jefe de nuestra familia, mis hijos aún son jóvenes y, si aún vale de algo, cuida de nuestras gentes que...

Adam dobló la cabeza hacia un lado y quedó muerto en los brazos de su yerno. Elvira, la esposa de Adam, se puso a dar gritos de desesperación, mientras que los hombres quedaron en un profundo silencio, secundados por los criados de la casa.

La noticia de la muerte de Adam Banus al-Aissa, señor hasta hacía poco de la alquería de al-Itrabí, corrió como un reguero de pólvora por toda la población. Poco a poco fueron concentrándose delante de la casa de Adam. Todos ellos se encontraban muy afectados, pues pensaban que, con la muerte de su protector, las cosas irían peor que hasta ese momento. Las mujeres lloraban sin consuelo delante de la casa de Adam. Dentro, el muecín estaba rezando por Adam, mientras un par de hombres estaban preparando el cadáver al estilo musulmán para ser velado antes del entierro.

Al enterarse el alcaide, se dirigió acompañado del escribano hasta el domicilio de Adam, pero al llegar le salió a la puerta Said, pidiéndole que se marchara, pues no podía entrar dentro de la casa hasta que su suegro estuviese amortajado. El alcaide comprendió y, dándole el pésame a Said, dio media vuelta hacia el cabildo.

-Debo decirle, señor escribano, que lamento mucho la muerte de Adam, aunque con algunas discrepancias entre ambos, en el tiempo que llevamos aquí, siempre nos hemos entendido. Pienso que a partir de ahora las cosas no serán igual.

-Queda Said, el yerno de Adam, es un hombre muy bien preparado y creo a no equivocarme, señor alcaide, que todas las gentes de este pueblo lo respetan, habrá que contar con él para el buen gobierno de esta aldea.

-Eso mismo pienso yo. Verdaderamente, la muerte del señor Adam es un contratiempo, más ahora, como usted sabe, con la llegada de los primeros colonos a esta aldea.

-Con la llegada de las primeras familias, que han de llegar, empezarán los problemas y, como bien sabe vuestra señoría, don Agustín, nos veremos obligados a requisar casas y tierras y eso no va a ser agradable. No quiero ocultar a vuestra merced que tal asunto acarreará disgustos.

-Tiene usted razón, don Antonio. Temía que llegara este instante, pero debemos cumplir lo ordenado.

-¿Sabe vuestra señoría de donde proceden las primeras familias que llegarán?

-Sí, según los documentos que me dio usted y que acababa de recibir desde Almuñécar, vendrán tres familias, dos son de Galicia y la otra de Aragón, en total son 18 personas, con lo que, si contamos los 48 nativos, los soldados y nosotros, seremos ya 65 personas y esto es solamente el comienzo. Deberemos estar preparado.

-Tiene vuestra señoría razón. Habrá mucho trabajo por hacer.

-Lo primero que debe usted hacer es comprobar que la declaración que hicieron las gentes del lugar de lo que tenían es cierta y realizar un inventario lo más exhaustivo posible, que me entregará usted a la mayor brevedad, irán con usted dos soldados por si alguien se opone al registro de su casa. Pero sin usar la violencia. En ese inventario comprobará de cuántas habitaciones disponen las viviendas.

-Así se hará, don Agustín, empezaremos mañana mismo.

-Es conveniente que no se diga nada a nadie, ni tan siquiera a los soldados, hasta mañana a primera hora.

Serían las seis de la tarde y, a pesar de la lluvia que caía sobre la población, se presentaron dos vecinos de la alquería en la casa de Said. Los recibió él mismo y, tras saludarse, les pidió que se acercaran hasta la chimenea, pues el frío esa tarde era muy intenso.

-¿Qué deseáis de mí? -pregunto Said.

-Ayer fui a Almuñécar -dijo uno de los dos hombres-, para vender unas mulas, y me enteré de qué, en unos días, llegarán tres familias caste-

llanas hasta nuestra alquería y queremos preguntar a vuestra merced si lo sabe y qué es lo que debemos hacer.

-No sé nada, pero, por otro lado, no me sorprende. Eso es lo que nos espera. Realmente no sé que sucederá, pero, por lo que vienen haciendo en otras alquerías y pueblos, muchos de los nuestros tendrán que malvender sus propiedades y marcharse, o bien quedarse aquí, aceptando lo que los castellanos nos obliguen a realizar.

-¿Qué nos aconseja usted que hagamos?

-Volver a vuestras casas. Solamente podemos esperar.

Pasó el crudo invierno de aquel 1494. Y llegó la primavera, cuando ya algunos árboles empezaban a vestirse de gala, con sus flores blancas y amarillentas, y el árbol de la morera empezaba a lucir sus más tiernas hojas, básico para alimentar a los gusanos de seda, a la que todos los habitantes de la alquería de al-Itrabí se dedicaban, pues era una de las fuentes económicas más importantes. Era un gozo pasear por el campo, cuyas tierras los agricultores limpiaban sin pensar que quizás un día serían arrebatadas, viéndose obligados a romper con la raíz de su identidad.

En la alquería seguía la vida sin grandes sobresaltos, el alcaide había logrado apaciguar a fray Juan de Antequera en su fiebre evangelizadora, y permitía que celebraran sus ritos en la pequeña mezquita. Pero si se obligó a los niños a asistir a la escuela, en la que impartía clase varias horas por las mañanas el escribano.

También se había terminado de inventariar las propiedades de los residentes en la alquería, así como los animales y objetos de valor de los que eran propietarios. Ese año, a finales del mes de septiembre, llegaron las tres primeras familias, con sus hijos, algunos animales y sus utensilios personales, sus aspectos era más parecidos a mendigos famélicos, los niños tenían la cara demacrada y triste y en su semblante se adivinaba toda el hambre que habían padecido.

Al llegar a la pequeña plaza de la alquería, les esperaba el alcaide y el escribano, con un papel en la mano donde figuraba el nombre de los cabezas de familia, que llegaban tan maltrechos que apenas si podían hablar.

-Sean bienvenidos todos ustedes a esta aldea de Ítrabo, mi nombre es don Agustín Estupiñán, alcaide de este pueblo, y este señor es don Antonio Correa, el escribano. Él leerá el nombre de ustedes e irán diciendo los nombres y apellidos de cada miembro de sus familias. Después se les indicará un lugar provisionalmente para que puedan descansar. Mañana se les asignará una vivienda para cada una de las familias.

-Gracias, señor alcaide, mi nombre es Demetrio García Sánchez, esta es mi mujer y mis cuatro hijos. Estamos a su disposición, el resto son las dos familias que han venido conmigo, aquí están los papeles que nos han dado para poder asentarnos en esta comarca.

Y había sucedido como estaba previsto, llegaron a al-Itrabí las tres primeras familias, que, a partir de ese momento, deberían compartir todo con los naturales de allí. Para ello se deberían expropiar algunas casas y proporcionar tierra a los recién llegados, para que pudiesen cuidarlas y vivir de ellas. Dos de las familias fueron ubicadas en una casa perteneciente a la familia de la señora Moana, que tenía junto a uno de los pilares, de los dos que había en la alquería. La otra familia, concretamente la de Demetrio García Sánchez, se asentó en una de las casas que había en la parte norte de la localidad y que pertenecía a la familia de la mujer de Said, obligando a los que allí residían a marchar y refugiarse en casa de un familiar. Era obvio que los recién llegados no sabían mucho de cómo cultivar las moreras y, menos aún, cuidar de los gusanos de seda, una de las fuentes más importantes de ingresos por aquellos años para la localidad. Una vez preparada la seda, esta se exportaba a través del puerto de Almuñécar hacia países árabes. Las tres familias obtuvieron algunas tierras de secano y una huerta donde cultivar verduras para su propio sustento. También se hicieron con ganado caprino y, poco a poco, se fueron aclimatando al sitio al que habían llegado. Por el momento, todo transcurría en calma y sin interferir en los asuntos de los andalusíes.

Pasaron cuatro años desde la llegada de las tres familias castellanas. En ese tiempo, y con esfuerzo y tesón, habían prosperado en todos los niveles e incluso pudieron ahorrar para comprarles tierras a los residentes del lugar, aunque siempre malvendidas por estos. En cuanto a la familia de Demetrio, los dos hijos mayores, Juan y Petronila, ya estaban cre-

cidos y, mientras que Petronila era una muchacha bondadosa y agraciada, su hermano Juan se mostraba decidido y altanero. Disponía de pocos amigos, ya que le gustaba empinar el codo en demasía y, salvo con dos de los soldados, con los que tenía alguna afinidad, con el resto de la población de Ítrabo apenas tenía contacto. Aunque no tenía mal corazón.

Pero el tiempo no se para y gira sobre los días, meses y años como un vendaval que arrastra todo cuanto encuentra a su paso. Era un nuevo verano, aunque ya los días habían acortado distancia entre el amanecer y la puesta de sol. Una mañana temprano, Juan, acompañado de Teodoro, fue a regar una de las parcelas que había comprado su padre en unos terrenos lejos de la alquería, ubicada sobre la margen del río. Iban los dos jóvenes hablando malamente de los que ellos llamaban moros, con desdén y desprecio.

-Te dijo, Teodoro, que no comprendo como es que las autoridades del pueblo no expulsan ya a todos los moros de aquí, y que nosotros cultivemos todas las tierras, ellos solamente saben perder el tiempo cuidándose de esos gusanos.

-Juan, creo yo que eso de expulsar a los moros debe ser cosa de las máximas autoridades de Granada. El alcalde y Escribano no tienen la suficiente autoridad para hacer una cosa así. Además, Juan, ellos estaban aquí antes de que llegáramos nosotros. Verdaderamente, estas tierras y todo lo que hay es de ellos y lo que tenemos nosotros ha sido malvendido por ellos y otras cosas han sido requisadas.

-Bueno, puede que tengas algo de razón. Aunque reconozco que hay algunas muchachas que están muy buenas, pero es imposible entablar un diálogo con ellas, en cuanto nos ven salen corriendo como si las persiguiera un enjambre de abejas.

-Tienes razón, Juan, los moros van a lo suyo, pero también hay que reconocer que ellos no se meten con nadie y, además, son serviciales, el moro vecino a mi casa ha ayudado muchas veces a mi padre, sobre todo a lo primero.

-Mira, Teodoro, allí abajo, en el río, ¿no son aquellas dos moras y se están lavando en aquel recodo que parece una alberca?

-Sí, ya las veo, pero están vestidas.

-Y cómo quieres que estén. Vamos a bajar y verás como cuando nos vean llegar salen corriendo.

Los dos muchachos se dirigieron al sitio donde las dos muchachas se estaban lavando, pero, mucho antes de que ellos llegaran, ellas ya los habían visto, salieron del agua y se sentaron sobre una gran piedra a que el sol las secara, aunque este aún no calentaba demasiado. En esta ocasión no salieron

corriendo. Entre otras cosas, porque un poco más arriba había un joven moro cogiendo los últimos frutos de una enorme higuera.

-Buenos días -dijeron los dos jóvenes.

-Salam Malikum.

-No entendemos qué queréis decir.

-Es un deseo de paz, al igual que vuestro saludo.

-Yo me llamo Juan y este es Teodoro. ¿Vosotras cómo os llamáis?

-Mi nombre es Soraya y mi amiga se llama Edit.

-¿Por qué cuando nos vemos salís corriendo?

-Nuestros padres no quieren que hablemos con los cristianos, dicen que sois muy violentos y que siempre estáis bebiendo vino y discutiendo.

-Es verdad que alguna vez discutimos e incluso nos peleamos, pero no somos violentos.

Las dos muchachas quedaron en silencio e intentaron marcharse, pero Juan les pidió que siguieran allí.

-Mi hermano Charif nos está esperando y el que estemos hablando no será de su agrado y, lo que es peor, se lo puede decir a mis padres y estos se enfadarían mucho. Nos tiene prohibido que hablemos con los castellanos.

-Nosotros no hacemos nada malo. Solamente cultivamos la tierra y cuidamos de los animales.

-Pero no sois como nosotros.

-La única diferencia es que nosotros somos de otra religión. Pero ambas viven en armonía.

-Tenéis otras costumbres.

-También para nosotros son extraña vuestras costumbres.

-Vosotros los cristianos coméis cerdo.

-Sí.

-Eso está terminantemente prohibido por el islam.

-Cambiemos de conversación, Soraya, ¿por qué siempre sales corriendo cuando me ves?

-Ya lo he dicho, mis padres me lo tienen prohibido.

-Tú me gustas mucho, Soraya, eres muy guapa. Seamos amigos y rompamos los tabúes, que tanto los tuyos como los míos no dejan de ser falsos prejuicios.

-Quizás tenga razón. Teodoro. Pero nada podemos hacer por hacerlo cambiar.

-Sí que podemos, Soraya, seamos amigos. Si las gentes nos ven hablar entre nosotros, que somos jóvenes, abriremos un cauce para que los demás, los tuyos y los míos, empiecen a conocerse.

-Tiene razón, Teodoro, pero debes comprender que sois vosotros, los castellanos, los que habéis venido hasta aquí, que vivíamos muy felices, a perturbar nuestra forma de vida.

-Es verdad, Soraya, tienes toda la razón, pero hagamos nosotros por cambiarla.

-¿Qué dices tú, Edit?

-Yo no quiero opinar. Esto que estáis proponiendo sale de mi ámbito.

-¿Te parece bien?

-Es muy bonito, Soraya, pero muy peligroso.

-Hay jóvenes entre las familias castellanas que estarían dispuestos a casarse con vuestras mujeres, y sé que a tu hermano Charif le gusta una hija de la familia aragonesa.

-Mañana por la tarde, momentos antes de que se ponga el sol, iré junto con Edit a buscar agua a la fuente cercana al río, si quieres, Teodoro, podemos vernos allí.

-Allí estaré.

-Ahora vete tú y tu amigo. Mi hermano nos está esperando.

-Hasta mañana.

-Como has visto. Teodoro, no he querido interrumpir vuestra conversación -dijo Juan, el acompañante y amigo de Teodoro.

-Has hecho muy bien.

-Eso de la cita con la mora, ¿será una broma?

-No es broma.

-¿Estás seguro, Teodoro?

-Completamente, Juan.

-¿No has pensado que verte con esa muchacha puede ser peligroso?

-¿Por qué?

-Hombre, Teodoro, ni sus costumbres ni religión son iguales a las nuestras.

-La muchacha me gusta mucho. Desde el primer momento en que la vi, quedé prendado de ella.

-Está bien, tú sabrás lo que haces.

La reina Isabel hacía ya un tiempo que no se encontraba muy bien, pero no por ello había dejado de cumplir con sus deberes, aunque a veces ello le reportara un gran sacrificio. Fernando se había alejado totalmente de ella como esposo y la relación entre ellos se reducía a las obligaciones de estado. Los doctores que atendían a la soberana no eran optimistas con su curación, aunque consideraban que no iba a ser un deceso inminente. Algunas de sus damas se habían marchado de su lado al contraer matrimonio, muchas veces concertados con la ayuda de la reina. La única que no había querido alejarse de la reina era Leonor, a la que la reina consideraba como a una hija. Una mañana, la reina tardó más de lo acostumbrado en levantarse, ese día hacía mucho frío en Granada. Una vez que hubo sido visitada por los médicos y su confesor, la reina pidió que fuese a su cámara Leonor.

-Buenos días, majestad.

-Buenos serán, pero no para mí. Deseo que me des un masaje en el cuello, ¿sabes, Leonor?, esta noche no he dormido nada bien. Me duele todo el cuerpo.

-Enseguida le daré a vuestra majestad un masaje con aceites perfumados, que le sentará bien.

-Está bien, niña, pero que no sea su perfume muy fuerte, vos sabéis que a mí me gusta que sea suave. Que desde que estamos en Granada, he tenido que soportar unos olores que solamente sirven para tentar al diablo.

-Como vuestra majestad desee.

-¿Qué día hace hoy, Leonor?

-Hace mucho frío y pronto empezará a nevar.

-Manda que traigan un brasero a mi recámara. Vos me acompañaréis. No quiero que hoy nadie me moleste. Quiero descansar.

-¿Queréis, vuestra majestad, que os sirvan el desayuno?

-Pero que no sea muy copioso. Solamente un huevo pasado por agua, con una tostada y un vaso de leche de cabra.

Leonor contemplaba a su señora preocupada por su estado. Los físicos temían que, si la reina seguía así, no duraría mucho. Sobre sus hombros soportaba una gran carga y ahora también el descubrimiento de América, un vasto territorio que había que cristianizar para más grandeza de Dios. Después de tomar la mitad del desayuno servido, la reina mandó que fuese retirado el servicio.

-Majestad -dijo Leonor-, su alteza ha comido muy poco, al menos terminaos de tomar la leche.

-Dime, Leonor, qué se dice por ahí de su reina.

-Nada que pueda molestar a vuestra alteza, todos sus súbditos la aman.

-Menos mal, porque quien verdaderamente quisiera que me amara abandonó mi lecho hace ya tiempo. Será designio de Dios.

-Vuestro esposo, mi señora, os ama. Lo que pasa es que sus obligaciones lo alejan de la corte.

-No seáis tan benevolente con vuestro rey, Leonor, espero que el día en que estéis casada, tu marido no sea como mi amado esposo.

-Majestad, yo no soy quién para hablar de mi rey.

-Anda, ordena que retiren la comida y llama a mis camareras para que me ayuden a vestirme, tengo mucho trabajo que realizar y sobre todo recibir al arzobispo de Granada, que no sé por qué motivo siempre que habla conmigo es solamente para darme malas noticias.

-Iré a avisar a las camareras de vuestra alteza.

-Tú, Leonor, no te vayas, quiero que estés a mi lado, después hablaré contigo de un asunto muy importante para ti, aunque no tanto para nos.

-Como vuestra alteza desee.

Una vez que la reina Isabel había sido vestida y acicalada por sus camareras, volvió a entrar en la estancia nuevamente Leonor. A pesar de estar vestida como casi siempre con ropas negras, había un cierto rubor en sus mejillas que había atenuado la palidez que antes tenía su cara. A Leonor le preocupaba la salud de la reina, pues, aunque esta no lo quería admitir, toda la corte -incluido su esposo- estaba preocupada.

-Siéntate junto a mí, Leonor, quiero hablarte.

Leonor se acercó junto a ella y parecían más que soberana y súbdita, dos viejas amigas.

-Leonor, mi querida niña, vos sabéis que os he tenido más por una hija que por una de mis damas. Habéis sido una fiel confidente, y siempre habéis estado a mi lado. He robado mucho de vuestro tiempo, cuando debíais haber estado junto a tus padres. Ha llegado el momento de que marchéis y podáis contraer matrimonio con el hombre que allí os espera-

Leonor se puso a llorar sin poder ocultar su dolor de verse obligada a separarse de su muy amada reina.

-Majestad, permitidme que siga a vuestro lado, creo que ahora me necesitáis más que nunca, en que vuestra alteza no se encuentra bien de salud.

-Gracias, niña. Es mi deseo y petición de vuestros padres, que ya habéis dedicado años al servicio de nos.

-Pero, alteza...

-Marcharéis de Granada rumbo a vuestro pueblo dentro de diez días. Allí os esperan vuestros ancianos padres y el hombre que ha de ser vuestro esposo. Quiero que el día de tu boda me representen el conde de Salaberría y su esposa, la duquesa de Monteverde, que harán de vuestros padrinos en la boda, pero en nombre de nos y de mi amado esposo Fernando.

-Alteza, no merezco tanto honor. Ya he estado inmensamente pagada hallándome al servicio de vuestra majestad.

-Leonor, tráeme aquel joyero que hay sobre aquel arcón.

Leonor se levantó y fue a traer el joyero que la reina le había indicado. Era un joyero muy bien labrado, se notaba que era un joyero muy antiguo, se dirigió con él hasta donde estaba la soberana y se lo entregó mientras le hacía una reverencia. La reina Isabel pasó la mano por la madera policromada y lo abrió muy lentamente. Aquel joyero le traía recuerdos muy hermosos.

-Sabes, Leonor, este joyero perteneció a mi madre Isabel de Portugal y a ella se lo regaló mi augusta abuela Isabel Barcelos. Como verás, ya tiene muchos años y nos espera regalársela a mi primogénita Catalina. Antes, dentro de este estuche había muchísimas más joyas que ahora. Voy a ver si hay alguna joya que puedas lucir el día de tu boda.

La reina se puso a remover las pocas joyas que aún quedaban en el estuche hasta que dio con un precioso collar.

-Sí, creo que este collar resaltará el color de tu cara. Y ampliará tu serena belleza. Lúcelo ese día y también ponte en el vestido el broche que te regalé.

-Gracias, majestad. Una vez terminada la ceremonia de la boda, se lo entregaré a la condesa de Monteverde para que se lo devuelva a vuestra majestad.

-El collar, como en su día el broche que os di, es un regalo de vuestra reina por todos los años que habéis estado a mi lado.

Leonor se hincó de rodillas y, cogiendo la mano de la reina, empezó a llorar, al saber que dejaría de ver a su soberana, a la que quería como a una madre.

Diez días más tarde, partió Leonor rumbo a su pueblo. Pero esta no iba sola. Llevaba un séquito que le acompañaba como si fuese una princesa, en un carromato iban las cosas de Leonor, junto a muchos otros regalos que había

recibido por su boda. Con ella iban un capitán acompañado de seis soldados y tres empleadas del servicio de la corte. La reina había ordenado que Leonor debía entrar en su localidad con honores de gran dama de la corte, los soldados lucirían trajes de gala con gallardete en las picas y anteriormente había llegado al pueblo una notificación de la reina Isabel para que las autoridades estuvieran presentes, vestidos de gala, para recibir a la comitiva, y las campanas de la iglesia tocarían a alegría.

Y así Leonor dejó de servir a su querida y amada reina Isabel, que para ella fue más una madre que una reina. Todo se cumplió como había sido deseo de la soberana. La boda se celebró con mucho boato y asistió a ella todo el pueblo. Leonor nunca más volvió a ver a su reina. Leonor puso el nombre de Isabel a su primera hija. La vida siguió...

La reina Isabel se quedó muy triste con la marcha de su más preciada dama, Leonor. Las demás damas de la reina solamente servían -entre otras cosas- para estar quejándose todo el día. Pero tenía que seguir, eran muchas las obligaciones a las que debía atender. Se encontraba mal. Los doctores nada podían hacer ante su deterioro físico. Pero tenía otro mal mucho más doloroso y era el alejamiento de su esposo. Sabía que, entre otras mujeres, había estado la mora, pero ya no le afectaba tanto, porque, aun no queriéndolo, estaba acostumbrada a los desvaríos de su esposo Fernando, rey de Aragón. Su cuerpo se fue desgastando hasta el año 1504, en que falleció a los 53 años de edad.

A la hora prevista, se encontraron Teodoro y Soraya disimuladamente cuando esta fue a buscar agua a la fuente. Pero Teodoro no había reparado en que a la muchacha la había seguido su hermano.

-Buenas tardes, Soraya.

-Buenas tardes, Teodoro.

-¿No te importa que esté aquí?

-No, Teodoro, aquí habíamos quedado.

-Sé que según vuestras costumbres no debería estar aquí.

-Así es.

-Soraya, para bien o para mal, ya no es como hace unos años, ahora estamos obligados a convivir todos juntos en paz.

-No es tan fácil cambiar de la noche al día.

-Lo sé, Soraya, quizás para nuestros padres sea aún difícil de entender y asimilar, pero los que somos jóvenes debemos desterrar el odio y enseñarles a nuestros mayores que solamente tenemos una vida y debemos vivirla lo mejor posible.

-Tiene razón, Teodoro, pero no será tan fácil.

-Nosotros haremos que así sea.

-¿Cómo, Teodoro?

-Tú me gustas mucho, me gustaría establecer un noviazgo contigo para después casarnos.

-¿Y cómo lo vamos a hacer? Seguir viéndonos a escondidas es muy peligroso; si mi padre se entera, lo primero que hará será prohibirme que salga a la calle.

-¿Por qué?

-Porque no querrá que un cristiano entre en su familia.

--Somos bastante mayores, y con edad de contraer matrimonio, y también hay moros a los que les gustan las cristianas, entre otros, tu hermano Charif.

-Nada sabía de eso.

-Si tú me quieres, y así lo creo, tus ojos al mirarme no mienten, iré a hablar con tu padre a pedirle permiso para vernos sin que sea a escondidas.

-No, de ninguna manera. Yo hablaré primero con él, si es verdad que a mi hermano Charif le gusta una cristiana, será mucho más fácil convencer a mi padre.

Fue difícil para los antiguos habitantes de al-Itrabí aceptar que ya nunca sería igual. Que los tiempos habían cambiado y que debían adaptarse a los nuevos tiempos o desaparecer. Al padre de Soraya no le quedó más remedio que aceptar que su muy querida hija contrajese matrimonio con un cristiano, y eso no era todo, sino que su hijo Charif también quería casarse con una de las hijas de la familia llegada desde Aragón, de nombre Matilde.

-¿Qué es lo que debemos hacer, Karina? -preguntó a su mujer el padre de Soraya-. Nunca pensé que dos de mis hijos se casarían con dos cristianos, rompiendo con nuestras costumbres.

-Debes aceptarlo, esposo mío, los muchachos se quieren y nosotros debemos aceptar en nuestra familia a Teodoro y a Matilde. Será difícil al

principio, pero yo sé que tanto nuestro hijo y nuestra hija no harán nada que nos avergüence a nosotros y su religión.

-En el caso de nuestro hijo, no sé, pero en el de nuestra hija, lo primero que tendrá que hacer es renunciar a nuestra fe y bautizarse, para poder casarse con un cristiano -comentó Karina.

Llegó el día de la ceremonia de las dos primeras bodas celebradas en al-Itrabí (Ítrabo) entre moros y cristianos, ambas bodas fueron apadrinadas por el alcaide y su esposa. Hubo una gran fiesta en la que participó toda la alquería e incluso llegaron gentes de Jete, Otívar, Lentejí y de la pequeña alquería de Budijar. Se sacrificaron varios corderos para la comida del mediodía y hubo distintos dulces de almendras que se dieron a los invitados por la mañana antes de la ceremonia civil, pues había que esperar a que llegara el sacerdote que venía desde Almuñécar. Toda la alquería estaba invitada, no era para menos, era la primera boda que se realizaba entre un cristiano y una mora en la alquería. Sobre las doce de la mañana de un día radiante llegó a la alquería el sacerdote a lomos de un mulo, cuyas riendas sujetaba un hombre. En una antigua cuadra que había servido para los animales, se había construido una pequeña capilla, presidida por una imagen de San Antonio. El sacerdote fue recibido por el alcaide y el escribano. Media hora más tarde se celebraba la ceremonia de esponsales de los dos jóvenes. La capilla estaba llena de gentes, entre los que se encontraban los padres y hermanos de los contrayentes, el resto de las gentes esperaban fuera. Mientras a Teodoro y Soraya se les veía con la cara radiante, el semblante de los padres de Soraya era tirante y sombrío, más que nada ante el temor de que aquel matrimonio no saliese bien.

La comida transcurrió festiva y en camaradería, tanto por los antiguos habitantes de la alquería como por los miembros de las tres familias castellanas llegadas desde Galicia y Aragón. El vino se bebió en abundancia

Y ese día no hubo prohibición de romper las normas, y sirvió también para conocerse más entre los jóvenes de ambas religiones. Sirvió asimismo para romper un tabú generado por la ignorancia. Teodoro y Soraya se establecieron en su nuevo hogar y al cabo de un año tuvieron gemelos un niño y una niña. La vida siguió su curso. Un año más tarde se celebraron tres bodas más entre andalusíes y castellanos. Poco a poco, las familias se iban mezclando entre ellas. Los castellanos llegados a al-Itrabí prosperaron y compraron tierras a los antiguos dueños, la mayoría de las veces por un precio inferior a lo que valían.

Don Agustín Estupiñán dimitió como alcaide y oficial de la reina por su avanzada edad y al no encontrarse bien de salud. Se nombró en

su lugar a uno de los primeros castellanos llegados a la costa, Francisco Alba Cano, y se nombró un aguacil de nombre Manuel González Muñoz. Con la designación del nuevo alcaide, empezaron los problemas, al enfrentarse sin ningún reparo a los moriscos, sobre todo con Said, que, a la muerte de su suegro, quedó como representante de los primitivos habitantes de la alquería.

El nuevo alcaide era un hombre rudo y a veces un poco despiadado, no le importaba apalea a su caballería cuando esta hacía alguna maniobra que a él no le gustaba. Por otro lado, ambicionaba la casa donde vivía la familia del difunto Adam como algunas de sus fincas y, en su malévolo deseo, acosaba a la esposa de Said, Sara Marian,

No tardó en haber el primer encontronazo entre Said y el nuevo alcaide, que siempre iba a todas partes acompañado del aguacil, un hombre patizambo y de mala catadura, que había llegado no hacía mucho tiempo a la aldea sin que nadie supiese quien era ni de dónde venía; a lo primero hacia pequeños trabajos para el nuevo alcaide y le ayudaba en sus pillerías.

-Said, esposo mío -dijo Sara Marian-, no me gusta nada el nuevo alcaide, me sigue con su mirada por donde quiera que voy. No sé qué hacer, ayer, cuando fui a ver a mi madre, me siguió y le escuché decirme palabras que no me gustaron.

-Iré a hablar con él.

-Estoy muy asustada.

-Yo también lo estoy.

-Las mujeres de la alquería ya no están tranquilas. Los castellanos les dicen cosas y las abordan, tanto si están solteras como casadas.

-Ya lo sé, pero yo nada puedo hacer. Son los dueños de la alquería hacen y harán lo que les venga en gana.

-Me han dicho que el nuevo alcaide quiere comprar a mi madre su casa, y eso no puede ser, ha permanecido siempre a mi familia.

-Este nuevo alcaide, Sara, es un mal nacido, el anterior era más condescendiente y honrado, este de ahora, junto con el aguacil, solo quieren enriquecerse a costa de los nuestros. Iré ahora mismo a hablar con él.

Said fue a hablar con el nuevo alcaide, don Francisco Alba Cano, en la puerta del cabildo estaba el aguacil, que, al ver a Said, le preguntó:

-¿Qué desea usted?

-Deseo hablar con su señoría el alcaide.

-¿De parte de quién?

-Vuestra merced sabe quién soy yo.

-Señor mío, en esta puerta no conozco a nadie.

-Mi nombre es Said.

-Ah, sí, sé quién es usted y lo que representa. Comunicaré su llegada al señor alcaide.

-Pase, pase vuestra merced, señor Said -le dijo el alcaide puesto de pie y alargando la mano para saludarlo-. Siéntese, por favor. Usted dirá.

-Como sabe vuestra señoría, soy Said, yerno del anterior jefe de esta alquería hasta la llegada de ustedes, los castellanos. Tras fallecer mi suegro, ha recaído en mí la protección y representación de los andalusíes. Muchos de ellos han venido a mí a quejarse de las tropelías que están ustedes cometiendo.

-Tenga cuidado con sus palabras, no hemos venido aquí a incordiar a nadie, sino a hacer respetar y cumplir el deseo de nuestros serenísimos reyes Isabel y Fernando.

-Está obligando usted a que los nativos de aquí vayan vendiendo sus tierras por debajo de su valor, llevándolos casi a la miseria.

-Eso no es verdad, a nadie se le obliga a vender sus tierras, son sus propietarios quienes quieren desprenderse de ellas. Por cierto, este pueblo va creciendo en habitantes, pronto llegarán más castellanos y he pensado que su suegra me venda su casa para establecer allí el nuevo cabildo, el juzgado de paz y la cárcel.

-No creo que mi suegra y mis cuñados quieran vender la casa. Siempre ha pertenecido a su familia.

-Para los moros no existen ya propiedades. quien quiera seguir viviendo aquí tendrá que acatar las nuevas leyes, y el que no se puede marchar.

-¿Y adónde cree vuestra señoría que pueden ir?, aquí han nacido y aquí quieren morir. Esta ha sido siempre su tierra.

-Este pueblo y todo cuanto hay en él, sus tierras y animales, pertenecen a la corona. ¿Querría usted pedirme algo más?

-Sí, que diga vuestra señoría a los soldados y a algunos de los castellanos que no importunen a nuestras mujeres.

-El decir un piropo a las moras no creo que sea motivo de castigo.

-Algunos han querido sobrepasarse con ellas, y eso es peligroso.

- ¿Me está amenazando usted?

-No, solamente se lo advierto para que las cosas no lleguen a más.

-Dos moras se han casado con dos castellanos y un moro con una hija de una de las familias gallegas.

-Sí, es verdad, y la convivencia ha ido bien hasta la marcha del anterior alcaide.

- ¿Quiere usted decir que ahora no van bien las cosas?

-Ya que vuestra señoría me lo pregunta, le diré que no.

-Tenga usted cuidado con lo que dice, Said, no quisiera tomar medidas más severas. E informe usted a su suegra de que mañana pasaré por su casa para hablar de su compra. Ahora se puede usted marchar. Buenos días.

Said salió del cabildo muy preocupado, no le habían gustado nada las palabras del alcaide, pero aún menos sus amenazas veladas. Si este había decidido quedarse la casa de su suegra y sus cuñados, lo haría, y entonces el iría detrás. Hablaría con su familia sobre la preocupante situación.

-Manuel -gritó el alcaide desde su despacho-, ven enseguida.

-Aquí estoy, don Francisco, ¿manda vuestra señoría alguna cosa?

-Sí, ve y dile al escribano que me traiga una copia de todas las propiedades de la familia de Said y de las suyas propias.

-Voy enseguida a decírselo.

-Después vuelve, tengo que encargarte un trabajo.

-Así lo haré.

Said llegó a su casa y, al verlo su esposa, Sara Marian, supo que el encuentro entre su esposo y el alcaide no había nada bien.

-Por tu cara, veo, esposo mío, que no ha ido bien tu encuentro con el nuevo alcaide.

-No solamente no ha ido bien, sino que traigo muy malas noticias. Quiere comprar la casa de tu madre argumentando que la necesita para establecer allí el cabildo y la cárcel.

-Eso no puede hacerlo. Mi madre moriría de la pena. Debes impedirlo, esposo mío.

-Que puedo hacer yo. Ningún poder tengo ahora. Esta es la situación ahora y debemos aceptarla o malvender nuestras propiedades y marcharnos a Fez, a donde está nuestro sultán y las gentes que marcharon con él. Voy enseguida a hablar con tu madre y tus hermanos.

-Espera, la comida está ya preparada, una vez que hayamos almorzado iré contigo.

-Está bien.

Toda la familia de Elvira estaba reunida en una sala de la casa. Todos presentían lo que Said les iba a comunicar, pero era Elvira la que más preocupada estaba.

Said contó a su familia lo que le había dicho el alcalde y cuál sería su respuesta ante una negativa.

-Pero siempre hemos vivido aquí. ¿A dónde vamos a ir?

-No lo permitiremos -comentó Muley-, si no queda más remedio que luchar, lo haremos.

-Estoy de acuerdo -comentó Mohammed.

-Nada de eso se puede hacer -comentó Said-, no contamos con suficientes personas para enfrentarnos con el alcaide, él tiene soldados y, salvo yo, ninguno de los hombres de esta alquería sabe nada de lucha.

- ¿Entonces qué debemos hacer, dejar que nos roben esos sucios castellanos?

-Ahora no lo sé. Debo pensar y evitar un mal mayor. Podéis veniros a vivir a mi casa, por ahora, pues mucho me temo que, a no tardar mucho, quieran también mi casa y mis tierras.

-Gracias a Alá que mi esposo Adam no presenciará este gran atropello. ¿Qué va a ser de nuestras gentes? – Y se puso a llorar.

-Mañana -dijo Said-, iré a Almuñécar a hablar con las autoridades de allí, a ver si lo que está sucediendo en nuestra alquería es lo mandado por los reyes cristianos. Tú, Mohammed, vendrás conmigo. Por el momento nada podemos hacer.

Todos quedaron en silencio. Un futuro sombrío caía sobre la sala donde se encontraban, solamente rompía el silencio Elvira, a la que consolaba su hija Sara Marian.

A la mañana siguiente, Said y su cuñado Mohammed se dirigieron hacia Almuñécar, a donde llegaron hora y media más tarde. En primer lugar,

se dirigieron a visitar a un familiar que era hombre de cierta importancia en Almuñécar, a pesar de ser musulmán, allí si se había respetado la categoría social de sus habitantes y lo habían tenido en cuenta. Tras subir algunas calles empinadas, llegaron a una casa de impresionante aspecto, su fachada era genuinamente árabe. Fueron recibidos ambos hombres con afecto y cariño. Said se abrazó a Tarik y este dio un fuerte abrazo a Mohammed.

-Sed bienvenidos a mi casa. No esperaba esta grata visita. ¿Cómo está mi prima Elvira? ¿Y también tu esposa, Said y el resto de la familia?

-Todos están bien por ahora.

-Me parece, Said, que tus palabras están cargadas de preocupación.

-La verdad que sí, hemos venido para pedirte ayuda y consejo. Sabemos que tú gozas de prestigio entre las autoridades castellanas.

-La verdad que sí, aunque tengo que tener mucho cuidado con mis acciones, que no son otras que ayudar a nuestros compatriotas ante los abusos de los castellanos.

-De eso se trata.

Said contó a Tarik todo lo que sucedía en la alquería de al-Itrabí con el nuevo alcaide.

Tarik escuchó muy atentamente a Said mientras Mohammed se limitaba a escuchar a ambos. Tras un largo relato por parte de Said, Tarik movía sorprendido la cabeza al enterarse de lo que le contaba Said.

-Y hay muchos otros hechos que contarte, pero pienso que con lo que te he expuesto es suficiente. Solamente podemos contar con tu ayuda, de no ser posible, que Alá, el misericordioso, nos ayude.

-Los otros días estuve almorzando con las máximas autoridades de Almuñécar y le escuché comentar algunos de los hechos que me has comentado. Mal, muy mal, el comportamiento de ese nuevo alcaide, esas no son las órdenes de los reyes, aunque es verdad que en su nombre se han cometido y se cometen muchas tropelías que muchas autoridades silencian por no enemistarse con ellos y, las más, por cobardía.

-El alcaide que teníamos antes era mejor persona y más condescendiente y amigo -de alguna manera- de nosotros, pero este es una persona malvada que solamente quiere enriquecerse a costa de los nuestros.

-Hablaré con la máxima autoridad civil y militar de esta plaza, al fin y al cabo, el alcaide de al-Itrabi está bajo su autoridad, y trataré con la ayuda de Alá, el todopoderoso, de que se terminen los abusos de ese alcaide. Dejadlo de mi cuenta, que, si es necesario, sobornaré a alguna persona para que, a su

vez, me ayude a mí, ahora pasemos a almorzar y saludaréis a mi familia, que está esperando.

Said y Mohammed volvieron de Almuñécar más alegres de lo que fueron para allá. Sabían que su primo Tarik era un hombre poderoso ya que era uno de los musulmanes más ricos de Almuñécar, disponía de muchas tierras y cortijadas. Cuando llegaron a la alquería se dirigieron a la casa de la madre de Mohammed, allí se encontraba el resto de la familia, que esperaba ansiosa por saber qué noticias traían de Almuñécar.

-¿Cómo os ha ido? -preguntó ansiosa Elvira-

-Hemos hablado con el primo Tarik, y nos ha dicho que hablará con las máximas autoridades de Almuñécar para tratar de solucionar los atropellos del alcaide.

-Alá, el misericordioso, le ayude y que sea pronto, pues esta mañana después de marchar vosotros han venido el alcaide y el aguacil a preguntar por vosotros.

-¿Qué les has dicho?

-La verdad, y eso no le ha gustado mucho. Me han preguntado a qué habíais ido allí. Les he tenido que mentir, que nada sabía. El alcaide me ha dicho que en cuanto lleguéis vayáis a verlo al cabildo.

-Está bien, iré yo a verlo. Tú, Mohammed, te quedas aquí.

Said se presentó ante el alcaide, que estaba acompañado por el escribano.

-Mi suegra me ha dicho que viniera a ver a vuestra señoría cuando volviese.

-Así es.

-Vuestra señoría dirá para qué requiere mi presencia tan urgente.

-Me gustaría saber cuál ha sido el motivo de vuestro viaje a Almuñécar.

-Simplemente hemos ido mi cuñado Mohammed y yo a visitar a un familiar, al cual debíamos una visita.

-¿No habrá sido por otros motivos que no quiere usted que yo sepa?

-Vuestra merced puede pensar lo que quiera.

-Está bien. Ya me enteraré yo de la verdadera razón de su precipitado viaje a Almuñécar. Puede marcharse, ¡ah!, dígale a su suegra lo que le dije, necesito su casa para el nuevo cabildo.

Tarik, una vez que Said y Mohammed se habían marchado, se puso manos a la obra para ayudarlos. Hizo varios regalos generosos a determinadas autoridades que propiciaron el entrevistarse con la máxima autoridad de los reyes católicos en el anterior alfoz de Almuñécar, al que pertenecían las siguientes alquerías: Búdirjar, Cázula, Ítrabo, Jate, Jete, Lentejir y Otívar.

Una mañana, sobre las doce del mediodía, Sara Marian, la esposa de Said, iba acompañada de su hijo hacia una huerta que tenía más abajo de la alquería, cerca ya de donde se unen el río y uno de los barrancos que circundan al pueblo. A medio camino se encontró con el aguacil, este, al verla, se paró y empezó a decirles palabras soeces. En un momento dado, sin tener en cuenta que iba acompañada de su pequeño hijo, se abalanzó sobre ella arrojándola al suelo, mientras Sara Marian pedía socorro y luchaba denodadamente para quitárselo de encima. Gracias a sus gritos, acudieron varios hombres que estaban en sus huertas y le prestaron ayuda; uno de ellos, de raza mora, lo cogió del cuello y lo lanzó contra el suelo, el golpe fue tan grande que el aguacil empezó a escupir sangre por la boca como si hubiese sido el degüello de un cerdo. El otro hombre era uno de los castellanos que habían llegado a la alquería. Fue este quien, dirigiéndose al aguacil, le espetó:

-Manuel, eres un sinvergüenza y un canalla, cómo te has atrevido a avasallar a esta mujer. Y, además, vas borracho.

Manuel, mientras se limpiaba la sangre de la boca, masculló:

-Me la vais a pagar, sobre todo tú, maldito moro. Ahora mismo voy a contárselo al alcaide y seguro estoy que vais a ser los dos detenidos y encarcelados.

Marian estaba llorando histéricamente sin consuelo, mientras trataba de arreglarse la ropa. Su hijo estaba asustado tras presenciar el ataque a su madre que se quedó sin habla.

-Señora -dijo el hombre castellano-, lamento mucho que haya sido uno de los nuestros quien ha osado agrediros. En cuanto llegue al pueblo, iré a hablar con el alcaide.

-¿Y cree usted -dijo el moro- que el alcaide va a castigar a uno de sus secuaces, que como un perro faldero siempre está a lo que le manda su amo?

-Hasta ahora hemos estado viviendo sin grandes problemas entre nuestras dos razas.

-Sí, pero desde que está el nuevo alcaide, todo va de mal en peor dijo -el moro.

El suceso corrió como un reguero de pólvora, media hora más tarde de suceder el ataque por el aguacil a Marian, ya lo sabía toda la alquería, el que tardó más en enterarse fue Said, pues a esa hora estaba en una de sus fincas en la parte norte de al-Itrabí, más arriba del nacimiento. Se enteró de la mala acción de Manuel. Al llegar a su casa se encontró a su esposa llorando siendo consolada por su madre, al ver llegar a Said, se abrazó a su esposo.

-Cálmate, ¿cómo te encuentras?

-Está mejor -comentó su madre.

-Sí, ya sé lo que ha pasado. Iré a hablar con el alcaide para que castigue a ese mal nacido de aguacil.

-Ten mucho cuidado, esposo mío. No te fíes de ellos. Son falsos y embusteros.

-No temas, tendré cuidado.

Said fue hasta el cabildo y fue recibido por el alcaide con muy mal talante.

-Bueno, no ha pasado nada irreparable, el aguacil estaba bebido y solamente ha dicho unas cuantas palabras a su mujer.

-Eso no es verdad. Mi mujer fue atacada por ese mal nacido y vuestra señoría debe castigarlo como merece, de lo contrario será muy mal visto, tanto por los suyos como por mis gentes.

-No hay que ponerse así, señor Said. Llamaré la atención a mi aguacil y le pediré que no lo vuelva a hacer. ahora puede usted marcharse tranquilo que aquí no ha pasado nada.

-Sí que ha pasado, señor alcaide, sí que ha pasado.

Los acontecimientos después del intento de violación a Sara Marian por parte de Manuel, el aguacil, se precipitaron. Al día siguiente se puso un bando en la puerta del cabildo dando cuatro días para que la familia de Adam dejara su casa a fin de establecer en ella el cabildo, e igualmente debían vender al alcaide parte de sus mejores huertas. Los hermanos Mohammed y Muley reaccionaron enérgicamente, pero Said los paró diciéndoles:

-Paciencia, espero la respuesta de nuestro primo Tarik, no creo que tarde en llegar.

-No podemos permitir tal atropello, estos castellanos nos lo quieren robar todo bajo el engaño de que se lo vendamos.

Dos días más tarde llegó a la alquería un emisario mandado por Tarik, con un mensaje para Said, en el que le comunicaba que las autoridades de Almuñécar iban a mandar una delegación para investigar lo que sucedía en al-Itrabí. Y así sucedió: al tercer día de llegar el mensaje, se presentaron en la población un oficial, un escribiente y un aguacil mayor, con la orden de investigar las acusaciones vertidas por Said contra el alcaide y el aguacil. Durante dos días estuvieron entrevistándose con las gentes de la alquería, tanto con los lugareños como con los castellanos que se habían sentado en la población, y volvieron con un informe completo que entregaron a la máxima autoridad de Almuñécar.

Las autoridades estudiaron el informe y dieron por hecho que el alcaide y el aguacil habían abusado de sus cargos y responsabilidad, solamente con el afán de enriquecerse. Por lo que decretaron que tanto el alcaide de Ítrabo como el aguacil fuesen detenidos y llevados hasta Almuñécar para ser juzgado. El mismo oficial que había realizado la investigación fue facultado por las autoridades civiles de Almuñécar para nombrar a Said alcaide de al-Itrabí (Ítrabo), siempre que aceptara el cargo, por ser un hombre ilustre y con un don especial para aglutinar junto a él a la población. El oficial convocó al cabildo a Said y lo recibió en la puerta con una ancha sonrisa y ademanes amables.

-Bienvenido, señor Said, pasemos al despacho del alcaide y allí hablaremos. Traigo buenas noticias para este pueblo y para usted.

-Usted dirá, señor oficial.

-Una vez presentado el informe que elaboré durante los dos días que estuvimos aquí, para averiguar su denuncia sobre el anterior alcaide y su aguacil, y leído por las máximas autoridades, han venido en acordar nombrarle a vuestra señoría como alcaide de esta población. Vuestra merced designará un nuevo aguacil.

Said se quedó pensando unos momentos. La verdad que el nombramiento representaba mucho para él y para todos los habitantes de la alquería, tanto para los musulmanes como los castellanos.

-Es para mí un gran honor que las autoridades de Almuñécar hayan pensado en mí para ser el nuevo alcaide de esta alquería, pero ¿han reparado sus señorías en que dirán los castellanos que viven aquí?

-Eso no es problema. Esta aldea está bajo la jurisdicción de Almuñécar y todos, sin dudar, tendrán que acatar las órdenes dadas por las autoridades.

-Tendría que pensarlo y consultarlo con mi familia y con algunos de los habitantes antiguos a ver qué dicen.

-¿Cuándo me dará vuestra merced la contestación?

-Mañana mismo le contestaré.

-Muy bien, general Said.

-¿Cómo ha dicho?

-No sé preocupe, hace ya tiempo que sabemos quién es usted, pero por eso mismo han creído las autoridades que usted es la persona indicada para ser el alcaide de la localidad, usted es respetado, tanto por los unos como por los otros. Vaya usted con Dios, general Said.

-Él quede con vuestra señoría.

Said, un poco anonadado, marchó a casa de su suegra, pues allí encontraban su esposa y sus tres hijos. Tenía que darles la noticia y comentarlo entre ellos, para ver si era positivo que aceptara el cargo. Su esposa se había quedado muy preocupada al ser su esposo llamado al cabildo.

-Ya estás aquí, esposo mío. ¿Qué querían de ti?

-Nada malo, tranquilizaos. Me ofrecen el cargo de alcaide de nuestra alquería.

-¿Cómo? -exclamó Mohammed, el cuñado de Said.

-Sí, las autoridades de Almuñécar me ofrecen que sea el nuevo alcaide y represente a los reyes Isabel y Fernando en nuestra alquería.

-¿No aceptarás? -dijo Muley.

-No sé. No he querido darle una negativa al señor oficial sin antes consultar con vosotros y con algunas personas de nuestra alquería e incluso con los castellanos.

-Creo, Said, que debes aceptar -comentó su suegra Elvira-, nadie como tú sabrá administrar justicia con equidad.

-Tú, Mohammed, ve y avisa a la familia de la señora Moana, y tú, Muley, avisa al suegro de Soraya para que vengan aquí después de almorzar.

-Así lo haré, Said, pero sigo pensando que es una humillación que tengas que estar ahora a las órdenes de los castellanos -dijo Mohammed.

En la casa de Elvira, la suegra de Said, se encontraban presentes Omán, Demetrio, un par de hombres más y la familia al completo de la familia de Said. Explicó a los presentes lo que le había dicho el representante de las autoridades de Almuñécar.

-¿Y qué piensas hacer, Said? -preguntó Omar.

¿Qué piensan ustedes?

-Creo, Said -dijo uno de los presentes-, que es una buena noticia. Siempre será mejor que vos seáis el alcalde de nuestra alquería y no alguien de fuera, que no tiene idea de cómo somos.

-Yo -dijo Demetrio- pienso que vuestra merced es el más indicado para ser el alcalde. Sois honrado y recto y, desde que llegamos aquí, hemos sido respetados por vuestra señoría, que en todo momento nos han ayudado. Además, con la boda de los nuestros y los vuestros se ha creado un vínculo difícil ya de romper.

-Tiene razón Demetrio -dijo Omar-, nadie mejor que tú para representarnos. Reúnes todas las cualidades que requieren un cargo como el de alcaide. Sabes mandar, eres respetado y sois generoso y honrado. Debéis aceptar.

El resto de los presentes asintieron con la cabeza indicando que estaban de acuerdo. Said seguía pensativo y fue su esposa, Sara Mirian, quien le dio el último razonamiento para que Said aceptara.

-De acuerdo, aceptaré el cargo de alcaide y sabré administrar justicia para todos. Y que Alá me ayude.

-Me alegro de que vuestra merced haya aceptado. Ahora solamente falta que juréis vasallaje para administrar justicia con honradez y firmeza en nombre de nuestros soberanos.

Said se quedó pensativo en ese momento, acordándose de su querido sultán, al que posiblemente nunca jamás vería. Pero también pensó que dentro de los males que padecían actualmente, con el cambio de régimen, siendo el alcaide, podría ayudar con más eficacia a los suyos. De nuevo preguntó el oficial a Said si juraba vasallaje a los reyes Isabel y Fernando. Said miró al oficial y a los allí reunidos y, con voz firme, aunque un poco titubeante, juró su cargo:

-Juro fidelidad a Isabel y Fernando e impartiré justicia con equidad y benevolencia, a todos por igual.

El oficial entregó la vara de mando a Said.

-Os entrego la vara de mando de esta aldea en nombre de los serenísimos reyes Isabel y Fernando. Haced buen uso de ella.

Y así fue como Said, antiguo general de las tropas del sultán Boabdil de Granada y luego su mano derecha, habiendo sido el segundo hombre más poderoso de Granada, se había convertido por obra del destino en el alcaide de al-Itrabí (Ítrabo). Lo primero que hizo Said fue restituir lo que los anteriores alcaides habían arrebatado a sus legítimos propietarios. El nuevo alcaide quiso que el escribano siguiera en su puesto, entre otras cosas, porque había

contraído matrimonio con una mora que había quedado viuda dos años antes y por tener gran experiencia en las normas del papeleo administrativo y por ser un hombre de paz.

Once meses más tarde, nació el primer habitante de Ítrabo de padre castellano y una mujer andalusí, así mismo unos meses después nacieron los gemelos de Soraya y Teodoro, también se encontraba embarazada la mujer de Ahistán, hermano de Soraya, que se había casado con una de las muchachas de la familia venida de Galicia. La población poco a poco se iba incrementando y las relaciones entre los antiguos habitantes y los cristianos viejos se fueron aceptando sin ningún problema.

Said nombró un nuevo aguacil, este era castellano y, salvo algún pequeño pleito, no hubo grandes problemas que Said no supiese resolver con justicia y sabiduría. La aldea de Ítrabo era próspera y poco a poco se fue incrementando la población hasta el siglo XVI, en el que se produjo la expulsión definitiva de los nativos de Ítrabo y fue repoblando por cristianos antiguos llegados desde distintas zonas de España. Pero eso es otra cuestión y, por lo tanto, entra en la historia que solamente un historiador podrá contar. Ítrabo procede de la antigua al-Itrabí, o bien, como han escrito algunos historiadores, de Abuytrabo, aunque yo me inclino más por el nombre de al-Itrabí, ya que está más de acuerdo con su nombre actual. De una manera u otra, se puede afirmar que Ítrabo es una población antiquísima, que ha tenido periodos de su historia nefastos, por la mala administración de sus autoridades. Muchos sucesos de cierta importancia acaecidos en Ítrabo han quedado en el olvido o difuminados por no haber sido escritos en la época en que sucedieron. La desidia fue siempre un elemento propio y de primer orden. Tampoco han existido investigadores nacidos en el pueblo -que los ha habido y los hay- que hayan dedicado tiempo a desentrañar con rigor y profundidad la historia pasada de Ítrabo, pienso que porque no ha habido beneficio económico por medio. Por otro lado, tenemos una muestra de desidia de algunos itrabeños, que, habiendo podido y pudiendo hacerlo, no hacen nada para sacar a la luz y el conocimiento la historia de nuestro pueblo. Lo único que conocemos figura en textos indescifrables y en algunos datos obtenidos de trabajos realizados

por profesores, historiadores de la Universidad de Granada, y que ya describí en uno de mis anteriores libros.

Es verdad que hay datos y referencias sueltas en estudios realizados sobre la costa granadina, algunos muy interesantes, pero nunca una obra exhaustiva y con rigor sobre Ítrabo. Sería muy importante que la Universidad de Granada y su Facultad de Historia realizara una investigación sobre los poblamientos existentes en la localidad y una prospección para saber exactamente qué asentamientos antiguos estuvieron viviendo en Ítrabo. Ya que es una de las localidades más antiguas de la costa granadina. Durante siglos la localidad estuvo sumida en un abandono total. Fue un periodo de escasez y hambre, donde la propia supervivencia era muy difícil. La agricultura se redujo a la explotación de algunas huertas y a pequeños rebaños de cabras, junto con la vid, la higuera, el almendro y el olivar, que apenas cubría las necesidades alimentarias de la ciudad.

Pero fue en el siglo XVIII cuando Ítrabo empezó a despegar económicamente, viviendo un periodo de abundancia para volver a caer posteriormente. Hasta llegado el siglo XX, ya que, a partir del año 1970, despegó económicamente y empezó a cambiar el pueblo entrando en la era moderna. Actualmente Ítrabo dispone de todos los servicios que pueda tener y necesitar una gran ciudad, pero a más pequeña escala. Ítrabo es en la actualidad una población moderna, grata y acogedora para vivir.

PROPIEDAD Y USO DE LA TIERRA EN LOS LUGARES DE MORISCOS DE LA JURISDICCIÓN DE ALMUÑÉCAR

(1550-1570)

Por Margarita M^a Birriel Salcedo

Al comienzo de la segunda mitad del siglo XVI la jurisdicción de Almuñécar comprendía la ciudad, sus dos arrabales, Lojuela y Almeuz, y las alquerías de Jete, Turillas, Otívar, Lentejí e Ítrabo. De esos dos núcleos de población sólo Almuñécar es mayoritariamente cristiano viejo, el resto de ellos los moriscos son 98% de la población.

...El regadío se mide en marjales de 100 estadales que corresponden a 5,28 áreas. Las medidas de secano se expresan en fanegas. En Ítrabo también en obradas de arado, estableciéndose una correspondencia entre obrada y fanegas de 2 a 1. El viñedo presenta el mayor número de variantes ya que se habla tanto de marjales, como de obradas y peonadas...

...Sirva de ejemplo la fanega de secano del término de Ítrabo, una fanega de puño, expresión con la que el apeador define una unidad de superficie mayor que la fanega castellana, pues la forma en que siembra una fanega de grano ocupa más espacio. LAR Ítrabo...

...Lo primero que hay que resaltar en Ítrabo es la escasa superficie dedicado al regadío, aproximadamente 281,5 marjales. En contraposición el secano, pero especialmente las viñas ocupan mayor extensión. Las cifras totales no podemos ofrecerlas con exactitud. De los datos con los que

contamos estimamos que superaban las 856 fanegas de secano y 1.335 margales de viñas...

...El apeo de Ítrabo muestra una significativa presencia de foráneos tanto de la jurisdicción de Almuñécar como de las otras limítrofes. En la averiguación de alcabalas de 1561 los vecinos de ítrabo alegaron como causa de pobreza la gran cantidad de tierras en manos de propietarios absentistas y, en especial, de los habices. Los propietarios cristianos viejos, once en total en el Apeo que pienso falta alguno por incluir, no está contabilizado con exactitud más que en el regadío, 41 marjales 50 estadales de los que más de la mitad, 24 marjales son de la Iglesia. Aunque no se pueden ofrecer datos no quiero dejar de señalar que al menos en cinco ocasiones el Apeo nos remite a tierras de monte al hablar de secano...

...De la propiedad morisca es todo imposible ofrecer cifra alguna, de la lectura del Apeo se debe destacar lo que parecen notables diferencias en la cantidad de tierra detentada por unos y otros, más acusadas en las viñas...

...El cuadro que nos muestra Ítrabo es complejo en este sentido. En la averiguación de alcabalas reiteraban los vecinos de la alquería, moriscos, su calidad de arrendatarios y censatarios. Aunque sin la extensión que pretenden señalar, hay que resaltar que efectivamente no sólo los cristianos viejos, sino también entre los moriscos hay relaciones de arrendamiento y censo. Hecho no siempre claro y que enrarece nuestra comprensión del fenómeno ya que, este último supuesto, al juez de población le era indiferente la relación allí existente. Pero todavía más, en Ítrabo se comprueba el subacensamiento y subarriendo. Y del que hubiera sido interesante poder comprobar las condiciones de esa relación en cascada, particularmente cuando, por ejemplo, la Iglesia es la propietaria, cede a censo a un cristiano viejo que a su vez subarriendo o subacensa a un morisco...

...En Ítrabo el sistema de riego es diferente a los pueblos próximo, aunque algo más complejo en su organización. Los concedores lo describieron así:

“La declaración del agua: Declararon que el agua con la que la Bega de este lugar se riega de una fuente que nasce de una huerta que fue de Francisco el Ray, en la caueçada de toda la Vega, junto con

el monte que se llama Murtil. Y de otra fuente que está más arriua que sale de vu barranco que está camino de Xubrite que se llama Handac al Ramaca. Las cuales se juntan en Murtit que es en la caueçada de dicha Vega con las cuales se riega. Y el agua que de aquí sobra alçada y sacada della toda la que es menester para dicho lugar de Ytrabo, va el barranco abaxo cada día por debaxo del lugar de Moluíçar a regar las tierras que en la dicha rambla se pueden regar con ella porque en algunos años sobre y en otros no. De las cuales dichas fuentes se hinchan tres albercas, la una que es la más alta, está en la huerta del Ray junto al nacimiento de la fuente principal con que se himche la dicha alberca, y porque algunas veces tiene poca agua se vina por la dichas huerta del Ray agua del barranco que es de la fuente alta de Handac al Ramaca, e la juntan en la dicha alberca con la qual dicha alberca se riega la Vega Alata desde dicho lugar hasta llegar a la otra alberca” 11.

11 LAR Ítrabo I, folios 49r-v.

... Otra curiosidad es “lo que parece una antigua práctica agrícola como las rozas testimoniada en Lentejí y que cabe pensar que se producía en Ítrabo y Búdijar...

...La extensión de la tierra de cultivo puede ser resultado de la presión demográfica, pero también de las ventajas económicas derivadas de la mejora de los precios agrarios que permite unos beneficios económicos que no se producirán en otras condiciones...

...Este último supuesto parece explicar la creciente roturación que se detecta en Ítrabo. Esta tierra, así ganada al monte, va a ser dedicada principalmente al cultivo de la vis y árboles frutales...

“La presencia de fenómenos tan diversos en Ítrabo pienso que evidencian un proceso claro de disolución de la Organización musulmana del terrazgo. Ítrabo cuenta con una estrecha franja de vega de una intensísima explotación. El régimen pluviométrico agranda o reduce ese espacio. El aprovechamiento del secano se presenta

complejo en la segunda mitad del siglo, pero parece conservarse por parte de los moriscos un sistema de organización colectiva que controlaría la siembra y recuperación de las tierras más marginales”.

También se menciona los árboles frutales que existían en Ítrabo, que era similar a las poblaciones limítrofes.

...Albaricoque, algarrobo, almez, cerezo, ciruelo, durazno, granado, lima, limonero, manzano, membrillo, parrales, perales...

...Las higueras debieron ser muy importantes, sin embargo, ni los Apeos ni los Repartimientos nos dan un número exacto de ellas. En Jete, Ítrabo y Lentejé hay higuerales propiamente dichos...

En Ítrabo según este estudio, había 660 higueras... Cifra inferior a la real pues los textos hacen referencia a “higueras” o “higuerales”...

Silvan estos apuntes extraídos del estudio realizado por Margarita M^a Biriél Salcedo.

FIN

